

JOSÉ MANUEL APARICIO

# BANDERIZOS

IV PREMIO DE  
NOVELA HISTÓRICA  
CIUDAD DE ÚBEDA

Lectulandia



A finales de la Edad Media en el Reino de Castilla, la violencia y la muerte forman parte del día a día. Las casas de Salazar y Velasco llevan enfrentadas doscientos años por el control comercial de los accesos de la meseta a los puertos cantábricos. El vizcaíno Lope García de Salazar, cuarto señor de su linaje, fracasa en su intento de treguas con Pedro Fernández de Velasco, un adversario muy superior y de gran influencia en la corte, perteneciente al linaje más poderoso de todos los reinos peninsulares. La entrada de Pedro Fernández con soldados en el Señorío de Vizcaya, desde Burgos, desata las intrigas entre los demás señores, que deberán decidir a qué bando apoyan. Lope García se enfrentará a la amenaza que se cierne sobre su apellido y también a graves diferencias con los miembros de su familia.

**Lectulandia**

José Manuel Aparicio

# **Banderizos**

**Más allá del odio**

ePub r1.0

Titivillus 20.11.16

José Manuel Aparicio, 2016  
Ilustrador de los mapas: Javier Monsalvett

Editor digital: Titivillus  
Escaneo: maperusa  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mis padres, por comprarme libros

Esta historia se inspira en hechos y personajes reales, entrelazados con otros propios de una obra literaria y de la libertad de ficción del autor.

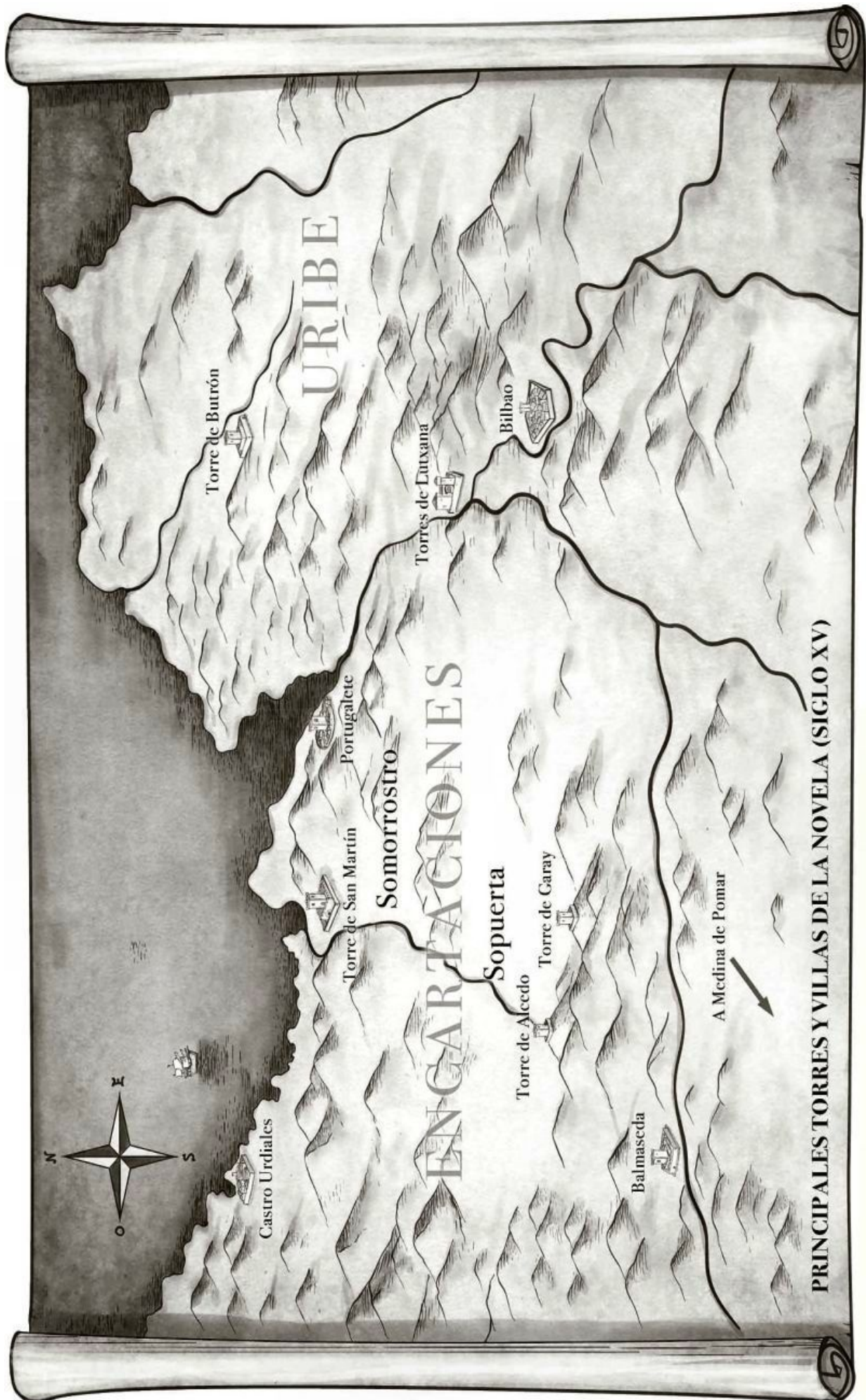
«Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros».

JOHAN HUIZINGA, filósofo e historiador holandés

## Nota para el lector

La Baja Edad Media fue una época de crisis económica y social en gran parte de Europa. La nobleza sufrió varios reveses durante este periodo. Sus fuentes de ingresos tradicionales, combinadas con el comercio y la elaboración del hierro, resultaron insuficientes. A estas dificultades se unió el nacimiento de las villas, nuevos núcleos de poder que amenazaban con socavar su estatus. Además, las mejoras en los medios de producción impulsaron que estas poblaciones muradas, apoyadas por los reyes y cuyo dominio se extendía por las tierras que las rodeaban, fueran las nuevas canalizadoras del movimiento mercantil. La implantación de este sistema chocaba con los arraigados intereses feudales basados en el control de las gentes, las mercancías y el espacio rural. Las tensiones que estos cambios generaron desde el siglo XIII tuvieron como consecuencia el inicio de la lucha entre los propios nobles. La violencia fue la única solución que encontraron para intentar defender y acrecentar sus riquezas. Estos choques desembocaron en la creación de bandos en los que se agrupaban los diferentes linajes<sup>[1]</sup>. En Las Encartaciones del señorío de Vizcaya y el oriente de la actual Cantabria eran dos los bandos en disputa: el oñacino, encabezado por la casa de Salazar, y el gamboíno, encabezado por la de los marroquines, sus ancestrales enemigos, linaje adherido a la poderosa casa de Velasco.



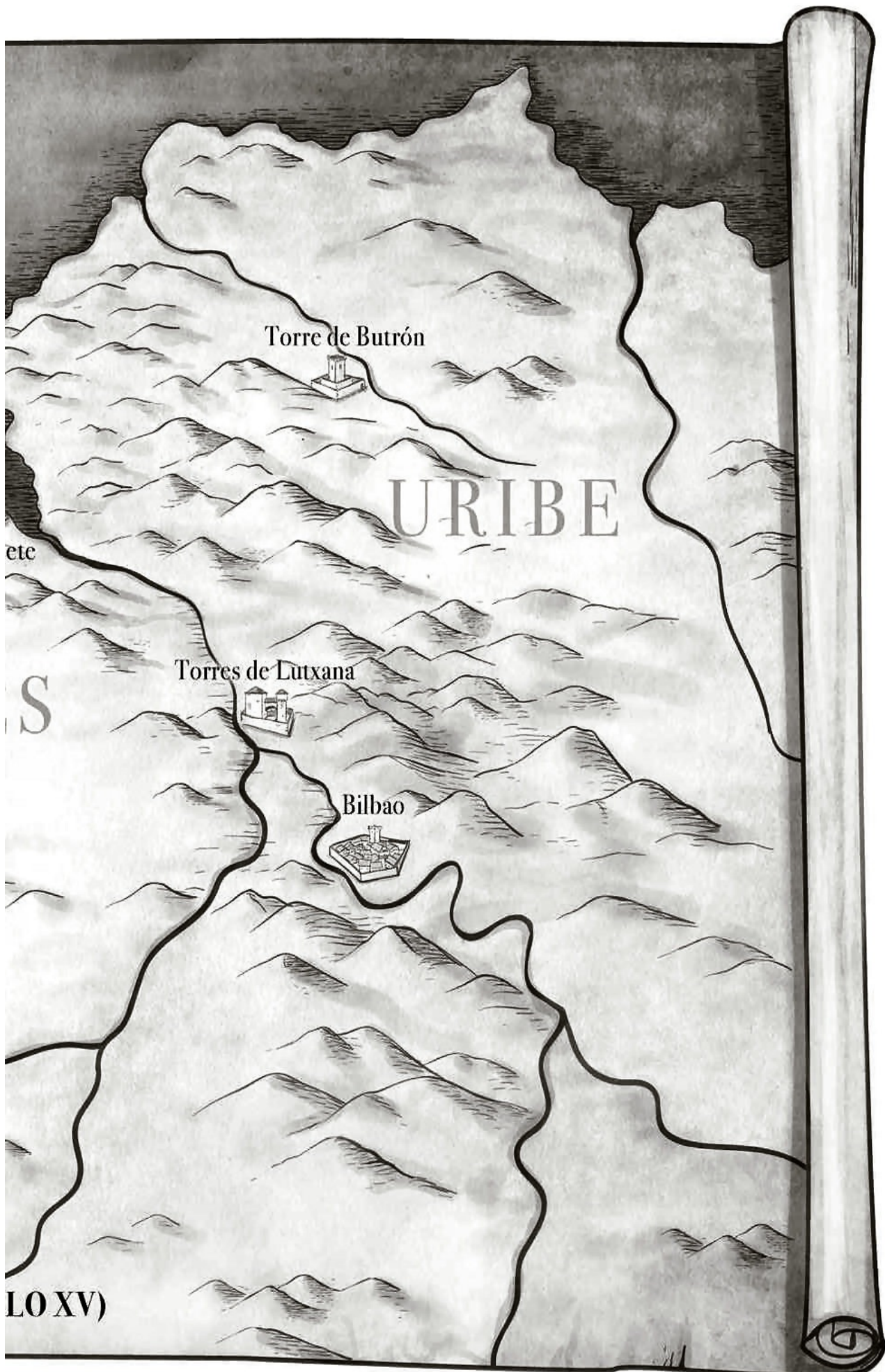


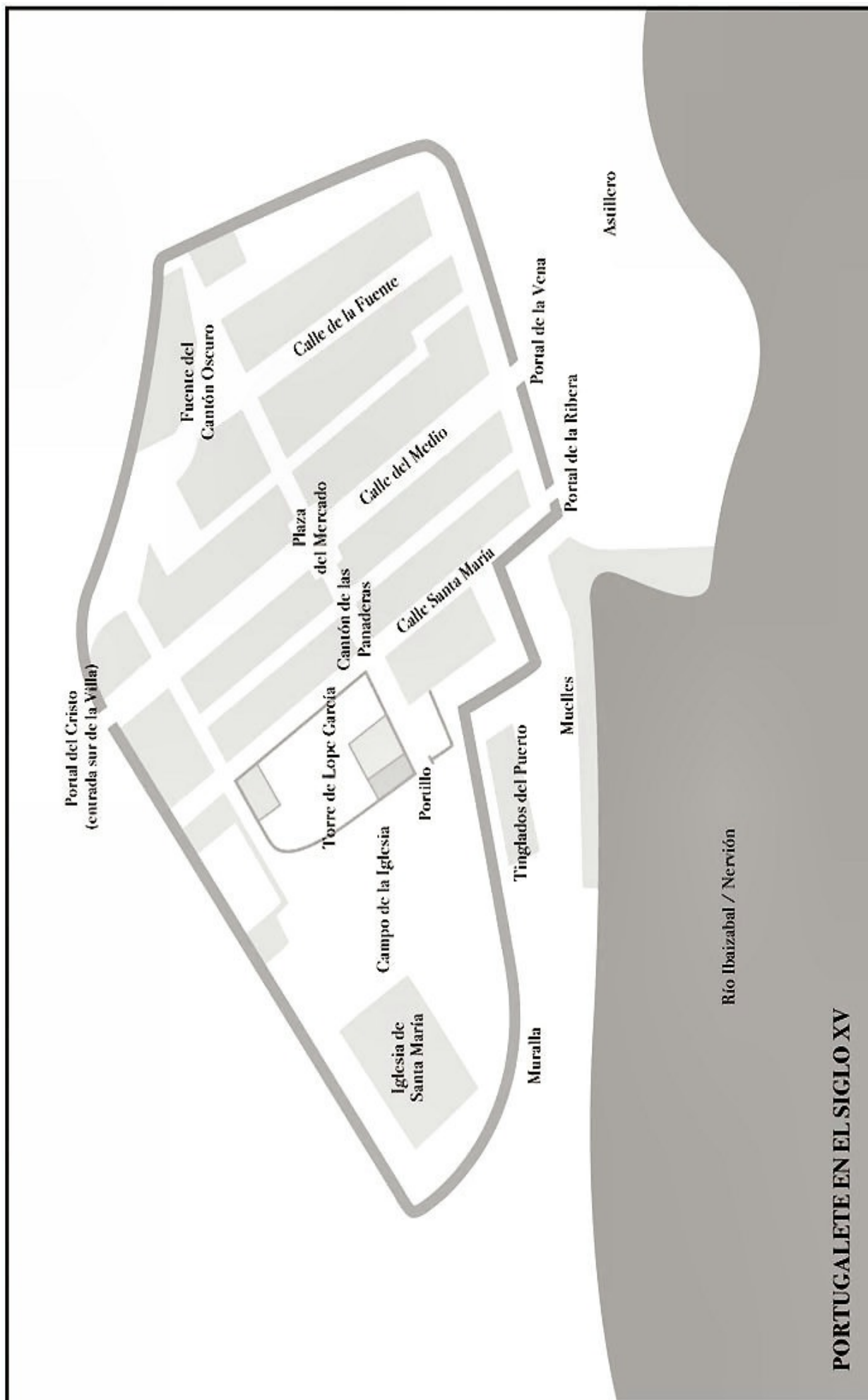




PRINCIPALES TORRES Y VILLAS DE LA NOVELA (SIG'







## Treguas

*Villa de Balmaseda, Encartaciones del señorío de Vizcaya, 1445*

Aceptaron reunirse sin armas. En Balmaseda, territorio fronterero con tierras de Burgos. Lope García de Salazar, IV señor de San Martín, tomó asiento a un extremo de la larga mesa. Al otro, Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro. Apenas mediaron palabras, ni se cruzaron muchas miradas. Un tanteo inicial con pocos verbos y el pariente mayor de la casa de Salazar depositó sobre la mesa el pliego con la propuesta de tregua. El amplio salón de la torre quedó sumido en un silencio espeso como la niebla. Por una estrecha ventana apuntada, abierta a la noche, se colaba el rumor inquieto del séquito armado traído por Lope García, aguardando en el patio de armas. Las luces de velas y lámparas derramaban sus sombras pesarosas sobre el rostro de los dos hombres, hacían brillar sus pupilas.

Pedro Fernández de Velasco se inclinó hacia adelante, fijos sus pequeños ojos en Lope García como dos puntas de cuchillo.

—¿No me lo acercas? —preguntó el conde de Haro.

El señor de San Martín apretó mandíbulas entre las barbas. Se tragó las palabras que le trepaban a la boca.

Al no recibir respuesta, el conde apuntó una sonrisa socarrona a la vez que chasqueaba los dedos. Su sirviente apareció tras una cortina, tan rápido como sumiso, las manos a la espalda, el cinto sin puñal. No pudo evitar levantar las cejas, intimidado ante la tremenda estatura de Lope García de Salazar, incluso sentado. Siempre causaba el mismo efecto: casi un punto de desolación ante una altura y corpulencia que no soportaban comparación con nadie conocido, ridiculizando el tamaño de la mayoría de los hombres. El conde le hizo un gesto con la barbilla para que le aproximara el papel. El sirviente dudó antes de acercarse al gigante y deslizar el pliego con dos dedos de un extremo al otro de la mesa. Mientras se retiraba, Pedro Fernández de Velasco rasgó el lacre, desdobló el papel y dedicó una mirada larga al señor de San Martín antes de empezar a leer. Una mirada larga y grotesca. Grotesca porque era bizco, porque la tensión le provocaba un tic en el párpado del ojo bueno y porque tenía el cuello algo torcido por una tara en la cerviz. Discreto de estatura, con su semblante redondeado y pulcro, sin barba, mostraba la piel ligeramente atezada por el sol de la meseta. El pelo, algo grisáceo por las primeras canas, le flojeaba sobre la frente. El conde de Haro estudiaba el rostro duro de Lope García de Salazar, de rasgos muy opuestos. La frente amplia, rasgada por tres profundas arrugas; robusta la

nariz, marcados los pómulos. La mandíbula y el cuello se intuían fuertes bajo la opulencia de sus barbas. Unas facciones de brutal elegancia, con un punto añadido de distinción en el cabello negro veteado de haces grises que le caía sobre las orejas. Contribuía todo a dotarle de una expresión rebelde que encajaba con acierto natural en su gran estatura.

Iguales en edad, cuarenta y cinco, diferentes en todo lo demás.

El conde meneó la cabeza, resopló y leyó en silencio. No apartaba Lope García la vista de él, siguiendo el correr de sus ojos de renglón en renglón, estudiando el mohín de desprecio contenido que se le insinuaba a cada palabra.

Cuando hubo terminado, dejó el pliego sobre la mesa con el índice y el pulgar de la diestra, como si temiera contagiarse de algún mal, e hizo una mueca que le ensanchó la cara, burlón.

—Treguas, treguas, treguas... —dijo—. Seguro que las tripas te piden otra cosa.

Lope procuró aflojar la tensión que le subía por los brazos, que le endurecía la cara. Se pasó una mano por la brigantina con amarres.

—Es lo más sensato, lo más conveniente —consideró.

—¿Conveniente? ¿Para quién?, ¿para ti?

—Para todos —respondió muy despacio, marcando con voz gruesa cada palabra—. La moderación atraerá la riqueza.

—¿Moderación tú?

—Jamás he cometido desmán superior que los de tus parciales en Las Encartaciones.

—Habría que contar todos los asaltos y muertos para juzgar eso.

—He venido aquí a que tengamos que dejar de contarlos.

Pedro Fernández sonrió con mucha exageración, acentuando su aspecto tarado.

—Sinceramente... —Llevó el conde un dedo al papel y releyó una de las líneas, pasando la yema sobre los trazos elegantes y rotundos del señor de San Martín—. No sé, no me acabo de creer que no vengas con ánimo de hostilidad contra mí ni los míos. El caso es que yo contra ti sí que lo tengo. Por eso te reconozco cojones para haber venido hasta aquí.

Fue decir esto y retirar la sonrisa. A cada palabra suya, la expresión de Lope García de Salazar había ido adquiriendo mayor rigidez. El olor a velatorio que desprendía la cera de las velas ardiendo engullía la fragancia del aceite aromático que alimentaba los candiles.

—Bien sabes —continuó Pedro Fernández de Velasco— que me basta con levantar un dedo y de aquí no sale vivo nadie.

—Tú lo has dicho, nadie.

Un nuevo silencio, tenso como cuerda de ballesta, se deslizó sobre el salón. Las manos de ambos, como al descuido, revoloteaban instintivas cerca de los cintos, desprovistos de puñales.

Lope García y Pedro Fernández volvieron a trabarse las miradas. Unos instantes



largos. Se reclinó el conde sobre el respaldo y juntó las yemas de los dedos, formando un triángulo, en ademán de empezar a hablar:

—Bueno, basta de silencios desagradables —suavizó, cómico—. Al fin y al cabo has venido con ánimos sosegados, que es mucho decir de tan afamado hidalgo. Por eso es de justicia tratar tu propuesta con el debido decoro.

Proyectó Lope García la barbilla al frente.

—Sería lo suyo —sugirió.

—Bien. —Palmeó Pedro Fernández de nuevo con una sonrisa exagerada—. Con un poco de voluntad ya empezamos a entendernos.

Pero el otro no sonreía. El conde lo examinó como si buscara provocarlo a pronunciar las auténticas palabras que se le intuían en la boca.

—Busquemos el sosiego y será mejor para todos —dijo Lope García al fin.

—Cierto es, sosiego, sosiego y paz. Me gusta cómo suena —afirmaba ahora con la cabeza el conde de Haro—. Pero al ser tema relevante que requiere de reflexión, sé que me concedes tiempo para pensarlo y enviarte respuesta.

Lope García de Salazar se puso en pie. Su larga sombra se desplegó sobre la mesa como una nube negra.

—Espero respuesta pues.

El conde agitó una mano en el aire, teatral.

—¿No te apetece quedarte y tomar un poco del vino de Toro que he hecho traer?

No hubo tiempo para paladear caldos. Tan solo para una somera inclinación de cabeza como despedida.

Sobre sus monturas, seguidos por la reducida mesnada de a pie y a caballo coronada por teas y erizada de lanzas, Fortuño de Salazar, señor de la torre de Ontón, estudió el perfil de su hermano Lope, que acababa de narrarle lo acontecido ante el conde de Haro. Aún se le notaba en el rostro el esfuerzo de aquella noche para evitar que se le derramasen las tensiones primero de palabras y luego de manos.

—¿No ha sido mucho doblarse? —preguntó Fortuño.

Cabalgando a la diestra del pariente mayor, el de Ontón resistía con cierta dignidad su diferencia de estatura. Tomó aire Lope antes de contestar:

—Puede ser.

—Tú nunca has sido de los que envainan hierros.

—También puede ser. —Lope apuntó una sonrisa—. Pero no oigo de nuestros campesinos y comerciantes más que quejas de temor a ser asaltados o muertos por los marroquines o cualquier otro de sus parciales.

El rostro aseado de Fortuño de Salazar, libre de barba, se ensombreció. Su apariencia amable, menos rebelde que la de su hermano, con un aire natural de parlamento y civilización, se había embrutecido. Se pasó una mano por la melena negra que le caía sobre sienes y nuca.

—No son más que unos perros lameculos de Velasco... —valoró.

—Y quizás convenga atender esas quejas. —Lope parecía meditar en voz alta, ajeno al juicio de Fortuño—. De cómo le vaya a nuestra gente dependen también nuestras rentas.

—Aunque Velasco acepte la tregua, no durará. Ninguna lo hace.

—Hemos de intentarlo. Si hay menos riñas habrá menos miedo, y si hay menos miedo los nuestros trabajarán más.

Hablaban sin mirarse, atentos sus ojos al camino, insondable más allá de la luz de los fuegos. Sobre la espesura boscosa que asfixiaba la calzada, la noche arrumbada de nubes.

Callaron, con aire reflexivo. El silencio cálido de la noche de verano se entreveraba con el chirrido lejano de los grillos. La fragancia verde de la campiña acariciaba las pieles duras como cuero de los mesnaderos. Su aroma se contraponía a la incertidumbre de la conversación.

—Quizás debieras escribir al rey —sugirió Fortuño—. Que medie.

—¿Mediar el rey? Se trata de Pedro Fernández de Velasco. Antes le escucharía a él que a mí.

Emitió el de Ontón un gruñido, comprensivo con la observación.

—Esto depende de nosotros, ya lo sabes —prosiguió Lope—. Los términos están propuestos. Cumpliré mi palabra y no cometeré tropelía alguna contra su gente. Ahora la decisión es suya.

—Pues rezaremos para que acepte —dijo Fortuño, y soltó bridas para santiguarse.

—Treguas pide... A mí, grande en Castilla. Esa chusma hidalga que amenaza el buen gobierno y la prosperidad del reino con sus desmanes. Esos analfabetos que se creen gigantes en sus cochambrosas torruchas. Qué sería de ellos si no fuera por las calzadas y los puertos... Hay que exterminarlos como las ratas que son, ¿no crees?

Pedro Fernández estrujó el pliego y se lo lanzó al cadáver. Luego se quedó mirando el cuello partido.

—Ésta es mi tregua —continuó.

Miraba el cuerpo tirado frente a él pero hablaba a Fernando de Velasco de Mena, su ayo y pariente de Balmaseda, el que había dispuesto la casa para el encuentro banderizo, y ahora agarraba de los pelos al muerto y lo encaraba:

—Con los guarros al matadero —dijo y arrugó la cara como un trapo viejo, con desmesurado desdén.

Él mismo lo acababa de tirar por una ventana del salón de su torre. El infeliz no era más que un mozo de apenas quince años que iba camino de tierras burgalesas, secuestrado por reconocerse vasallo de los Salazares de Portugalete cuando pasaban por el camino y le pidieron que se identificara. A él y a los otros cuatro que venían con el carro tirado por una recua de bueyes. Los últimos del intenso tráfico que a

diario soportaba la calzada en su trajín mercante entre la meseta y los puertos cantábricos. Sus padres y otros dos hermanos. El más pequeño, que aún necesitaba de una mano materna para no caerse al andar, se encontraba enfermo por beber malas aguas. Eso dijeron a la decena de peones armados que los detuvieron. Y la preocupación por ello los había rezagado. Fue el mozo el único que respondió a la pregunta concerniente a su parcialidad. Quizás la inocencia de la mocedad o los nervios del infortunado encuentro lo empujaron a descubrir al servicio de qué casa estaba. Intentaron resistirse cuando agarraron del cuello primero a la madre, pero la fuerza de los chuzos y cuchillos velasquinos no dejó lugar a la huida, ni atendió al ruego de dejarlos marchar diciéndose gente humilde y de bien que solo trabajaba para los salazariegos en su necesidad de poder llevarse algo a la boca cada día, que de guerras nada entendían. Ni dejó sitio a la clemencia que suplicaron cuando empezaron a acuchillarlos, uno tras otro, arrodillados y cogidos por los brazos; en el cuello, en las tripas, en el cuerpo todo, entre alaridos y chillidos desgarrados de lágrimas que estremecieron el atardecer. Ni siquiera el peón de barbuchas grasientas dudó en abrirle un tajo en el pecho al más pequeño. Solo al mozo dejaron vivo, sollozando con los mocos y el llanto cayéndole por la boca, temblándole el labio al tiempo que presenciaba cómo los tiraban al Cadagua. A sus hermanos, a sus padres. Cuatro bultos que se llevó rugiendo el río, corriente encrespada abajo. El cuerpo de su madre fue el último que vio desaparecer tras una cascadilla. Luego lo llevaron dentro, trémulo de espanto, con la cara lívida por el terror. Fue Pedro Fernández de Velasco, una jornada después de tener a Lope García de Salazar enfrente, quien mandó que matasen a cualquiera que se dijera de Salazar. No soportaba el ardor que se le había encendido en las tripas desde que le llegase su misiva a Medina de Pomar proponiendo reunión en Balmaseda. Un ardor que se había acrecentado tras el encuentro con su adversario. Y para aplacar la ira que lo quemaba por dentro, quiso que a alguno se lo subieran a la torre; lo quería ver morir. Y se lo subieron. Y allí le pusieron al mozo, mientras él, sentado en una silla de caderas con respaldo, vestido solo con larga alcandora blanca y desprovisto de calzado, se entregaba a degustar el tinto de Toro en una copa de plata.

Evaluó al muchacho con su expresión tarada. Subió los pies descalzos sobre un escabel y se acomodó en la silla. Al mozo le flaqueaban las piernas. Los dos peones que lo custodiaban tenían que agarrarlo de los sobacos para que no cayera sobre sus propios meados. Luego Pedro Fernández asintió con la cabeza, en silencio, aprobando la calidad del caldo. Hizo un gesto con la mano para que lo arrojaran. El mozo ni siquiera gritó en la caída. Quizás perdió la consciencia por la impresión. Solo se escuchó el golpe seco del cuerpo al chocar contra la tierra del patio de armas. Ordenó que le subieran el cadáver, que lo quería ver otra vez, y allí se lo dejaron, apoyado contra un arcón largo como un féretro. Tenía el cuello roto, los huesos del rostro destrozados bajo la carne, deformado por el impacto. Una masa morada y viscosa de sangre. Y un codo girado hacia el lado opuesto.

—Tiene el cuello más jodido que yo —dijo. Y volvió a catar el tinto.

Su pariente le rió la gracia, soltó los pelos del muerto y se dirigió a la mesa para servirse vino. Pedro Fernández lo siguió con la mirada bizca. Entreabrió la boca para hablar:

—Matar a esta gentuza servirá de ejemplo —sentenció.

—Ahora sabrá ese guarro de Salazar cuáles son nuestras condiciones de tregua.

—El miedo mantendrá bajo nuestro control el comercio hacia los puertos.

—Así sea.

Negó Pedro Fernández de Velasco con la cabeza y dirigió la vista hacia el pliego arrugado junto al cadáver.

—Que tenga siquiera que gastar tiempo en leer esta basura venida de la mano pordiosera de García de Salazar...

—Desde luego.

—Todo sea por no perder las formas. —Soltó el conde una risita extravagante, y sorbió de la copa.

—Sin duda.

—Vamos, quémalo.

El de Balmaseda dejó la suya y corrió a tomar el papel y darle fuego con la llama de un candil. Las condiciones se deshicieron ennegrecidas, transformadas en jirones de humo gris que ascendieron violentos hacia el techo.

—Me ofende... —continuó Pedro Fernández—. Me ofende incluso pensar en él. Quién se cree que es ese pueblerino para imponerme condiciones a mí. ¡A mí!

—Nadie, no es nadie.

—¿Espera respuesta? Pues ya la tiene. —Apuró el vino. El ojo bizco le chisporroteaba de ira, temblaba el párpado del bueno—. Ya estoy en Vizcaya, para quedarme.

—Y nuestros atreguados lo agradecerán.

—Cuando hay mierda que limpiar, cuanto antes se meta uno en la pocilga mejor.

Retiró el escabel con el talón derecho y pisó el suelo cubierto de pieles de lobo. Restregó el pie como si machacara una cucaracha. Sintió la suavidad aterradora del pelaje.

—Lope, el *lupus*... Ya es hora de aplastar a esa bestia.

## Altercado en la calle del Medio

### *Villa de Portugaleta*

No tenían hoy gentes menores. Y los pocos con redaños o insensatez para presenciar la pelea a distancia cuchicheaban que algo tendría que ver con la marcha de Lope García a Balmaseda. Porque el rumor de un intento de tregua entre Salazares y Velascos se había convertido en centro de las conversaciones villanas de las últimas jornadas. Un rumor ensombrecido por la noticia de la muerte de una familia de comerciantes salazariegos.

Apeataba a pelea. Todos la habían visto venir. Bajaba por la calle, que decían del Medio, Lope García acompañado a su espalda por un hombre chaparro de su séquito armado y un muchacho con la piernecilla atrofiada que cargaba sus pasos sobre una muleta.

Fue cerca ya del Portal de la Vena, que daba a los astilleros de Ribera, cuando vieron subir a dos *jauntxos* con paso tambaleante. Eran señoritos, hijos del cabeza de los Martínez de La Pedriza, linaje importante en la villa con quien, de cuando en cuando, se tenían mala vecindad. Les seguían los pasos tres hombres. Gente de pelea. Acababan de salir de la Taberna de la sidra, abajo de la calle. En su ascensión, con mucho pavoneo en los andares, sorteaban los excrementos de los animales y los riachuelos de inmundicias humanas que expandían su olor fétido, sin mucha intención de evitar chocar con quienes les venían de frente. Como si un viento hubiera arrastrado a las gentes, por el Portal de la Vena ya no salía ni entraba nadie a la villa. El trajín de mediodía, bajo un cielo agrietado de nubarrones, aguardaba mejor momento para continuar. Mercaderes, mulateros, campesinos..., al ver los ademanes violentos, habían corrido a ocultarse o al menos a presenciar el posible altercado a prudente distancia; los artesanos, a retirar raudos las tablas con sus productos y a trabar puertas y ventanas por si la brega se les metía dentro. Y el silencio se adueñó de la calle.

Pronto se cruzaron miradas Salazares y los de La Pedriza. Estos se fueron escorando con mal disimulo hacia aquellos.

—¿Problemas por la villa esta mañana, señor preboste?

Había hablado el *jauntxo* que vestía fina jaqueta roja. La pregunta le salió a borbotones, embrutecida por la bebida. Sus ojos enrojecidos de venillas se detuvieron en la cara de Lope García. Estando cerca de él, tenía que levantar mucho la cabeza para poder mirarlo a la cara. Tan descomunal era la estatura del señor de San Martín.

La mención en tono muy gallardo al oficio regio del pariente mayor de los Salazar había hecho que este bajara su mano izquierda, con grueso anillo de oro y rubí engastado, hasta el pomo dorado de la bastarda. La espada de mano y media le pendía del cinto, bien enfundada en cuero de calidad con remaches de plata a lo largo de la vaina.

—Ninguno, si nadie lo busca.

Lo dijo con voz reposada, sin aire de seguir la gresca.

—¿Y el tullido los tiene? —continuó provocando el de la jaqueta roja.

No se arredraban los de La Pedriza, atentos ahora al muchacho de la pierna atrofiada. Les daba igual buscar pendencia con el linaje que mandaba en la villa. Hubo un silencio frío. Los nudillos de Lope García se habían vuelto blancos al apretar el puño sobre el mango de la bastarda. Referirse al mozo indefenso provocó que el pariente mayor echase una rápida ojeada por encima de los *jauntxos* a los peones que les hacían corro. Tres tipos fuertes, con botas hasta medio muslo, capas y jubones de cuero muy magullados de cuchilladas. Olían también a taberna. Pero más hechos a la bebida que sus jóvenes señores, mantenían el gesto firme, sin moverse un paso del sitio, con las miradas muy vivas, alzadas las cejas hasta el extremo para no perder señal de ningún gesto violento. El chaparro, un tipo de barba castaña tan tupida que no se veía nada de su cara por debajo de la nariz, salvo la boca como un tajo entre el pelo, dio un paso al frente hasta colocarse por delante del muchacho de la muleta. Sus ojos minúsculos como clavos saltaban de unos a otros.

Fue turno de ofender para el *jauntxo* que vestía jaqueta verde:

—Dicen que a alguno por aquí se le encogen ciertas partes de temor y que anda pidiendo treguas a Fernández de Velasco.

El desplante le había salido más suave que los otros al ver los nudillos del preboste y sus ojos como abismos. Lope García insinuó una sonrisa. Una mueca negra, vacía de humor. Se escuchó su respiración, lenta, rumorosa, feroz como un trueno.

—La mierda gamboína solo produce ganas de vomitar —respondió—, sobre todo cuando la representan dos puercos borrachos como vosotros.

El insulto hizo que los dos *jauntxos* apretaran los dientes de cólera hasta destacarles los carrillos. Eso era mucho insultar. Ya no había lugar para la moderación, no entre linajes que se precien. Lo dicho dicho quedaba. La sangre ardía y el peso del apellido obligaba a mantenerlo bien alto.

Y entonces tocaron la sexta en la parroquia de Santa María, como un negro preludio del trance. Y de las palabras brutas a las manos y los hierros no medió más que la brisa fría de la ría que se colaba por el Portal de la Vena.

Fue un visto y no visto. Dos de los peones fueron a por Lope forzándolo a girarse y a quedar mirando hacia arriba de la calle. El otro y los dos *jauntxos* se tiraron a por el chaparro aspeando los brazos. De aspecto torpón, muy hábil sin embargo, este había saltado a un lado y se interponía entre ellos y el muchacho de la muleta.



Pronto quedó dividida la pelea, a varios pasos unos de otros. Tan solo se escuchaba el resuello de los combatientes.

Lope se enfrentaba a dos cuchillos largos como espadas que hacían zigzaguear frente a él. Un tajo diagonal del primero de arriba abajo y una acometida de flanco del otro. Había intención de matar. Pero eso y poco más pudieron para intentar buscarle hueco por donde meterle cuchillada, a pesar de ser diestros en la pelea, a pesar de la ventaja que les concedía la inclinación de la calle, empujando al preboste hacia la ronda y el Portal de la Vena. No lograron entrarle en su guardia. Lope la mantenía muy amplia, empuñando bastarda a dos manos, e incluso a una, y amagaba de punta cada vez que los otros hacían ademán de echársele encima, obligándolos a recular, quizás intimidados por la inmensa diferencia de altura y por su insólita capacidad para manejar la espada de mano y media a una mano. Esquivó Lope una nueva acometida que le iba al muslo. Cuando el peón echaba el brazo atrás para volver a intentarlo, le trabó la muñeca con su mano izquierda, se echó el filo de la bastarda sobre el hombro y con un golpe seco del pomo le quebró el pómulo. Quedó inconsciente el peón, abatido sobre la tierra emborronada de pisadas. Al otro, que ya se le venía encima, se lo quitó de en medio con destreza, girando talones y tirándole una descarga diagonal de abajo arriba que le abrió un corte en medio de la cara y le dejó la nariz colgando. El tipo se llevó una mano al estropicio entre alaridos y trastabilló hacia atrás. No era la primera vez que Lope García se batía con más de uno al mismo tiempo. Y estos se habían jugado el alma y las tripas con el cabeza de linaje más importante de Portugalete. Mala elección para una pelea armada.

La otra disputa tenía peores visos a su derecha, a cierta distancia. Demasiada cuando se acuchilla a la velocidad de un rayo. Vio que su hombre se veía muy comprometido peleando contra los dos hidalgos de La Pedriza y el peón, intentando proteger al muchacho con rápidos agarres y golpes de las cuchilladas que los amenazaban. El mozo, apoyado contra la muralla, había perdido el aire por su fragilidad y el miedo. Respiraba a silbidos, medio encorvado, con la muleta bajo el brazo derecho y la mano libre en el pecho. A los *jauntxos* la bebida y el odio les habían infundido arrestos. Pero el exceso de ambos no les dejaba medir. Sus golpes iban irreflexivos y se perdían en el aire. Eso había dado opciones al chaparro, que reñía con mucho aplomo y ya había refrenado al peón de una veloz patada en las turmas, y se había deshecho del *jauntxo* de rojo, parando con la zurda una acometida con daga damasquinada que le iba de frente al pecho, trabando y girándole el brazo para luego partírselo con el hombro como apoyo. La violencia de la acción y el chillido del infeliz habían hecho que el otro se quedase paralizado, con su daga bailoteándole en el puño al ver el brazo de su hermano hecho añicos y cayendo de rodillas. Bravucón de lengua con varias jarras de sidra encima y el orgullo del apellido en los gestos, se mostraba indeciso para acometer, una vez metido en brega de hierros.

Pero el chaparro había perdido la posición defensiva sobre el muchacho, mientras

el peón se recuperaba de la patada en los testículos y escupía juramentos de muerte entre las barbujas. Y ya miraba al de la muleta.

Lope García sintió que se le contraían las tripas al verse sin tiempo para evitar la tragedia. Iba certera la cuchillada del peón a las costillas del muchacho, mas no llegó a tocarlo. Un garrotazo de incierta procedencia desde un costado le cascó el antebrazo y el cuchillo saltó de la mano. El tipo berreó y dio un paso atrás. Una de las púas de hierro del garrote se le había incrustado entre los huesos. Quien lo sujetaba tironeó de él. El otro chillaba como si le estuviesen sacando los intestinos. Siguió tironeando hasta que logró liberar el clavo. El herido se miraba el destrozo con los ojos fuera de sí. Agarró el borde de la capa y tapó el boquete por el que le chorreaba sangre a espuestas. El chaparro le hizo caer de dos tremendos bofetones.

Los *jauntxos* se habían desentendido de la pelea y corrían calle arriba. Tuvieron suerte de desaparecer colándose por una huertecilla entre casas justo cuando aparecían a la carrera desde arriba varios hombres de pelea salazariegos, bien armados con chuzos y ballestas.

El chaparro le había echado un brazo al cuerpo al muchacho y lo ayudaba a acercarse hasta donde se encontraba Lope García.

—Que el alcalde haga sus justicias —mandó el de San Martín mientras miraba de reojo al que los había ayudado.

Los peones salazariegos agarraron a los de La Pedriza y los sometieron a un torbellino de escupitajos y bofetadas, forzándolos a levantarse con otro de patadas. Después se los llevaron engrilletados por la ronda.

Enfundó Lope la bastarda y se acomodó la ropa. Sudoroso, se volvió hacia el de la muleta. Tomó al muchacho por la barbilla y afirmó con la cabeza.

—Enseguida volvemos a casa —le dijo.

El mozo intentó sonreír, aún jadeante entre silbidos.

En un Portugalete detenido por el frenesí de la riña, poco a poco volvía a escucharse el rumor de actividad del puerto al otro lado del muro. Recobrada la calma, los astilleros y los tinglados volvieron a borbotear de trabajo. Intramuros, los artesanos volvían a abrir las puertas de sus casas. Una gaviota canturreó triste.

Lope estudió al del garrote. Estaba algo más allá, en la embocadura de la ronda. Un tipo con una rudimentaria porra ferrada con clavos en un extremo. Resollaba y mantenía prieta el arma entre los dedos. Vestía a lo pobre, un raído capote de barragán negro; la cabeza, inclinada hacia su izquierda, quedaba envuelta en la capucha triangular de la prenda. Las amplias alas le caían a los lados derramándole sombras sobre el rostro, un abismo en el que apenas se insinuaban unos ojos fríos, muy fijos en el banderizo.

Alguna gente se acercaba a los reñidores, haciéndoles corro a cierta distancia, con esa curiosidad morbosa propia de las gentes ante la violencia.

Lope García hizo un gesto con la mano ensortijada al del garrote.

—Tú, ven aquí.

El individuo no se movió del sitio. Ni aflojaba la presión de los dedos en torno a la porra, que le colgaba de la diestra. De una de las púas aún goteaba sangre. Tenía el cuerpo rígido, un poco ladeado, con un pie mirando hacia la izquierda, como si amagara marcharse. Los hombros subían y bajaban rápidos por la respiración.

El salazariego torció el gesto.

—Que te acerques he dicho.

El otro siguió igual, el rostro nebuloso bajo la capucha. Lope García emitió un suspiro rumoroso.

—¿Eres sordo? —insistió.

Al fin, las abarcas que calzaba el encapuchado se despegaron de la tierra. Un paso. Luego otro. Los dos lentos, muy medidos.

—Quítate eso. —El preboste hizo un gesto con el mentón hacia la capucha—. Quiero saber quién se mete en riñas ajenas.

Con el garrote aún prieto bajo el puño, tomó la caperuza con el pulgar y el índice de la zurda. Dos dedos largos, nudosos como ramas, descubrieron el rostro del hombre.

Lope García de Salazar pudo ver la cara de quien había socorrido al muchacho. Un individuo de unos treinta años con la piel pálida como el invierno; los rasgos, muy marcados, esculpidos con ahínco por la delgadez; la barbilla y los pómulos afilados; los labios, dos filos muy alargados bajo una nariz puntiaguda; las cejas, tan prominentes que se curvaban al juntarse en el ceño; el pelo, un revuelto de mechones rubios como haces de paja mal trasquilados sobre la nuca. Los ojos eran de un azul gélido, casi blanquecino, alrededor de unas pupilas negras que seguían mirando al noble con la fijeza muerta de una culebra.

El banderizo frunció la boca tras detener su atención en una brecha terrible, un zarpazo abultado que reptaba como un gusano rugoso por entre el revoltijo de mechones desde la sien izquierda hasta morir sobre el párpado.

—Curioso recuerdo... —observó.

La sorna debió de hacer pensar al del garrote. Se le marcó un surco vertical, profundo como un tajo, en el entrecejo. En una cara adusta de gestos, aquella frente era lo único que parecía tener vida.

—Además de sordo, ¿también eres mudo?

Dos hombres de armas que permanecían allí cuchichearon al oído, como haciendo risas.

—Será retrasado —comentó el que llevaba ballesta.

Las pupilas del aludido, afiladas como puntas de lanza, lo acuchillaron.

—¿Cómo te llamas? —intervino Lope en medio de la tensión.

Sin apartar la vista del peón, el del garrote entreabrió los labios y dejó ver unos dientes amarillentos. Tenía un incisivo de arriba partido en diagonal. La rotura lo hacía parecer un colmillo en medio de la boca, por cuyo hueco asomó la punta de la lengua, rojiza y húmeda, como olisqueando el aire. Aquella boca ancha, aquella

lengua, aquel falso colmillo recordaban a una serpiente.

—Juan Pagoeta —anunció.

Su voz era seca, un susurro áspero. Encajaba bien en su aspecto.

—Se te ve bravo. —El preboste seguía estudiándolo.

Tenía frente a sí un cuerpo espigado. Bajo el capote se intuían hombros amplios que le conferían un halo de elegancia.

El noble se acercó hasta él. Quedaron los dos hombres frente a frente. Levantó la diestra hasta el pecho y calibró la estatura del otro.

—Y no andas nada mal de altura —constató.

Apuntó Lope una sonrisa, muy comedida. El de la brecha seguía sin aliviar la presión sobre el garrote. La mano del banderizo se hizo puño y regresó a la cadera.

—¿Tú sabes quién soy yo?

Pagoeta echó un rápido vistazo a los borceguíes claros, a las calzas bermejas, a la ropa corta negra.

—Un *jauna* de los importantes.

—Así es, señor del valle de Somorrostro.

Lope García de Salazar era el IV señor del solar de San Martín de Muñatones y del valle que había mencionado. Su casa estaba considerada entre las mejores de Las Encartaciones de Vizcaya. Cabeza del bando oñacino en territorio encartado. Mas la posición de quien hablaba no le quitó el gesto rígido a aquel sujeto.

—Y ese muchacho al que has salvado es mi hijo Aritz. —Y agradeció la intervención con una leve inclinación de cabeza.

El tal Pagoeta desvió la atención para observar al muchacho. Enjuto de carnes, tenía la piernecilla derecha atrofiada, un poco más corta que la izquierda, y una fuerte deformación a la altura de la rodilla que se la arqueaba hacia el interior, haciéndola casi rozar con la sana. Su indefensión era evidente.

—Con esa cara tan blancucha —continuó el banderizo— y ese pelo tan rubio diría que eres descendiente del mismísimo Jaun Zuria.

Tampoco la referencia al primer señor de Vizcaya le provocó expresión alguna. Todo su vigor físico se concentraba en aquellos ojos de reptil, de un azul helador, fijos como estacas en el rostro del noble.

—¿Y quién es ese? —preguntó Pagoeta.

La ligera sonrisa, que no se había desvanecido entre las barbas de Lope García, se acentuó. Explicó quién era Jaun Zuria, el señor Blanco, al que decían descendiente del rey de Escocia, cuya hija desembarcó en Mundaka allá por el siglo noveno. En aquella población costera el diablo Vizcaíno Culebro la dejó preñada. Al hijo parido, de tan blanca que era su piel y rubio su cabello, lo llamaron don Zuria. Y con él tomaron forma los territorios vizcaínos.

—Verdades —decidió añadir—, leyendas que descubrirías en los libros si leer supieras. —Lope García examinaba de nuevo la aparatosa brecha—. Aún no me has dicho cómo te hiciste eso.

Juan Pagoeta apartó la mirada y paladeó la respuesta entre los dientes, como sumido en recuerdos:

—Los caminos de Vizcaya no son seguros.

Las palabras le salían a rastras, graves. Un tono arisco igual que el granizo al golpear la tierra.

Se interrumpió la conversación al escucharse pasos a la carrera. Dos alguaciles del regimiento llegaban desde el extremo de la ronda. El banderizo les frenó el trote con un gesto de la mano ensortijada y los responsables oficiales del orden se detuvieron junto a una vieja acémila de pelo gris cargada de fardos que soltó un rebuzno al verlos a su lado. Lope la señaló con la barbilla.

—¿Es tuya? —se interesó.

Asintió con un gesto el de la cicatriz.

—¿Qué vendes?

A Juan Pagoeta le trepó un rubor por las mejillas, dos manchas rojizas bajo los pómulos que lo forzaron a bajar la vista.

—De todo —respondió con voz desinflada. Esta vez a sus ojos les costó volver a mirar el rostro del noble, el fulgor del señorío en sus ropas.

—¿Acaso te avergüenzas? —quiso saber el banderizo.

—¿Debería?

—Has salido respondón.

—Habéis preguntado.

El chaparro barbudo observaba muy serio al *jauna*, como si no le agradase ver que su media sonrisa adquiría intensidad. Tampoco el hijo quitaba ojo a su padre. De nuevo guarnecido por sus anchas espaldas, por sus extremidades poderosas que habían sido distribuidas con acierto guerrero por natura. Tragaba saliva, el gesto prieto aún de miedo.

—¿De dónde vienes? —continuó interrogando Lope García.

—De Sopena.

—Un soportano que se mete a ciegas en asuntos portugalujos. ¿Por qué?

Hubo un silencio salpicado de canto agudo de gaviota. Sobre su planeo circular, la gruesa maraña de nubes engarzadas escupía las primeras chispas de agua. El aroma de la tierra al humedecerse se apoderaba del aire mezclándose con el olor pegajoso de la brea que empleaban los calafates en los astilleros, al otro lado del muro.

—Quién sabe...

—¿Para morir?

Quedó sin respuesta la pregunta.

La mano izquierda de Lope García abandonó el pomo de la bastarda y sus dedos fueron a entrelazarse entre las barbas. La otra permanecía, hecha un puño, sobre la cadera. Estuvo así unos momentos, que al vendedor le hicieron torcer, casi imperceptible, los labios.

—Irás a mi casa dentro de dos noches —dijo el preboste al fin, y señaló con la

cabeza arriba de la calle—. Quiero hablar contigo.

Retiró la sonrisa y se volvió hacia los suyos. Juan Pagoeta los vio marchar calle del Medio arriba. Se echó de nuevo la capucha sobre la cabeza; las chispas de lluvia se volvían puntas cortantes, tornaban barro la tierra, ralentizaban el paso de los que, liberados ya del miedo, se atrevían a entrar y salir de la villa por el Portal de la Vena.

El altercado alteró los ánimos entre los portugalujos. Hacía tiempo que no se producía una riña tan severa con los Salazares, y menos aún con su pariente mayor. Y los rostros de las gentes se fueron frunciendo de dudas y temores. Las habladurías pronto se volvieron un murmullo constante en torno a un posible aumento de la violencia en la villa. También se decía que aquel ataque de La Pedriza venía favorecido por algo más que el exceso de bebida y el empuje de la mocedad. Buenas monedas debían de haberlo amparado. Muchos dineros procedentes de Juana de Butrón, aseguraban algunos. La esposa de Lope García, con quien había contraído nupcias mediante acuerdo matrimonial firmado por sus respectivos padres. Igual que comentaban su desdén hacia Aritz, un hijo bastardo de Lope tenido con su manceba Mencía antes de casarse. Igual que otros aseguraban saber de los menosprecios a los que sometía a su esposo en encuentros y celebraciones, criticando supuestas incapacidades y defectos del preboste. Incluso se insinuaba en las tabernas, entre potes de sidra, vino blanco y juegos de naipes y dados, que alguno de La Pedriza se relamía al observarla, y que a ella se le encendían los andares y se le encogía el hociquillo de satisfacción al verse deseada por algún miembro del linaje rival al de Salazar.

La única realidad segura que en aquellos días podía constatarse es que Juana se encontraba en Portugalete. Y nadie sospechó que sufriera angustia alguna ante el ataque sufrido por su esposo. De hecho, dos días después del altercado, doña Juana de Butrón, a la que decían *la Brava*, aprovechando una ausencia de aquel por cuestiones de prebostazgo, mandaba redactar al escribano que acostumbraba a servirla:

Muy alto, católico y muy poderoso rey, nuestro señor:

Crea vuestra alteza que más querría yo morir que darle enojo. Pero lo que oigo decir y, lo que es peor, hacer a mi esposo don Lope García de Salazar y Muñatones me impone cumplir con mi obligación de ponerlos al corriente de cuanto aquí se dice y acontece, por el bien y la paz de todas las tierras de vuestro reino, que en mi condición estoy obligada a hacer guardar, que estando la casa de Butrón, a la que con orgullo pertenezco, emparentada con la vuestra, ninguna otra cosa cabe esperar de mi persona. Mal ninguno deseo a mi esposo, pero menos aún a este vuestro señorío de Vizcaya. He podido saber que alberga intención de hacer cuanto daño pudiere a vuestro leal vasallo don Pedro Fernández de Velasco, que con mucha grandeza os sirve. No esconde tan belicoso ánimo ante nadie. Tal es su odio. Falso es, por lo tanto, cualquier intento de tregua en que pueda parecer interesado pues sus



palabras lo contradicen. Mas como rey la duda que las mías os produzcan estará bien justificada. Mi esposo os ha aportado sus lanzas cuando le han sido requeridas, y justo es que tenga la merced de vuestro reparo y buen juicio. Por eso suplico de vuestra alteza que examine y mande ver y examinar la carta que a esta adjunto, para mi pena, desgracia y vergüenza descubierta entre los pliegos desechados por mi esposo, dirigida a uno de sus atreguados. Cuanto en ella se expone sugiere esto que aquí sostengo...

Y tras cerrar la misiva, haciendo nueva mención al orgullo de estar la casa de Butrón emparentada con la de Trastámara, observó cómo el escribano untaba cálamo y comenzaba a escribir con la maestría que le proporcionaba su oficio vigorosos trazos que recordaban a los de Lope García...

... que habiendo en el reino este monarca tan gozoso de la caza, las artes y las celebraciones allá en Segovia y tan poco de los asuntos de gobierno, hemos de aprovechar semejante debilidad en nuestro favor. Por eso habéis de ayuntaros con vuestros parciales del valle y que no pase día en que sepa yo que vos dais descanso de guerra a nuestros enemigos naturales. Haced cuanto daño podáis a los atreguados de la casa de Velasco y quienes los siguen, que yo habré de hacer lo propio contra sus parciales marroquines de Castro y Sámano. No dudéis y cumplid lo que os mando, que este rey no se entrometerá. Mas en el caso de hacerlo a través del corregidor o alcalde de corte, serán recibidos con la misma fuerza y desprecio que si mandara tropa el mismo Pedro Fernández de Velasco...

No le fue fácil al amanuense transmitir al pergamino cuanto Juana *la Brava* le iba dictando. Cada pocas palabras se le escapaba un resoplido de temor. Cerró los ojos y estrechó los labios cuando tuvo que finalizar con la firma de Lope García de Salazar, trazada con tal destreza que nadie hubiera sabido de la mano falsa que la escribía. Reiteró la Brava su amenaza al escribano; si le contaba a alguien lo que le acababa de exigir, si la delataba, no tardaría alguno de su familia en soportar el peor de los castigos.

—Es hora de arruinar la vida a mi esposo... —fueron sus últimas palabras, pronunciadas en soledad.

Aquel mismo día las misivas fueron despachadas, una dentro de la otra, con cera sellada con el escudo de Butrón, hacia el alcázar de Segovia, donde el rey Juan habría de recibirlas.

## El encuentro de Lutzana

**D**uerme Portugalete. Su perfil inclinado sobre áspera pendiente se recorta contra el cielo nocturno plateado de luna llena. Es villa sometida en su disposición al capricho de la naturaleza. Los tejados de las casas caen en larga cascada que va a morir a la ribera del abra, allí donde comienza el mar y solo media entre la población y las aguas una pequeña playa, que es el astillero. La luna, enorme y baja, ilumina los tinglados del puerto, esboza unos bateles amarrados en los muelles, siluetea algunas embarcaciones de mayor porte. La túnica de su luz cincela la muralla, cinturón anaranjado de fuegos que envuelve sus empinadas calles y estrechos cantones. Es Portugalete un ascua penumbrosa, una pequeña mancha urbana en la inmensidad rural de la campiña.

La torre armera de Lope García de Salazar se levanta en el campo de la iglesia de Santa María, arriba de la calle del mismo nombre, destacando sobre las demás casas-fuertes de los linajes de Portugalete. Desde allí se domina ría y caserío. Protegida por una cerca, a su alrededor se extienden sus heredades salpicadas de manzanos.

En el piso residencial, Lope García mordisqueaba la cola de una sardina rebozada. Una buena pieza cuya cabecilla muerta se veía minúscula entre el pulgar y el índice. La echó sobre la montonera que acumulaba en un plato de cerámica y se limpió la grasilla de los dedos con el paño de mano que colgaba del mantel.

El jefe de la casa de Salazar se reclinó sobre el respaldo del banco y dejó escapar un aire entre los dientes, el mohín satisfecho.

—Sardinas de Santurce —dijo.

Hablaba a Fernando de Muñatones, pariente suyo por ser de los Muñatones de Portugalete, sentado frente a él. Hombre de confianza y teniente de preboste cuando Lope García se ausentaba de la villa. Rondaba, como su señor, los cuarenta y cinco años, mas era muy contrario de cuerpo. Escasa estatura y cierto grosor de formas, todo en él destilaba un aire elegante y cortesano.

—Las mejores —apuntó.

Se habían dicho pocas palabras durante la cena. Cada bocado, cada trago de sidra habían sido minuciosamente paladeados al mismo tiempo que sus ojos saltaban de las viandas a las misivas enviadas por Juana de Butrón al rey. Allí estaban, a un lado, alumbradas sus mentiras por un candelabro de tres brazos. Pero ahora, sin nada ya que llevarse a la boca, sumidos en un denso silencio, la atención se centraba solo en ellas.

Lope García las tomó y releyó algunas frases. Volvió a alterársele la respiración,

igual que cuando su informador se las había traído, tras interceptar al jinete cerca de Portugalete. Fernando de Muñatones estudió el semblante duro del pariente mayor, que ya hacía ademán de hablar.

—En esta casa nada sucede sin que yo me entere —dijo—. Juana se debe de pensar que mis obligaciones de preboste me desentienden del resto.

—Juana, *la Brava*... Mujer de sangre caliente, como tú. Mala combinación.

—Quiere perjudicarme como sea.

Muñatones asintió con la cabeza, se rascó los mofletes, generosos y bien rasurados. Había sido casarse Lope y comenzar las críticas y las faltas de respeto público. Pero fue al llegar los insultos a su hijo Aritz, el menosprecio a sus debilidades físicas, la burla a su bastardía, fue al comprobar cómo utilizaba la humillación constante contra su hijo para hacerle daño a través de él, cuando la relación se desplomó. Había tolerado la ofensa personal, al menos por respetar el acuerdo de matrimonio, pero no la toleraba contra su hijo, que ninguna culpa tenía. Su madre, una manceba llamada Mencía, de la que se murmuraba que no era forzada a entrar en cama, era también testigo de tales desprecios, sufridos en silencio, ante los que nada podía hacer.

—¿Tomarás represalias? —preguntó el teniente de preboste.

—No.

—¿No?

—De hecho, le he ordenado que abandone Portugalete y no vuelva hasta que se le aclaren las ideas. Marchará a casa de su hermano, a ver si se espabila.

—¿A casa de Gómez?

La expresión rolliza de Muñatones adquirió un matiz de desaprobación. Apuró su copa. Un trago sonoro, ansioso. Los ojillos, achispados por la bebida, brillantes. Se atusó con la diestra la mullida cabellera color ceniza que le llegaba hasta la nuca. Lope se inclinó para dirigirse a él:

—Sí, Gómez González de Butrón. ¿Qué sucede?

—Ya sabes qué sucede.

—Habla claro.

El rostro de Lope García se endureció. Su gran estatura parecía reducir aún más la del otro. El hombre de confianza cruzó los brazos sobre la mesa y abrió los labios como dudando si hablar. Bajó la mirada y se llevó la copa hasta la nariz, pequeña y redondeada. La arrugó al olisquear el caldo.

—Es nuestro mayor aliado —dijo.

—¿Y?

—Que no podemos arriesgarnos a tensar relaciones con él.

—¿Y por qué íbamos a tensarlas?

—Vamos, Lope...

—¿Vamos?

—Vuestra manceba.

—¿Qué le pasa?

La pregunta debió de ofender a Muñatones, que desvió la vista a uno de los cirios fijados a la jácena que atravesaba la torre por el centro. Tamborileó sobre el mantel mientras negaba con la cabeza.

—Tu esposa y ella. Mal asunto.

Lope apretó mandíbulas. Escrutaba con semblante grave a su hombre de confianza. Al muñatoniego los rasgos se le veían pesados por efecto del caldo, pero las palabras salían rotundas de su boquilla.

—Para ser amigo mío me apuñalas donde menos debes —le recriminó Lope, y se pasó una mano crispada por la alcandora.

—Lo hago cuando te considero errado.

—¿Errado?

—Escúchame, Lope... Irritar a Juana no es prudente. Es la hermana de Gómez. La has mandado a su casa y le calentará la cabeza, estoy seguro. Debes tener cuidado.

El preboste soltó una risotada. Se inclinó para tomar su copa y dio un tiento a la sidra, dudó un instante y la remató de golpe. Luego miró a Fernando con aire feroz. El muñatoniego se rascaba una mancha en el fino jubón azul.

—¿Cuidado yo?

—Sí, cuidado. La respuesta de Fernández de Velasco a nuestra propuesta de tregua ha sido bien clara y no nos conviene pendencias con los nuestros.

—Respuesta por la que el muy cochino pagará.

—Pues pongamos de nuestra parte para que así sea. —Muñatones retiró la copa y cruzó los brazos sobre la barriga.

Deslizó Lope García las yemas de los dedos alrededor del rubí del anillo, su vista perdida en alguna suerte de reflexión.

—Basta, no bebas más —ordenó. Se puso en pie y retiró el banco con un empujón. Las patas carraspearon sobre el tablado. Su colosal sombra se alargó sobre Fernando de Muñatones, que volvía a iniciar además de hablar:

—No se trata de bebida, sino de nuestros intereses.

—¡He dicho basta! —Lope García golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo tintinear la vajilla. Su tono rudo no admitía nuevos argumentos.

Al muñatoniego no se le alteró el ánimo. Asintió con un fruncido de barbilla, el mohín entre comprensivo y sumiso. Había confianza.

—¿Crees que ella tuvo algo que ver con lo de La Pedriza? —preguntó Muñatones.

—Quién sabe. De esa mujer se puede esperar cualquier cosa.

Desviar la conversación aquietó las formas.

—Y el tipo ese de la brecha —continuó Muñatones—, un tanto raro según me han contado.

—Se jugó una cuchillada sin irle nada en la riña. Gente brava, supongo.

—Quizás no sea más que un loco. Es lo que cuchichea la tropa, que algo no le

funciona bien ahí arriba. —Se apuntaba el teniente de preboste a la frente con el índice.

—Puede. —Media sonrisa asomó entre las barbas de Lope García—. Un loco con los cojones muy en su sitio. Tuvo agallas.

Muñatones advirtió el gesto y meneó un poco la cabeza.

—Tuviste suerte de que interviniera —sugirió.

—¿Suerte? —Alzó el mentón el cabeza de linaje—. Yo solo me basto para destripar a esos perros.

—Ya lo imagino.

—La duda me ofendería.

—No son más que hijosdalgos de baja estofa.

—Comerciantes de ceniza demasiado orgullosos.

—Unos hijos de dos putas.

—Por lo menos.

Quedó en suspenso la charla, interrumpida por la solicitud de entrada de uno de los informadores del preboste. Se abrió una puerta del tabique de madera que separaba de parte a parte el amplio salón de las otras estancias del piso residencial. Al tipo, de pelo largo y cara cuarteada, lo acompañaba un balletero de la torre con su arma al hombro.

Lope García se había vuelto hacia ellos y apoyaba un puño sobre la cadera.

—Habla —mandó.

—Hay movimiento de gente armada en Balmaseda.

—¿Cuántos?

—Unos cien de a pie y veinte de a caballo.

La expresión de Lope adoptó un matiz de reflexión estratégica. Se frotaba, instintivo, las yemas de los dedos. Estudiaba ahora, sin aparente atención, el escudo blasonado de trece estrellas doradas sobre fondo bermejo que decoraba una de las paredes: las armas de la casa de Salazar.

—Este Fernández de Velasco... —alcanzó a pronunciar su nombre entre dientes.



Pedro Fernández de Velasco alzó la vista al cielo emplomado de nubes.

—¿Es que aquí nunca sale el sol?

Fernando de Velasco de Mena, su pariente de Balmaseda, negó con la cabeza. Observaba las densas hilachas de neblina que se derramaban por las laderas de los montes asfixiando el paisaje.

—Ya sabes que esta es tierra fragosa en todos los sentidos.

Al paso de la columna de caballeros, tropa de a pie y carros avanzando por la

calzada, las gentes que se cruzaban con ellos cuchicheaban en vascuence y observaban con miradas huidizas la larga comitiva. Cerca de un centenar de hombres. Un largo séquito propio de la alta nobleza que había dado un rodeo por Bilbao para evitar entrar en territorio bajo dominio salazariago sin mermar por ello la ostentación de lanzas, ballestas y corazas con la que habían atravesado Vizcaya. Venía el conde de Haro con gente de Medina de Pomar unida a la de Balmaseda. Llevado a su lado por un jinete, los cuadros azules y dorados del estandarte velasquino destacaban en el gris abrupto del señorío.

—Aquí hasta cuesta respirar.

Se volvía a quejar Pedro Fernández cuando al poco los velasquinos pudieron ver que en la margen contraria asomaban las torres de Lutzana, levantadas en tierra de Barakaldo. Los pendones de la casa de Ayala, linaje muy poderoso adherido al bando oñacino, flameaban sobre los muros con sus dos lobos negros sobre fondo plateado.

El de Balmaseda afirmó con la cabeza.

—Las más impresionantes de Vizcaya —consideró.

—No están mal —concedió el conde con cierta desgana.

—Aunque no puedan compararse con vuestro alcázar de Medina.

Pedro Fernández levantó las cejas, altivo, aprobando la observación.

Se acercaban a un auténtico castillo, una imponente construcción militar muy superior a la mayoría de las casas-fuertes del territorio. Dos enormes torres cuadradas de tres alturas unidas por un pasadizo elevado, hundidos sus cimientos en las aguas del Nervión, a dos leguas de Bilbao.

El barquero de la torre fue cruzando a Pedro Fernández de Velasco, sus principales y escuderos en el bote que unía ambas riberas. Mandó el conde de Haro que los entrasen por la puerta de tierra. Que todos supiesen quién los visitaba.

Al verlos entrar en el patio de armas, cuantos caballeros y vasallos allí habitaban rumiaron acerca de lo completo del equipamiento de combate y la numerosa tropa traída para un simple encuentro. Era la reacción natural al ver que uno de los jefes más importantes del bando gamboíno entraba en su casa con andares arrogantes.

Pedro López de Ayala, asomado a uno de los vanos de la amplia ventana geminada del salón de la torre principal, contemplaba los dos bateles que se cruzaban delante de él. La ubicación de sus torres le permitía un control absoluto del comercio terrestre y del tráfico de navíos que bajaban y remontaban la ría, con la villa de Bilbao como salida o destino. Más allá, flotaba en el aire el repiqueteo del rumor de madera de los astilleros de Zorroza, la mayor atarazana desde allí hasta el abra.

Un golpe de viento salitroso le agitó el tabardo cuando dio permiso para abrir la puerta al sirviente que desde el otro lado avisaba de la llegada de Fernández de Velasco. Ayala se observó con aire ausente el anillo con ámbar que engalanaba su mano izquierda. Luego se volvió.



—Conde —saludó.

—Ya hace bastante que nos vimos por última vez.

Pedro Fernández se quitó los guantes de gamuza y el capirote de rollo y los depositó sobre la mesa. Dos copas de plata y una jarra sobre salvilla resplandecían junto a un candelabro. Se atusó el cabello y se dejó caer sobre una silla de caderas con respaldo. Desparramó los brazos a los lados y las piernas sobre un escabel, el gesto cansado.

Ayala se quedó mirando al hombre cuyo poderío no parecía corresponderse con su aspecto físico y sus ademanes. Vio que se rascaba el pecho, indiferente. Así, entregado al descanso, aún se le notaba más el cuello ladeado. El conde de Haro le devolvió la mirada con notorio estrabismo. Daba la impresión de no fijarse en él, sino en algún punto por detrás de su anfitrión. Mas a pesar de sus taras presentaba un aire digno, siempre con la barbilla alzada y el gesto prieto, como de mucha solemnidad.

Debió de notar Velasco que López de Ayala estudiaba el defecto de sus ojos. Se arrellanó en la silla y carraspeó antes de hablar:

—¿No vas a agasajar a tu invitado? —sugirió.

—Por supuesto.

Hizo Ayala un gesto con la mano para invitarlo a beber de una de las copas, ya regadas con el mejor vino blanco de sus bodegas. Su delgada figura de pelo corto entrecano y perilla, que lo hacían parecer mayor de lo que era, se acercó a la mesa, recortada su silueta por el contraluz de la ventana.

El velasquino examinó con atención el líquido claro que llenaba su copa. Probó un sorbo y frunció los labios, satisfecho. Luego levantó la vista hacia el anfitrión.

—Ya dirás qué puedo hacer por ti.

Tomó Ayala asiento en un banco al lado de la mesa. Se acercó su copa y agitó el vino. Entreabrió levemente los labios antes de pronunciarse:

—Quiero tu ayuda contra García de Salazar —expuso sin mirarlo.

—¿Aún te jode lo del patronazgo? —Sonó muy socarrón Pedro Fernández. Una sonrisa se ensanchó en su rostro distinguido.

—Aún.

—Te quitó el control del monasterio de San Vicente de forma legal.

—Sabes que hubo trampas.

—Siempre las hay.

—Ese patronazgo me correspondía por derecho hereditario. —Ayala se golpeó el muslo.

—Eso da igual.

—A mí no me da igual. Fue una traición a nuestras treguas. Somos del mismo bando.

—¿Traición? ¿Bando? —Levantó el conde las cejas, el aire burlón, y se señaló con ambas manos—. ¿Jamás has pactado con un gamboíno?

Ayala desvió la mirada.

—Aunque tengas razón —adujo—, no puedo tolerar que se meta en mi señorío y me robe a la cara.

—En eso estoy de acuerdo. Pero debiste enfrentarte a él desde el principio.

—Me pudo la prudencia.

—El miedo querrás decir.

La mención al miedo hizo que a Pedro López de Ayala se le arrugara la expresión.

—Si me hubieras ofrecido tu ayuda entonces... —objetó.

—Tampoco la pediste. —Estrujó la boca Pedro Fernández de Velasco y perdió de pronto la noción de la charla—. ¿No tienes más de esto?

Se había bebido el vino en dos tragos y observaba muy atento el interior de la copa, con el aire pueril y afectado de un chiquillo que quiere más.

El anfitrión le sirvió de una jarra con tanto vigor que el chorro rebasó el borde y salpicó el mantel.

—Una bebida algo tosca pero de buen sabor —opinó Velasco tras paladear de nuevo.

—¿Y bien? —La voz de López de Ayala se escuchó impaciente.

—¿Y por qué me pides ayuda justo ahora?

—Lope García está ampliando y reforzando su torre de San Martín.

—Lo sé.

—Es una amenaza para mí, deja claro que tiene intención de seguir presionándome al otro lado de la ría.

—Sus intereses miran hacia Castro Urdiales.

—Puede, pero no es hombre de los que se conforme con lo que tiene.

—Pues desafíale a pelea —sonrió el conde de Haro, guasón—. Que vea que no te tiembla el pulso.

—¿Y abrir un enfrentamiento directo? Demasiado riesgo.

—Y prefieres que lo asuma yo. —Meneó Velasco la cabeza, negativo.

—Apoyas a los marroquines contra él —insistía Ayala.

—Son mis aliados naturales.

—Pero tienes tanto o más interés que yo en acabar con Lope García.

—Ahora no me interesa entrar de lleno en Vizcaya. Que sean los marroquines quienes me lleven la guerra.

—Los utilizas a conveniencia.

—Como intentas hacer tú conmigo.

—No es mi intención.

—Pero lo haces.

Quedaron callados. Ayala emitió un suspiro.

—Necesito que seas tú —requirió—. No podrá oponerse a tu poderío.

—No será bien visto por el rey.

—¿El rey te supone impedimento? —Ayala dejó entrever una sonrisa incrédula—. Para los grandes asuntos del reino te hace tanto o más caso que al condestable don

Álvaro de Luna.

—Tú lo has dicho, para los grandes asuntos. Mi ejército sirve para tal fin, no para reyertas de vecindario.

—¿Reyertas de vecindario?

—Aragoneses y navarros son la auténtica amenaza para la Corona. Esto que me pides deberías solucionarlo tú mismo.

A Pedro López de Ayala se le abrió la boca. Quedó en suspenso, como rumiando las palabras que debía pronunciar.

—De modo que actúas... con prudencia —observó al fin. Lo dijo menguando las palabras, espesas en la boca, casi sacrílegas.

El cuello del conde se ladeó hasta lo absurdo. Su mirada torcida pareció enderezarse y se quedó fija en Ayala. Sintió cómo una tensión le subía por la cara hasta turbarle el gesto. Notó el hervor de la sangre hinchándole la yugular.

Hubo un silencio largo. Ayala mantenía la apostura en el gesto pero rehuía centrar su atención en la cara al conde de Haro. Este bajó las piernas del escabel y se puso en pie, vigoroso.

—Lo que pides requeriría un gran esfuerzo en tropa y armamento —advirtió—. No te saldría barato.

—Te dicen hombre de buen entendimiento. Seguro que sabrás encontrar una fórmula beneficiosa para todos.

Pedro Fernández de Velasco anduvo hasta la ventana. Asomó un poco la cabeza. El aire fresco del incipiente otoño cargado de aromas húmedos le aplacó los calores del rostro. Al otro lado de la ría sus huestes se habían dividido en pequeños grupos entre los que humeaban algunos pucheros puestos al fuego. Se volvió hacia el interior. Sus ojos comenzaron a merodear por el amplio salón como dos moscas nerviosas. Evaluaban la puerta de roble con marco, las entablaciones de madera de castaño para el suelo, el techo artesonado decorado con ricos colores... Ayala se pasó los dedos por el bigote, despacio, hasta llegar a la perilla. Allí los dejó, un codo sobre la mesa.

—¿Cuánto quieres? —preguntó.

—Mi aportación te costará nueve mil doblas castellanas.

El precio impuesto por Pedro Fernández hizo que a Ayala se le descoyuntara la mandíbula y le echaran chispas los ojos. Aquel era casi la mitad del valor que había costado levantar las torres en las que se encontraban.

—Necesitaré plazos para tal pago.

—A cambio —Velasco continuaba imponiendo condiciones con mucha serenidad en el tono mientras se examinaba la uña mal cortada de un pulgar—, contarás con suficientes soldados y armas, ya sea para defender tus posesiones o atacar las suyas.

—Quiero hasta doscientas lanzas.

—Unos dos mil hombres..., me parece bien —afirmó Ayala con la cabeza, como aprobando el cálculo del conde, que levantaba la mano para hacerle ver que aún no

había terminado—. Y además me cederás por un tiempo el gobierno de estas torres.

—¿Ceder?

—Será tu garantía de pago. Una vez satisfechos los plazos, te las devolveré.

Al principio a López de Ayala se le elevó una sonrisa tímida entre bigote y perilla. Luego el gesto se le fue comprimiendo.

—No.

—¿No?

—Eres demasiado ambicioso.

—¿Demasiado ambicioso?

—Ésta es mi más preciada posesión. No pienso ceder su control.

—Teniendo en cuenta que te falta coraje para plantar cara a García de Salazar, él te acabará saliendo mucho más caro que yo. Para empezar, ya se queda con tus rentas del monasterio...

El jefe de la casa de Ayala hizo nuevo ademán de queja, pero no encontró réplica. Liberó la tensión cerrando el puño sobre la mesa.

—No tienes por qué aceptar mis condiciones —siguió Velasco—. Pero si lo haces, todo irá firmado. Será tan legal que si en algo no cumplo podrás pleitear contra mí hasta desangrarme.

Ayala dejó que su vista se posara en la puerta de doble hoja que daba al pasadizo de acceso a la segunda torre. Su expresión iracunda se había desplomado ante la elocuente soberbia de uno de los hombres más poderosos del reino.

—Que redacten el acuerdo —aprobó al fin.

La estancia quedó en silencio. La voz del botero de la fortaleza se escuchó lejana berreando a otro que dejara paso libre a la barca del señor de Ayala. El repicar de los astilleros continuaba con rítmico trajín.

Pedro Fernández de Velasco volvió a su silla y apuró el vino de varios tragos. Dejó la copa sobre la mesa, entrelazó los dedos e hizo crujir los nudillos.

—Dejaré pasar el invierno —empezó a decir— y en primavera enviaré a mi lugarteniente Sánchez de Anuncibay a tomar alcaidía de la fortaleza. Con él te llegarán los primeros contingentes armados. Y Lope García de Salazar sabrá que contra la casa de Ayala no hay roces que valgan.

## Decisiones

Casi dos siglos haciéndose la guerra. Abriendo sus puertas las casas armeras, lanzando a sus vasallos unos contra otros. Linajes y bandos. Un conflicto extendido por Europa como una mugre que tiñe de tensiones campos, poblaciones y caminos.

Castilla necesita comercializar lana y hierro a los puertos europeos, y lo hace de forma segura a través de las villas. Los nobles vizcaínos, acostumbrados a aglutinar riquezas por la ley de la lanza y la ballesta, se ven forzados a convertirse en vendedores, en mercaderes, y a moderar sus costumbres. Al menos en apariencia. Porque no hay nada que arraigue más en la mentalidad de los hombres que las creencias, fuertes como las raíces de un roble que se agarra a la tierra. Por ello, aun con sus nuevos atavíos de comerciantes, recurren a lo que les resulta más habitual: la violencia y el poder del linaje. Compran y venden a precio de sangre en un mercado donde a menudo combaten la competencia a puñaladas, emboscadas y cercos; donde presionan al enemigo con la fuerza del hierro y, quien puede, con la de la artillería de pólvora, que comienza a socavar la autoridad protectora de la piedra.

Así se teje el estandarte del odio. Y al amparo de aquel, por razones de envidia y por demostrar quién vale más, llevan casi doscientos años levantando torres por todo el territorio vizcaíno, espacios pétreos que demuestran el orgullo del apellido y su poderío sobre la tierra en la que se asientan.

La casa de Salazar, del bando oñacino, domina el valle de Somorrostro, en el extremo occidental de Vizcaya. Es su zona natural de influencia. Desde el solar de San Martín de Muñatones irradia todo su poder, que por natura intenta expandirse por la costa para intentar controlar la cercana villa marinera de Castro Urdiales y su comarca. Esa población es importante puerto exportador de lana. Pero allí son fuertes los marroquines, linaje adherido al bando gamboíno, y el roce con ellos es inevitable.

La lucha se intuye larga desde el principio, siendo parejo el poderío de ambos contendientes. Ya son varias las generaciones enfrentadas, los parientes mayores que heredan el mando de sus casas y con ello sus rencores. Se suceden los combates, el odio se acrecienta y los juramentos de venganza manchan de guerra la campiña. El conflicto va más allá de Somorrostro y Castro, pues en realidad el principal escenario de las luchas es el valle de Sopena, frontero al sur con ambos territorios. La razón: Sopena es una de las rutas naturales de las mercancías que llegan procedentes de la meseta hacia los puertos de la costa. Quien gobierne allí mandará en el comercio.

Pero el verdadero enemigo de los Salazares está aún más al sur. Se encuentra en tierras burgalesas de la merindad de Castilla Vieja. Es la poderosa casa de Velasco.

Los primeros Salazares de aquellas tierras pronto entraron en disputa con ellos por el control de los accesos desde la meseta.

Tal es la preeminencia de los Velasco en la corte que muchos dicen que se trata del linaje más poderoso de todos los reinos peninsulares. Controlan extensas áreas de Castilla, villas y valles enteros están bajo su dominio. El control de Castro Urdiales y su comarca a través de los marroquines es casi absoluto. Es así, desde la distancia, como le hacen la guerra a las trece estrellas. Pero las armas salazariegas son enconadas en su determinación, lucen díscolas a pesar de que su poderío en rentas es minúsculo comparado con el de su adversario.

Don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, merino mayor de Castilla Vieja, capitán general de la Frontera de Navarra, camarero mayor del rey y miembro del Real Consejo. El auténtico enemigo de Lope García de Salazar.

Gentes mayores en un mundo plagado de gentes menores, sometidas las últimas al designio de las primeras.



Juan Pagoeta se palpó el antebrazo. Aún sentía bajo la piel punzadas agudas reflejo de la tensión de haber empuñado el garrote en el altercado de la calle del Medio. Se le veía muy rígido, sentado en un taburete bajo ante los restos de viandas diseminadas en plateles y salvillas por la mesa. Unas pocas sardinas rebozadas en harina, media hogaza de pan blanco, un cuenco con tres manzanas asadas en su interior... Masticaba y saboreaba despacio, con mucha atención, el último bocado de pan que se había llevado a la boca.

Frente a él, Lope García, los codos encima de la mesa, los dedos cruzados bajo el mentón y la curiosidad arrugada en los tres surcos de la frente, estudiaba la expresión gélida del vendedor. Los ojos de Pagoeta brillaban azulados a la luz de las pocas llamas encendidas; los de Lope, oscuros, relajados ante quien lo miraba con mucha fijeza.

—Hueles a putas y a bebida —fue lo primero que le espetó Lope García tras ofrecerle de yantar.

—He estado por ahí.

—¿No tienes familia?

—No.

El preboste achicó una sonrisilla austera que se le perfilaba entre las barbas. Las pupilas frías del soportano se deslizaron sobre los lujos del piso residencial; las piezas de la vajilla de plata situadas en un anaquel abierto de par en par, la jarra del mismo material sobre el mantel.

Dio Lope un tiento a su sidra. Paladeó. Luego jugueteó entre los dedos con una

cuenta de ámbar con inscripciones en árabe que acababa de tomar de la mesa. Parte de un botín de guerra ganado al moro por sus antepasados. Advirtió que el vendedor observaba la pieza.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó.

—Duelmo en posadas asquerosas. —Hizo una pausa Pagoeta. Asomó la punta de la lengua entre los labios, como batiendo el terreno—. Y ya veo cómo viven los que tienen dineros.

—¿Fue en un camino donde te hicieron eso?

Apuntó Lope con la barbilla a la aparatosa brecha. La marca destacaba a la luz temblorosa de los fuegos. El vendedor confirmó con una somera inclinación de cabeza.

—Eso es cosa de un arma —opinó Lope con aire de seguridad en su afirmación.

—Lo es.

—¿Cómo ocurrió?

—Un asalto.

—¿Robadores?

—Robadores.

Explicaba Pagoeta con voz menguada, como el que no acaba de contarle todo. Algo de esto debía de notar el banderizo, acostumbrado a lidiar con todo tipo de gentes y argumentos, pues fruncía un poco los labios con cada respuesta.

—Los detesto. —Meneó Lope la cabeza—. No encuentro injusticia más ruin, sobre todo contra los que no pueden defenderse.

—Yo no he dicho que no pudiera defenderme —objetó el soportano mirándolo con una fijeza que lo hizo parecer ofendido.

Al salazariago no le importunó el descaro. Muy al contrario, un esbozo de sonrisa volvía a luchar por elevarle los labios.

—Pues espero que los jodieras bien —aprobó.

—Salí vivo.

—Que no es poco.

—Supongo.

Emitió el banderizo un suspiro, como mostrando satisfacción ante lo que escuchaba.

—¿Dónde aprendiste a usar el garrote? Golpeaste hábil al que atacaba a mi hijo.

—Mi padre me enseñó.

—¿Luchó para alguna parcialidad?

—Para los Alcedo.

Dejó Lope su copa sobre la mesa y asintió con gravedad.

—Aliados nuestros en Sopena. —Volvió a examinar la cicatriz—. Tu oficio es peligroso. No creo que merezca la pena jugarse el cuello cada día para llevarte unas migajas a la boca y dormir en tugurios.

La incertidumbre se le marcó entre las cejas a Pagoeta. De nuevo la punta de la

lengua calibraba las palabras del noble en el aire aromatizado por los candiles. Se inclinó muy levemente al frente para hablar:

—No entiendo.

Lope García se pasó pulgar e índice por el bigote y luego los deslizó entre las barbas.

—Quiero que entres a formar parte de mi séquito armado.

El tono del noble había sido de mando, no de sugerencia. El soportano bajó la vista hacia el fondo casi vacío del pote que sujetaba entre ambas manos.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque tienes brío para pelear.

—Yo no sé de armas ni de bandos.

—No necesitas saber.

—Debo pensarlo.

—¿Pensarlo?

—Soy un hombre libre.

Lope soltó una carcajada fugaz.

—Se avecinan tiempos complicados también para los hombres libres —opuso.

—Eso he oído en la calle. La gente está nerviosa.

—Oyes bien. Y los caminos aún serán menos seguros. Aquí tendrás el mismo techo todas las noches.

Hablaba Lope con su tono grave; el vendedor, con voz arrastrada. Hubo un silencio para el tanteo de miradas. Pagoeta apuró el pote. Un trago lento, ruidoso.

—Hay gente con talentos ocultos —continuó el preboste.

—¿Qué talentos?

—A veces una simple actitud.

—¿Y cuál es la mía?

—Has puesto nerviosos a dos de mis hombres. Y a esos no les inquieta cualquiera. Esos matan por una mueca que entiendan ofensiva.

—¿Y?

—Eso vale mucho en la lucha. Medio combate se gana antes del inicio.

—Yo no tengo ese talento.

—He combatido desde mi mocedad —insistió el banderizo—. Sé quién lo tiene y quién no.

—He dicho que lo pensaré.

A Lope García se le endureció el gesto. Se echó sobre la mesa, los ojos abiertos como fauces, el puño diestro presionando la palma de la zurda.

—¿Un simple vendedor se lo tiene que pensar?

Le provocaba, quizás de forma inconsciente por su instinto guerrero, o puede que para sondear su actitud ante el mando. El rostro de Pagoeta quedó tan tenso que las dos manchas rojas que le subieron a los pómulos parecieron esculpidas con cincel, acentuándole el azul afilado de los ojos, acuchillando con saña el rostro del noble. La



brecha estremecida le tiraba de la sien.

Lope alzó la cabeza con semblante satisfecho tras advertir la ira del soportano.

—Ésa es la furia que quiero que pongas a mi servicio —aprobó—. La recompensa merecerá la pena.

Pagoeta toqueteó el pote vacío entre los dedos, indeciso. Lope García se puso en pie y caminó hasta situarse a su espalda. Le puso una mano sobre el hombro, con brío, como si buscara dominarlo. Sintió cómo subía y bajaba más rápido de lo normal. El tacto enorme de los dedos resumía la corpulencia que el vendedor intuía a su espalda.

—Tienes unos días para decidir. Y cuando te vea en el mercado me darás respuesta.

No tardaron en llegar a Portugalete las noticias de la visita de Pedro Fernández de Velasco a la fortaleza de Lutzana. Los rumores corrieron rápido por Las Encartaciones y las casas armeras comenzaron a alterarse. Los parientes mayores se reunían alrededor de mapas entre gestos rígidos, los informadores estudiaban los movimientos en las torres enemigas. A favor o en contra, tocaba calibrar las consecuencias de un acercamiento tan notorio por parte de Velasco entrando hasta el corazón de Vizcaya al frente de un centenar de hombres.

Lope García de Salazar, mirando por la ventana del salón, cerró los ojos y aspiró con fuerza los efluvios salobres del mar que subían por la ría. Dejó que se le aliviara la tensión del rostro con el canto gris y afilado de las gaviotas. La brisa fresca y húmeda le acariciaba las barbas. Al otro lado de la ría, las tierras bajo control de la casa de Butrón, cuyo dominio se extendía desde el interior hasta la vera del Cantábrico. Un territorio ondulado de colinas y montes, arbolado de un verde ligero que de tan suave relajaba la vista.

Había vuelto a leer la carta de Pedro Fernández de Velasco, entregada en un cofre, que presentaba muy soeces palabras de guerra. El papel envolvía los testículos cortados con machete del mozo muerto en Balmaseda por reconocerse vasallo salazariago, putrefactos ya. Se cerraba la misiva con un: «He aquí lo que a los Salazares les falta».

Se volvió hacia quienes lo acompañaban y cruzó los brazos sobre el pecho. Arrugó la nariz ante la peste que expelían las partes del muchacho.

—Esperaremos a que pase el invierno —dijo—. Poco harán hasta entonces, salvo planear.

—Estoy de acuerdo —lo afirmó rotundo con la cabeza Gómez González de Butrón, VII señor de su casa, jefe del bando oñacino en Vizcaya.

Era su linaje el más poderoso del señorío. Intercambió una mirada con su principal aliado y después buscó la de Fernando de Muñatones, que aprobaba también la estrategia del IV señor de San Martín con un gesto del índice.

Butrón, cercano a los treinta años, tenía el pelo negro y duro como el esparto. Corto en la cabeza y las sienes, dejaba caer muy ligeras hebras sobre la nuca. El rostro de piel tostada picado de barba le perfilaba una mandíbula cuadrada y ancha que le daba al rostro un aspecto brutal. Recto de hombros y casi tan robusto de cuerpo y fuerte de extremidades como Lope García, era la única persona capaz de competir con él en esplendor físico. Si bien no alcanzaba su tremenda estatura, ambos compartían el mismo aire de irracional elegancia.

Fernando de Muñatones, sentado a la mesa, apuntó una sonrisa al ver la formidable estampa de ambos parientes mayores de pie, frente a frente, clareados por la luz del día que entraba por la ventana. Gómez González había llegado a Portugalete desde su solar de Gatika tras recibir la llamada de su cuñado. Salazares y Butrones basaban su alianza en el control que cada uno ejercía a un lado de la ría, no agrediéndose y protegiéndose mutuamente para mantener el dominio marítimo hasta Barakaldo, donde por vecindad se iniciaban los roces con la casa de Ayala. Unas treguas fortalecidas en los últimos años con el matrimonio entre Lope García y Juana de Butrón. La coalición pronto dio beneficios contra el común enemigo, pues el propio Gómez había tomado parte en las maniobras para hacerse con el patronazgo del monasterio que desde antiguo rentaba a favor de Ayala.

Lope García bajó la vista al suelo.

—Temo que Velasco haya encontrado en las debilidades de Ayala una forma de presionarme —lamentaba—. Nos odia desde lo del patronazgo.

—Que se joda. —Butrón apretó los dientes, marcando los carrillos, otorgando más vigor a su nítida observación—. También él me hace frontera en mi propia margen con sus putas torres.

—Ayala no es hombre de guerra —continuó Lope—. No tiene cojones para dirigir un enfrentamiento abierto. Pero Velasco sí, y siempre ha querido hacerse con el control de Barakaldo.

—Si no, no se habría venido con un centenar de hombres —añadió Fernando de Muñatones tras remojarse la boquilla con un buen trago de sidra.

Lope encogió los labios entre las barbas antes de continuar:

—No es más que un incauto —juzgó—. Si le ha pedido ayuda contra mí, Velasco se acabará quedando con el control de todas sus posesiones sin tener que tomarlas por la fuerza. Torres, ferrerías, aceñas... —Se ayudaba con los dedos para enumerar las cuantiosas posesiones de la casa de Ayala en Barakaldo—. Y todos sus vasallos y gente de armas. Justo lo que necesita.

Se hizo un silencio. Su propio comentario le oscureció el gesto. El incomparable poderío de la casa de Velasco ya presionaba al oeste por Castro y al sur por Sopuerta. Ahora su amenaza se proyectaba al este por Barakaldo.

Se había acercado Lope a la mesa y estudiaba, el puño diestro sobre la cadera, un mapa de la costa cantábrica dibujado en largo pergamino desplegado sobre ella. Pasó el índice sobre los tres territorios y luego se lo llevó a la nariz, pellizcándosela.

—Nos asfixiará en una tenaza —confirmó, y se volvió hacia Gómez González—. No lo permitiré. Por eso te necesito.

Butrón tampoco era de los que se arredraba, y ya tenía la mano revoloteando inconsciente cerca del mango del puñal enfundado al cinto.

—Sé que Velasco no es preocupación principal para ti —prosiguió Lope— y no pretendo buscarte disputas con él. —Hizo una pausa—. Pero necesito que estorbes el movimiento de mercancías de Ayala al otro lado del Nervión.

—Bastante tengo con los cochinos de mis enemigos naturales. —Gómez González se mordió la lengua entre los labios e hinchó las aletas de la nariz, como si contuviera las ansias de golpearlos a todos de una vez.

La mención a sus rivales hizo que Lope García proyectará la mandíbula al frente, el aire de estrategia. Aquellos eran los enfrentamientos que más concernían a Butrón. Un conflicto para el que debía emplear todos sus esfuerzos militares.

—Me basta con que Ayala sienta tu presencia en Lutzana —sugirió—. Quémale algún batel, asalta sus carradas de vena...

—Eso ya le cae de vez en cuando.

—Si puedes intensificar...

—Algo haremos.

Se correspondieron con una sonrisa rígida.

—Ayala tiene que darme la espalda, que mire solo hacia tu margen —siguió Lope—. Así Velasco sabrá que si intenta algo contra mí habrá una respuesta en ambos lados de la ría.

—Eso no lo detendrá —intervino Muñatones.

Lope García se giró, brusco, hacia el teniente de preboste.

—Pero ganaremos tiempo... —zanjó—. Conviene preparar bien las guerras antes de iniciarlas.

Muñatones, el mohín sumiso, bajó la vista hacia el mapa. Cruzó los brazos sobre la mesa. Las llamas que lo alumbraban derramaban sus luces y sombras por el sencillo paisaje agreste que ofrecía el pergamino.

—¿Qué has pensado? —preguntó Butrón.

Su voz recia se escuchó distante. El de Gatika se había ido alejando de su cuñado y lo observaba desde cierta distancia mientras contemplaba la punta de una lanza apoyada en la pared. Entrelazó los dedos y crujió los nudillos. Luego se ajustó el ostentoso anillo de oro que decoraba su mano derecha.

—Levantaremos un cadalso frente a la torre de mi hermano Otxoa —explicó Lope—. Hemos de reforzar nuestra presencia al sur de Sopuerta. Que los gamboínos del valle sepan que nada tememos, que seremos los oñacinos quienes vayamos al encuentro de Velasco si hace falta.

Y deslizó la mano sobre el amplio espacio entre montes que representaba Sopuerta. Tenía el gesto duro y orgulloso. Los ojos abiertos como agujeros negros. Permaneció callado, quizás en espera de alguna respuesta a su intención.

Muñatones evaluó de soslayo al de Gatika, que no se movía del sitio y ahora miraba a su cuñado muy fijo. La vista se le veía enturbiada, los párpados muy entornados, como sumido en oscuros pensamientos. Muñatones volvió a beber. Una expresión de incomodidad alteró su habitual semblante almidonado. El IV señor de San Martín se volvió hacia Butrón.

—¿Qué te parece?

No llegaba la respuesta de su cuñado.

—Juana dice que regresará mañana —anunció al fin.

Muñatones dejó la copa despacio y se inclinó hacia delante. Arrugó la boquilla y levantó las cejas, en apariencia muy atento al mapa, ajeno al cruce de palabras que se intuía.

Lope García de Salazar tomó aire despacio.

—Lo celebro —respondió—. Tengo ganas de verla por aquí.

—Sería bueno que pasara más tiempo en su casa que en la mía.

—Me pareció que tu compañía podía ayudarla a sosegar los ánimos ante sus últimas actitudes.

—A mí lo que me parece es que no se acaba de sentir del todo cómoda con su esposo.

—Procuraremos arreglar eso.

—Espero que así sea.

Lope amagó con morderse el labio inferior antes de continuar:

—Incluso en matrimonios bien avenidos hay quien desfoga sus necesidades por otro lado...

La pulla que le tiraba a Gómez González provocó que su cuñado entornase los párpados con irritación contenida.

—Desfogue que no hay que permitir que las esposas vean aunque lo conozcan —contestó.

Los dos parientes mayores se estudiaban con mucha tirantez. Muñatones se servía un buen escancio de sidra. Notaba el brazo agarrotado, y la bebida salpicó una esquina del mapa.

—Antes de juzgar sería bueno que todos predicasen con el ejemplo —sentenció Lope.

Las barbas negras frente a la mandíbula cuadrada de Butrón. Se escuchó el rumor de la respiración de Lope García.

—Ya sabes que me gusta follármelas a todas. —Marcó los carrillos Gómez González antes de proseguir—: Pero no las meto en casa estando mi esposa en ella. Y mucho menos me muestro en público con ninguna como favorita.

Hubo un silencio demasiado largo. Se escuchó a Fernando de Muñatones tamborilear con los nudillos sobre la mesa. Contemplaba a ambos hombres con la cabeza gacha, como si temiese que una astilla de lanza se le clavase en un ojo. Las sombras que arrojaban los fuegos del salón les embrutecían el gesto. La puerta que

daba a la cocina estaba abierta. En el hogar rugían las ascuas bajo las llamas. Chisporrotearon unas hebras de savia al prenderse.

—He de regresar a Gatika —zanjó Gómez González con extrema aridez en el tono.

Muñatones se puso en pie.

—¿No quieres hacer noche aquí? —ofreció. Sonreía abiertamente.

—Debo atender mis asuntos —declinó Gómez. Lope García no insistió en la idea de Muñatones. Se despidieron con una inclinación seca de cabeza. Y quedó a solas con su hombre de confianza, que se mordía un labio rollizo y observaba al pariente mayor con mucho rigor.

—No has sido prudente —le amonestó.

—¿Prudente?

—Te dije que tu matrimonio traería problemas.

—Mi esposa es cosa mía.

—Pero afecta al linaje. Debes dejar de verte con esa manceba tuya. O al menos que Juana no te vea.

—Mencía también es cosa mía.

—De todos, querrás decir.

La insistencia de su hombre de confianza hizo que Lope García soltara una palmada sobre la mesa. Un golpe rápido. Uno de los candelabros se estremeció, a punto de caer.

—¿Acaso tienes miedo?

El aire cortesano de Fernando de Muñatones se enfureció.

—Eso jamás —negó.

—Bien. —El IV señor de San Martín se volvió hacia el estandarte que colgaba de la pared. La visión de las armas doradas de la casa de Salazar le hicieron proyectar la mandíbula al frente y sacar pecho, desmedido el gesto orgulloso—. Porque las trece estrellas no necesitan de nadie para hacer frente a Velasco.

Comenzaban los tejados del caserío portugalujo a fundirse con la atardecida. La luz desgarraba destellos entreverados de blanco y naranja en el abra. Un poco más allá, la formidable estampa del pico Serantes se recortaba, enhiesta como punta de artesana, contra el horizonte. El trajín del día iba dejando paso a un silencio natural adormecido por el canto de las gaviotas, y sobre las calles y cantones repicaron lóbregas, a completas, las campanas de Santa María. Cuatro veces. Las ventanas de las casas vomitaban el humo de los hogares y el aroma tostado de la leña que calentaba las cenas.

Mencía permanecía tumbada en la enorme cama de roble de Lope. Desnuda, bajo el dosel, como solía quedar después de fornicar con el pariente mayor, para deleite de sus ojos que, ahora, en lugar de pasear por las sinuosidades de su cuerpo, mantenía

perdidos en unas cuartillas desperdigadas sobre el escritorio. Era una de las sirvientas de la casa, entrada ya en los cuarenta años. Pero se mantenía aún lozana y voluptuosa de curvas. Una hembra de piel clara y fresca como leche recién ordeñada y un rostro suave endulzado por grandes ojos verdes; dos zafiros bajo finas cejas, tan curvas que semejaban sonrisas invertidas.

—Vístete —ordenó el *jauna*.

La manceba se incorporó. Tenía sobre el vientre abombado un peine. Lo tomó y peinose el flequillo.

Lope se volvió hacia la concubina. La mujer dejó el peine sobre el cobertor de piel de lobo y se inclinó hacia el taburete en el que estaban amontonados corpiño, saya y pañuelo. Mientras se vestía, él deslizaba la vista sobre sus nalgas bien contorneadas y sus caderas amplias de mujer fecunda.

—Va a haber guerra con Velasco —dijo.

Ella se anudaba el pañuelo a la cabeza. Arrugó la frente como si no comprendiera por qué se lo contaba. Lope García se acercó a ella.

—Cuida de Aritz —mandó—. El muchacho no está preparado para esto.

Mencia retiró la vista de su señor. Sus facciones dóciles se entristecieron.

—Así lo haré.

—Estarás a su lado todo el tiempo que yo te diga. Cuando ningún otro pueda estar pendiente de él, tú serás responsable. No importa lo que te ordene la señora de la casa.

Lope se pasó una mano por la cara y luego la dejó caer a un lado. Como al descuido, sus dedos rozaron el brazo de la mujer. Notó cómo se le enardecían las carnes y se le endurecía la entrepierna. A la manceba se le humedeció la vulva, se abrieron sus puertas, dispuestas a ofrecerle de nuevo su calidez interior.

La diferencia de estatura obligó al *jauna* a inclinarse para esconder la boca de ella entre sus barbas. La mujer correspondió con los ojos cerrados, oculta tras el poderoso cuerpo del hombre. Él sintió cómo se le embrutecía el pene suelto bajo la alcandora, única prenda que llevaba encima. Las llamas de los candiles silueteaban sobre el suelo, reverberantes, las sombras de los cuerpos. Danzaban las respiraciones ligeras en el aire candente y aromatizado de la habitación.

Sus bocas entregadas a las humedades eran ajenas a los oídos que las escuchaban. Juana de Butrón, regresada aquel mismo día de Gatika, se mordió la lengua dentro de la boca. Se hallaba al otro lado del tabique que separaba la alcoba de la cocina. Las puertas entreabiertas de ambas cámaras se susurraban a través del salón el resuello de los besos y el roce de las ropas. La Brava percibió un ardor frío que le erizaba el vello y le crispaba las tripas. Un sudor que le caía bajo el tocado resbalándole sobre sus rasgos morenos. El silencio aterrador, solo quebrado por el rugido de los dos troncos encendidos en el hogar. Sus dedos encrespados tanteaban la mesa. Palpó hasta encontrar el filo de un cuchillo. Agarró el mango, lo levantó y clavó la punta en la madera.

Luego gimió un «hijos de puta» en un chillido reprimido, enseñando los dientes, tan agudo que su voz no pareció humana.

## En el camino

*J*uan Pagoeta tiró con violencia del ronzal para forzar a la acémila a continuar. El animal se había vuelto a detener, enfangadas sus pezuñas una vez más. Al propio vendedor, a cada paso, las galochas le chapoteaban en los charcos. La mula cabeceó y soltó un gemido. Tenía el pelaje pegado a la piel por la mucha agua que caía, y la loneta que cubría los fardos la escurría a chorros sobre el barro del camino. El soportano había pasado los últimos días visitando las aldeas y caseríos cercanos a Portugalete para intentar vender sus productos, sin demasiado beneficio, y ahora marchaba a Bilbao donde quizás, en su importante mercado, tuviera más posibilidades. La lluvia había comenzado con un chispeo suave pero, a medida que avanzaba, el repiqueteo fue ganando vigor hasta convertirse en un continuo rugido. El torrente no daba tregua. Se acomodó la capa de lona encerada con que protegía su cuerpo y se restregó de la cara las gotas que le caían del borde de la capucha. Se apresuraba la noche más de lo normal bajo el cielo arrugado de nubarrones. Las veras de la senda, muy enmarañadas de troncos, arbustos y ramas encrespadas como falanges de esqueleto, arrojaban sombras que junto a la tromba apenas nada dejaban ver más allá de unos pasos.

La acémila volvió a gemir cuando se escuchó un ladrido áspero y alargado, un eco frío que reverberó en la soledad rural. Seguramente un zorro. Las alimañas salían de sus guaridas. Un rayo zigzagueó sobre las copas de los árboles. Juan Pagoeta soltó los arreos y entornó los ojos, con la cabeza echada hacia delante. Observó un movimiento entre la cortina de agua que crujía furiosa sobre la tierra, abriéndole grietas a cuchilladas, desangrándola en pequeños cenagales. Eran dos sombras humanas difusas en el aguacero, allá donde el camino describía una curva a derechas. Quizás comerciantes que, como él, se veían atrapados por la apremiante noche plagada de lodo. Tronó el cielo con gran retumbar.

—Tú, no está el día para andarse por estos lugares.

Se giró el soportano rápido al oír la voz desgarrada, propia de riñas. Sintió que se le tensaban los músculos de los brazos, de los hombros, del rostro. Un par de tipos, muy cerca, le cerraban el paso. Su lengua asomó entre los labios, como olisqueando la situación. Sin dejar de mirarlos deslizó una mano bajo la capa y tomó el extremo del garrote. Lo sacó con mucha lentitud. La misma porra con clavos en el extremo grueso empleada contra el de La Pedriza. Un arma tosca pero eficaz en el cuerpo a cuerpo. Desdibujadas sus siluetas por la poca luz, pudo Pagoeta ver que iban, como él, cubiertos con capas de lona encerada y las cabezas ocultas por las capuchas. Bajo



ellas se insinuaban jubones, ferrado el del que le ofreció consejo, un sujeto con mucha barba de aspecto pegajoso; de cuero grueso el otro, protegiendo el torso de un mozo que dejaba entrever el arco de su ballesta. Gente pendenciera. Quizás acotados perseguidos por las justicias o vagabundos reclutados por algún señor de la zona para hacer del robo su oficio.

Un nuevo relámpago descubrió que las dos sombras de la curva se destacaban ya cercanas.

—No lo está —respondió el vendedor con voz fría, sin inflexiones, conteniendo la respiración a buen ritmo.

—¿Adónde vas? —preguntó el de la barbaja pegajosa.

—A Bilbao.

—Es tarde ya. Yo que tú me daba la vuelta y hacía noche en la hospedería de Sestao.

—Se agradece el consejo.

—¿Puedo darte otro?

—Lo espero.

Una sonrisa se elevó, exagerada, en la boca del tipo.

—Vete aflojando el morral —dijo.

La tormenta berreó como si se rompiera el cielo. Arreciaba el fragor de la lluvia.

—El morral... —repitió Pagoeta.

Intercambiaron una mirada los cuatro asaltadores. El soportano se volvió y pudo ver que los otros dos ya habían llegado a su altura y le cortaban la salida. El más alto abrió la capa y le ofreció el destello mustio del cuchillo que llevaba al cinto. Su compañero llevaba chuzo al hombro. Bajó el palo, hundió el regatón en el barro y agarró la larga punta cónica.

Hubo un silencio de observación. Pagoeta quedó mirando a un costado para no perder de vista a ninguno de los pares. El tipo continuaba sonriendo con la tranquilidad propia de quien conoce su profesión.

—Déjame ver qué tienes ahí —dijo, y señaló con el mentón la loneta que protegía los fardos.

Juan Pagoeta apretó el garrote.

—¿Sois gente de Salazar? —quiso saber.

—¿Salazar? ¿Ese guarro de Portugaleta?

—Ése.

—Ése odia a la gente como nosotros. —Echó un vistazo al mozo, socarrón, que le siguió la gracia con una risilla tímida—. Y eso que nos dedicamos al noble trabajo de aliviar de cargas a los transeúntes.

El bandido había extendido una mano. Hizo hueco en la palma y dejó que los gotones de lluvia se acumularan. Cuando el agua se le derramó por los lados levantó el índice y le hizo un gesto al vendedor para que se acercara.

Juan Pagoeta permaneció con los pies pegados al barro, la porra muy prieta bajo

el puño. Observaba a quien tanta mofa le escupía, que soltaba una risita antes de volver a hablar:

—¿Y qué vas a hacer con ese palo?

—Quién sabe...

—Un palo contra cuatro hombres acostumbrados a degollar —intervino el del cuchillo.

El de las barbas negó con la cabeza y soltó el aire por la boca, como falsamente apesadumbrado por la ingenuidad del vendedor, que mantenía oscurecido el rostro bajo la capucha.

El sujeto se le aproximaba.

—¿Qué cojones miras?

Había borrado la sonrisa y, más bajo que el asaltado, se puso de puntillas para encararse con él, levantando las cejas. Agarró la capucha y se la quitó con brusquedad. Las barbas estudiaron el rostro marmóreo del soportano.

—Una cara extraña la tuya —dijo—. ¿Habéis visto qué cicatriz?

Pagoeta sintió cómo le entraba en el pecho su aliento asqueroso, vomitado entre los dientes podridos. La lluvia le caló el pelo, le pegó unos mechones a la frente. El tipo frunció los labios y le soltó un par de tortas en la mejilla. Las pupilas del vendedor se redujeron a dos púas negras rodeadas de azul. Un latigazo de luz en el cielo dejó ver cómo la brecha se había retorcido y le entornaba el párpado hasta lo grotesco.

—No vuelvas a hacerlo.

El otro soltó una risotada.

—¿Le habéis oído?

El bandido se fijaba ahora en sus compañeros, que le seguían la burla con risas e intercambio de miradas.

Al ver que el vendedor no se movía del sitio, se encogió de hombros y levantó los brazos, muy confiado de ademanes. La tormenta crujió otra vez.

—El cabrón sale bravío —apuntó.

Y volvió a encararse. Esta vez se acercó más y dejó que su nariz torcida tocara la afilada del Pagoeta.

—Enséñame de una puta vez qué llevas en esas alforjas.

Y acompañó la exigencia con una nueva bofetada, más fuerte que las otras. El impacto hizo que un doloroso escalofrío se expandiera por la cara de Pagoeta.

La frente del soportano le destrozó los huesos de la nariz. El cabezazo derribó al bandido sobre un charco, inconsciente, embarradas las barbas de sangre.

Los otros tres se quedaron mirando al que parecía el jefe. No se les veía muy acostumbrados a que un asalto se les torciese. Y para cuando quisieron reaccionar, Pagoeta ya se le había echado encima al que desenfundaba cuchillo largo. El garrotazo le agujereó la sien y el pómulo izquierdo. Un golpe tremendo a dos manos que le pegó la capucha a la cara.

El del chuzo acometió de punta al pecho, pero la acémila, babeando espuma, adquirió inesperado vigor y avanzó. La moharra abrió herida en el cuello del animal. El vendedor se había dejado el garrote metido en la cara del otro. Aprovechó el cuerpo de la mula para cubrirse tras ella y saltar, ágil como una centella, sobre su oponente al mismo tiempo que este tiraba del chuzo hacia atrás para volver a alancear. No pudo. Al sentir el cuerpo del asaltado arremetiéndole con el hombro, tiró la lanza y ambos trastabillaron agarrados en disputa de fuerza, sin más armas que ellos mismos, rugiendo como bestias entre la tormenta. Cayeron sobre las zarzas a un costado del camino.

El de la ballesta preparaba disparo de pasador. Apoyó cureña sobre el pecho y apuntó hacia Pagoeta. Pero la lluvia debía de haberle mojado la cuerda. Al presionar la llave, esta se soltó sin tensión y la saeta siguió en la caña. Los ojos se le crisparon al mozo. Dejó escapar un bufido desesperado, tiró el arma y se palpó el cinto en busca de un mango. No dio con él ni gastó tiempo en sacar cuerda seca de la bolsa que llevaba al cinto. Escuchó un alarido agudo y levantó la vista.

El que peleaba con el soportano ya no se movía. Había ido a meter la cara entre la maraña de tallos sarmentosos y el cuerpo se le veía desparramado bajo la capa. El vendedor se incorporó y lo buscó con la mirada, resollando con la boca abierta y la lengua medio fuera. Al imberbe le faltaron agallas. No debía de llevar mucho en el oficio. Giró talones y se alejó a la carrera cayendo varias veces sobre el fango.

Juan Pagoeta respiró hondo, la expresión fría y descompuesta. Se fue destensando, abandonando su pose encogida de serpiente presta a abalanzarse sobre su víctima. Levantó la cabeza hacia la lluvia y dejó que se le derramara sobre el rostro. Un dolor agudo en la espalda le hizo constreñir los párpados. Al abrirlos se volvió en busca del brillo apagado del cuchillo del tipo al que le había incrustado los clavos del garrote. Estaba el filo medio cubierto por el barrizal. Se acuclilló junto a él y lo recogió. Calibró el peso y giró la hoja a un lado y a otro. Una pieza bien afilada bajo las moras de suciedad que se extendían sobre ella.

El jefe de los asaltantes se retorció entre lamentos un poco más allá. Recuperaba la consciencia y se llevaba una mano al cinto. No tuvo tiempo de sacar arma alguna. Juan Pagoeta le hundió la cabeza en el charco de un pisotón. La suela de madera de la galocha hizo que sonara un crujido de huesos bajo ella, y el de las barbas ya no volvió a moverse. Pisoteó hasta que la cara desapareció bajo el agua. Luego le soltó un tajo en el cuello. Y otro y otro, derramando baba sobre él con la boca estremecida de furia. Chasqueaba viscosa la carne hasta que el filo se trabó con las vértebras. Guardó el cuchillo bajo un pliegue de la capa, tomó el cadáver por los sobacos y lo arrastró hasta donde estaba el que había dejado enganchado en las zarzas. Le giró la cabeza y comprobó que la punta de una rama se le había clavado en un ojo bien adentro. Se la sacó y pudo ver el globo deforme y pegajoso machacado en la punta. Acercó también al muerto del cuchillo hasta allí. Se magulló las manos abriendo hueco entre la vegetación para ir pasando los cuerpos al otro lado. Luego tanteó en

busca de botín las ropas de los bandidos, entre las que halló un par de escarcelas de cuero con algunas monedas. A uno de ellos le quitó el jubón, una prenda vieja y herida de cortes. Dejó medio ocultos los cadáveres entre pedruscos y volvió al camino. Buen festín para las alimañas.

Recuperó el garrote y se acercó a la mula. Estaba tirada en el suelo, aún viva, desangrándose por el boquete del cuello, cabeceando muy ligeramente como pidiéndole socorro. Pagoeta se la quedó mirando, hombre y animal en medio del crepitar de la lluvia, rotos por la tormenta. Contemplaba las lonas que cubrían las alforjas, tan abultadas de mercancía como de costumbre; el destino incierto tras la curva; las ropas desgarradas por la lucha. Dejó que la punta de la lengua apareciese, lenta y sinuosa, entre los labios, resbalando sobre ellos, perdida la vista en el destrozo de la acémila. Engullidos por el barro, asomaban húmedos unos pocos maravedíes y blancas de vellón. Se le habían caído durante la pelea. Nada más que las migajas obtenidas con las ventas de los últimos días. Recuperó las monedas y se llevó la mano libre frente al rostro. Amainaba la lluvia. Sintió un repentino temblor en los dedos que le hizo emitir un gemido. Se los miró y vio que temblaban como si fuera por voluntad de otro individuo más que suya. En sus pupilas había un brillo tenebroso, un brillo que parecía demandarle desde el interior de su mente las próximas decisiones a tomar. Con el centelleo fulgurando y los dedos aún vibrándole, ocultó la porra bajo la capa, liberó las alforjas de la mula, guardó el jubón en una de ellas y se las echó sobre los hombros. Juan Pagoeta se giró hacia Portugalete.

Portugalete, antes que villa, fue puebla. Apenas un puñado de chabolas en una ladera rocosa habitada por labriegos y pescadores. Gentes dedicadas a la pesca de bajura que salían a navegar con sus botes y a diario veían remontar y bajar el Nervión a las naves que fondeaban en Bilbao. Pero los barcos no siempre llegaban a su destino. Algunos naufragaban, y lo hacían frente a Portugalete. La barra de arena que surgía ante ellos con la bajamar era un enemigo difícil de superar, y a menudo sus bajos encallaban en ella. Los pobladores eran testigos de aquellas catástrofes, y de la desgracia de unos nació el negocio para los otros. Comenzaron a prestar auxilio a los náufragos, aliviaban su hambre, les ofrecían cama y recogían las mercancías que flotaban en las aguas. Nació un primer albergue y después otros, y los portugalujos se especializaron en el arte de guiar a los maestros para sortear la barra y las otras lenguas de arena que dificultaban el tránsito hasta Bilbao. Florecía la actividad y doña María Díaz de Haro *la Buena*, señora de Vizcaya, puso sus ojos en ella. Bien situada en la boca del mar, no le quedaba otro destino que convertirse en foco de navegantes y comerciantes, allá donde al poderío de Bilbao, por quedar al interior, le costaba alcanzar. Corre junio de 1322 cuando doña María la desgaja de su entorno rural al otorgarle carta puebla, privilegio real y fuero de Logroño. Concede libertades a sus vecinos y amplia jurisdicción para centralizar el comercio de la comarca.

Atraídos por la prosperidad, comenzaron a llegar los primeros linajes, trasponiendo sus infranqueables murallas villanas, de supuesto cerradas al poder feudal de la nobleza. Los Salazares, tras varios periodos de guerra contra La Pedriza y otras casas solariegas llegadas a la villa Portugalete en aquel tiempo, lograron hacerse con su dominio. Dentro mandaban ellos. Sus integrantes copaban los cargos oficiales de gobierno.

Y así, la que fuera aldea pasó a ser un pequeño imperio que va desde casi Castro Urdiales hasta la anteiglesia de Barakaldo, arriba de la ría, en el límite marítimo con Bilbao.

Aquel era día de mercado en Portugalete. Lope García, acompañado por su hijo Aritz y el chaparro barbudo, caminaba frente a los toldos de colores que llenaban los costados de la plaza. Pocas veces se veía separados al bastardo y al mesnadero. Aritz *el Roble*, así le decían, a pesar de su maltrecha pierna y su cuerpecillo enclenque, como si tan robusto nombre pudiera infundirle un vigor físico del que carecía. Su rostro ofrecía la dulzura sumisa y jugosa de su madre; sobre las orejas y la nuca lucía melenilla morena cayendo suave, muy al aire de su padre.

A cada paso de muleta, el barbudo le abría el camino con pecho henchido. Perico *el Oso* le llamaban, por lo tupido de su barba corta. Bajo esta se insinuaban unos rasgos brutos, muy de la tierra, de piel desgastada por los años y la experiencia guerrera adquirida desde la mocedad. Miembro del séquito armado de Lope García, su principal cometido era la guarda de su hijo. Por encima de cualquier otro. Los marroquines también le decían *deslenguado* desde que le cortaron el habla de un tajo. Lo habían apresado en un combate cerca de Castro. Lope García lo rescató mediante intercambio por un marroquín que su tropa capturó. Tal era para él su valor.

Bajo un sol brumoso, el trajín de la plaza del Mercado aquietaba los ánimos tensos de los vecinos por las noticias sobre Velasco. Corría el tiempo de la vendimia de la uva para el vino y de la recogida de la manzana para la sidra, y las heredades que se esparcían dentro de la población y alrededor de ella eran hervidero de mozas afanadas en la recolección de las frutas. Había quienes las llevaban recién recogidas al azogue, y en su tránsito las rebosantes cestas de esparto perfumaban las calles con su aroma ácido y dulzón.

La cabeza de Lope García sobresalía tremenda entre el ir y venir de los tocados, gorros y pañuelos.

A Juan Pagoeta le habían asignado tabla para exponer sus productos bajo el balcón volado de una de las casas de madera que encuadraban la plaza. Se hallaba enzarzado con dos fieles del Ayuntamiento que le discutían los precios de sus productos. Calzas, ropas cortas y dagas bien visibles al cinto, dispuestos a luchar contra la especulación y el fraude.

—Estás voceando por encima de lo legal —le acusaba uno.

—¿Lo legal? O cobro esto o mejor será que lo tire todo a la ría.

—Cumple las ordenanzas si no quieres...

Unos dedos fuertes sobre el hombro del oficial que hablaba le frenaron la amenaza. Ambos se dieron la vuelta. Sus miradas ascendieron hasta la de Lope García de Salazar.

—Señor preboste —saludaron ambos a la vez con rapidez sumisa.

Se hicieron a un lado para que pudiera inspeccionar el género. A su alrededor regateras, mareantes, hortelanos... se esforzaban en vocear sus productos y calidades como si les fuera la vida en ello.

—¿Y cómo va la mañana?

—Como siempre, don Lope, en la pelea, para que nadie se desmadre con los precios.

—Tal cosa no es de ley.

—No lo es, don Lope.

El preboste ojeaba la tabla con aire distraído. Un par de azadas, aparejos de pesca, ropas usadas, paños de Durango, una romana de pesar, cerraduras, llaves, peines... Piezas de cierta calidad mezcladas con objetos y baratijas de poca monta. Botones, agujas, cintas... Alzó la vista y estudió el rostro lívido del vendedor. Tenía el aire cansado. Dos bolsas moradas se le descolgaban bajo los ojos.

—¿Y este hombre se la salta? —preguntó.

Palpaba uno de los paños, en apariencia distraído.

—Como tantos otros —intervino el otro fiel—, pero resulta que este es más conflictivo. Parece que con él habrá que usar más que palabras...

La advertencia en tono jocoso hizo que la mirada de Juan Pagoeta saltase de las manos del preboste al rostro valentón del oficial, que mudó el peso de una pierna a otra, cruzó los brazos y desvió la vista. Pasaban a su espalda un par de hidalgos montando palafrén con la sensación distinguida y poderosa que concede el moverse a caballo entre las gentes de a pie. Habían refrenado sus monturas para asistir al amago de pendencia.

—El Ayuntamiento fija cantidades insoportables. —Pagoeta se dirigía al pariente mayor de los Salazar—. Apenas me queda beneficio.

—Apenas... —El fiel dio un paso al frente—. Pero ¿cuánto quieres ganar?

Pagoeta recorrió con sus ojos helados las ropas de calidad del oficial.

—Me bastaría con la mitad que tú.

—Llegas aquí hecho un asco y te concedemos un puesto. ¿Qué más quieres? ¿Casa junto a la iglesia?

—Tantos tributos ya lo merecerían. No sois más que unos ladrones.

—Será bocazas.

El del Ayuntamiento arremetió con un gesto del brazo, sin acabar de convertir en actos su amenaza.

Lope García permitía que se enzarzaran mientras con una mano seguía

toqueteando el género y con la otra apretaba afectuoso el cuello de su hijo. Al muchacho, apoyado sobre la muleta, se le iba la vista de unos a otros, con la boquilla entreabierta por el cruce de bravatas.

Tras el Roble, Perico *el Oso* evaluaba al soportano con la mandíbula un poco ladeada ante su proceder insolente.

El otro oficial se animó a tantear algunas piezas y acabó tomando con dos dedos un peine fabricado con hueso. Lo agitó en el aire ante los ojos del preboste.

—Quiere cobrar un real de a cuatro por esta bagatela, entre otras barbaridades —denunció.

—Es buena pieza —defendió Pagoeta.

—Será que la has robado.

Las pupilas del vendedor se estrecharon como agujijones.

—No me dirías eso si estuviéramos solos...

Lope García permitió que se apuñalaran con palabras. Sentía en el abdomen un cosquilleo embriagador ante el imprudente arrojado del soportano.

El fiel hizo ademán de apartarse de la tabla para invitar a pelea, pero no acababa de decidirse. Miraba a su compañero, como esperando apoyo.

Lope García se pasó la mano ensortijada por la boca para esconder un movimiento de los labios que procuraba acentuarse en sonrisa. Ajeno a la tensión, desde el Cantón de las Panaderas llegaba el aroma de las hornadas de pan y se fundía con los verdes de las hortalizas, los polvorientos de las legumbres y cereales y el fresco de los pescados.

—Haya calma —medió, muy riguroso en el tono—. A ver, ¿traes carta de calidad?

—No.

—Claro —enzarzó el que amagaba riña—, vendiendo esto no puedes tenerla.

Tiró el peine sobre la tabla. El preboste lo cogió.

—Basta —mandó.

La mitad de las púas eran gruesas y la otra mitad finas. Recordaba al esqueleto de un pez. Juguetó con el peine, sopesando el peso y los acabados, y luego lo meneó en el aire.

—Tres maravedís sería más justo —valoró Lope.

Pagoeta aceptó el cálculo con una ligera inclinación de cabeza.

—A mi esposa doña Juana —prosiguió— le haría un buen servicio.

Abrió la escarcela que llevaba al cinto y sacó un real de a dos y dos medios reales. Se los pasó al muchacho y este le entregó las monedas de plata al soportano. El vendedor agradeció con un gruñido y tanteó con el pulgar las monedas sobre la palma de la mano, absorto.

El preboste hizo un gesto con la cabeza a los del Ayuntamiento.

—Marchaos.

Se les vio con mohín de querer seguir promoviendo pendencia, pero no les quedó

otra que despedirse, no sin antes dedicarle una última mirada larga al vendedor, y dirigirse a otro puesto en el que hacer respetar esas leyes que solo toca cumplir según la condición social de cada cual. Lope miró de arriba abajo a Pagoeta. Un destello de curiosidad le hizo arrugar la frente.

—Parece que hayas salido de una pocilga —juzgó el banderizo. Recorrió con la vista la capa magullada del soportano, sucia de barro seco, y su rostro agotado.

—Ha sido una noche difícil —se explicó Pagoeta.

No dio más cuentas. Hubo un silencio rodeado por el vocerío del mercado y el relincho de alguna montura. Se escuchaba a los pobres, apostados en las esquinas de los cantones que se abrían a la plaza, pidiendo limosna con mucha cantinela en el ruego. Aritz levantó la cabeza hacia su padre. Allá arriba vio que se pasaba los dedos por las barbas y que el gesto de severo interés mantenido hasta ese momento se oscurecía y era ahora una expresión áspera que escrutaba al de la brecha como en espera de alguna palabra. Al no recibirla, se inclinó sobre la tabla y apoyó los puños sobre ella, enérgico. Las piezas más ligeras saltaron como si se hubieran asustado.

—¿Y bien? —preguntó, y señaló los productos con la diestra—. ¿Es que tienes intención de seguir vendiendo?

Su tono sonó enojado. El soportano cerró la mano con las monedas dentro y levantó la vista hacia el IV señor de San Martín. Volvía a asomar a su mirada aquel brillo oscuro de la noche anterior. Se pasó la lengua por los labios antes de responder:

—La acepto.

No mostró Lope ninguna emoción, como si aquella fuera la respuesta natural que debía esperarse.

—Quizás eres de los que detesta recibir las órdenes de quienes están por encima —empezó a decir. Había un punto de superioridad en el tono, y de esa medida provocación del que busca saber hasta dónde está el otro dispuesto a llegar en su rebeldía—. Pero al final aceptas cuál es tu lugar y el beneficio que de él puedes extraer.

Juan Pagoeta sintió un malestar en las tripas, una turbación en su rostro ante esas palabras. Lope García debía de intuir aquello, pues afirmaba muy levemente con la cabeza, deslizando aprobación y reprobación al mismo tiempo, ante la expresión iracunda que se percibía en el soportano, a pesar de su frialdad.

—Yo te enseñaré a que saques esa rabia tuya solo donde sea útil, que es bajo mi mando —continuó Lope—, y a cambio dormirás y comerás bien.

El soportano se limitó a seguir mirando al hombre que se empeñaba en marcarle el camino que debía seguir.

El Oso bajó la vista y toqueteó el hombro de Aritz, quizás buscando una evasión disimulada de la irritación que le perturbaba el gesto al tener que presenciar el reclutamiento de aquel sujeto. El muchacho contemplaba con timidez los rasgos afilados del vendedor, lo extraño de sus facciones. Fue Pagoeta quien iniciaba nuevo ademán de hablar, mas un tumulto a su derecha hizo que los cuatro dirigiesen su vista



hacia allí. Se les acercaban dos peones salazariegos abriéndose paso a codazos y empellones. Cuando llegaron a su altura, el pariente mayor se inclinó hacia el que tenía calva la cabeza y unas greñas mugrientas sobre orejas y hombros.

—Nos manda Muñatones —anunció el peón.

—Habla.

—Se trata de Mencía.

—¿Qué pasa?

No había aparente inquietud en la voz del preboste, pero un pinchazo en el estómago le hizo morderse el labio por dentro.

—La han encontrado tirada entre unos matorrales en las afueras de Portugalete.

## El Moro

—*H*La sido violada.

El examen del físico judío de Lope García no había dejado dudas. Los desgarros en la vagina eran evidentes. Además, golpes por todo el cuerpo y la cara, cortes con cuchillos, pelos arrancados de la cabeza... El preboste ordenó que le administrasen los mejores cuidados. No permitió que Aritz viera a su madre, ni que supiera a qué tipo de vejación la habían sometido. Un accidente, le dijeron. Sin más explicaciones.

La manceba pasó dos jornadas con sus noches dormida, como aletargada. Nada más despertar, Lope y Muñatones la interrogaron.

A la luz de la antorcha de pez que humeaba aceitosa cerca del camastro, narró Mencía con la voz magullada por el dolor y el gesto retorcido de pena cómo un grupo de cuatro hombres la habían asaltado cuando regresaba a Portugalete con un cesto de manzanas recogidas al sur de la villa, más allá de la muralla.

—¿Su aspecto? —le preguntaba el *jauna*.

—Como de bandidos...

—¿Habían bebido?

Arrugó la cara, insegura.

Aunque ella se negó al principio, mandó Lope saber cómo había sido, qué le habían dicho, por si se desprendía alguna información útil. Y Mencía desmenuzó entre llantos desgarrados la tortura de palabras, los golpes, el forzar de sus entrañas.

«Demasiado mayor para mi gusto», había comentado uno de ellos.

«¿Demasiado? Seguro que te gusta el matojo que tendrá ahí abajo».

Después llegó la orden. Los dos más mozos, que la sujetaban de los brazos, le arrancaron la saya a tirones. Chilló Mencía, y con ello llegó el primer bofetón. Si que había pelo, negro y abundante. El que se quejaba de la edad le pasó una mano por la vulva. Luego se la llevó a la cara y aspiró con fuerza.

«Seguro que la muy puta tiene un coño con experiencia», se regocijaba.

Después llegaron los turnos y los puñetazos. Agarraban tres y acometía con su pene el cuarto. Así hasta que todos se hubieron derramado dentro. Les dio igual que en aquellos días la mujer sangrara.

«Me gusta así, todo rojo...», reía uno de ellos.

Lope García escuchó cada detalle con la expresión dura como un muro, tragando saliva entre las barbas al observar a la madre de Aritz vomitando cada palabra a través de unos labios y facciones deformados por la paliza. A su lado, Muñatones escuchaba en silencio. Cuando la manceba hubo terminado de desgranar el oprobio,

la dejaron dormir. Fueron al salón.

—¿Gente de La Pedriza?

La pregunta de Fernando tardó en hallar respuesta. Lope García le daba la espalda, las manos cruzadas tras ella. Su respiración se escuchaba pausada, quizás procurando mantener un ritmo que le permitiera pensar. Al fin se volvió hacia el muñatoniego, grande, imponente.

—No lo creo —consideró—. Después de lo que intentaron contra mí, lo dudo.

—Supongo.

—Bandidos, puede, como ella dice —valoraba Lope—. Gentuza.

Muñatones cruzó los brazos y se llevó los dedos de la diestra a la barbilla.

—Pobre mujer... —lamentó.

Se fijaba en la tensión contenida en el rostro del *jauna*, en cómo entreabría la boca dispuesto a sentenciar:

—Los culpables pagarán.



Y pagaron. Sus informadores indagaron en los caminos y poblaciones vecinas. Recopilaron indicios entre los campesinos y comerciantes de la zona, sospechas que acabaron dando con un grupo de acotados. En una mancebía, cerca de Sestao. Allí solían terminar muchas noches. Las descripciones coincidían. Dos sujetos mozos y otros dos de más edad, uno de ellos con una deformación en el labio. Su aspecto, el de tipos buscados por las justicias, de miradas brutas y expresiones violentas. De los que matan por un mal comentario. Los soldados de Lope, seis hombres ataviados de mercaderes, les pidieron hacer hueco en su mesa, por estar la casa a rebosar. Accedieron, con malas caras. En agradecimiento los invitaron a varios cuartillos de sidra y vino blanco. Se vaciaban jarras, menguaban las cántaras, se estrujaban odres... Y a medida que la bebida provocaba el efecto deseado y la confianza crecía, llegó el turno de las hembras, pagadas ellas y el dueño del establecimiento con muchos dineros para que se les arrejuntasen con toda la putería. Se apretujaron sus cuerpos, rozaron caderas, las sayas bien recogidas, dejándoles todo lo caliente al alcance de las manos en tanto ellos continuaban remojando gaznates. La habilidad con que las mujeres del oficio les rozaban la verga por encima de las calzas y les ofrecían la lengua los acabó de acalorar. Después insistieron en foguearlos a la fresca. Los salazariegos salieron con ellos al huerto que había tras la casa. Pero las prostitutas no acababan de seguirlos. Con las ropas y el cuero aún rezumándoles el aroma de las hembras, les aplaudieron la hombría demostrada con ellas y comentaron como por comentar que ya podían encontrarse alguna mujer desprevenida que pasase por allí y así no tener que aflojar monedas para fornicar. La observación provocó un

silencio en el del labio deformado, pero a uno de los mozos le hizo soltar una carcajada y afirmar que de cuando en cuando sí que les gustaba. Entonces los machacaron a golpes. Luego los arrastraron de los pelos en medio de la noche hasta lo profundo del bosque. Allá donde aguardaba Lope García a caballo junto a un grupo de los suyos, alumbrados en semicírculo por las teas que sujetaban como ánimas en la oscuridad. Mencía iba con ellos.

—¿Son estos? —quiso el banderizo confirmar antes de cometer injusticia alguna.

La mujer respondió con un borboteo de llanto escondido entre las manos al reconocer al del labio deformado.

—¡Putá! —berreó uno de los tipos.

—Lleváosla —mandó el *jauna*.

No quiso que la manceba lo viera. Descabalgó de su montura, comprobó que el carro con la mujer se alejaba hacia Portugalete.

Manténían cierto aplomo los cuatro criminales. La supuesta gallardía se les ablandó del todo cuando les mostraron las empuñaduras de sus armas bajo las capas.

—¡Nos pagaron! ¡Nos pagaron para que nos la folláramos!

—¿Para tanto golpe también?

—¡Sí, sí! ¡Para que la jodiéramos bien!

—¿Quién?

—¡No lo sabemos!

El bofetón propinado con la mano enguantada en cuero derribó al tipo. El otro de más edad se estremeció antes de seguir él con las respuestas:

—¡Alguien!

—¿Qué alguien?

Los contemplaba sin mover un músculo de la cara. Sin traslucir odio ni reproche. Tal frialdad mostraba que hizo que al del labio deformado le temblaran hasta las ropas. Por ella o por la insondable estatura del banderizo, terrible y brutal. Se escuchó un aullido de perro lobo en la distancia.

—¡No le vimos la cara!

Aunque les dieron algunas puñadas más, fue imposible sacarles informaciones certeras. Nada más parecían conocer.

Fue el propio Lope García quien lo hizo. Deslizó el puñal fuera de la vaina. La hoja de misericordia centelleó a la luz de los fuegos.

Ni de gritar tuvieron tiempo. Los degolló uno a uno. Tajos largos y profundos de lado a lado. Dejó que los chorros de sangre le mancharan las manos y los brazos y vio cómo los cuerpos iban cayendo a sus pies.



En Portugalete se palpan las tensiones. Hay en el aire como un peso, una presión fortalecida por los días grises del otoño. Oscurece las calles, las impregna de lluvia, de una humedad molesta que se pega a las ropas, que obliga a volver la cara cuando las ráfagas del viento marino azotan la villa del abra. Quien más quien menos, todos observan de reojo a Lope García de Salazar. Hidalgos y vasallos, villanos y gentes de los alrededores. Estudian sus gestos y actitudes para intuir la respuesta que dará a Velasco. Los que han combatido a su lado desde la mocedad saben de su determinación, de su brío guerrero, demostrado incluso antes de asumir la jefatura del apellido. Recuerdan que siendo mozo de diecisiete años participó en una expedición guerrera cerca de Castro. Ciento cincuenta hombres barreados contra un ejército de cuatrocientos marroquines. Fue su bautismo de guerra. Al año siguiente, al frente de siete de los suyos, partió una noche de la torre de San Martín y se dirigió al corazón de Sopuerta. Allí se alza la casa de los Mendieta, atreguados de los marroquines. Con la amanecida, los diez hombres que había en ella salieron confiados al campo. Los salazariegos les cayeron en tromba acometiéndolos por los costados, y fue el propio Lope García quien atravesó la cabeza de su pariente mayor con un rallón de certero ballestazo. Fue la primera de muchas muertes que habría de dar. Recuerdan también cómo su padre dobló su ímpetu negándose a que lo acompañara junto a un contingente de ñacinos de Vizcaya hasta la villa de Medina de Pomar, donde Pedro Fernández de Velasco, tan joven como el propio Lope, estaba siendo sitiado. Tensiones no resueltas entre ambas casas que se sosiegan por momentos y se resquebrajan de nuevo. Y ahora lo ha hecho con gran estrépito.

Pero el mal tiempo da una tregua. Algunos caminos se vuelven menos practicables por el barro, el tránsito comercial se reduce, al igual que los encuentros y las conversaciones sobre la llegada del conde de Haro a las torres de Lutxana. Se perlan de rocío los campos y las gentes portugalujas salen de sus casas ateridas, envueltas en gruesos capotes de lana y robustas capas, en densas volutas de vaho que las ciegan hasta que el ajeteo de la actividad artesana, comercial y labriega se adueña de las calles, se esparce por las viñas y se prolonga hasta el puerto. La vida envuelve Portugalete y la angustia queda disimulada por el trajín de prosperidad bañada de ría.

Hay algunos brotes violentos aquí y allá provocados por parciales gamboínos. En la villa los pocos que simpatizan con dicho bando se envalentonan por las noticias sobre Velasco. Un domingo en que se corrieron jabalíes en la plaza del Mercado, a los más pendencieros, movidos por la bravura del jinete alanceando a las bestias, no se les ocurrió otra que ir por el pueblo haciendo ademanes y floreando puntas de espada y puñal. Las tensiones se aliviaron en una taberna de los arrabales, cuando una mayoría de ñacinos, muy cargados de rencor y llenas las tripas con media cosecha de Portugalete, les increparon diciéndoles que no levantarán tanto la voz al barajar las cartas. Y del calentón se pasó a las puñadas. Riñas de pueblo que se repitieron en alguna ocasión más, con alguna cuchillada de por medio. Y las desconfianzas en las miradas pronto se acrecentaron. Apeataba de nuevo a guerra.

El último domingo del invierno, el concejo se había reunido bajo la encina del campo de la iglesia, a la salida de la misa mayor, para conceder o descartar licencias comerciales a los vecinos de la jurisdicción portugaluja. La muchedumbre congregada en tertulia junto a la parroquia de Santa María, bien separados las atavíos elegantes de los menos afortunados, dedicaba la plática matinal a especular sobre lo incierto de los acontecimientos futuros. Había tiempo, pero la llegada de la primavera disiparía las nieblas protectoras. Los caminos y los campos quedarían abiertos al avance del odio. Y todos continuaban mirando de reojo a Lope García de Salazar.

El preboste hacía corro junto a su hermano Juan Pérez, al que decían *el de Portugalete*, escribano de oficio en la villa, con Fernando de Muñatones, el alcalde y el párroco, todos con muy cristianos gestos, bien abrigada la nobleza con elegantes capas unos y pellizas forradas de finas pieles otros. Un poco más allá, Perico *el Oso* junto a parte del séquito armado del *jauna*.

—El pueblo está nervioso —dijo el primer edil y miró a uno y otro lado, atento a las expresiones de los vecinos.

—Motivos tiene —le apoyó el religioso tras santiguarse.

El alcalde se restregaba una mano sobre la cadera, inquieto. Levantó la vista hacia las barbas de Lope García.

—Espero que ese nuevo cadalso que vas a levantar en Sopena sirva de algo —comentó al preboste.

Éste meneó el cuello, negativo, antes de contestar:

—No te noto mucha fe.

—No se trata solo de los marroquines, se trata de la misma casa de Velasco entrando en nuestro territorio con su propia gente.

—Si Velasco entra en Vizcaya con intención de quedarse, nos enfrentaremos a él.

—Eso y la ayuda de Butrón quizás le aplaquen los ánimos —intervino el de Portugalete.

Fernando de Muñatones echó una ojeada a Lope García. El pariente mayor tenía a Aritz acomodado sobre su abdomen, engarzados los poderosos brazos alrededor del pecho del muchacho. El bastardo levantó la vista hacia su padre, atentos sus ojos cándidos a las palabras que ya se le insinuaban en la boca:

—No tengo noticias de Butrón desde hace días.

Los hombres intercambiaron miradas. El alcalde torció los labios antes de hablar:

—Y eso ¿qué significa?

—No significa nada. Prometió su apoyo, con eso basta.

—¿Con eso basta?

—Con eso basta, he dicho.

Muñatones giró la cabeza hacia las escaleras de piedra que llevaban del campo de la iglesia a la torre. Allí se encontraban doña Juana de Butrón y su hijo Juan de Salazar, que se habían separado de ellos nada más salir del templo.

La esposa del señor de San Martín calzaba chapines y vestía manto sobre saya. En

la cabeza, tocado fálico. Mujer de tez morena y rasgos finos, enaltecidos por una nariz altiva que le daba un aire elegante y soberbio a un tiempo. Cuchicheaba al oído del mozo:

—El cínico de tu padre sigue entregado a los rezos, arrodillado cada misa frente a la imagen de la Virgen.

—Será para pedir por ese asqueroso tullido del que no se separa.

Respondía así el hijo legítimo de Lope García, al que decían *el Moro* por compartir con su madre la piel morena y el pelo negro. Era mozo de unos quince años, ataviado aquella mañana con calzas bermejas de caballero y gruesa pelliza con ribetes de pelaje de zorro. El *jauntxo* no apartaba la vista del bastardo, al cobijo de los brazos del padre. Se mordía la lengua entre los dientes y balanceaba un poco el torso adelante y atrás. La madre advirtió su atención.

—El hijo de esa puta de Mencía —vomitó Juana.

—Esa puta del demonio... Habría que cortarle las orejas y la nariz.

—Tengo entendido que ha sufrido bastante, y bien que me alegro. Dicen que la forzaron y que tu padre anda dolido porque piensa que alguien importante de fuera está detrás y no saben quién.

Soltó una risita el Moro antes de continuar con el escarnio:

—Habría que pagar a quienes lo hicieron.

Ahora era la madre la que observaba al bastardo.

—Y ese cojo... —dijo.

—Habría que romperle la otra pierna... Míralo. —Arreciaba el balanceo, se le embrutecía el gesto al *jauntxo*—. Mira, mira cómo le pone la mano en la cabeza...

—Que no te oiga tu padre decir tal cosa.

Juan *el Moro* se volvió hacia ella.

—¿Y qué hará? ¿Darle mi herencia?

—De ése puedes esperar cualquier cosa, y ninguna buena.

Se embriagaba Juan con la voz profunda y cavernosa de su madre, casi ronca por la rabia.

—Tú tampoco soportas a ese tullido porque es el hijo de esa puta manceba —le increpaba el hijo, como si pretendiese empujarla a verter toda su ira sobre la figura del bastardo.

Ella no dijo nada. La nueva mención a Mencía hizo que un pinchazo la atenazara el vientre.

—¿Te callas, madre?

La boca de la aludida se fue comprimiendo hasta tornarse un hociquillo de cólera.

—Habría que destriparla para que no pudiera parir más. —Amagaba Juana con frotarse las manos.

—Y cortarle los pezones —sugirió violento el Moro.

—Nuestra hora llegará.

—Más vale.



Juana de Butrón echó una mano decorada con anillo con piedra amatista sobre el hombro de su hijo para detener el bamboleo.

—Deja de moverte así, que damos mala imagen —le mandó.

—¡La mala imagen ya la da mi padre! —pronunció la última palabra escupiéndola, como si le quemara en la boca.

—Y habla bajo, que te van a oír.

Unos pasos a su izquierda el tipo de piel marmórea y pelo rubio que los había seguido, a prudente distancia, les daba la espalda.

—¿Quién? —El Moro se volvió hacia allí—. ¿Ése?

La madre afirmó con la cabeza.

—Parece un muerto de hambre —continuó el hijo—. ¿Le has visto la cicatriz?

A Juan Pagoeta le llegaban las palabras difuminadas por el rumor de conversación del pueblo y las ligeras ráfagas de viento que despeinaban la copa de la gran encina. Pero algo debía de entender, porque inclinó la cabeza y asentó sus ojos helados en el suelo, en gesto de escucha.

Arriba, Lope García dejó a Aritz al cuidado de Perico *el Oso* y bajó las escaleras. Esposa y marido evitaron el cruce de miradas cuando este llegó a su altura. Juan *el Moro* sí que lo miraba. La cólera le ardía en los ojos. Su padre se detuvo junto a ellos. El alto calzado y la toca fálica de su madre restaban diferencia de estatura entre ambos.

—No me gusta que te separes de mí al salir de misa —reprendió el pariente mayor.

Indiferente, Juana de Butrón hizo un gesto con la mano hacia Pagoeta.

—¿Y ése? —quiso saber.

—Gente de tropa.

—No me gusta. Parece un enfermo.

—Le he mandado que esté al tanto de vosotros.

—¿Uno sin experiencia?

—Resulta que es mejor protector de lo que imaginas.

—La única protección que necesitamos es contra ti y esa fulana con la que no dudas en mostrarte ante la gente.

—Y contra el cojo ese del que no te separas —arremetió el Moro.

Lope García tomó aire lentamente y lo dejó escapar con mucho rumor. Contuvo un gesto de tensión bajo las barbas. Se acomodó la pelliza, como liberando el enfado con tal acto, y bajó la vista hacia su hijo.

—Deberías subir a saludar a tu tío y conversar con tus otros hermanos. —Procuró mantener un tono sosegado al dirigirse al legítimo.

—Ahí no se me ha perdido nada.

—Eres mi hijo y has de estar con los de tu apellido.

—Yo no me mezclo con bastardos tullidos.

—No hables así de tu hermano. Jamás te ha hecho nada.

—No me digas cómo comportarme.

Los párpados del pariente mayor se ensancharon. No dijo más, quizás sabedor, al ver la expresión satisfecha de su esposa, de que parte de la villa tendría las cabezas vueltas hacia ellos. Hizo ademán de tomar la barbilla de su hijo, afectuoso. El *jauntxo* la retiró. Lope bajó lentamente la mano despreciada.

—Ya hablaremos tú y yo... —Dejó en suspenso la enganchada y regresó al corro, arriba de las escaleras. Juana hizo impulso de marchar hacia un corrillo de mujeres de linaje entregadas a la tertulia junto a la entrada de la iglesia.

—Vamos —dijo.

—Yo me quedo. —El Moro se había vuelto hacia Pagoeta—. Quiero hablar con ese.

La madre arrugó las cejas.

—Te espero arriba. No tardes.

El *jauntxo* se acercó hasta situarse a la espalda del nuevo mesnadero. Lo observó. El soportano ofrecía aquella pose rígida con la que solía estar en pie, esa impresión incierta de querer salir corriendo o echársele encima a alguna presa descuidada. Cubría hombros y espalda con un burdo capote oscuro. El mango del cuchillo, botín del asalto en el camino de Sestao, asomaba enfundado bajo él.

Pagoeta percibió que a su lado se situaba la figura tensa del joven noble. Aún se balanceaba un poco. Permanecieron en silencio sobre el acantilado que daba al puerto, contemplando por encima de la cerca el surcar de una nao con gallardetes flamencos que acababa de partir para remontar la ría hacia Bilbao ayudada por las barcas remolcadoras del servicio de atoaje. Las aguas esculpían frías cabriolas bajo el cielo encapotado de nubes. En la otra margen los arenales de la anteiglesia de Getxo se extendían como una mancha gris. Un golpe de viento cargado de aromas marinos revolvió los mechones del soportano, agitó los ribetes de pelaje de zorro que adornaban la pelliza del *jauntxo*.

—Tú eres ese que vendías —le soltó de pronto.

Muy despacio, Juan Pagoeta giró la cabeza hacia el hijo de Lope García.

—Ése soy.

—¿Y qué tal se te da ser otro de los perros bajo su mando solo para que te deje dormir rodeado de mierda de caballo?

El soportano tragó saliva. Abrió y cerró los dedos de la zurda, como si sopesara la idoneidad de responder.

—Se me da mejor que a otros ser su hijo —contestó sin inflexiones, con calma muy medida.

—¿Qué dices?

El Moro lo empujó. Pagoeta aguantó la acometida con firmeza. Quedaron frente a frente.

—¿Tú sabes quién soy yo?

—Un hijo del *jauna*.

—¡Legítimo! —matizó el *jauntxo*.

Su berrido pasó desapercibido entre el rumor de voces.

—A vuestro servicio estoy también. —El soportano inclinó la cabeza.

Juan lo miró de arriba abajo. De nuevo se balanceaba, adelante y atrás, como el badajo de una campana. Volvía a morderse la lengua entre los labios.

—¿Es que has oído lo que decíamos?

Pagoeta afirmó con la cabeza.

—Algo...

—El qué. Habla.

—Que odiáis al bastardo de la muleta.

—¿Odiarlo?

—Es lo que me ha parecido.

—Ese inútil ni sabe coger un arma ni puede montar solo a caballo. No es digno de mi odio.

—Por lo que veo, vuestro padre pasa mucho tiempo a su lado.

El rostro del Moro se estremeció como un pliego arrugado.

—Hasta un peón como tú se da cuenta... —Apretó los puños enguantados en gamuza. Le temblaba el mentón.

—No es algo que el *jauna* oculte.

—Ese puto tullido...

La lengua de Pagoeta asomó entre los labios. Un sondeo rápido antes de seguir hablando:

—Tampoco mi padre me hacía caso.

—¿Es que te quieres comparar conmigo, imbécil?

El soportano sintió cómo un calor feroz le trepaba rápido a las mejillas.

—Jamás.

Juan *el Moro* se volvió hacia la muchedumbre, que comenzaba a disiparse. Cerca de la encina, Lope García había hecho un aparte con Aritz. Lo ayudaba a encajar bien la muleta bajo el brazo. El legítimo sintió que una opresión le encogía el estómago. Pagoeta cruzó las manos sobre el regazo y dio un paso atrás. Luego le escuchó pronunciar las palabras con mucha claridad:

—¿Sabes qué?

Negó con la cabeza el antiguo vendedor.

—No dejaré que ese tullido ocupe mi lugar... No lo permitiré.

## Encontronazo

Fueron duros los primeros meses para Pagoeta. No estaba mal dormir todas las noches sobre el mismo jergón de hierba en la planta baja de la torre. Aunque fuese un cuadrado mal ventilado, mal iluminado y húmedo; aunque las esquinas del techo fuesen territorio para las arañas, entregadas al tejido de sus redes, enmarañadas como nubecillas de tan frondosas que se veían. Allí compartía techo con otros peones y con las monturas, entre montoneras de paja, sacos, forraje, rastrillos y horcas. Vagabundos, pendencieros y otros tipos de mala vida que encontraban acogida en un linaje y viandas a cambio de combatir para él. Ellos y los escuderos, la mesnada de Lope García de Salazar, la gente de armas de la que ahora también él formaba parte.

Lo miraban mal. Y apenas le dirigían la palabra. Quizás no les gustase su aspecto. O lo que detestaban es que un vendedor sin experiencia en combate hubiese entrado a formar parte del séquito del *jauna*. Supuestos méritos discutidos por lo bajo que se refrendaban durante la práctica armada en el patio de armas. A diario salía junto a los otros, con los mechones rubios revueltos sobre la frente, protegido por el jubón de cuero que había quitado al del asalto. Una prenda vieja, llena de magulladuras y remiendos, que apestaba a añejo, a pelea. Y su habilidad, primero con el garrote y luego con la maza plomada, debía de irritarlos más aún. Sobre todo a Pedro *el Burlas*, sargento de tropa de a pie. Un veterano que solía comandar grupos de hasta quince hombres. Muy ducho en la pelea cuerpo a cuerpo. Gente importante del séquito. Un sujeto de muy escasa estatura, con aire de bufón por la sonrisa burlona que no se le iba nunca de la boca. Cara alargada, mentón saliente con un hoyuelo muy profundo. La piel árida como tierra seca.

—No acabo de ver claro que un tipejo vende basura como tú tenga sitio entre nosotros...

Eso le había dicho nada más verlo por primera vez junto al preceptor de armas.

Y el soportano no tardó en favorecer su desprecio. Fue en una de las primeras pruebas, bajo la mirada de Fernando de Muñatones y un Lope García vestido con calzas bermejas y brigantina corta de terciopelo negro ajustada a la cintura. Una protección impecable cuya elegancia guerrera parecía demandar de los hombres un entrenamiento de altura. Y lo fue. No tardó el Burlas en acercarse a Pagoeta y meterlo en palabras:

—Así que tenemos un nuevo gallo en el corral...

A pesar de la tensión que le encorbaba el cuerpo, a pesar de que los lanzazos al aire, las cuchilladas y los agarres que tenían lugar alrededor se detuvieron y les

fueron haciendo corro, el soportano no se amilanó.

—Aquí solo veo perros.

El atrevimiento provocó intercambio de miradas en la tropa. Al Burlas se le fue encogiendo tanto el rostro que la sonrisa se le quedó en una mueca estrecha sobre la barbilla. El sargento brincó al frente y le tiró de los pelos.

—¡Jodido Baratijas! —chilló.

Los ojos de Pagoeta chisporrotearon al sentir el tirón. Un dolor agudo le estremeció la frente.

—¡Basta! —zanjó Lope García.

El *jauna* mandó que se enfrentaran con las armas si algo tenían que discutir. Estudió el perfil helado del soportano, agarrotado por la tensión de enfrentarse a uno de sus mejores hombres.

—¿Lo pones a prueba? —preguntó Muñatones.

—Lo pongo.

El teniente de preboste elevó las cejas y se rascó el cuello, con aire poco convencido por la diferencia entre los oponentes.

Bajo un sol mustio, un sol vizcaíno que caía sobre la fachada principal y el reducido espacio para la práctica del combate, dirimieron sus primeras diferencias. *El Burlas* había rechazado arma y rodela.

—No las necesito para tumbar a este.

A Pagoeta le cambiaron el garrote por la maza plomada, a ver qué tal se manejaba. No la desestimó.

Fue una pelea rápida. Los bailoteos, las fintas, los giros del Burlas alrededor resultaban un pavoneo en exceso descuidado ante un rival que se lo tomaba como si le fuese la vida en ello y que resultó casi tan rápido de movimientos como él. Más dispuesto a hacerle sorna ante su público y el *jauna* que a calibrar las posibilidades del otro, se encontró con una descarga de la maza. La masa de plomo le rozó el costado y le hizo perder la posición, y cuando quiso ver que la cosa iba en serio, un rodillazo en la cara le borró la sonrisilla de la boca. Tirado sobre la tierra, escupió un par de muelas babeadas de sangre y saliva.

Fernando de Muñatones afirmó con la cabeza.

—Tenías razón. Sí que tiene los cojones muy en su sitio.

A Pedro *el Burlas* le quedó para siempre un hueco en la mandíbula y el desprecio hacia Pagoeta grabado en los ojos.

Así pasaron los meses fríos. Y Pedro Fernández de Velasco cumplió su palabra. Con la llegada de la primavera regresó a las torres de Lutzana para firmar el acuerdo con López de Ayala. También cumplió con la toma de alcaidía de la fortaleza. Pocas semanas después de rubricados y sellados los pliegos, su lugarteniente Sánchez de Anuncibay llegó a tierra de Barakaldo al frente de trescientos hombres de a pie y

cuarenta de a caballo. Un contingente inicial que se aposentó en las torres uniéndose a las tropas de Ayala. La entrada del ejército velasquino hasta el corazón de Vizcaya provocó movimientos de gente armada entre las principales casas de ambos bandos. Todos aguardaban con las armas listas, preparados para intervenir bajo las órdenes de los parientes mayores, muchos aún sin saber si se cambiarían de bando. Se intensificó la vigilancia y se produjeron altercados entre linajes vecinos. Más de los habituales. Pequeños combates entre casas menores, escaramuzas, celadas en los caminos, quemas de torres... Eran los primeros síntomas bélicos de la llegada del poderoso conde de Haro y el posible desequilibrio de fuerzas en el señorío a favor de quienes lo secundaban.

En Portugalete comenzaron los preparativos para marchar a San Martín. Lope García de Salazar indicó a los suyos que dirigiría el conflicto desde el solar matriz. Ordenó a Fernando de Muñatones permanecer al mando del linaje en la villa a más de ocuparse, como solía, de las funciones de prebostazgo. El pestilente olor de la guerra no podía detener el movimiento y control de los dineros. Pero algo había cambiado. Los rostros de los portugalujos se ofrecían a la vista en extremo tirantes, rígidos; una mezcla de temor e ira por lo que pudiera suceder. Y con tales incertidumbres partió Lope García al frente de los suyos.

## ***Fortaleza de San Martín de Muñatones.***

### ***Concejo de San Julián de Musques. Valle de Somorrostro***

Alertados por la entrada de las primeras tropas velasquinas, los trabajos de refuerzo defensivo de la torre de San Martín habían acelerado el ritmo. Una obra de fortificación necesaria para garantizar la defensa de los intereses del linaje. Lope García había mandado engrosar sus muros, acrecentarle la altura y dotarla de una terraza volada con pretil de madera y cuatro Castillejos en las esquinas para mejorar la vigilancia. Estaba protegida por una potente muralla almenada plagada de aspilleras. En derredor de esta, una exterior, mucho más baja y sin almenas, como primera barrera para dificultar el acceso al recinto. Dos sencillos pero eficaces rectángulos. Las mejoras eran evidentes.

El pariente mayor, protegido con perpunte, se apeó de su bridón. La bestia negra hinchó ollares, oscuros como fosos, y expulsó el aire con bronquedad para espantar el polvo que le llegaba del traqueteo de carros. Algunos obreros se giraron a ver la columna que dejaba tras de sí la calzada de Portugalete a Castro Urdiales enfilando ya la vereda que se desgajaba desde ella hasta la fortaleza. La imponente presencia del *jauna* aceleró aún más sus movimientos.

Contempló con aire orgulloso la casa en la que había nacido, el solar construido por sus antepasados en el valle sobre una suave elevación junto al mar. El corazón del poder salazariago, la casa fuerte más importante de cuantas allí se levantaban.

Fortuño de Salazar golpeó la grupa del animal.

—Buen bruto —valoró jocosamente.

—Una bestia incomparable —se enorgulleció el pariente mayor.

—Tanto como tú.

Rieron con franqueza Lope García y su hermano, que había salido a recibirlo. Se le echó encima para abrazarlo, levantó la vista y se miraron, muy a los ojos. El mayor le puso una mano sobre el hombro. Con la otra entregaba bridas a su mozo de cuadra. Apuntó con el mentón a la casa.

—¿Me la has cuidado bien?

—Es mala costumbre que la dejes bajo mi gobierno en tu ausencia, me la acabaré quedando sin necesidad de cerco.

La sonrisa del IV señor de San Martín se ensanchó. Echó un vistazo satisfecho por el aspecto saludable del fiel hermano, vestido con brigantina negra de cuero con amarres.

—¿Y las obras? —se interesó Lope.

—Según lo previsto. Aquí no se descansa, ya lo ves.

—Ya sabes que solo confío en ti.

—Lo sé.

—Aunque eso te obligue a ir y venir de tu torre de Ontón.

—Eres mi mayor..., mi hermano.

Esta vez fue Fortuño quien alargó el brazo para agarrar con afecto el del primogénito. No fueron necesarias más palabras. Fortuño asumía riesgos. Su casa fuerte se levantaba en zona fronteriza con territorio de Castro Urdiales, de roce directo con los marroquines.

Guiaron sus pasos sobre la hierba hasta el pequeño puente levadizo. Fortuño se quedó mirando las púas del rastrillo que se insinuaban como colmillos de lobo en el arco apuntado abierto en la primera muralla. Allí se detuvieron, como por instinto.

—Hay buenas noticias de Butrón —anunció Lope—. En los últimos días ha hostigado las carradas de vena que salen de las torres de Lutxana. Varias escaramuzas que mantienen nervioso a Ayala.

El de Ontón se llevó un dedo a la nariz, fuerte y salazariega.

—Bien.

Luego desvió su atención a la gente que seguía llegando de Portugalete. Al frente, Juana de Butrón sobre mula y Juan *el Moro* sobre palafrén junto a otros parientes e hidalgos en sus monturas, seguidos por gente de armas a caballo y a pie, acémilas cargadas de fardos y un par de carros con enseres. Cuñada y sobrino no devolvieron la inclinación de cabeza con que los saludó Fortuño. Quien sí lo hizo, con franca sonrisa, fue Aritz, montado sobre mula. Juan Pagoeta avanzaba con garrote ferrado al hombro; la boca entreabierta, la mirada helada sobre la tremenda torre, hermética y señorial, con unos pocos vanos y aspilleras rasgados como cicatrices, que se recortaba contra el cielo. Dos peones lanceros vigilaban desde lo alto. Junto a ellos, un pendón con las trece estrellas doradas sobre fondo rojo concedía orgullo de linaje a la recia imagen de la fortaleza.

Fortuño echó un ojo al tipo de la cicatriz. Se pasó la diestra por el rostro rasurado.

—¿Traes gente nueva? —quiso saber.

—Ése y algún otro.

—Harán falta.

Lope García se volvió hacia las decenas de hombres y mujeres que aún se entregaban a la terminación de los últimos trabajos. Aquí y allá, dispersos a lo largo del perímetro amurallado, andamios, grúas de madera, sogas, poleas... Se levantaban y movían sillarejos siguiendo las indicaciones voceadas por los maestros constructores. Alrededor de la cerca exterior terminaban de cavar un foso seco de poca profundidad.

—Veo cierta tensión en los gestos —consideró.

—Aliviada en parte por tu venida. Les ha infundido nuevos bríos. La gente anda muy inquieta con lo de Velasco.

Quedaron en silencio. Durante un tiempo más Lope continuó observando a su gente, con la expresión muy rigurosa, como calibrando el más mínimo detalle.

—En unos días marcharé a Sopuerta —dijo—. El cadalso ha de estar casi terminado.

Torció el gesto Fortuño. Un brillo acerado le asomó a los ojos, oscuros como los



de su hermano.

—Quizás también debiéramos desafiar a los marroquines a pelea en la loma de Santullán. Que sepa Velasco que vamos a por esos cochinos rastreros... y que no hemos olvidado a los nuestros que asesinó en Balmaseda.

Lope bajó la vista al cinto de Fortuño. Pendían puñal y hacha de una mano.

—¿Hay ganas de combatir?

—Haylas.

Soltó un suspiro nasal el primogénito.

—Por lo pronto les haremos llegar un mensaje —aquietó las ansias combativas de Fortuño con tono riguroso y estratega.

Quedó la conversación en suspenso. Subieron al espléndido salón de la casa. Lope García tomó asiento, mojó cálamo y escribió. No muchas palabras, las justas, sin recato de amenazas, diciendo que, tras oferta de treguas, por haberle sido rechazada con la crueldad de dar muerte a cinco de sus vasallos, y tras unos meses en infructuosa espera de arrepentimiento y compensación, les harían de ahora en adelante cuanto mal pudiesen, a ellos, a Velasco y a cualquier otro que los apoyase.

Fortuño aprobó con mucha inclinación afirmativa de cabeza lo riguroso del texto.

A la mañana siguiente, bajo una densa niebla y un horizonte amoratado sobre el mar que amenazaba galerna, partió montando mula Juan de Ahedo, principal sirviente de Lope García, hacia Castro Urdiales, disfrazado con el sayo gris de los judíos. Clavó la carta en la puerta de la iglesia de Santa María de la Asunción y regresó tan escurridizo como había llegado a la villa costera.

San Martín advertía a sus enemigos.

Se encontraron en el umbral de uno de los aposentamientos de madera adosados a la torre a modo de corredores, justo cuando Aritz descorría la cortinilla para pasar al salón del edificio. Al verlo, el bastardo intentó recular, girándose todo lo rápido que le permitieron muleta y piernecilla. Pero Juan *el Moro* ya lo había cogido del brazo y tiraba de él hacia sí. Se encaró con él, luego lo arrastró, le apretó las uñas con la mano izquierda y con la diestra lo tomó del cuello y lo empujó contra la pared.

—¡Adónde vas, cojo!

Miró el Moro a un lado y a otro. No escuchó voces tras la esquina que doblaba a su izquierda. Nada más había allí que el escritorio, silla y libros del muchacho, alumbrados por un candelabro, y el hacha que pendía de la pared junto a la puerta.

—Hoy no tienes por aquí a Perico para sacarte la cara, ¿eh? —continuó Juan.

El Oso entrenaba en el patio de armas y Lope García había mandado al muchacho que siguiera ejercitándose en la escritura, lectura y dibujo al cuidado de Juan de Ahedo. Pero Ahedo se había ausentado para ir a la letrina y Mencía se encontraba entregada a tareas de limpieza en la cuarta planta de la torre. El muchacho quedó solo.

—¡Suéltame! —voceó Aritz.

—Menuda vocecilla, chillas como una puta.

—¡Que me sueltes!

—Hablando de putas, ¿y la ramera de tu madre?

La referencia a Mencía en tales términos debió de infundirle coraje al bastardo para responder con más que palabras. Intentó arremeter, sin mucho acierto, al frente. Pero el Moro enseguida le redujo la intención empujándolo de nuevo contra la pared. El sonido de la espalda al chocar fue seco y brutal. Su cuerpo sano y entrenado destacaba sobre el de Aritz, enfermo y débil.

—¿Ves esta puerta? —El Moro giró la cabeza hacia el altísimo acceso en el que habían chocado—. Mi padre la mandó abrir así para que todos sepan de su estatura. Es orgulloso, pero no tanto, porque si no se follaría a una ramera tan baja como tu madre.

Un gesto de dignidad encendió el rostro del bastardo, que se animó a revolverse de nuevo contra su opresor y soltar una puñada en el abdomen al hermanastro. Una acometida floja, sin efecto.

—No te esfuerces... Mírate... —Juan *el Moro* lo recorrió de arriba abajo con la vista. Tenía el gesto arrugado como si acabase de probar una repugnante vianda—. No mereces estar aquí —siguió machacando—, ni llevar nuestro apellido. Me das asco.

—¿Qué te he hecho yo?

—Tú nada puedes hacerme a mí.

—Pues déjame.

—¿Dejarte?

Se le crisparon los dedos que oprimían la garganta de Aritz. Tosió el bastardo, notó el escalofrío ardiente de las uñas rasgándole la piel. Sintió cómo la mano del Moro y sus propias dificultades naturales para respirar lo ahogaban. Soltó la muleta para intentar aflojar con sus dedillos la mano del hermanastro, que lo mantuvo de pie por la mucha fuerza con que lo sujetaba. A Aritz se le humedecieron los ojos.

El tiempo parecía transcurrir pesado y espeso entre los olores grasientos y asados que se desperdigaban por la casa procedentes de la cocina. Por una pequeña ventana les llegaba el resuello de los combatientes entregados a la práctica del combate, el rechinar de hierros, la tosquedad de los golpes contra el estafermo y los escudos de madera, cacareo de gallos y gallinas, gruñido de cerdos, ladridos de perros atacando hombres de paja. Rumores ajenos a la riña entre los hermanastros.

—Ten mucho cuidado conmigo, tullido. Aléjate de mi padre y vete a vivir con los guarros, que es donde te corresponde. No me quitarás lo que es mío.

—¡No quiero quitarte nada! —La exclamación le salió aguda al bastardo por el miedo y la asfixia.

—Mi herencia... Mi propio padre... ¡Que me lo quieres robar todo!

Las facciones de Aritz eran una mezcla confusa de terror, dolor e incomprensión.

La presión sobre su cuello se hacía cada vez más fuerte, hasta que a la respiración entrecortada le siguió el enrojecimiento de la piel del rostro. El Moro sonreía como un esperpento, enseñándole los dientes. Emitió un ruidito grotesco con la garganta. El balanceo, rápido y rítmico, había aparecido a medida que se le calentaban las palabras. Se diría que iba a matarlo cuando sus rasgos dejaron de retorcerse, de golpe. El bamboleo también se detuvo. Quedó con los ojos muy abiertos, fijos en los de Aritz.

—Si dices algo de esto te saco las tripas, ¿me oyes? —le amenazó.

Liberó el cuello y el bastardo cayó al suelo. Juan desapareció tras la cortina, de vuelta a la torre. Sus pasos se escucharon cruzando rápidos y alocados el salón, chocando en su carrera con algún mueble.

Aritz jadeaba, apoyada la espalda contra la pared e intentando ponerse de pie sobre una pierna mientras alargaba un brazo para hacerse con la muleta. Sudaba y lloraba, aún recuperando el aire, el gesto descompuesto, el largo flequillo húmedo sobre la frente.

Al otro lado del tabique y cortina que los separaba del dormitorio de la mesnada, tras la esquina, Juan Pagoeta entreabrió los labios. La punta de la lengua se deslizó sobre ellos. Sus ojos brillaban fríos en un rostro inexpresivo que parecía concentrado en absorber cuanto acababa de escuchar. Cerró con suavidad la tapa del arcón situado a los pies de su camastro y dejó sobre el cobertor la camisa limpia que había ido a buscar.

## Engaños

Lope examinaba las heridas en el cuello. Había tomado la barbilla del muchacho.

—¿Cómo te has hecho esto?

En cuclillas, acercó un poco más el candil y su luz aceitosa le permitió ver con claridad las profundas marcas rojizas que Aritz procuraba ocultar con una mano. Cuatro a un lado y una al otro.

—Ha sido un juego.

—¿Un juego? ¿No se te ocurre otra estupidez que decir?

—Es que...

La voz de Aritz temblaba como una hojilla mecida por el viento, apenas un susurro entre los muros de los aposentos del padre. La mirada del progenitor se ensanchó, oscura. Escrutaba las heridas con terrible severidad.

—¿De qué son estas marcas? —insistió—, habla.

—No lo sé, no sé cómo ha sido.

—No me mientas.

—No lo hago.

—Sabes que no tolero la mentira.

—Pero...

—¿Ha sido él?

La voz de Lope reverberaba rocosa, un trueno negro en la escasa luz de la estancia. El afecto de su semblante durante la sesión de lectura frente al escritorio desapareció cuando el muchacho se agachó desde su banqueta a intentar recoger una cuartilla que se le había caído. Y el padre pudo ver las señales.

—¿Él? —Fue un balbuceo de Aritz apenas audible—. ¿Quién? No.

El IV señor de San Martín tanteó con los dedos la barbilla y le giró aún más la cabeza.

—Si no me lo dices, te llevaré delante de la tropa y te abofetearé hasta que lo hagas.

Reprendía Lope con una mezcla entre la severidad de padre y el rigor habitual en él como jefe de la casa. Aritz se cubrió el rostro con las manos. Encogido sobre sí mismo, menguaba su tamaño, débil como un animalillo frente a la enormidad paterna.

—¡Me haces daño! —chilló.

Los párpados de Lope se entrecerraron, prieta la mandíbula. Liberó la barbilla del hijo.

—Ha sido él... —sentenció.

A Aritz se le contagi6 el dolor anudado que a su progenitor le trababa la garganta.

—No se lo digas, por favor, padre.

—Qu6 habr6 hecho yo para que me salgan hijos tan torcidos...

Dej6 Lope el candil sobre el escritorio y se puso en pie. Su gran estatura se proyect6 en sombra sobre el bastardo. La tensi6n en el est6mago se extendi6 por todo el cuerpo. Un hormigueo agudo que le atenazaba los movimientos.

—Acu6state, que ya hablaremos.

Echada la noche sobre San Mart6n, a Lope Garc6a se le ve6a el gesto prieto entre las barbas, como arrepentido. Se inclin6 sobre la cama. El resplandor del candil iluminaba los rostros del padre y el hijo. El muchacho dorm6a. M6s all6 de la luz, el lecho de su madre, penumbroso. Flu6a su respiraci6n suave. La c6mara estaba separada del resto del corredor por un tabique de madera. En la intimidad de la habitaci6n, Lope Garc6a se arrodill6 con cuidado de no hacer ruido, una rodilla y luego la otra. Recorri6 con la llama el cuerpecillo menudo del muchacho. Sus formas d6biles e indefensas se insinuaban bajo el cobertor de piel de zorro. Luego regres6 la luz a las facciones inocentes. Destacaban las heridas del cuello entre el pelo revuelto. Lope lo apart6 con delicadeza.

—Perd6name, hijo... —murmur6—. T6 no tienes la culpa. No he querido hacerte da6o. Eso nunca. Es duro ser padre, no imaginas cu6nto. Por muchos hijos que yo tenga, sois todos de mi sangre, pero t6..., t6 eres el m6s hermoso y el m6s fr6gil a la vez. Y eso es tan dif6cil para m6...

Hablaba como para s6. Su voz profunda desvel6 al Roble. El muchacho notaba en el cuello la poderosa calidez de su aliento. No abri6 los ojos. Sonri6 con ligereza, alarg6 un bracillo y rode6 el cuello del padre. Lope se inclin6 a6n m6s y lo bes6 en la frente. Sintió el muchacho el cosquilleo suave de las barbas, y se le agrand6 la sonrisa so6olienta. Luego Lope llev6 la boca hasta su o6do.

—T6 eres mi m6s preciada posesi6n —confes6—. La que m6s quiero de todas.

El brazo de Aritz apret6 cari6oso el cuello. As6 quedaron, unido el delicado cuerpo del hijo al potente f6sico del padre, acunados en la intimidad de la silenciosa lucecilla.

El bofet6n con el dorso de la zurda lo tir6 contra el banco corrido. Hab6a entrado en la cocina poco despu6s de sonar las dos campanadas de tercias en la ermita de San Mart6n. All6 lo encontr6, olisqueando como un perro el aroma de la sopa de carne salada que flu6a invisible del puchero sobre el fuego del hogar. La sirvienta que la remov6a, agachada la cabeza, sali6 corriendo al ver de reojo c6mo el *jauna* entraba a grandes zancadas y agarraba al hijo de la alcandora por la pechera y lo meneaba como a un pelele. A su espalda, la que cortaba el pan sobre la mesa se les qued6

mirando. Dejó caer el cuchillo y siguió a la otra. El Moro había reaccionado con instintiva rapidez de futuro combatiente y logró esquivar el primer manotazo a la cara, pero no el segundo.

—Te he tratado con el respeto que como hijo mereces, y lo pagas ensañándote con otro, con aquel que ningún daño puede hacerte. No eres más que un cobarde.

Rugía la voz del padre. Juan se echó una mano a la cara. Un dolor caliente se expandía por la mandíbula, empezaba a hincharse. La huella del grueso anillo con rubí se adentraba en la piel, profunda.

—¡Así que el tullido se ha ido de la lengua! —berreó.

Hizo Lope ademán de abalanzarse sobre él.

—¡Ni se te ocurra, malnacido! —Se lo impidió el grito de Juana de Butrón. El rostro de su esposa era una arruga furiosa; una loba enseñando los colmillos, a punto de saltar desde el umbral.

Lope se volvió hacia ella.

—¡Tú tienes la culpa de esto, Juana! —le recriminó. Había soltado al hijo y hablaba con los brazos extendidos y las manos crispadas como ramas—. ¡Malmetes para que mi propia sangre me cuestione!

—Quizás debas preguntarte por qué...

—¡Te cuestiono porque me obligas! —intervino el Moro.

Se giró Lope de nuevo hacia él.

—¿Que yo te obligo?

—¡Quieres que ese bastardo ocupe mi lugar!

—Nadie puede ocupar tu lugar, hijo.

Había en la voz de Lope García un punto de tristeza sometiendo a la rabia, moderando el tono.

—¡Sí que lo ocupa, porque lo tratas mejor que a mí, que a cualquiera! —insistía Juan.

El Moro había comenzado a balancearse, una mano apoyada sobre el respaldo del banco y la otra aún en la mandíbula. Los ojos le refulgían como ascuas. Se mordía el labio inferior, blanco bajo la presión de los dientes.

—¿Acaso no tienes cuanto necesitas? Eres mi hijo y nada te falta.

—¡Mentira!

—¿Mentira?

—¡Quieres que ese cojo herede lo que es mío!

Lope García se volvió hacia la madre. Dio un paso hacia ella.

—¿Eso es lo que tu madre te mete en la cabeza? —Su tono había vuelto a endurecerse.

La aludida rehusó la respuesta. Miraba a Juan con mucho ímpetu en la expresión, como envalentonándolo a continuar.

—¿Es que no tienes nada que decir, Juana? —insistió el esposo.

—A ti nada.

—Tanto me odias que eres capaz de utilizar a nuestro hijo...

Se acercaba Juana a Lope, en apariencia invulnerable a sus palabras.

—Lo que no sabe Juan de ti es hasta dónde llega tu indecencia —continuó el IV señor de San Martín—. No sabe que fuiste capaz de falsear una carta a mi nombre y enviarla al rey con la intención de perjudicarme, y con ello a mi familia, a él mismo. Porque seguro que nada de esto le has contado.

El balanceo del Moro se detuvo. No lo negó Juana, que se había escorado hasta la mesa y agarrado un candelero que amenazaba con lanzar a Lope. La brusquedad del gesto apagó la vela. El humillo hecho hebras ascendió negro hacia el techo. La cera se le derramaba sobre la mano; pero la Brava, constreñida la cara, muy gallarda, soportaba el ardor.

—Ojalá que mueras solo y abandonado de todos tus hijos, como tu padre —vomitó.

Su voz cavernosa hizo reverberar el anhelo.

—¡Eso! —apoyó el hijo.

Los labios del padre se achicaron. Eran ahora una mueca prieta como dos filos de cuchillo entre las barbas.

—Deja tranquilos a los muertos.

El *jauntxo* tragó saliva. El balanceo arreciaba otra vez, rápido, adelante y atrás.

—¡Malditos seáis tú, ese asqueroso tullido y su madre! —chilló Juana.

Amenazado por el frente y la espalda, el hormiguelo de tensión que Lope García sentía en su interior le hinchó las venas del cuello bajo las barbas. En las sienas palpitaban. Resollaban padre e hijo, resoplaba la madre.

—No eres más que un envidioso. —Se giró, una vez más, tremendo, hacia el *jauntxo*—. Un malcriado envidioso. —Lo dijo con una calma que no se correspondía con la rigidez de su rostro, de sus extremidades.

El Moro gruñó encolerizado como si lo hubiera vuelto a abofetear.

—Si vuelves a tocar a Aritz te desheredo —le amenazó el padre.

—¿Desheredarlo?

Juana se abalanzó sobre su esposo y le soltó un tortazo. La firmeza del golpe chasqueó en el aire caliente de la cocina. Lope García no se inmutó. Ladeó el cuerpo y bajó la vista para mirar a su esposa, que lo encaraba muy brava de ademanes, poniéndose de puntillas, la cabeza hacia arriba, el hociquillo prieto, muy digno, con el candelero aún en la mano y el brazo echado hacia atrás, dispuesta a estrellárselo.

—Si haces tal cosa, por Dios juro que te arrepentirás —advirtió la mujer.

—¿Tienes algo más que decir?

—Me voy, a casa de mi hermano.

Lope la apartó con violencia contenida.

—Ándate con cuidado a ver a quién le calientas la cabeza.

—No serás tú quien diga a una Butrón cómo ha de actuar.

—Tampoco lo harás tú con un Salazar.

Durante un tiempo solo se escuchó la respiración agitada del Moro, la contenida del matrimonio, el rugido de la lumbre en el hogar a punto de quemar la sopa.

—Vete ya antes de que mande encerrarte —dijo Lope—. Y no vuelvas.

Juana de Butrón dio unos pasos atrás y dejó el candelero sobre la mesa sin apartar la vista de Lope García de Salazar. Luego dirigió su atención al hijo. Había cesado en su bamboleo. Contemplaba a sus progenitores con el gesto agarrotado y los ojos muy abiertos, como en espera de más palabras.

—Que no te engañe tu padre con sus intereses —le previno su madre en tono grave y tajante, y salió.

Lope tomó la misma dirección. Antes de abandonar la cocina se detuvo, de espaldas a Juan.

—Recuerda lo que te he dicho, hijo.

La mandíbula del *jauntxo* se había hinchado. Le deformaba la expresión, enloquecida, babeante entre los labios como un perro rabioso. Crecía una moradura alrededor de la herida. Abrió la boca, volvió a cerrarla y aguardó a que su padre hubiera marchado. Entonces escupió las palabras que se le amontonaban entre los dientes:

—Te arrepentirás de esto, padre, te arrepentirás...

Pedro Fernández de Velasco se limpió la grasa de las manos con el mantel. Tragó con mucho ruido y alzó la vista del plato, los huesecillos de la perdiz dispersos sobre él. Intentó alinear sus dos ojos en la cara de López de Ayala, sentado al otro extremo de la mesa, que no había dejado de contemplarlo en silencio durante toda la cena.

El conde levantó las cejas con aire de pronunciarse:

—¿Tienes algo que decir?

A Ayala le reventó la respuesta en la boca, como si esperara el permiso para hablar:

—García de Salazar amenaza a los marroquines, que es amenazarte a ti y a mí; González de Butrón ataca mis carradas de vena y solo mis hombres se exponen a sus ballestas mientras los tuyos se reservan por orden de Anuncibay. Y no haces nada.

Pedro Fernández se pasó los dedos por el cinto de piel de ciervo forrado de seda con remaches de plata.

—Sobrestimas al enemigo —dijo.

—¿Sobrestimo?

—Una carta clavada en la puerta de una iglesia y Butrón mandando unos hombres a ponerte la zancadilla. Por poco te asustas tú.

—Traed más tropas, tal y como firmamos. Así perderé el miedo.

La exigencia de Ayala en tono muy recio hizo que Fernando de Velasco de Mena y Sánchez de Anuncibay, que los acompañaban a un lado de la mesa, intercambiaran una mirada. El lugarteniente se rascó la frente, fuerte y pronunciada como un



matacán. Amagó una risa burlona y vio cómo el conde de Haro se inclinaba sobre la mesa como para decirle algo al anfitrión ante su exigencia.

—No te conviene volver a hablarme así —fueron sus palabras.

—Pues cumple lo acordado.

Dos peones armados de López de Ayala que se mantenían a prudente distancia de su *jauna* se miraron también entre ellos.

—No incordies tanto —prosiguió Pedro Fernández—, las nuevas tropas llegarán en cuestión de días.

—Más vale.

—En cualquier caso... —Velasco se había puesto en pie. Se acercaba a Ayala con pasos cortos, el cuello ladeado, enarcando las cejas, divertido—. No tientes a tu suerte con tantas peticiones... —Se situó a su espalda. Colocó sobre los hombros sus pequeños dedos, anillados de oro, y presionó hasta que López de Ayala giró un poco la cabeza. Se le acercó al oído y entreabrió los labios, brillantes por la grasa que aún no se había limpiado—. No vaya a ser que te haga meter los pliegos de nuestro acuerdo por ese gaznate tuyo que tanto habla.

Lo dijo alto para que todos lo oyeran. Luego llevó la boca hacía el fino sayo rojo del anfitrión y la restregó contra él. Pedro López de Ayala se sacudió la ofensa con un gesto brusco del brazo. Sus dos peones echaron mano a los cintos. Ayala alzó la suya para refrenarlos. A la luz de los candelabros la frente le refulgía de sudor. El intento de defenderlo no acabaría bien, Velasco contaba con diez hombres de armas de su séquito sentados en taburetes por todo el salón, dispersos como dados en juego sobre una mesa; barbas y cuchillos siempre al cuidado del banderizo. Apenas ninguno hizo ademán de riña, muy tranquilos en su superioridad.

—Cumple, te lo ruego. —Buscó aplacar los ánimos el de Lutxana.

—Eso ya está mejor.

Afirmó con la cabeza Ayala bajando la mirada en actitud de no querer continuar con la gresca.

—¿Y ahora qué? —preguntó moderando el tono.

—Mandaré mensajes de urgencia a los soportanos. García de Salazar termina de levantar un cadalso al sur del valle y he de garantizar que toda esa chusma hidalga de Sopena me siga.

—Muchos ya lo hacen.

—Lo que quiero es que lo hagan todos, incluidos sus parciales.

—Puede que algunos sean sordos a tus palabras.

—Los maravedies les curarán la sordera.

—¿Y si no lo consiguen?

Respondió Velasco con una risita de suficiencia. Se acomodó la ropa verde con pliegues y regresó a su asiento. Ayala se rascaba la mancha de grasa, que oscurecía el hombro de la prenda. Había quedado un minúsculo resto blancuzco de carne de ave masticada.

—Su hermano Otxoa García —empezó a decir López de Ayala—. Lo tendrá como apoyo en Sopena.

—¿Ése? No será difícil de convencer. Creo que lo aprecia tan poco como nosotros.

—Uhm.

—No te preocupes tanto por esa gentuza. Una escarcela llena de monedas obra milagros.

—Espero que estés en lo cierto.

—Lo estoy.

—Lo celebro.

Callaron. La mirada de Velasco volvió a centrarse, tarada, grotesca, en López de Ayala.

—Por cierto, tanto ir y venir desde Medina y Balmaseda le sienta mal a la espalda. Residiré aquí hasta que acabemos con esto.

Aprobó el anfitrión con su silencio. Tragó saliva, prietos los labios.

—Me gusta tu alcoba. —Afirmaba el conde con la cabeza—. Haz sacar tus cosas.

Ayala contuvo la respiración. Observó de reojo al de Balmaseda y a Anuncibay, en cuyas caras se insinuaban sonrisas contenidas. La puñalada en el orgullo le impulsó a ponerse de pie.

—Nuestro acuerdo no dice nada de que tenga que dormir en otra parte que no sea mi aposento.

—Precisamente porque no dice nada, de nada puedes quejarte.

—No eres el hombre de palabra que dices ser.

—Vamos, no seas rencoroso. Ni que hubiera pedido acostarme con tu esposa.

Se escuchó una risa entre los del séquito armado de Pedro Fernández. Esta vez Ayala sintió cómo el temblor de las piernas lo forzaba a asentar de nuevo las nalgas en la silla. Sus dos peones volvieron a intercambiar una ojeada, refrenando el instinto natural de meter mano a las empuñaduras.

—Y ahora —continuó Velasco—, fuera todos de aquí. Necesito pensar en lo que voy a decir a esos palurdos de Sopena.

—Lope es un hombre. —Gómez González de Butrón, tensos los carrillos de su mandíbula ancha y cuadrada, se quedó mirando a su hermana.

—Un hombre que al deshonrarme escupe en nuestro apellido, en nuestras armas. —Juana de Butrón respondía dándole la espalda. Sus facciones rabiosas contemplaban desde una ventana los robledales que rodeaban el solar matriz del linaje en Gatika. Una fortaleza similar a la que su esposo terminaba de reforzar en Somorrostro—. No es nadie, tan solo un mal marido de tan baja estofa que hasta nos imita la casa.

—Olvidas que es nuestro principal aliado.

Se volvió Juana hacia el interior del salón.

—Y tú que yo soy tu hermana. Que por mis venas corre la misma sangre que por la tuya —decía esto cerrando los puños, mirándose los brazos—, la de la familia más poderosa de Vizcaya. Y tú con tus concesiones permites que la ensucie.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Que no permitas que se acueste con una de sus putas. Quiero que la eche de casa y que no la vuelva a mostrar como su preferida.

Escupió el pariente mayor de los Butrón una risa vaga.

—¿Esa tal Mencía de la que tanto me hablas?

Arrugó la boca Juana, en mohín de repulsión.

—¿De todas las que tiene solo te preocupa esa mujer?

Obvió responder la Brava. Sintió un ardor en el estómago.

—En eso nada puedo hacer —quiso zanjar Gómez.

—Sí que puedes.

—¿El qué?

Dio Juana un paso al frente, muy decidida. Crujió furiosa la saya bien ajustada con cinta a la cintura. Los fuegos del salón exaltaron reflejos en el broche con rubí rojo del collar.

—Que le amenes con romper la alianza entre ellos y nosotros.

El rostro de Gómez, entre seco y abierto a la escucha, se oscureció.

—Estás loca. —Se pasó una mano por el pelo duro—. Te debes a tu esposo y a nuestros intereses. Para eso te casaste.

—Y tú a nuestro apellido.

—Como siempre hago.

—Pues demuéstalo.

—Me pides que arriesgue una alianza por tus estúpidos celos.

—¿Estúpidos celos? ¡Es su preferida, por encima de mí!

Buscó Juana por todo el salón con ojos enloquecidos. Los candelabros de la mesa, la vajilla del anaquel, la bisarma apoyada sobre la pared. Quizás algo que agarrar y lanzarle.

—Calmaos, hermanos. Debemos ser capaces de llegar al entendimiento. —La tercera voz sonó en tono de mucho sosiego.

La mirada furibunda de Juana *la Brava* saltó de Gómez a la cabeza de pelo cenizoso tonsurada de fray Juan Alonso de Múgica y Butrón.

—¿Lo dices tú que, a pesar de ser el primogénito, abandonaste cobarde tus obligaciones con esta casa para meterte a fraile?

—Sé razonable, Juana. Levantar estas disputas solo puede conducir al odio y a la muerte. Que nuestra casa sea la más poderosa del señorío no significa que convenga alterar tensiones con la de Salazar.

Gómez, de pie en un extremo, llevó los dedos a la funda de cuero del puñal. Estudiaba a una y a otro. La hermana, con su elegante arrogancia recortada en el

contraluz de la ventana; el hermano, vestido con hábito de franciscano, sentado sobre el banco con los codos en la mesa y la mandíbula encajada entre los puños, el aire contemplativo. Aún mantenía el físico fornido del bien alimentado cuyo destino real habría sido el uso de las armas y el gobierno del linaje.

El jefe oñacino se quitó del dedo el anillo con rubí heredado de su padre y volvió a introducirlo, inconscientemente. Pasó con fuerza una mano por la barbilla picada de barba de unos días. Se escuchó el rascado seco al rozar las puntas de los dedos contra la piel. Parecía reflexionar.

Fray Juan Alonso se puso en pie y fue hacia Juana con andares zambos de antiguo caballero. Las sandalias asomaban bajo el hábito.

—Ya hace tiempo que no busco tu aprecio, ni siquiera tu respeto por la decisión que tomé —argumentaba en tono muy sosegado—. Pero al menos piensa en lo absurdo de todo esto, en el dolor que tu actitud causa a los tuyos. Mira si no a tu hijo Juan, cómo sufre. Lo arrastras con tu odio y lo enfrentas contra su padre.

—No metas en esto a mi hijo.

—Ya lo has metido tú.

—Cállate, fraile.

—Y aunque Lope se aviniese a rebajar sus apetitos hacia esa mujer, intuyo que tu odio no desaparecerá.

La expresión indiferente en el hociquillo de Juana, prieto e insolente, no negaba las últimas palabras del franciscano.

—Sigues siendo tan blando como cuando vestías calzas bermejas —le recriminó.

El religioso se llevó dos dedos a la frente. Emitió un soplido.

—Es posible, pero más me ha valido blandura para preservar vidas que supuesta valentía para ver cómo se extinguen.

—Puede.

La palabra concesiva de Juana, quizás pronunciada sin pensar, dejó un resquicio para que al fraile se le intuyese una leve sonrisa. La Brava soltó el aire que contenía en el pecho, muy despacio. Percibió los dedos del hermano mayor rozando los suyos.

—Piensa, Juana, por Dios te lo pido —insistió fray Juan.

—En cualquier caso, no te corresponde a ti decidir los designios de la casa. — Juana retiró la mano para evitar el roce—. Perdiste tu ocasión. Es Gómez quien gobierna, y siempre lo ha hecho con el corazón y valía que se exige.

—Veremos qué puede hacerse. —La voz fuerte de Gómez hizo que ambos volvieran la vista hacia él.

Juana se alejó de fray Juan. Mascullaba el «Veremos qué puede hacerse». Encaró la puerta. Gómez le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Adónde vas?

—A mandar que preparen mis arcones. Vuelvo a San Martín, al lado de mi esposo, ese cuyas treguas respetas más que el apellido sobre el que se mea.

—Nos vas a volver locos a todos con tanta ida y venida.

—No más que vosotros a mí.

—Ordenaré que se prepare una escolta.

No dijo más la Brava. Se fue con la cabeza muy alta y el caminar decidido. Los dos hermanos quedaron en silencio. El franciscano se puso a merodear por la estancia.

—Juana siempre ha sido guerrera, bien lo sabemos —apuntó.

—Es una Butrón.

—Qué duda cabe. Yo, en cambio, prefiero recogerme en la paz del convento.

—No volverás aún a Bermeo. Elevó el hermano mayor las cejas, en apariencia más confuso que molesto.

—¿Me necesitas?

—Quiero que la vigiles.

—¿Vigilarla?

—Está demasiado alterada. Ya has visto que solo a ti te escucha.

—Poco caso me hace...

—Menos es nada.

—¿Y Lope? Quizás debieras hablar con él.

—La última vez que hablamos no me pareció muy interesado en tratar el asunto.

—Eso pondrá las cosas aún más difíciles.

Gómez González de Butrón bajó la cabeza y estrechó los labios.

—Me hastían las quejas de Juana —protestó—. Me revientan la cabeza y la necesito fresca para nuestras guerras; pero tampoco pienso tolerar que Salazar falte al respeto a nuestra casa. —Ahora la mandíbula cuadrada robustecía sus ángulos hasta el extremo. El pelo corto y duro como coraza de puercoespín le daba un aire muy violento.

Sus ojos se aposentaron, entornados entre el orgullo y la duda, en el tapiz negro que cubría toda la pared de su izquierda. Enorme y silencioso, decorado en el centro con la cruz de plata, los cinco lobos negros, los cuatro buitrones dorados del escudo.

—Has de ser precavido, Gómez —sosegaba el fraile—. Que no te arrastren los celos de Juana. Con razón o sin ella, esta hermana nuestra es capaz de arrasar con todo y con todos.

—Seré precavido, pero Lope tendrá que acatar mi exigencia.

—¿Exigencia?

Asintió el jefe oñacino con la cabeza.

—¿Qué exigencia?

—Que deje de follarse a esa manceba y que no se ande con ella en público. No le será difícil cumplir, con tantas como tiene.

—Suponiendo que te hiciera caso, no será suficiente para aplacar a Juana. Está obsesionada con esa mujer. Sus palabras y sus silencios no dejan lugar a la duda. Aunque no fornicuen, aunque nadie los vea más, su rabia seguirá viva.

—Las obsesiones de Juana son asunto suyo, pero la aceptación de Lope será

prueba de respeto a mí y a esta casa. Basta con que acate.

—Es terreno peligroso.

—Más peligroso será para él si no lo hace. Me necesita en sus guerras contra Velasco.

Fray Juan Alonso se llevó el pulgar y el índice al tajo que le recorría la nariz del puente hasta la punta. Aún le dolía el hueso tras los años pasados desde el combate donde murieron quemados varios de sus hombres y parientes.

—Ten cuidado, no vaya a ser que esto se te escape de las manos —aconsejó—. Quizá se avecinen cambios en el señorío. La llegada de Velasco no es cosa menor. Nadie recuerda un poder así en Vizcaya, y Salazar es un aliado conveniente.

—Solo tiene que acatar mi exigencia —repitió Gómez—. Eso es todo.

—Siempre el orgullo y las emociones por encima de la razón...

El jefe oñacino no parecía escuchar las palabras serenas del religioso. Había echado mano como por instinto al mango del puñal.

—Butrón dicta y todos los demás cumplen —dijo—. Todos.

Llegó la exigencia de Gómez González de Butrón escrita en tono neutro, sin términos amistosos. Tampoco violentos. Exigía, sin necesidad de exponer consecuencias, destilando con tal actitud su superioridad indiscutible como cabeza de bando en Vizcaya. Lope García sintió una punzada en el pecho al leer la cuartilla. Respondió raudo, con palabras de sosiego y respeto hacia su linaje pero sin indicación expresa a lo que se requería de él, aduciendo que entre atreguados naturales, como ellos, había aún mucho que seguir ganando, y que él haría cuanto bien pudiese para el mejor futuro de ambas casas. No gastó más tinta ni más tiempo. Sopena lo aguardaba.

Antes de salir impartió órdenes en el campo de San Martín a la quincena de hombres elegidos para ser guarnición del cadalso bajo el mando de Pedro *el Burlas*. Pagoeta estaba entre ellos.

El *jauna* los había ido mirando a la cara, uno a uno, con los brazos a la espalda. Nada más se detuvo ante el soportano. Lo contempló largo rato. Echó un rápido vistazo a los otros, como calculando su estatura. El soportano la superaba. Solo el propio Lope destacaba sobre él, rotundo. Contuvo cierto gesto de agrado, el mismo que le dedicó casi por intuición al conocerlo en Portugalete.

—Te has adaptado bien —concedió—, mejor de lo que esperaba.

Asintió Pagoeta con la cabeza, silencioso como solía. Dos hombres más allá, el Burlas asomó la cabeza para ver el perfil afilado del Baratijas, apelativo que se había esforzado por extender entre la gente de armas más afín a él. Se llevó una mano a la mandíbula. Notó bajo los dedos el hueco de las muelas perdidas.

—Irás a defender tu tierra —continuó el *jauna*.

—Mi tierra —respondió el soportano como por instinto.

—Serás el segundo de Pedro, harás todo cuanto él te mande.

Unos y otros se miraron con mal disimulo ante el ascenso del último en llegar al séquito.

Juan Pagoeta no apartaba la vista de Lope García. Recibió con un fruncido muy leve de la frente sus nuevas responsabilidades, casi inexpresivo.

El Burlas sintió cómo el dolor de la mandíbula se le agudizaba. La tensión en las piernas lo inducía a dar un paso al frente que logró contener.

Se apartó Lope unos pasos.

—No me defraudes —dijo.

Quedó a la vista de todos. Su estampa dura y elegante iluminada por el sol de la mañana que ya brillaba en el cielo azul. El esplendor de su luz espantaba las habituales brumas salobres del mar y las nubes bajas que, calladas como el silencio, solían ocultar las cumbres de las alineaciones montañosas que cercaban el valle.

—Que no me defraude nadie —levantaba la voz el *jauna*—. Sois los hombres que elijo para reforzar nuestra presencia al sur de Sopusuerta.

Miró en torno. Una hueste de chillonas gaviotas sobrevolaba la costa, quebrada de violencia acantilada. Más allá el mar rompía contra las rocas, esculpiendo borbotones de fiera espuma. En los cargaderos de hierro del pequeño puerto de San Martín, los estibadores cargaban tres bajeles venaqueros con el mineral que les llegaba en carradas desde las veneras de los montes de Triano.

—El futuro de estas tierras puede depender de vosotros —finalizó.

Alzó la vista Lope por encima de sus hombres. Juana de Butrón, recién regresada de Gatika, paseaba por el adarve de la muralla interior junto a Juan *el Moro*. No le quitaban la vista de encima y, de cuando en cuando, se hablaban al oído. Tomó aire el pariente mayor. Lo soltó, lento y rumoroso. Se ajustó el peto de cuero y mandó traer las cabalgaduras.

La breve columna guerrera partió hacia el valle de Sopusuerta.

Flanqueados por el incesante arrullo del río Barbadún, atravesaron el estrecho valle que conduce de Somorrostro a Sopusuerta. Un paisaje asfixiante de tierras de cultivo y pasto colgados de las laderas de los montes, un tapiz boscoso tan tupido que el escaso sol ha de adentrarse en la espesura de las ramas a cuchilladas. Mulateros, comerciantes, viajeros... se cruzaban con ellos y agachaban la cabeza. También los enfermos, los vagabundos, los deformes que deambulaban con el rumbo marchito por el hambre y la soledad forzosa del que es visto como diferente. En el océano rural todos ellos se apresuran cuando caminan cerca de las casas-fuertes, solitarias junto a sus molinos y ermitas. Hogares bélicos habitados por lo más granado de la sociedad vizcaína, que administra sus posesiones y haciendas encumbrada en los hombros de sus rimbombantes apellidos, llenándose la boca del orgullo de gobernar la inmensa pequeñez de sus territorios. Tierras de humedades y nieblas que se deslizan como un

velo sobre sus ojos, que apenas permiten a los banderizos ver más allá de sus pasos.

El lugar elegido para levantar el cadalso había sido una explanada de hierba en ligera pendiente justo en el punto donde se angosta Sopena, formando un progresivo embudo largo y sinuoso que desemboca en territorio bajo control marroquí. Carpinteros, carreteros y obreros reclutados en el valle se machacaban de sol a sol para terminar la erección de la torre de madera y el barreado de fajinas y troncos en forma de agudas estacas que la rodeaba. Una veintena de hombres armados de Otxoa García los protegían.

Lope García golpeó el cuello de su palafrén. Estudiaba de reojo a su hermano, montado sobre yegua de pelaje anaranjado. Habían subido hasta media altura la ladera del monte Artegi. Desde allí divisaban una amplia vista del valle y el tramo de calzada a su paso por San Martín de El Carral. Tras ellos se alzaba la torre de Garay, asentada sobre un aterrazamiento para salvar el desnivel.

—Cualquier parcial de Velasco se lo pensará dos veces antes de cruzar por aquí —vaticinaba el pariente mayor.

Su hermano, el señor de Garay, asintió con la cabeza, silencioso. Advirtió Lope que su atención se dispersaba en el paisaje, ajena el martilleo de clavos y al rumor de tablones que les llegaba lejano desde las obras.

—La antigua calzada romana que lleva desde Herrera de Pisuerga hasta Castro Urdiales —continuó hablando.

—Lo sé. Ya me lo has contado muchas veces.

—Vértigo me da pensar en las gentes que durante siglos habrán pasado por ella, ¿no te parece?

—Uhm.

El pariente mayor seguía observando al segundón del linaje con mucha severidad en el gesto, torcida la cabeza hacia su diestra. Respondía Otxoa a sus observaciones siempre con la cara vuelta al otro lado.

—De ti y de los del cadalso dependerá que dificultar las incursiones al valle funcione o fracase —aseguró el primogénito.

—Así se hará.

—¿El qué?

—Que funcione.

Ahora fue Otxoa quien le devolvió la mirada. Un instante. Un gesto breve y esquivo. Enseguida regresó su atención al trío de carros que discurrían por la calzada hacia el norte. Se echó un poco más encima la capa de lona. Refrescaba, y el cielo abigarrado de nubes negruzcas sobre el paisaje ondulado de montes comenzaba a escupir chispas de lluvia. Bajo la primavera vizcaína Lope García siguió con el examen del perfil seco del segundón. Algo más joven que él, ofrecía la estampa fornida de los Salazares sin llegar a la singular estatura del primogénito. Anchas espaldas insinuadas bajo la ropa, grandes las manos sujetando bridas, recio de cuello y más aún de rostro. Su poderosa mandíbula definida por barba de algunos días se



proyectaba al frente, en un continuo gesto de fiereza e inducción a la riña. Los ojos negros y profundos como los de Lope, coronados por tupidas cejas, tan oscuras como el pelo que le caía grosero sobre orejas y nuca. Tenía la piel tosca e imperfecta como un cuero sin curtir, desgastada por la dureza de la violencia, patente en una leve deformación del pómulo izquierdo, un poco hundido por el roce quizás de una maza. Destilaba el mismo aire bruto de Lope, mas carecía de la elegancia que al mayor le venía innata.

Carraspeó el segundogénito con mucho gorgoteo de garganta y estrelló un gargajo viscoso sobre la hierba. Luego se llevó un pulgar al cinto. Lope bajó la cabeza hacia el salivazo desparramado entre ellos.

—Veo que no pierdes las costumbres —comentó áspero.

—¿Tardaremos en irnos? Empieza a hacer frío.

Pareció el IV señor de San Martín pensarse mucho la respuesta:

—Escúchame cuando te hablo.

Otxoa García giró la cabeza, muy despacio, hasta cruzarse con los ojos de su hermano y jefe, que lo observaba con la boca muy achicada entre las barbas y empezaba a abrirla en ademán de dirigirse a él:

—He venido a garantizar la lealtad de nuestros atreguados naturales, y para lograrlo te necesito.

—¿Acaso dudas de mí?

—No. —Fue tajante Lope, rápido y certero en la respuesta.

—Bien. Tú eres el primogénito, el jefe de la casa, y a mí me toca obedecer.

—Tal y como corresponde.

No hubo más palabras. Tan solo una mirada larga y pesada que Otxoa fue retirando hasta disolverla otra vez en la campiña.

Fueron recibidos para cenar por Sancho García de Alcedo con mucho prolegómeno adornado de sonrisas y abrazos recios, más charla de caza y cetrería y aún mayor agasajo de viandas y bebidas. Había dispuesto Lope que se ayuntaran en la torre de su cuñado todos los cabezas oñacinos del valle ante la dificultad del conflicto recrudecido con Velasco. Alcedo ordenó disponer sus mejores manteles decorados con bordados florales y bruñir la mejor vajilla de sus anaqueles, que centelleaba sobre la mesa bajo la luz de las lámparas, candiles y candelabros. La cocina bullía en tránsito de carnes asadas y frituras de pescado.

Poco a poco las palabras de los banderizos se fueron arrugando hasta endurecerse de términos guerreros.

—He venido a asegurarme de que no volverá a haber gestos hacia los marroquines, ni hacia quienes los siguen.

Lope García había dado por terminado el protocolo amable, las risas y las palmadas en la espalda. Sentado a la cabecera de la mesa, Alcedo palmeó para que las

servientas continuaran con la bacanal de bandejas, odres y jarras. La treintena de hombres entre cabezas de linaje, escuderos y gente de armas engullían rápido. Dejando a Pedro *el Burlas* al mando del cadalso, quiso Lope que Pagoeta los acompañase.

—Somos familia —fue la respuesta relajada de García de Alcedo, que se pasó una mano por la sien entrecana.

—También lo éramos cuando pusiste tus ojos en Velasco —recriminó Lope.

—Y se pidieron disculpas. —Levantó la vista hasta los ojos de Lope, sentado a su diestra—. Fue una situación complicada. Gobernaba tu padre y, por ser hombre más dado a hablar que a pelear, temimos que no viniese en nuestra ayuda de haberla necesitado.

—Pero vino a asegurar que así sería.

—Y a Dios Nuestro Señor dimos gracias. Nada place más que estar emparentado en buena convivencia con la más grande de las casas encartadas.

—En ese caso, confío en que algo así no vuelva a suceder.

Los vozarrones de los demás jefes se fueron apagando hasta que solo quedó en el aire el rumor del yantar, el tintineo de los cubiertos, el brillo grasiento en los dedos de quienes con ellos comían.

Se inclinó Alcedo con mucho disimulo sobre la mesa, algo escorado hacia el pariente mayor de los Salazar.

—Y yo espero que tan justificadas dudas sean para todos los que disfrutan mis viandas —dijo en voz alta y nítida para que se escuchase bien, deslizando una mirada sobre Otxoa García, tan rápida como punzante, que a Lope no le pasó desapercibida.

El IV señor de San Martín devolvió la inclinación.

—Deja que sea yo quien vigile las voluntades que aquí se reúnen. —Aderezó la advertencia con una sonrisa.

Pero a su lado el segundón Otxoa sentía las tripas encogiéndose ante la burla de Alcedo y una rigidez en el rostro que le acentuaba la marca guerrera de la mejilla. Devolvió la atención al anfitrión sin recato, mirándole con los párpados constreñidos. Alcedo contuvo la sonrisa que se le insinuaba. Fueron los de ambos los mismos gestos y sensaciones de años atrás, aquella noche en que se celebraba en San Martín un encuentro en honor a Lope García, recién asumida por él la jefatura de la casa de Salazar como nuevo pariente mayor tras la muerte de su padre. Habían sido invitados los mayores de las principales casas atreguadas y, al igual que ahora, se bebía y se reía, se acrecentaban las palabras y las emociones por el efecto de la sidra, el vino blanco, el tinto... Lope, Otxoa, Alcedo... Más jóvenes todos, más fogosos. Había sido quizás la pasión del momento, la emoción de verse cabeza del linaje, la que indujo al primogénito Lope a foguarse:

«Al fin podré mandar sobre todos estos», había dicho apuntando con un dedo de izquierda a derecha, andando entre los presentes, que hacían corros. Y miraba a sus hermanos indistintamente, sonriente.

Y todos habían asumido el comentario jocosos, brindando por la estrenada soberbia de Lope. Todos salvo Otxoa, que no parecía haber encajado bien el comentario, quedándose muy serio y con la jarrilla quieta, a medio llevar a la boca, de pie, en la otra punta del salón.

«Qué pronto se olvida uno de los hermanos», había objetado.

Y lo serio del tono, y lo alto que lo había dicho, hizo que las voces de alrededor oscurecieran su intensidad hasta el silencio y llevaran su atención al segundón y al primogénito.

«¿Y a qué viene eso?», quiso saber éste.

«A que te pavoneas de ser nuestro mayor como si el mérito fuera tuyo».

La jarrilla de Lope García también se había detenido frente a los labios. Ambos se habían enganchado la mirada. El pariente mayor percibía por los costados la atención de los demás pendiente de él. Debían de olisquear que el hermano iba a discutirle su autoridad. Solía comentarse que Otxoa García tenía malquerencias con Lope desde mozos. Chiquilladas al principio, enfados ante su padre por considerar que el primogénito recibía más atención que él, roces que aumentaron con los años cuando la madurez hacía comprender a Otxoa que su destino era acatar las órdenes de su hermano mayor. Porque así era como funcionaban las cosas, sin discusión, sin mayor razonamiento. Y aquello lo debía de llevar mal por razón de envidia, pues Lope jamás le había restregado la supremacía de la posición que lo esperaba a la muerte del padre.

«Lo dices como si hubiera yo ordenado el nombramiento... —fue la respuesta de Lope García, procurando mantener un tono sobrio, sin aparente asomo de enfado—. ¿Acaso te ofende que nuestro padre haya repartido entre todos sus hijos la herencia y te haya concedido el solar de Garay?».

Algunos se santiguaron ante la alusión al anterior pariente mayor, fallecido en Valladolid de vejez.

«Zona de mucho conflicto es lo que he heredado», objetó el segundogénito.

«Todas lo son».

«No tanto como esa».

«Peor lo tiene Fortuño estando tan cerca de Castro Urdiales».

«¿Peor que yo? —Obvió Otxoa mirar al hermano aludido, que asistía a la refriega con el rostro prieto—. Peor que yo no lo tiene nadie estando tan alejado de San Martín».

No hubo contestación de Lope García, cuya respiración se escuchaba brutal en el silencio de la sala. Cruzó la estancia para acercarse a él, pasos amplios y decididos. Cuando lo tuvo enfrente, Otxoa necesitó levantar la cabeza para encarárselo.

«Ya has bebido demasiado, retírate», mandó al fin.

Fue una orden rigurosa, sin rastro de duda en la voz, firme como una roca, pronunciada ante los principales atreguados y la parentela. Aquello debió de encender aún más el ánimo combativo del segundón. Un tembleque repentino de la mano hizo

que la sidra de su jarrilla rebasase el borde.

«Soy tan merecedor del mando de esta casa como tú —siguió desafiando—. Tan solo es tuyo por ser el primogénito, pero ningún otro mérito superior a los míos has hecho para merecerlo, nada más que nacer antes que yo».

Lope llevó la mano libre al brazo del segundogénito y apretó los dedos en torno a él. Se percibía la atención insaciable de los presentes, fijos en ellos, asistiendo al cuestionamiento público al que lo sometía Otxoa. Contrariado el gesto de algunos, casi satisfecho el de otros ante el cruce de acusaciones, sobre todo el de aquellos que habían mantenido alguna desavenencia con el nuevo pariente mayor. En juego estaba la honra y determinación del hombre que había de guiar los pasos de la casa de Salazar. No había lugar para debilidades.

«Calla de una vez y acata. —La voz de Lope García se había arrugado de furia. Su jarrilla no temblaba, sabía mantenerla quieta ante el desacato. Pero sus pupilas encogidas fulguraban como fuegos—. Asume tu posición».

A Otxoa García las palabras debieron de hacerle mella pues se le comenzaba a cincelar un tic bajo las mejillas.

«¿Y cuál es mi posición?».

La espera de la respuesta apelmazaba el aire. Lope García se inclinó hacia adelante, aproximando sus barbas al rostro tosco de Otxoa.

«La de uno que va a arruinar su vida si no se disculpa por su insolencia».

Achicó los labios el segundón, muy altivo.

«Y si no lo hago...».

La rebeldía iba ensanchando los párpados de Lope.

—«Si no lo haces, todos sabrán por qué huiste en nuestro primer combate juntos».

Hubo un murmullo de sorpresa entre los invitados, algunas palabras sobre cobardía y otras de vergüenza y deshonor. Términos que llegaban con la suficiente claridad a los oídos de los dos hermanos y que hicieron que Otxoa tuviera que boquear para respirar, como si le faltara el aire. Se escuchó una risilla. Era de Sancho García de Alcedo, con quien en alguna ocasión Otxoa había discutido por menudencias que habían ido agriando su relación. Muy bebido, no parecía querer evitar carcajearse de él entre hipos de borracho.

Dio Otxoa un paso atrás antes de hablar, muy notorio ahora el tic de cólera y humillación en las mejillas, mancillada ya su honra para siempre ante todos por la deshonra de aquella huida.

«Ojalá que mueras tú en el próximo», espetó.

No pudo Lope contenerse. Soltó un sopapo a su hermano que restalló como un látigo en el silencio de la sala.

Notó el segundón que el corazón le golpeaba bruto en el pecho. Procuraba mantener la apostura, firme la pose y la cabeza alzada. Apuró su jarrilla y la tiró sobre el tablado, quebrando la vajilla con estrépito. Se limpió la boca con la palma de

la diestra, achispados los ojos por el rencor y por la sidra, enrojecida la cara, con un nudo en la garganta que le impidió tragar la saliva acumulada en la boca, asfixiándole la respuesta ante la agresión. Pestañeó varias veces para retirar las lágrimas que le asomaban a los párpados y salió de la sala cruzando a empujones entre los presentes, destilando la profunda vergüenza que hubiera sentido un mozo abofeteado en público por su padre. Entretanto, Sancho García de Alcedo, con quien había chocado hombros, aún continuaba con la sonrisilla burlona en la cara.

Y aquella tensión en apariencia solapada por el paso del tiempo volvía ahora a derramarse entre unos u otros, con interesada moderación, en casa de Alcedo. A ella asistía, en una pequeña mesa contigua, acompañado por gente de los otros linajes, Pagoeta, que comía despacio, encogido como un cuervo sobre la escudilla, saboreando cada bocado y cada trago. De cuando en cuando giraba la cabeza y deslizaba su atención hacia Lope, Otxoa, Alcedo..., bien engalanados con sus ropas cortas y jubones de finos paños y con sus modales revestidos de nobleza. Observaba y comía y callaba, sin hacer caso al tipo que le reventaba el oído con bravuconadas de hembras fornicadas y machos degollados.

Optó Sancho García de Alcedo por seguir centrando su interés en Otxoa, sentado junto a Lope.

—Te veo muy callado —le dijo.

—No soy de mucho hablar, ya lo sabes.

—Pero hoy menos que de costumbre, ¿no?

El segundón se lo quedó mirando, con las barbas de su hermano expectantes entre ambos. Arrugó la barbilla y volvió la cara al otro lado. Sus ojos negros se engancharon en los azules del rubio de la brecha, que no dejaba de escrutarlo. Se acercó un poco a Lope para dirigirse a él:

—Un tipo insolente ese del pelo tan rubio.

—Pero con lo suyo muy en su sitio. Buena compañía si hay pelea. No se echa atrás.

—No me quita el ojo de encima, será bujarrón...

—Es su forma de mirar.

—Forma que no me gusta.

—Al menos te mira a la cara cuando le hablas.

—Ya.

Bajó la vista Otxoa hacia la dorada a medio devorar. Nada objetó a la observación del primogénito.

Dejaron unos y otros que las conversaciones se diluyeran hacia cuestiones de rentas y hierro, hasta llegar a las últimas palabras, embrutecidas por la bebida, destinadas a ensalzar el orgullo y la determinación para combatir junto a Salazar contra Velasco. Y los hombres fueron saliendo a las inmediaciones de la fortaleza a despejarse con el frescor de la noche antes de tomar bridas para regresar a sus torres.

Juan Pagoeta serpenteó en la penumbra acompañado por el relincho de las

primeras cabalgaduras coronadas de antorchas que comenzaban a descender por la pronunciada pendiente desde la casa. Otxoa García lo vio alejarse. Su cabeza rubia destacaba en la oscuridad como un fuego más. Sintió una punzada en el estómago y escupió un gargajo sobre la hierba al ver la estampa de su hermano recortada en el contraluz del ingreso a la planta baja, escudriñándolo, restregando las yemas de los dedos de la diestra. Callado y pensativo.

Cuando vieron la hilera de antorchas acercándose hacia el cadalso en la noche como una compañía de almas, los de las garitas hicieron ademán de echar mano a las aljabas cargadas de proyectiles. No hizo falta tirar de ballestas ni dar voz de alerta con las bocinas. Era Otxoa quien encabezaba, montando caballo jinete, el grupo de treinta hombres de a pie.

Franqueado el paso en la cerca por un peón lancero, el de Garay ordenó a los de la guarnición que se ayuntaran todos en la campa frente a la torre de madera. Fue Pedro *el Burlas* el primero en salir, luego los demás. El sargento recibió al segundón con una escueta inclinación de cabeza.

—*Jauna* —saludó.

Otxoa García hacía girar su montura frente a ellos. El animal babeaba espuma y acometía con la testa al frente. El rostro del banderizo, esculpido por las llamas, examinaba a unos y a otros. No descabalgó para hablar:

—Ha llegado la hora de cambiar de bando.

## La familia

Ladraron rabiosos los perros guardianes del cadalso. Algo debían de olerse. Los hombres que los sujetaban habían quedado atrás, sin soltarlos.

—¿Y por qué habríamos de hacer tal cosa?

—Ya te lo he dicho. La de Velasco es una guerra que mi hermano no puede ganar.

Resumía Otxoa García los motivos ante Pedro *el Burlas*. Todos bien explicados con el apoyo de su gente empuñando mangos y ballestas. Se había mantenido un silencio de tensa escucha entre los del cadalso. No hubo reacción violenta. No convenía ante semejantes argumentos. Tan solo un intercambio de miradas.

Se había apeado del caballo el de Garay y mandado a dos de los suyos que registrasen todas las dependencias por si alguien no se había enterado o no se quería enterar de su presencia. Regresaron sin noticias de gente oculta.

El silencio propició que Otxoa continuase hablando.

—Muchos en Sopena no lo apoyarán. Mi hermano lo sabe. Aun así, paga vuestra fidelidad situándoos como avanzadilla en el territorio más peligroso e indefendible de todos. —Hizo una pausa prolongada quizás para otorgar más efecto a sus siguientes palabras—: Lejos de San Martín y de la protección de sus muros, allí donde él ha regresado esta mañana.

La voz fuerte de Otxoa García reverberaba en la noche. Colgó pulgares al cinto. Estudiaba los rostros desaliñados frente a él. Pudo ver la cara inexpresiva de Pagoeta detrás del sargento. La cabeza rubia refulgía entre las otras. A la espalda de Otxoa, su gente con las facciones tan rígidas como los del cadalso, muy atentos unos y otros a los cintos.

—Nos debemos a Lope García.

La discrepancia del Burlas hizo que los de Garay les fueran haciendo corro. El sargento enseñaba los dientes roñosos con una sonrisa seca. Su expresión natural. La discrepancia o el gesto, o ambos, hicieron que Otxoa lo encarase. Se escuchó el maullido fúnebre de un gato salvaje en la lejanía. Respondió con un ladrido voraz uno de los perros.

—Ya veo que mi hermano se sirve de imbéciles.

—Si vuestro hermano se entera de esto os empozará él mismo.

Los rasgos brutos del segundón se habían endurecido, cerrando toda posibilidad de réplica. Escupió un gargajo entre los pies del otro y se agachó para hablarle al oído:

—Imbéciles con pocas ganas de vivir —matizó con tono muy áspero.

Quizás el Burlas se vio morir y su instinto combativo le hizo reaccionar con la rapidez de un rayo para echarse los dedos al cinto. Pero Otxoa apenas tuvo necesidad de esquivar la cuchillada que se intuía. Bastó con un paso atrás para ver cómo la punta de un puñal le asomaba al sargento a la altura de la nuez. Pagoeta giró la muñeca. La sangre saltó como una lengua hacia el jubón ferrado del banderizo. Tiró hacia atrás y dejó el boquete abierto en la tráquea. *El Burlas* se echó una mano al cuello, los ojos abiertos hasta el extremo, la boca entornada. Ya no sonreía.

Otxoa se mantuvo firme. Dejó que la sangre le resbalase por el pecho hasta que el cuerpo muerto del sargento cayó hecho un rejujo sobre sus botas. Lo apartó con un pie. El hueco dejado por el Burlas le permitió ver toda la figura del soportano, negra como un cuervo. Sus ojos de serpiente chisporroteaban, el rostro pálido teñido por el ardor naranja de los fuegos. Aquel hombre lo miraba con una fijeza insensata.

Hubo amagos de enfrentamiento, ladridos de los perros. Pero la conmoción, y el ver al doble de hombres de Otxoa García ya apuntádoles con sus ballestas cargadas, los hizo dudar.

El segundón despreció a Pagoeta y caminó frente al resto. Pudo ver caras de contenido desconcierto, otras de indiferencia; quizás los más, receptivos con el mandato del de Garay. El *jauna* se dirigió a estos últimos.

—Luchad para mí y viviréis. Combatir contra Velasco y hacerlo aquí es muerte segura. Esta torre ardería más temprano que tarde, con todos dentro, y después lo haría la mía. —Levantó la cabeza—. Y yo no pienso ir con el bando perdedor.

Se acercó a un tipo de rostro chupado que desprendía peste a sudores y a cuero viejo. Pudo ver la duda en sus ojos. A pesar del aire feroz que destilaba el peón, de haber matado mucho, apenas aguantó el cruce de miradas.

—Conmigo estaréis en el bando ganador —continuó Otxoa—. Velasco vencerá y su victoria nos proporcionará tierras, riqueza, grandes botines. Mayores de lo que habéis visto jamás. —Hizo una pausa—. Sabré ser generoso con vosotros.

Caminaba ante ellos con pose bruta y señorial. No era de esperar opinión de nadie en contra, sobre todo con el cadáver de Pedro *el Burlas* derramando sangre sobre la hierba. Miraba a unos y otros a los ojos para asegurarse de aplacar cualquier rescoldo de ira. Y habían desaparecido, quizás por miedo o porque las palabras del segundón comenzaban a causar efecto. Fácil resulta acallar el hambre del que posee poco. Basta la promesa de unas migajas de pan mayores que las que tiene para ser perro agradecido de un nuevo amo. Es la esperanza de los pobres, sin más horizonte que el fin de un día y el comienzo de otro nuevo.

La duda era razonable. Volvió a detenerse frente a ellos.

—¿Quién es el segundo al mando? —quiso saber.

Algunos ojos se desviaron hacia Pagoeta. Otxoa se le acercó. Andaban parejos de estatura. El soportano, por primera vez desde que lo escuchase hablar, bajó la vista, como si al hacerlo aceptara la subordinación que desde ese momento le debía al banderizo. Limpiaba la hoja del puñal en una manga.



El de Garay mudó el peso de una pierna a la otra y escupió un gargajo a un lado.

—¿Y tú qué dices?

—Ya lo habéis visto.

A la voz arrastrada de Juan Pagoeta le siguió una leve inclinación de cabeza. Otxoa García se apartó lo suficiente para obtener una visión amplia de la guarnición y la torre, cuyo contorno oscuro destacaba, recio, contra el fondo boscoso.

—A partir de ahora, este hombre me dará cuenta de lo que aquí ocurra —anunció—. Si algo le sucediera lo tomaré como una afrenta personal.

Hubo mucha inclinación afirmativa de cabeza.

No dijo más Otxoa. Agarró a Pagoeta del brazo y se alejó unos pasos, allá donde la luz de los fuegos era relevada por la luz tenue de la luna. Otxoa notó en las yemas de los dedos que el de la brecha ofrecía un cuerpo fibroso y duro, en continua tensión. Se encaró con él como para decirle algo. El perfil pálido del soportano quedó enfrentado al bruto del noble.

—Escucha, palurdo, mi hermano dice que tienes lo que hace falta para reñir bien. Veo que no mentía. —Presionó más el brazo—. Lo que también veo es que traicionas a un hombre que confía en ti.

—Mayor traición es la vuestra, que sois su hermano.

Azorado por la elocuencia del soportano, Otxoa contuvo el ademán indeciso de volver a hablar. En respuesta, le clavó aún más las uñas.

—Seme leal y te recompensaré. Pero si haces cualquier cosa que me desagrade lo más mínimo... —Arrugó la cara—. Te abriré en canal y te haré comer tus propias tripas.

La escasa luz no permitió a Otxoa ver las dos manchas rojas en la cara del soportano, que procuraba controlar su respiración, el impulso de volver a matar que intentaba conducir el otro brazo hacia el mango del cuchillo. Asintió con la cabeza, sumiso.

Dejó el de Garay a sus treinta hombres en el cadalso para asegurarse de que a nadie se le ocurría tomar por vano su mandato.

Juan Pagoeta deslizaba la lengua rojiza sobre los labios, descontrolada. Presenció cómo se cumplía su primera orden. Tirar el cadáver del Burlas entre unos matorrales para buen festín de las bestias.



—¿Les has oído? —Aritz tiró del corpiño de su madre y casi le hizo caer las manzanas.

—Sí, tú a lo tuyo.

Volvió la manceba a encajar la cesta bajo el brazo y continuó depositando las frutas sobre la mesa de la cocina. Sintieron pasos cada vez más cerca, resonando en los escalones de la escalera de caracol que atravesaba el edificio adosada a un extremo del interior de la torre. Luego se escucharon las respiraciones y algo semejante a una risita burlona. Después, el siseo de la cortina.

La siguiente vez que oyeron algo ya estaba a su espalda. Era Juana de Butrón.

—¿Qué hacéis aquí? —les dijo, amenazante el tono, y agarró del brazo a Mencía forzándola a girarse.

Algunas manzanas rodaron por el suelo. La manceba bajó la vista hacia la cesta, incapaz de contestar, quizás por la obviedad de la respuesta. O por el miedo, que le provocaba temblor de rodillas.

El Moro merodeaba alrededor de Aritz como un lobo con la boca abierta, relamiéndose antes de hincar colmillos en su presa. El bastardo sintió en la pierna sana la misma inquietud que su madre. Había apoyado las nalgas sobre el canto de la mesa y sujetaba con brío la muleta para no caer, bloqueado para iniciar cualquier movimiento de huida.

—Escúchame, ramera. —Miró la Brava muy de soslayo al bastardo—. Que sepas que conozco muchas formas de que tú y eso tengáis una vida difícil, muy difícil.

Mencía compungió el gesto e hizo intento de arrodillarse para recoger las manzanas.

—¿Te he dicho yo que te agaches? ¿Eh, fulana? ¿Te lo he dicho yo? —Tiró del brazo de la mujer, empujándola a recuperar la posición.

Un súbito calor se había agolpado bajo el pañuelo anudado a la nuca con el que la manceba se recogía el pelo. Notó la piel picándole por el sudor.

—¿Oyes lo que te digo, mala zorra? —La esposa de Lope García le estrelló una torta. Un *plas* rápido, como una cuchillada.

Asintió con la cabeza Mencía, una sacudida instintiva, doblegada quizás también por su inferioridad social. La tensión del rostro le estropeaba los rasgos agradables. A ella, por el terror; a Juana también, por el odio.

—Juro que tú y eso vais a pasarlo muy mal —siguió esta presionando.

La nueva referencia a su hijo le concedió algún coraje para abrir la boca y replicar:

—Ya lo pasamos mal... —Fue un susurro. Palabras deslizadas entre los labios. Una respuesta que hizo que Mencía parpadeara, entre inquieta y sorprendida por su arrojo. Incluso se atrevió a mirar a Juana de Butrón a la cara.

—¿Qué has dicho? —La voz de la Brava se escuchó con un matiz atónito.

Negó Mencía con la cabeza.

—Nada, no he dicho...

—¿No has dicho nada?

Los arrestos de la manceba hicieron que Juana le echara la otra mano al cuello. Tan violenta escena desfiguraba su elegancia hidalga. El tocado de dos cuernos se le

alborotaba sobre la frente como si estuviera vivo.

—No hables si no te lo ordeno yo, buscona de Satanás. Cuando está aquí el cochino de mi esposo tengo que tragar con tu presencia. Pero ahora que no está...

El Moro se balanceaba como un badajo, adelante y atrás, con el rostro crispado de esperpéntica alegría ante la actitud de su madre. Debieron de entrarle ganas de imitarla, porque se encaró con su hermanastro y le puso un pie en la base de la muleta.

—Eh, tullido —dijo—, debe de ser difícil caminar con ese colgajo, ¿no?

Amagó una patada. Rió, atroz, y luego miró a su madre, puede que buscando aprobación a la gracia. El brillo gozoso del regocijo llameaba en los ojos de ambos, alimentado por el contoneo de las llamas de los velones que alumbraban la mesa, ensartados en sus candeleros. Un repentino brío revolvió a Mencía. Se zafó de los dedos de su opresora.

—Tú, no toques a mi hijo —amenazó. Miró al Moro muy a los ojos.

—¿Tú? —El rostro de Juana se contorsionó. Soltó a la sirvienta otro bofetón que restalló en la cocina como un látigo.

Mencía sintió el ardor frío y terrible del golpe recorriéndole el lado izquierdo de la cara. Una mancha roja se extendió por toda ella.

—¡Juana! —La voz de Fortuño hizo que todos volvieran la cabeza hacia él, que miraba a su cuñada desde el umbral.

A su lado, Perico *el Oso*.

La Brava miró de arriba abajo al chaparro barbudo.

—¿Ha ido a chivarse ese mudo? ¿Ya ni puedo moverme con libertad sin que nadie me vigile?

—Déjalos. —Dio el de Ontón un paso al frente.

—¿Quién eres tú para decirme a mí nada?

—Tu cuñado. Y el que manda en esta casa cuando tu esposo no está.

—No eres más que su peón.

—Un peón con autoridad para hacer justicia.

—¿Y qué justicia es esa?

—Si Lope se entera de esto hará que te encierren.

—No importa lo que haga ese mal marido. Mi hermano ya lo sabe todo.

—¿El qué sabe?

—Lo indecente y mal aliado que es. Que ha escupido en el escudo de Butrón... —dijo Juana muy despacio, paladeando las últimas palabras, pronunciando con minuciosidad cada una de ellas, aún agarrando a Mencía.

A Fortuño se le fue endureciendo el gesto. El hogar desprovisto de lumbre no aportaba calidez a la estancia, pero el de Ontón advirtió cómo un calor súbito le subía por la cara.

—Qué habrás hecho, insensata —masculló.

—Lo que ha de hacerse para defender mi apellido. —La rabia le carcomía los

rasgos, le arrugaba los párpados y los labios—. Estoy dispuesta a cualquier cosa para defender el honor de los Butrón.

—Ya lo veo...

Miraba Fortuño a Mencía y a Aritz. Juan *el Moro*, con la boca abierta, desperdigaba la atención entre su tío y su madre, muy atento al cruce de palabras. Juana hinchó las aletas de la nariz antes de continuar:

—Desde hoy, que ningún sucio Salazar se atreva siquiera a dirigirme la palabra.

—Tu hijo es uno de ellos.

—No lo es..., por sus venas corre la sangre que le di como madre antes de parirlo. La de Butrón, más alta no hay otra en Vizcaya.

La negación de la realidad hizo que el *jauntxo* diera un paso atrás, como indeciso ante la identidad que sus parientes se esforzaban en atribuirle. Fortuño dio otro paso al frente, la diestra extendida, lista para sacar el puñal de la funda.

—Sal de aquí antes de que cometa un error —la amenazó.

La advertencia sonó veraz. Él era un Salazar, dispuesto a acuchillar si era menester. Sus ojos marrones agrandados por la tensión no dejaban lugar a la duda. Las garras de Juana fueron reduciendo la presión hasta soltar el cuello y la manga del corpiño de Mencía. Liberada, la manceba se acercó a su hijo, lo tomó por el costado y lo ayudó a alejarse de la mesa. El Moro ya se había ido apartando, paso a paso, incapaz de centrar su vista en nadie de tan nervioso que se mostraba.

Juana se acercó a Fortuño. Pasos lentos pero seguros; la cabeza bien alta, el hocico, prieto y digno como solía. Se detuvo al pasar junto a la manceba.

—Haré que cada mañana te levantes con el deseo de morir —susurró.

Mencía sintió que la pena se le anudaba en la garganta, que las lágrimas le trepaban a los ojos. Abrazó a su hijo, sumido el muchacho en las mismas emociones, descritas en su rostro dolido.

Perico *el Oso* se apartó para que la Brava y el *jauntxo* abandonaran la sala. Juana se deslizó entre su cuñado y el peón despreciando la mirada asesina del primero. El segundo corrió a preocuparse por Aritz, le dedicó una sonrisa abierta como una rendija en medio de la barba. Fortuño permaneció de pie en el sitio, notando cómo un hormigueo irrefrenable le subía desde los pies hasta la melena, aguzado por el llanto de la manceba y el bastardo. Arrugó la nariz al respirar el perfume pesado y dulzón que la esposa de su hermano había dejado en el aire.



La chabola de la *sorgina* se silueteaba sombría a un lado de la vereda. Una solitaria casucha de madera con techo de adobe y paja que no le costó encontrar. Un viejo que deambulaba por el camino, con harapiento sayo y capa y la cara deforme, le

confirmó que iba en la dirección correcta y que más adelante debía tomar la senda que se abriría a su derecha. Lo hizo con mucho santiguar y balbuceo de palabras, quizás por saber adónde se dirigía, o tal vez intimidado por el rostro marmóreo ensombrecido bajo la capucha de quien le preguntaba.

Aquella tierra apeataba a superstición. A medida que se acercaba, vio que en la puerta de una casa se recortaba, negro, un pequeño crucifijo de madera para ahuyentar los males; sobre otra, enganchada en la argolla, una rama de laurel mantenía alejados a los malos espíritus. Otras presentaban flores de cardo con similar fin.

Había dado con ella al anochecer, frío y húmedo. Una niebla sediciosa se deslizaba con sigilo sobre la hierba. La luz de media luna se filtraba entre las crecientes nubes y la maraña de ramas de los robles, encrespadas sobre la siniestra vivienda. Un graznido agitó la noche. Después, el silencio. Pagoeta destacaba, negro como un ave nocturna, junto a la puerta. Estuvo así largo rato, quieto, con semblante perdido, mirando de vez en cuando a la luz tenebrosa que surgía de un hueco cerrado con cortinilla que hacía las veces de ventanuco. No había visto pasar a nadie por allí. Los pobladores evitaban aquella parte del bosque. Se hablaba de demonios y conjuros, de la *sorgina*; la bruja que decían habitaba aquellos lares.

Pagoeta empujó con un pie la puerta de tablas heridas de carcoma y mal unidas. Chirriaron los goznes y un aire cálido apeitado de fétidos olores le azotó la cara. Olía como a añejo, a algo que llevara encerrado allí largo tiempo. Se llevó un dedo a la nariz. La bruja lo miraba, sentada en el centro de la casa tras un gran tronco de roble talado. Parecía que la chabola se hubiese construido en torno a él. Era una mujer gorda, de carnes prietas bajo la saya. Acumulaba grasa alrededor de los ojos y en la barbilla, y el pelo corto aumentaba la sensación de gordura. Era difícil determinar su edad. Daba la sensación de estar allí esperándolo.

Él se descubrió el rostro. Sus facciones pálidas enfriaban aquel espacio mal iluminado por velas moribundas, aquí y allá. La punta de la lengua le asomó entre el diente partido, sondeando el lugar con mucha precaución. A sus pies se había detenido un gato negro de ojos amarillos, brillantes. Al fondo, sobre un roído arcón, reposaban jarrillas y tinajas con líquidos oscuros de olores ponzoñosos. Había escudillas con ceniza, laurel, estiércol de pollo... Algunos trozos de carbón yacían amontonados junto al mueble. A un lado, un puchero colgado de un llar humeaba sobre la lumbre.

—Dicen que lees el futuro —fueron las palabras del soportano.

—El futuro no existe.

—Pues yo quiero saber el mío.

La *sorgina* bajó los ojos, embutidos como dos botones en su cara abotargada, hasta el mango del cuchillo que se le intuía a Pagoeta bajo el capote.

—Primero tendrás que contarme algo de tu pasado —solicitó.

Le indicó con un gesto de la cabeza que se acercara. Dudó el soportano, hasta que

apartó al gato con un amago de patada y se acercó al tronco. Tomó asiento frente a ella sobre un taburete. Las penumbras le esculpían sombras estremecidas en torno a la brecha. La bruja extendió las manos y solicitó las del visitante. Eran extrañamente delgadas, como si fueran de otro cuerpo. Tenía los dedos torcidos como raíces, ajados por la vejez, tan decrepitos que las nudosidades de los de Pagoeta apenas sorprendían comparados con aquellos.

—Peleas para algún *jauna*.

Afirmó el soportano con la cabeza, despacio. La mujer manoseaba las líneas que atravesaban las manos blancas del hombre, profundas como ríos.

—¿Has matado alguna vez? —preguntó.

—Alguna.

—¿Te gustó?

—Me sirvió.

—¿Para qué?

—Para seguir vivo... o para conseguir lo que quería.

La bruja retiró la vista de las manos. Pagoeta las recogió ocultándolas en el regazo tras la corteza oscura y escamada del tronco. Ahora la mujer estudiaba la brecha con singular atención.

—Esa cicatriz... —empezó a decir. Había en su voz un rastro de temor, un estremecimiento repentino.

Pagoeta insinuó una mueca, un amago parecido a una sonrisa.

—Mataste..., mataste sin motivo antes de servir a un *jauna*...

Volvió a afirmar el soportano, aún más despacio que antes. Casi se diría que con un punto de delirante satisfacción.

La habilidad de la *sorgina* para escarbar en los secretos, en la naturaleza de la gente, hizo que Pagoeta bajara la mirada hacia sus propias manos. Restregaba las yemas de los dedos unas contra otras, quizás paladeando en su memoria con ese gesto aquel día de su mocedad en que asesinó a un mulatero para quedarse con su acémila. Así, sin más. Sin otro motivo que el impulso irracional de poseer aquel animal que le endurecía los puños y los guiaba al mango de una azada que también había robado. Un golpe con la pala que le abrió el cráneo por la mitad, dejándole al mulatero un hueco profundo como una cuña en los sesos. Lo había seguido y había aprovechado las últimas luces del atardecer, oculto al abrigo de una arboleda, esperando el momento para asaltarlo, que llegó cuando el hombre se detuvo por la necesidad de aflojar la vejiga. Centrado en sacudirse el miembro, apenas tuvo tiempo de girarse al escuchar los pasos rápidos de la sombra pálida que se le venía encima. Aun así, logró asestarle en la frente un golpe con uno de los clavos de la porra ferrada que había apoyado junto al tronco en que orinaba. Y mientras a Pagoeta le chorreaba la sangre por toda la cara como una cascada, el mulatero se desplomaba a sus pies, dejando a su albedrío el animal y el arma.

—Alguien con tu oficio y... capaz de todo no necesita de mis artes. Tu futuro es

claro. —La voz de la bruja había perdido aplomo y temblequeaba a cada sílaba, aún pendiente de la cicatriz.

—¿Y cómo vas a ayudarme?

La evidente insatisfacción de Pagoeta ante tal juicio hizo que la *sorgina* torciera un poco la boca, quizás asustada, como si vislumbrase en la mente de aquel hombre algo de enajenado, algo que no iba bien.

—Dime qué buscas —solicitó la bruja.

Al no recibir respuesta, la mujer pasó un tiempo examinando la fijeza de la mirada, la frialdad de los ojos azules, lo inexpresivo de aquel rostro, en busca de respuestas que ofrecerle.

—Tienes grandes ambiciones —dijo al fin.

No confirmó ni desmintió el soportano.

—Para lo que tú deseas —continuó—, necesitarás tener al Diablo de tu parte.

—El Diablo... —pronunció Pagoeta el nombre del maligno en un susurro, como si temiese ser escuchado.

En el hogar chisporrotearon los troncos, y el aroma tostado de la madera le inundó el pecho. Lo que fuera que hubiese en el puchero empezaba a borbotear. Algo de líquido se derramó sobre el borde e hizo rugir el fuego.

La mujer cerró los párpados, ocultos los ojos entre dos filos pestañosos rodeados de grasa.

—Grandes hechos están por venir... —vaticinó.

La frente de Pagoeta se arrugó como nunca, faltando a su habitual rigidez, ávida de aclaraciones.

—¿Y qué haré yo en ellos?

La *sorgina* abrió los ojos. Se había quedado muy rígida. El soportano advirtió que unas gotas de sudor punteaban la frente de la bruja. Al ver que su dueña no reaccionaba, el gato soltó un silbido largo y corrió a ocultarse entre las sombras.

Fuera la negrura de los cielos anunciaba tormenta.

Se vierte sobre la torre de San Martín un frío impropio de la época. Son días demasiado frescos, a pesar de estar entrados ya en el verano. Levantada a la vera del mar, rodeada de montes entrañados de vena, es clave desde sus inicios para el comercio delpreciado mineral. Corría el 1339 cuando Juan López, el primer Salazar asentado en Vizcaya, entroncó con los Muñatones por vía de matrimonio. Pasaron los Salazares a ostentar el control absoluto de todo el valle de Somorrostro, ubicando a sus parientes en los barrios del concejo, levantando torres que se extienden como una red de centros defensivos y de explotación del entorno y de defensa de sus intereses. El trabajo de minería en los montes y el mercadeo del hierro se convierten en la principal fuente de ingresos sobre la que se asienta el poder salazariiego. Por eso es Lope García de Salazar poderoso en rentas y parciales.

Con un pie apoyado sobre uno de los dos bancos de piedra enfrentados que hacen de la ventana mirador, el IV señor de San Martín contempla entre las rejas a uno de los mozos ayudando a su madre en la repetitiva tarea de recoger los trozos de vena que se desprenden de los carros en su tránsito hacia al puerto. La lluvia cae sobre ellos, fina e incesante, aguzada por la humedad del Cantábrico. Se atascan las ruedas, mugen las parejas de bueyes uncidas a cada carreta. Los varazos de los arrieros las obligan a redoblar el esfuerzo para continuar avanzando.

En el patio, un par de mujeres echan grano a las gallinas, otra saca agua del aljibe. Un hombre acarrea heno hasta los almacenes. Los peones lanceros apostados a lo largo del pretil de la muralla conversan con mucho aspaviento y ademán de riña; varios hombres de armas practican combate en parejas. La actividad es la habitual pero no los gestos. La tensión aumenta en ellos día tras día.

El rumor inquieto de Fortuño, fray Juan Alonso y Juan de Ahedo lo hizo volverse hacia el interior del salón con expresión grave.

—No puede ser verdad que por esto nos abandone —dijo Lope.

—Ya lo creo que puede ser. —Fortuño releía la cuartilla, escrita con mucha violencia de palabras. Caminaba de un lado a otro con pasos cortos, dejando que sus ojos recorrieran cada línea una y otra vez.

Gómez González le retiraba el apoyo contra Ayala por haber deshonrado el apellido Butrón. Según el de Gatika, en la respuesta de Lope a su anterior misiva se omitía todo lo relativo a la exigencia que le había impuesto para con su hermana. Y aquel era un desprecio que no podía tolerar. Además habría de tener cuidado en adelante si no quería que el peso de Butrón no solo lo abandonase, sino que cayese sobre él.

Lope apoyaba un puño sobre la cadera. Seguía con la mirada a su hermano. Levantó la otra mano para acompañar sus siguientes palabras:

—¡Viene a mí con exigencias por una manceba!

Parecía pensar en voz alta, quizás buscando con ello expulsar los pensamientos que debían de carcomerle las entrañas.

—Eso ahora no importa, Lope. —Fortuño se detuvo—. Céntrate en el verdadero problema: sin el apoyo de Butrón, poco o nada podremos contra Velasco. Nuestros atreugados dudarán. Velasco nos encajonará hasta asfixiarnos.

—¿El verdadero problema? ¿Es que no has leído ese sucio pergamino? Me acusa, me da órdenes, me amenaza.

Fray Juan se ofrecía muy inquieto de gestos tras leer él mismo las palabras de su hermano Gómez, nada concesivas. El religioso había llegado a San Martín casi a la par que la misiva con la intención, según había dicho, de pasar unos días para dar ánimos y consejo espiritual a Lope ante el duro conflicto con Velasco. El franciscano apretaba las manos cruzadas sobre la mesa. La cabeza gacha en su habitual mohín reflexivo, mostrando la coronilla tonsurada. No dejaba de parpadear y de humedecerse los labios.



—Es ese maldito orgullo de mi hermano —dijo.

Fortuño se le acercó, seguido por la mirada del sirviente, que aguardaba de pie a prudente distancia de los nobles con las manos a la espalda.

—Habla con él —propuso, casi imperativo.

—No importa cuanto pueda decirle. Lo conozco. Su decisión está tomada.

—Algo se podrá hacer.

Negó con la cabeza el religioso.

—No me escuchará. Mis opiniones hace tiempo que dejaron de importar. Desde que abandoné las armas, solo soy para Gómez un hombre por el que siente aprecio fraternal. Nada más.

—Juana... —Lope se estrujaba las barbas, igual que había estrujado el nombre de su esposa al pronunciarlo—. Le advertí que no le calentara la cabeza. Se lo advertí. Soy demasiado blando, debí encerrarla...

Fray Juan Alonso se llevó pulgar e índice a la nariz. Sintió en las yemas de los dedos la oquedad del tajo. Alzó la vista hacia el pariente mayor.

—Tienes que hablar con él —sugirió—. Eres su cuñado y principal aliado a este lado de la ría. Quizás verte le haga recapacitar, es la única posibilidad.

—¡Jamás!

—Has de hacerlo, Lope —intervino el de Ontón—. Ve y dile que cumplirás su exigencia, que dejarás de encamarte y mostrarte en público con esa manceba. Que vea que eres el hombre de buen entendimiento que él no es.

Lope notaba una opresión en el estómago. La comezón del orgullo le hizo apretar las mandíbulas. Se mordió la lengua dentro de la boca, hinchó las aletas de la nariz.

—¿Ir yo a decirle? ¿Rebajarme a tal cosa?

—No es rebajarse.

—Sí que lo es. Él mismo debió plantearlo en persona, y no con una sucia carta. Le ha faltado corazón y valía. Todos sabéis que, de venir, lo habría recibido y escuchado, pero así no, de ninguna manera. Es demasiado el menosprecio.

—Sé razonable, Lope. —El franciscano se puso en pie. Su vigor físico, unido a la estampa rigurosa de Fortuño, hacía frente a la estatura del pariente mayor—. Pon de tu parte.

—¿Razonable dices?

—No seas insensato. Se trata de evitar el fin de la tregua que ha mantenido fuertes a nuestras casas.

—Es tu hermano quien le pone fin.

—Y tú quien podría remediarlo.

—También Butrón sufrirá las consecuencias de su abandono.

—Puede, pero no olvides que los intereses de mi hermano no están aquí, sino en su lado de la ría, y sus principales enemigos no son los Velasco —apuntó fray Juan Alonso al suelo con un dedo, clarificador—; a ellos dedicará todos sus esfuerzos de guerra.

Fortuño sorteó el extremo de la mesa y atacó a su hermano por el costado izquierdo.

—¿Estás dispuesto a ir? —sonó casi amenazador.

Lope cerró los ojos, arrugó la frente. Los tres surcos se le marcaron.

—No es solo cuestión de una manceba —explicó.

—¿Entonces? —preguntó el fraile encogiéndose los hombros.

—La dignidad de mi casa.

—La dignidad... El orgullo, ese orgullo que todo lo ciega y que lleva a la muerte, por eso dejé las armas.

—La dignidad he dicho. Ningún Salazar se ha doblegado así en doscientos años.

—Me pregunto a menudo cuál es el umbral —planteó el fraile—, dónde termina una cosa y comienza la otra...

Fortuño señaló con el dedo a su hermano.

—Te recuerdo que tú mismo, con prudencia, ofreciste treguas a Velasco —le dijo.

—Que de nada han servido.

La lucha estaba igualada. Resopló el franciscano. Sobre la misma elocuencia parecían sostenerse sus palabras y las del IV señor de San Martín. Sumidos en el entretiem po de la refriega, les llegó de fuera el incesante chillido de las gaviotas, el rugido del mar batiendo bravo, las voces de los operarios del puerto que procuraban el correcto estibado de las mercancías en los bajeles. Un golpe de aire salobre entró por la ventana trayendo consigo el olor pegajoso de la brea que los calafates aplicaban al casco de una pinaza. La ráfaga removió la melena de Fortuño, agitó las tres llamas del candelabro de pie que tenía a su lado.

—Lope —insistió—, sé lo que sientes, pero piensa en nuestro beneficio.

Las velas le derramaban sobre los rasgos, de natural sosegados, un tono amarillento, sumidos ahora en la rigidez de lo que demandaba a su hermano y en la comprensión de las emociones compartidas.

Fray Juan se acercó al pariente mayor por el otro lado. Llevó una mano hasta su hombro para apoyar con su tacto la petición del de Ontón. Tonsura y barbas se estudiaron. Algún efecto debió de tener el gesto cálido del religioso, que lo miraba desde abajo, pues fue Lope liberando la tensión que le endurecía el rostro. Tomó aire por la nariz y lo expulsó por la boca, despacio, con mucho rumor.

—Iré —concedió. Lo escupió más que decirlo, como si la palabra le quemara en la boca.

Soltó un suspiro el fraile, satisfecho.

—Hazlo pronto, Lope, por el bien de vuestra gente y de esta casa.

Fortuño asintió con la cabeza, silencioso.

—Dejadme solo. Más vale que me sosiegue antes de marchar...

Concedor de sus cometidos, el sirviente Juan de Ahedo no necesitó órdenes. Abandonó el aposento presto para organizar el séquito del *jauna*.

Las puertas de la torre de Butrón en Gatika se abrieron sin preguntas para Lope García de Salazar y sus hombres. Había partido de San Martín con las primeras luces de la mañana con dos jinetes ligeros armados por toda compañía. Esta vez Gómez González no salió a recibirlo al patio de armas, como acostumbraba. Ordenó que los hicieran esperar fuera, bajo un chaparrón que empapó hombres y monturas. Más tarde escampó. Se abrieron algunos claros en el cielo. Mandó que lo hicieran subir.

Lo esperaba en el salón, inmerso en la penumbra. Se destacaba su sombra sentada a un extremo de la gran mesa de roble. Frente a él, una única jarrilla de sidra.

—Gómez... —saludó Lope, seco.

—Siéntate.

Se quedó muy quieto el recién llegado, junto a la cortina, al escuchar la orden de su cuñado. Entre ambos nobles mediaban dos estrechos haces de luz solar procedentes de sendos luceros, cruzándose uno desde la izquierda de Lope García y el otro desde el fondo. Aquella era toda la iluminación en el piso residencial. Las velas, lámparas y candiles permanecían apagados. Ambos notaban el aire denso, pesado al entrar en el pecho. A través de los tajos de luz plagados de motas de polvo suspendidas, pudo el IV señor de San Martín intuir, blanquecinos, los ojos de su cuñado fijos en él. Respiró hondo, muy despacio, y avanzó con pasos lentos hacia el arcón que distinguió pegado a la pared de su izquierda. Tomó asiento y apoyó el codo diestro sobre el muslo, la mano en alto. Sostenía enrollada la misiva de Butrón. Aguardó. Al no haber nuevas palabras de su anfitrión, desplegó la cuartilla y la agitó en el aire, como si el otro desconociera el motivo que lo traía hasta allí.

—Cuando comencé a leerla quise pensar que no era más que una absurda broma —comenzó a explicar Lope—. Pero sabía que no era así, que hablabas en serio... —Dejó las palabras en suspenso, en aparente espera de saber qué respondía su cuñado.

—¿Por qué no has respetado a mi hermana?

—Juana...

—Sí, Juana, mi hermana y mi sangre. Y es muy poco lo que te he exigido que dejes de hacer con esa manceba.

Le exigía. Sintió Lope una punzada en el corazón. Latía rotundo, golpeándolo por dentro como sobre un yunque.

—He venido a decirte que estoy dispuesto a cumplir lo que pides. —Hacía Lope esfuerzos para mantener un tono de voz moderado.

—Vienes a pedir perdón...

Hubo un aire de superioridad en las palabras de Gómez, que insinuó una sonrisa despectiva. Lope pudo adivinarla tras la franja de luz, en el centro de la mandíbula cuadrada.

—Las trece estrellas vienen a disculparse —continuó el anfitrión con la sorna.

—Así es. —Bajó Lope la mirada. Parecía calibrar la situación ante el ninguneo al que el otro sometía a su blasón. Tomó aire y lo soltó despacio, con su habitual rumor, procurando rebajar el hormigueo que le corroía las tripas.

Bebió Butrón. Dejó la jarrilla sobre la mesa con un golpe seco.

—Si quisiera, podría aplastarlas, pactar con Velasco y extender mi poder al otro lado del Nervión. Estoy seguro de que a Pedro Fernández le seduciría la idea.

Lope deslizó una mano instintiva al mango del puñal. Logró relajar los dedos.

—Hace años que somos aliados —argumentó, ajeno a la amenaza—, pero vas a permitir que tu hermana acabe con una tregua trabajada durante años que nos ha hecho fuertes. Te ha cegado con su odio, igual que ha utilizado y cegado a mi hijo Juan para ponerlo en mi contra, quien nada tiene que ver con nuestros asuntos matrimoniales. —Soltó un soplido nasal—. De eso es capaz.

—¿La acusas de mentir?

—La acuso de intentar desestabilizar nuestras treguas. No se trata solo de perjudicarme a mí, esto también debilitará a tu casa. Ella lo sabe y ni siquiera le importa.

—Juana es una Butrón. La afrenta a su honor es una afrenta a mí.

—Jamás pretendí tal cosa, y lo sabes.

—Qué importa eso, lo hecho hecho está. Has mancillado mi apellido y me has mancillado a mí. Un solo mandato para demostrarme la fuerza de tu adhesión. Era fácil, te bastaba con aceptar. Y no has querido.

Tronaban las voces. Dos bestias observándose en las sombras.

—Escucha, Gómez. Venir hasta aquí me ha costado tanto como te habría costado a ti.

—Solo el interés te empuja, no el arrepentimiento. —Entornó los párpados Butrón—. ¿Te arrepientes de encamarte y mostrarte ante todos con esa puta con la que ofendes a mi hermana?

No hubo respuesta, solo el rumor de la respiración de Lope García. Esperó Gómez un poco más, pero continuaba el resuello de su cuñado por toda contestación.

—Sin arrepentimiento no hay perdón que valga —sentenció.

Un nudo se apretaba en el estómago de Lope como una soga. Quiso responder, pero las palabras se le atragantaron en la boca. Notaba rígidos los labios y las mejillas. A la espalda de Butrón intuía las armas de la casa. Cortados por el filo de luz, cinco lobos como demonios negros, alargados, de garras y lenguas rojas y afiladas. Una cruz de plata, cuatro buitrones de oro.

—Estoy dispuesto a cumplir, eso debería bastar —objetó Lope García.

—Pues no basta.

La inamovible postura de Butrón hizo que el IV señor de San Martín cerrara los ojos. Sintió gotas de sudor resbalándole entre las barbas. Notaba en el hormigueo de pecho y brazos que el forzado sosiego se le esfumaba de la boca, que el corazón le latía bruto, hinchándole las venas del cuello. No pudo evitar ponerse en pie. Su tremenda estatura hizo que Gómez tuviera que alzar la cabeza para seguir mirándolo a la cara.

—¡No seas estúpido, piensa en Velasco! —ahora se desgañitaba Lope—. ¡Esto

está por encima de ti y de mí! ¡Solo juntos podremos hacerle frente!

—¿Hacerle frente? —Soltó una risa despectiva—. Velasco no es asunto mío.

—¿Y Ayala tampoco es asunto tuyo?

—No es más que un estorbo, una cucaracha en el camino que ya aplastaré cuando me convenga.

—Te equivocas; si Velasco se hace con el control del Nervión, será cuestión de tiempo que fije sus ojos en ti.

Bajó la vista Gómez, con aire de no querer enzarzarse en tal brega.

—Si lo que temes es que mi casa caiga sobre la tuya puedes estar tranquilo, no pretendía otra cosa que asustarte. Retirarte mi apoyo es suficiente satisfacción y castigo.

La arrogancia de sus palabras, que las emitiese como si hablara a un chiquillo en lugar de al IV señor de San Martín, hizo que a Lope se le destensase la expresión, que los tres surcos de la frente se alisaran dándole al rostro un matiz de sereno convencimiento. Pero no por falta de ira, sino porque por primera vez desde que entrara sentía la lengua sin la torpeza de tener que pronunciar palabras forzadas.

—Habría que preguntar a tu esposa acerca de tus mancebas —le estrelló.

—¿Cómo dices?

—Que a cuántas hembras te follas tú.

—A quien yo joda es asunto mío.

—No eres más que un cínico.

—¿Un cínico?

—Sí, un cínico y un cabrón.

—Jodido perro.

Saltó Gómez González de la silla. Las motas de polvo visibles al trasluz de los haces se dispersaron como envueltas en una tormenta. Lope García dio un paso al frente.

—¿No le has preguntado qué piensa, Gómez? A una esposa que te ha permitido emparentar con la Corona.

—Ten cuidado con lo que dices, no estás en San Martín.

—O qué.

Quedaron en silencio, llameándoles las pupilas.

—O te degüello.

Los dos colosos se miraron por encima de los haces. Mandíbula y barbas se observaban muy fijas, dos titanes a punto de embestirse. Una cabeza por encima de la otra. La mano de Gómez bajó hasta el cinto. Lope escuchó el siseo del filo saliendo de la funda. Alzó el mentón, sin el menor indicio de arredro, seguro en su apostura. El de Gatika negó con la cabeza. La mandíbula cuadrada se desplazaba a izquierda y derecha, muy lenta.

—Sal de aquí antes de que te raje.

—Ven tú a sacarme.

Lope aún no había desenfundado. Ya no quedaba resquicio para el entendimiento. Se dedicaron una última mirada de desprecio.

El choque fue brutal. Dos jabalíes embistiéndose entre los haces de luz. Esquivó Lope la primera puñalada que Gómez le tiraba con la diestra. Volvió a intentarlo el de Gatika; pero el de San Martín le trabó la muñeca con la zurda, con la diestra le agarró el codo y lo giró entre ellos. Sonó un chasquido del hombro al retorcerse. Gruñó Gómez. El puñal se le escurrió entre los dedos. Luego un manotazo de Lope a la cara que se escuchó bronco. El impacto hizo rebotar la mano como si su oponente fuera de hierro. Quedó Gómez González tocado, pero aún en pie. Ni siquiera la fuerza salvaje de Lope García podía derribar a semejante adversario de una sola vez. La nariz del pariente mayor de los Butrón derramaba sangre en cascada. El IV señor de San Martín lo hizo girar sobre sí mismo, se lo echó sobre el pecho y enganchó el cuerpo con el brazo izquierdo. El diestro ahora sí había desenfundado puñal y con su filo abrió un corte en el cuello de Gómez González de Butrón.

## En la alcoba

—¡No, Lope, por Dios!

El chillido de Elvira Sánchez de Leyva detuvo el tajo. La esposa de Gómez González observaba a los banderizos engarzados como dos culebras en las sombras. Las finas manos en la cara, desplomados los labios. El filo apenas había rasgado la piel.

Lope volvió la cabeza. La presión del puño sobre el mango se debatía entre abrir la carne o separar el hierro. Ambas decisiones tendrían consecuencias. Malas todas.

—¡Fuera de aquí!

El berrido de Gómez hizo vibrar los muros de su casa. Su expresión estrambótica ante la muerte no le permitía evitar que la saliva se le escurriese entre los dientes, abierta la boca con una deformación espeluznante. Cubierta de sangre. Agarraba la muñeca de Lope con la única mano que había logrado liberar de la enganchada.

Elvira Sánchez se acercó un paso, tímida.

—Escúchame, Lope, nada bueno puede salir de esto.

El aludido mantenía la presión del cuchillo.

—No te acerques.

La esposa de Gómez se detuvo. Resoplaba Lope, mantenía la ira en el punto adecuado.

—Vamos, Gómez, pregunta, pregúntale qué le parece —le incitó.

Intentó revolverse el de Gatika. Apretó el filo Lope García. No podía bajar la guardia. Incluso herido, Gómez era mucho oponente. Se escuchaba rumor de voces y pasos a la carrera por todo el edificio.

—¡Que no se acerque nadie!

La orden brutal de Gómez González debió de oírse en toda la casa. Nadie asomó tras la cortina que daba al salón.

—Lope, te lo suplico. —Elvira Sánchez crispaba las manos frente a la cara—. ¿Qué ganarás matándolo...? No saldrás vivo de aquí, sus hombres no lo permitirán.

El sosiego de su voz delicada liberó un poco la presión del puñal.

—Tu esposo... —Lope García dejó las palabras en el aire.

—Mi esposo es orgulloso, lo sé bien. Se acuesta con quien le viene en gana sin importarle mi dolor, igual que sé para mi propia deshonra que se ha dejado ver con alguna de ellas más de una vez...

—¡Calla, Elvira!

No atendió la orden de su esposo. Se acercó un paso más.

—Pero ¿qué te importa eso, Lope?

El IV señor de San Martín negó con una sacudida de la cabeza.

—Nada evitará que salga muerto de aquí —objetó.

—No, Lope, suéltalo y vivirás.

Los ojos de Gómez chisporroteaban de furia.

—Pero ¿qué dices? —chilló.

—Júralo, Gómez, jura que si te libera lo dejarás marchar.

—¡Nunca!

—¡Hazlo!

—¿Por qué?!

Discutían Gómez y Elvira sin poder mirarse a la cara. Ella solo lograba intuir el perfil cuadrado de su esposo, sus facciones aterradas y orgullosas a un tiempo bajo la barbilla de Lope. La proximidad de la muerte provocaba temblores en la mandíbula del mayor de Butrón. Los haces de luz hacían brillar la sangre en su barbilla.

—Porque aún te quiero.

Callaron. Lope escudriñó a Elvira, su figura frágil bajo la saya, el ruego en sus ojos. Percibió a través del puñal cómo Gómez tragaba saliva. Olía a sidra, a sudor, al olor metálico de la sangre que le empapaba la cara. El pelo duro contra sus barbas. Atisbó el llanto contenido en los párpados de la esposa.

—Gómez, por Dios Nuestro Señor te lo pido —insistía esta.

La soberbia de Gómez González le impedía pronunciar respuesta, o quizás aquella delicada declaración le incomodaba, le contrariaba, tan ajena a su habitual brutalidad. Lope aflojó. Su cuñado entrecerró los párpados antes de pronunciarse:

—Lo juro.

Lope tardó en reaccionar. Primero liberó el brazo con el que enganchaba el cuerpo, luego el filo, muy poco a poco. Dio un paso atrás, apuntando al frente con la punta.

Elvira se santiguó y dio gracias a Nuestro Señor con la voz encharcada de lágrimas. A pesar de verse libre, Gómez permanecía casi en la misma postura, con la barbilla aún levantada. Se dio la vuelta con lentitud. Lope ya había sobrepasado a su esposa, minúscula a su lado. Enfundó el puñal. Los tres respiraban con rapidez al mismo tiempo que se escuchaban crujidos en el tablado, murmullo de voces masculinas. Gente armada estaría taponando la salida.

Las miradas de ambos parientes mayores se engancharon. Gómez ya había terminado el lento giro de su cuerpo. Se arrastró la saliva y la sangre de la boca con la manga.

—Hoy has vuelto a nacer —farfulló.

Emitió Lope un gruñido. Una sonrisa tensa le asomó entre las barbas.

—Vivirás porque mi esposa así me lo ha pedido —continuó—, pero día y noche rezaré para que la casa de Velasco caiga con todo su poderío contra ti. Rechazo tu nombre, rechazo tu apellido, que nadie los pronuncie en esta casa mientras yo viva.



—A cada palabra avanzaba hacia su cuñado—. Quiera Dios que no quede en pie ningún hombre ni torre salazariega. —Hinchaba la nariz y cerraba un puño—. Desde hoy cualquiera de Salazar es mi enemigo natural, y como tales serán tratados.

Cada sílaba reverberaba contra las paredes cincelada por el odio. Lope García amagó una nueva sonrisa, despectiva.

—Ese mismo trato recibirán los de Butrón.

De todas Las Encartaciones llegan noticias de actividad guerrera entre casas vecinas. Aumenta la violencia. Día tras día, noche tras noche, se suceden los enfrentamientos entre banderizos. Sacan pecho los gamboínos al saberse mayoría guarnecida por Velasco. No se arredran los oñacinos. Al menos los que no dudan. Algunas ramas salazariegas entran en disputa con sus principales enemigos. Hay algún muerto de por medio. Más bandidaje, más celadas, más asesinatos, incursiones en tierras rivales, quema de torres rendidas por pleitesía o con sus defensores dentro... Violencias en las que todos se ven implicados por obligación o por interés: nobleza, villas, campesinos, tierra llana...; campos y caseríos, aldeas y anteiglesias, sujetos a los desmanes del conflicto entre bandos. Los señores disponen mayores guarniciones en sus torres y mandan construir cadalsos con los que reforzar su presencia militar en las zonas de roce o para defender sus molinos y ferrerías. En los caminos se piden contraseñas y se apresa o se agrede o se mata a quienes no la conocen por suponerles enemigos del linaje. Quienes tienen redaños elevan quejas a las justicias; mas siendo estas tan rápidas y eficaces como acostumbran cuando los que las ejercen son los mismos que roban, no les queda otra que doblegarse, a pesar de la mucha sorna y cortesía con que en ocasiones los asaltos son llevados a cabo.

A diario Otxoa García ordena a pequeños grupos armados que salgan a las calzadas y veredas para tal fin. Y en dicha tarea Juan Pagoeta se desenvuelve con soltura, quizás propiciada por su conocimiento de las emociones de los comerciantes que recorren la calzada que atraviesa Sopena. Cuando algún carro o recua de acémilas se adentra en la boca que cierra el valle junto al cadalso, les sale al paso, con algunos de los suyos a los costados, preocupándose con pocas palabras por el mucho apuro de llevar alforjas tan rebosantes y lo pesado que debe de ser tener que llevarlas con tanto barro durante tantas leguas. Entonces se brinda a aliviarlos, ofreciéndoles descanso y viandas en el cadalso. Atenciones siempre rechazadas. Y ante la ofensa que supone tal desprecio, se desquitan de él curioseando en las mercancías de los asaltados, que pasan a engordar los almacenes de la torre ante la afilada mirada de cuchillos, chuzos y proyectiles de ballestería. Aplacado el oprobio, si lo que traen son buenas fanegas de trigo, pipas de sidra, frutas u otras viandas, los invitan a compartir mesa y degustarlas juntos. Les hacen un nuevo repaso para asegurarse de que no se dejan nada en las faltriqueras ni en los morrales y después les aseguran que aquel es justo peaje porque les garantiza transitar por aquel tramo con tranquilidad, pues es

zona habitual de bandidos y otras malas gentes. Y así, ante los gestos de miedo e incredulidad de los comerciantes, los acompañan el resto del camino estrecho y serpenteante que va desde el cadalso hasta la frontera con el siguiente valle, dándoles mucha charla y buenos consejos por si alguien los asalta más adelante en su penoso avance hasta la meseta. Desde allí los ven marchar, las alforjas de las mulas flojas, los toldos arrumbados sobre los escasos objetos que cargan ahora los carros.

Y en tal vorágine de tropelías toca reclutar hombres para engrosar las tropas de cada casa. Una maraña de gentes sometidas a vasallaje y encorvadas por el yugo de la falta de recursos. Pendencieros, acotados escapados de la justicia, vagabundos sin cobijo posible... Gente dispuesta a matar. Lo más bajo entre lo bajo, preparados para dejarse el alma y arrebatarse la de los demás por un techo y un bocado. Paniaguados. Tipos a los que ordenar asesinatos, robos, pillaje... Peones de la guerra banderiza. La gente de Otxoa los encuentra merodeando en torno a la iglesia, revoloteando cerca de ella por si les toca acogerse a sagrado. Jóvenes o sujetos pasados de la mocedad con la piel avejentada y dura, la mirada aguerrida y las manos listas para acuchillar. No cuesta convencerlos. Basta recordarles las penurias que achacan solo a la presión señorial de los Salazares de San Martín, y cómo es necesario que estando tan desfavorecidos se adhieran al bando ganador en la seguridad de obtener perdones por sus fechorías y justo reparto de botines. Y como el pobre se contenta con las migajas de pan que caen de la mesa del rico, el temor a quedarse en tierra de nadie sin posibilidad de defensa y la necesidad facilitan el resto del reclutamiento. En pocos días la torre de Garay y el cadalso rebosan nuevos hombres que se arrumban en las dependencias y en las campas adyacentes como un apestoso hormiguero cargado de sudores, ropas sucias, dientes renegridos.

A la torre de madera empiezan a llamarla Ospeldorre, en vascuence, porque en aquella garganta apenas pega el sol. Un lugar frío y húmedo que sus rayos no alcanzan. Una campa mustia donde el edificio se erige con fantasmal palidez.

Pedro Fernández de Velasco convino al pasar junto a ella que aquel apelativo de torre umbría le era muy adecuado. La reunión con los oñacinos y gamboínos de Sopena, reunidos en la torre de Alcedo, fue breve y clara. Tras la misiva de urgencia que les había remitido, el banderizo, cara a cara, les proponía una alianza de circunstancias entre los linajes de ambos bandos. No hubo muchas palabras. No fueron necesarias. Las desconfianzas grabadas en los rostros de algunos fieles a San Martín se fueron atenuando cuando Velasco, desde un escaño dignamente separado de la mesa, con las botas de piel fina cruzadas sobre un escabel, tiró sobre ella varias escarcelas repletas de reales de plata. Luego pronunció rotundas palabras; irse con él aceleraría una victoria sobre Lope García, ya de por sí segura, con el consiguiente reparto de rentas y propiedades que les proporcionaría por sus servicios guerreros tras acabar con el poderío salazariengo y obtener el absoluto control de los accesos a los puertos. Él mismo ya había movilizado algo más de mil hombres, que se disponían en tierras de Burgos para acantonarse en las torres de Lutzana. San Martín no podría

frenar una coalición tan poderosa. Sus miradas ebrias de ambición lo sabían, y no tardaron en desaparecer de la mesa las centelleantes monedas. Otxoa García tomó también las suyas.

Las semanas posteriores al encuentro entre Lope García y Gómez González. Aquel bebió mucho. Caldos que fueron exaltándolo primero y adormeciéndole después la rabia, mascullada entre continuas dudas sobre si hizo bien en dejarlo vivo, aunque le hubiera ido la vida en ello. El orgullo seguía presionando, después de todo. No quiso ver a Juana para no tener que arrepentirse después. Y en medio de aquella aversión que le reconcomía entre dientes ante la mirada silenciosa de Fortuño y fray Juan Alonso, llegaron las noticias de sus parciales del norte de Sopuerta, siempre fieles, advirtiéndole de la reunión de Velasco en la torre de Alcedo. No era seguro quién había acudido, pero todo indicaba que la mayor parte del valle. La sombra de una sospecha pronunciada con cautela por el propio pariente mayor y el de Ontón se vertía densa sobre la torre de Garay y el segundón Otxoa.

Aquella misma noche, bien regado de sidra elaborada en el lagar de San Martín, ordenó a Mencía que subiera a la alcoba cuando la atardecida desgarraba destellos anaranjados sobre el mar. El silencio rural embriagado por el canto salino de las gaviotas se desplegaba sobre la campiña.

Era la primera vez que se encamaban desde la violación. Pudo dejar más tiempo, porque a ella se le veía el dolor en el rostro, el temor en el semblante y en la hendidura que le había quedado entre el labio y la nariz por los golpes recibidos. Pero él le musitó al oído que la necesitaba. No la forzaba. Pedía. Jamás lo había hecho. Quizás un desliz de la bebida, que le trastabillaba un tanto las palabras. La fornicó con dulzura y a cada acometida el dolor en la vulva tornose placer, arropada bajo el gigantesco cuerpo del *jauna*. Ella le aseguró en un susurro que Aritz y él eran las únicas esperanzas que le permitían seguir viviendo.

Se vistieron. Se besaron. Mencía se apartó, muy de golpe. Pudo Lope ver sus párpados en extremo abiertos. Se dio la vuelta hacia donde ella miraba. El torso de Juana de Butrón los observaba desde el hueco de la escalera de caracol. La poca luz de la alcoba le ennegrecía el rostro. El blanco de los ojos destacaba espeluznante en sus facciones rígidas. Traía el pelo negro suelto en melena y dos trenzas bordeándole la cara por delante de las orejas.

No mediaron palabras. *La Brava* acabó de subir las escaleras y embistió contra ellos. No debía de ser consciente de que fray Juan Alonso la había seguido, oculto tras su natural sosiego y precaución. El religioso, a prudente distancia, no logró detener la rapidez con que su hermana acababa de subir los peldaños y corría con la agilidad de una lagartija. Fue en el último instante cuando el filo de un puñal de misericordia centelleó en el aire, certero hacia el pecho del esposo. Lope le estampó en la cara un bofetón con el dorso de la diestra. Juana cayó sobre el tablado, y en el

derrumbe golpeó una lámpara de pie con tres velones. Bramó el suelo, una de las llamas se apagó, las otras dos prendieron en el pelaje de lobo de la alfombra que pisaban el pariente mayor y la manceba. Juana tiró hacia sí de la cinta que le pronunciaba el talle alto de la saya para evitar que se incendiara, Mencía chilló y se llevó las manos a la cara, pisoteaba Lope el conato de fuego. El olor a pelo quemado inundó la habitación, se mezcló con el de su embriaguez.

—¡Malnacido! —chilló su esposa.

Pronto sintió Juana de Butrón que el pómulo derecho se le hinchaba, le palpitaba. La piel magullada insinuó unas puntas de sangre. Fue Lope a por ella, dispuesto a rematar, cuando una mano fuerte lo detuvo.

—¡Por Dios, Lope, suéltala!

—¡Aparta, fraile! —Intentó sacudirse la presión que le aferraba el brazo, pero la mano de fray Juan Alonso se mantuvo firme. Su insistencia hizo que Lope desistiera—. ¡Debería darte vergüenza defender a esta, aunque sea tu hermana!

No discutió el franciscano la acusación. Liberó a Lope. Juana se apartó, buscaba a gatas el cuchillo caído del puño. Había saltado demasiado lejos y su hermano se apresuraba a recogerlo. Las respiraciones agitadas de los cuatro se mezclaron con el rumor de voces y pasos de las plantas inferiores. Se levantaba un revuelo inquieto por la torre, consecuencia del alboroto procedente de la tercera planta. Juana *la Brava* se volvió hacia su esposo, arrodillada, prietas las uñas sobre el suelo, en ademán de escupirle su odio.

—¡Maldigo el día en que me casaron contigo! —le espetó—. Yo te maldigo a ti, maldigo tu sangre y la de tus antepasados. ¡Yo la maldigo y ruego al cielo que haga caer sus maldiciones sobre la de los venideros!

El caldo en uno y el rencor en la otra atragantaban las palabras de ambas bocas. Lope amagó un puñetazo.

—¡Si ha de haber justicias divinas, contra ti serán! —respondió.

La tremenda diferencia de altura y corpulencia se disolvía ante el vigor igualado de sus berridos. Lope se giró hacia Mencía.

—¡Tú, fuera!

—¡No, que no se vaya! —Levantó la Brava un puño—. ¡Que sepa que yo fui quien mandó que la violaran!

La confesión cayó como un plomo. El aire pareció apelmazarse, más negro, menos respirable. Fue un graznido que hizo que los pies de la manceba se crisparan de la impresión, que sintiera flojera en las rodillas. Una palidez mortal le apagó las facciones. Las pupilas de Lope García se estrecharon como las puntas de dos puñales al rojo de una fragua.

Rió su esposa, enloquecida, los ojos fuera de sí.

—¡Yo pagué para que otro lo organizara! ¿Qué te creías, perro, que podías controlarme?

La voz furibunda de Juana logró que el terror despegase de la alfombra los pies de

Mencía. La manceba huyó escaleras abajo con el gesto descompuesto y el llanto derramándosele por el rostro. Fray Juan se había llevado las manos a la cara. Lope se giró de nuevo hacia la esposa.

—Se acabaron las palabras y la piedad —sentenció—. Mucho he flaqueado todo este tiempo —hablaba con una calma impropia del trance, seguro de su decisión—. Quedarás aquí presa. Se cerrarán las ventanas para que no hables con nadie de fuera, mis peones armados vigilarán esa escalera y si osas siquiera asomar la cabeza por ella mandaré que te la corten.

El religioso se llevó una de las manos al pecho. Con la otra continuaba estrujándose el rostro.

—Lope, sé misericordioso.

—Misericordioso soy, que solo la encierro.

—Eso no es sabio.

—¿Sabio dices? —A Lope se le escapaban chuzos de saliva al hablar. Le apuntaba con un dedo—. Ha terminado con las treguas de Butrón, pero lo peor es que su odio ha envenenado el alma de mi hijo Juan.

—¡Ojalá que te maten pronto! —continuaba ella—. ¡Rezaré por ello!

Lope volvió a agarrarla, esta vez del cuello, y, sin esperar a que pudiera levantarse, la arrastró hasta una esquina.

—¡Suéltame, sarnoso!

Rabiaba odios la Brava, enseñando los dientes como una fiera, emponzoñados de espuma. El señor de San Martín apretó los dedos hasta que la esposa sintió que se le clavaban en la carne. Quizás la presencia del fraile le aquietó los ánimos, pues contuvo el impulso que inducía a su otro brazo a tomarla del pelo y arrancarle la cabeza.

—¡No eres nadie! —siguió insultando—. ¡Menuda hombría la tuya que la malgastas con esa zorra!

Con el brazo libre, Juana golpeaba al aire, incapaz de alcanzar el cuerpo de su esposo, protegido por la distancia de sus extremidades. Negó Lope con la cabeza.

—Ni que te pegue mereces...

—¡Vamos, atrévete conmigo, poco hombre!

Viendo el franciscano que su hermana buscaba que el altercado pasara a mayores, dio un paso al frente, prietos los puños.

—¡Ya basta, Juana!

Había abandonado su aire de natural reflexivo, y el instinto guerrero aprendido desde la mocedad rebrotó con vigor en la expresión endurecida de su cara, en la postura gallarda de su cuerpo.

—¡Tú calla, cobarde! —arremetía Juana—. ¡Que no eres más que un cobarde! ¡La deshonra de los Butrón!

—¡He dicho basta!

—¡Sí, basta, que lo que aquí hace falta no son palabras sino puñales!

Arañó la hermana el aire con los dedos en un intento absurdo. La hermosura de su rostro, marchita tras la alteración de las facciones.

—¡Centinela! ¡Grilletes!

La orden del pariente mayor tronó con tal rotundidad que pareció hacer vibrar la torre toda. No tardaron en escucharse pasos rápidos. La cabeza de un peón asomó por el hueco de la escalera. Hizo ademán de entrar; se contuvo, quizás intimidado por la galerna entre el matrimonio.

—¡Vamos, no te quedes ahí! —mandó Lope García.

Fray Juan Alonso no se opuso, pero se le había entornado la boca, cercano a las lágrimas al ver que a su hermana le encadenaban tobillos y muñecas. Alcanzó a mascullar un «Lope...» que no encontró respuesta. Juana marcó de uñas la frente del peón. El tipo aguantó el envite con entereza. Una marca más en su cuarteada cara.

Después, el silencio. Juana de Butrón se dejó caer, exhausta. El religioso la miraba a ella y a su esposo; a la hermana hecha un ovillo, al cuñado respirando rumoroso con los ojos oscurecidos, la boca comprimida entre las barbas, los surcos de la frente arrugados de cólera.

—No hagas esto, Lope —rogó—. Mándala a otra casa, pero esto no.

—Queda tranquilo, que no le faltarán buenas viandas, aunque ni eso merezca.

No se habló más. El pariente mayor obligó con un gesto de la mano a que el fraile saliera por delante de él. Después consumó el encierro apostando un hombre armado junto a la escalera del piso inferior. Y doña Juana de Butrón quedó confinada sin más escapatoria que la del sueño que la fue venciendo, aún encogida en la esquina.

—¿Y ahora qué?

Fray Juan Alonso se rascó la tonsura tras la pregunta. Recorrían la tercera altura del corredor adosado a la torre. Lope en el centro, flanqueado a la izquierda por su hermano Fortuño y a la diestra por el franciscano. Su cabeza, por encima de las otras.

—Juana quedará encerrada hasta que yo lo diga.

—Es triste haber llegado a esto. —El religioso meneaba la cabeza.

—Triste pero necesario; tu hermana está desquiciada.

Fray Juan cerró los ojos. El pesar por el cautiverio de Juana le había provocado unas ojeras blandas y amoratadas.

—Si Gómez se entera es capaz de venir a ponerte sitio —intervino el de Ontón.

—Que venga —respondió el pariente mayor.

Suspiró el fraile ante la dureza de todos los acontecimientos que cercaban San Martín.

—Este mundo siempre en guerra... —susurró.

—Así es —Lope afirmó sin mirarlo.

—De nosotros depende que no sea así.

—Basta de reflexiones y monsergas. —Se detuvo en seco el IV señor de San

Martín—. Si tu hermana no hubiera intentado asesinarme, si Gómez se hubiera atenido a razones, no estaríamos en estas.

—¿Y tú no tienes culpa de nada?

El arrojó en la discrepancia del franciscano hizo que el banderizo se mordiera la lengua dentro de la boca. Respondió con un silencio que ni afirmaba ni desmentía. Suspiró una segunda vez fray Juan Alonso e invitó con un gesto de la mano a que continuaran con la revisión de las dependencias de la principal tropa de la torre. Confirmó Lope García con otro gesto de la suya, silencioso. Mientras caminaba, las manos a la espalda, apuntaba su mirada a los camastros, a los arcones a sus pies. Se cruzaron con un peón balletero. El lacayo saludó con una inclinación de cabeza respetuosa y marcial. El *jauna* le devolvió el saludo.

—¿Y qué hay de Juan? —intervino Fortuño.

—Lo vigilaré un tiempo, después marchará a Portugalete. No quiero ni que sienta la tentación de intentar hablar con su madre. Es su presencia lo que le altera. Veo en sus ojos el mismo odio que en los de ella.

—Ésta es cosa triste —opinó su hermano.

Bajó la vista Lope. Exhaló aire despacio, rumoroso.

—Sí que lo es.

—Aritz lo agradecerá —observó el religioso.

—Marchará también a Portugalete —explicó Lope.

Fortuño emitió un gruñido y elevó las cejas. El pariente mayor le echó una mano sobre el hombro.

—Se acercan nuevas tropas de Velasco desde tierras de Burgos, y estoy seguro de que llegarán más. Su plan es pausado pero firme. El muchacho estará más seguro al cobijo jurídico de la villa. Aquí se encuentra demasiado expuesto a los combates y no puedo permitirme concesiones con esto. Ya he mandado un correo a Fernando de Muñatones informando de su llegada.

Se pasó Fortuño una mano por la cara bien aseada.

—Supongo que tienes razón. —Achicó los labios—. El muchacho no podría nunca afrontar algo así.

Aquellas palabras, pronunciadas en otra boca, debieron de provocar algún sentimiento en Lope. Su hermano se percató de que su expresión severa se ablandaba, que sus ojos ya no lo miraban a él, que ahora yacían abstraídos en algún punto. Intercambió el de Ontón una ojeada con fray Juan Alonso.

—Desde que lo vi por primera vez, supe que así sería...

La voz del pariente mayor se había relajado, como alejada en el tiempo, paladeando quizás en su memoria los primeros meses de vida del niño. Puede que estuviera rememorando aquel día en que el propio Fortuño le había observado torcer la mandíbula y masajearse los dientes con la lengua antes de preguntarle:

«¿En qué piensas?».

La respuesta había llegado tras un silencio:

«No servirá para el combate».

Un Lope García más joven, menos marcadas las tres arrugas naturales de la frente, aún sin sus ligeras vetas cenizas en las sienes, examinaba la piernecilla atrofiada del bebé. Una rama deforme en un cuerpo consumido, demasiado pequeño, insultantemente débil en una cuna que se le hacía grande. Incluso los genitales se le veían en exceso faltos de tamaño, cuando la proporción natural en los pequeños es siempre la contraria.

Había sido entonces cuando el niño, descuidada la mano de Lope sobre el borde de la cuna, llevó su manita blanca hacia uno de los dedos del padre. Lope García sintió el cosquilleo frágil en la piel. Bajó la vista. Comprobó que Aritz se esforzaba por incorporarse y asirse a su meñique. Enorme como un tronco, su manita carecía de la capacidad suficiente para agarrarlo. Lope miró al niño a la cara, vacío e insensible el gesto. Su hijo le observaba con los ojillos exaltados y la boquilla abierta en una sonrisa amplia y fresca, desnuda de dientes, dejando entrever la lengüilla rosada. Contemplaba las barbas frondosas y negras del padre, allá, tan arriba. Algo divertido debía de encontrar en ellas porque el niño carcajeó. Fortuño no pudo evitar una risa.

«Al menos es gracioso», apuntó.

Lope García sintió un cosquilleo extraño en las entrañas. Retiró el dedo. Amagó con dar un paso atrás. La alegría del niño se hizo llanto con la misma rapidez con que había dejado de agitar la pierna buena. Fortuño estudiaba el perfil confuso de su hermano. Poco a poco, Lope dejó caer su mano de nuevo sobre el borde de la cuna. Fue verla y el niño se impulsó dispuesto a asirse a ella, a pesar de su enfermiza naturaleza, ajena en su inocencia a la actitud del progenitor. Carcajeó otra vez al sentir el contacto, al ver que aquellas barbas volvían a dispensarle atención. Y a Lope García de Salazar se le escurrió una sonrisa y un gruñido.

Fortuño se le acercó. Llevó una mano a su hombro, afectuosa. Era la primera vez que al mayor se le enternecía el gesto ante el niño. Ante un hijo. Ni siquiera ante sus legítimos.

—¿Y nuestros parciales de Sopena? Parece que nos traicionan.

La pregunta de Fortuño, formulada en el corredor, hizo que Lope volviese a enfocar la atención en el presente y los dos hombres que lo acompañaban.

—No estamos seguros de cuántos. —Su voz se escuchaba aún un poco distante.

—Lo que sí sabemos es que Otxoa estaba con ellos.

—Eso no podemos asegurarlo.

—No podemos, pero tampoco recibimos noticias tuyas sobre el encuentro en casa de Alcedo, y esa duda se me hace más que suficiente.

Estrechó los labios Lope entre las barbas y giró la cabeza hacia su hermano.

—Ya no podemos confiar en nadie —consideró, sombrío.

—Debemos ir contra ellos. Yo mismo mandaré una fuerza de cien hombres contra los de Alcedo y tomaré la torre por combate. Que sepan todos que la traición no quedará impune.



—No lo haremos. Si como tú mismo crees son mayoría los que se van con Velasco, es demasiado el riesgo.

Se acercaban al final del corredor tras haber doblado dos esquinas. Lope se detuvo frente al hachón que alumbraba la entrada principal por la que se accedía al interior de la torre. Las llamas iluminaron los semblantes cavilosos de los tres hombres.

—Que no os guíe la ira —aconsejó fray Juan.

Alzó Lope el mentón para responder:

—Al menos no de ese modo...

Fortuño entrelazó los dedos, el aire sumiso.

—Si es lo que consideras mejor... —aceptó.

Lope afirmó con la cabeza y le sonrió.

—Al menos ve a pedir cuentas a Otxoa —sugería esta vez el de Ontón—, que se explique.

—No quiero que nuestro hermano sospeche.

—¿Es que vas a dejar que quede sin castigo?

—Si en verdad está con ellos, ya rendirá cuentas.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Fortalecer nuestra posición donde menos daño pueden hacernos: Portugaleta y San Martín.

Pasaron las últimas semanas del verano entre encuentros y reuniones. Un tiempo de enfrentamientos menores pero continuos y extendidos, aprovechado para seguir tejiendo la urdimbre de las alianzas, tan quebradiza que con la fragilidad de un pajarillo herido se deshilachaba y se volvía a hilar. Llegó el otoño y con él los días se acortaron y las lluvias reverdecieron los campos. En tierra estremecida de montes, sus cumbres a menudo se ofrecían a los ojos cercadas por un manto de nubes bajas, densas y lóbregas, estancadas sobre ellas como un cinturón, derramando sinuosas hilachas de neblina por las laderas hasta asfixiar el paisaje.

En el lagar de San Martín se trituraban las manzanas para la obtención de la sidra, camelando el aire salino del mar con el aroma ácido de la fruta. El estado de guerra no debía detener cualquier producción que proporcionase rentas al linaje, y los carros repletos de toneles y tinajas grandes de sidra se unían a los de la vena en su traqueteo hacia el puerto.

Aprovechó Lope una mañana soleada para salir en cabalgada con Aritz, llevándolo ante él bien ceñido con la zurda, seguidos por un par de jinetes armados a la ligera. Borearon la costa, contemplaron silenciosos el horizonte marino centelleando bajo el sol, surcado en la lejanía por una carraca y cerca por pinazas, bateles y chalupas de pescadores en su navegación diaria de cabotaje. En ocasiones se detenían para admirarse con el perfil acantilado de la costa, quebrado abruptamente

por el gris de la roca, coronado por el verde de la hierba y el canto de las gaviotas. Mecidos por el rumor cristalino del río Barbadún, saborearon un buen puñado de avellanas. La estación los saludaba con el verdor alegre, entrelazado con los traviesos tonos ocres y rojizos que comenzaba a adquirir el bosque de ribera. Regresaron a los muros de San Martín al atardecer. Vieron al llegar que frente a ellos transitaban un hombre y una mujer. Aritz se dio cuenta de que algún mal los aquejaba, pues su avance demasiado lento no solo parecía responder a la vejez. Solicitó a su padre que se detuviera a su lado.

—¿Adónde vais? —preguntaba el muchacho, tras advertir la muleta desvencijada sobre la que se apoyaba la mujer.

—A Compostela —respondía el hombre, incapaz de alzar la vista hacia el tremendo banderizo que les cortaba el camino.

Lope García, centrado en los castillejos de la torre en lugar de en los peregrinos, percibió que Aritz había vuelto la cabecilla hacia él y lo miraba a los ojos. No hicieron falta palabras. El padre soltó un suspiro entre molesto y concesivo hacia el hijo. Amagó una sonrisa y giró la montura hacia sus hombros.

—Vosotros, que se les dé cobijo y viandas. —Ahora sí dedicó su atención a los dos viejos, dos seres pequeños y arrugados. La visión de la mujer apoyada sobre una muleta, que era más bien un palo, hizo que su rostro adquiriera un matiz de reflexión, quizás de cierta ternura—. Que se atienda a esa mujer y se le fabrique un buen apoyo. No marcharán de aquí sin él.

Aritz sonreía. Manoseó cariñoso un dedo de la mano del padre; fuerte, ruda, elegante, asida a la brida. Retomaron el paso hacia la casa.

Fue una jornada para el sosiego, de pocas palabras y muchos gestos de aprecio. Lope no le había contado el motivo para tan placentero día. Luego le propuso cenar a solas con él en el salón.

Tras terminar la empanada de menudos de pescado y el queso, Lope se recostó sobre el respaldo del banco. Tenía delante a Aritz, con la mirada baja y el semblante complacido. Tan pequeño frente a él, tan frágil.

—He disfrutado mucho —dijo el muchacho.

—Yo también.

Afirmó el padre con la cabeza. Frunció la boca como si le sorprendiera escucharlo hablar. Desde al altercado con Juana *la Brava* y el Moro, el bastardo se había mostrado un tanto esquivo con él. Apenas si salía y el rato de lectura y escritura compartido lo pasaba volviendo la cara a su espalda, como si temiera que lo fueran a acuchillar.

—He hecho algo para ti —reveló Aritz.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Sin mediar respuesta, se encajó la muleta bajo la axila y se dirigió todo lo rápido que pudo hacia la cortina que daba acceso a su aposento en el corredor adosado a la torre. No tardó en regresar con su andar torpe pero animado. En la mano libre traía

una cuartilla. El papel pareció aún menor al pasar de la mano del hijo a la del padre. A Lope García se le elevó una sonrisa. Luego el gesto se le ensanchó, alegrándole las barbas, marcándole arrugillas alrededor de los ojos descolgados de ojeras por el poco dormir de los últimos tiempos. Su hijo lo agarró de la muñeca, cariñoso.

—Lo he dibujado para ti —explicó la obviedad.

Bajo las luces temblorosas de los candelabros, el papel mostraba una ilustración dibujada a carboncillo en la que se veía a padre e hijo. Aquél con el brazo cobijando el hombro de éste. Sin armas al cinto. Tan solo varios libros abiertos y cerrados trazados a sus pies. Sobre sus cabezas, un escudo de trece estrellas.

El IV señor de San Martín tragó saliva, despacio. Su expresión se fue apagando.

—¿No te gusta? —preguntó Aritz, entristecido el tono.

—Claro que me gusta.

—¿Entonces?

—No es nada, hijo.

El muchacho apuntaba con un dedo a los diferentes detalles, con el aire orgulloso por el realismo de sus ilustraciones.

—Solo un artista como tú podría haberlo hecho tan bien. Lo llevaré siempre conmigo. Será un amuleto.

Se golpeó Lope el pecho por encima de la camisa blanca, a la altura del corazón. El muchacho bajó la cabeza, entre tímido y agradecido.

—Me gusta que sea tu amuleto —reconoció.

—Me alegro.

—Así nadie te hará daño.

El padre soltó un gruñido.

—Nadie va a hacerme daño.

Un matiz de interrogación en sus palabras hizo que el hijo deslizase la vista hacia el detalle del cinto libre de bastarda.

—Todos los días oigo que han matado a alguien —hablaba Aritz sin levantar la vista de la ilustración.

—¿Y?

—Que no me gusta.

Lope arrugó la cara, casi con un punto de candidez. El comentario inducía a alguna respuesta, que tardó en llegar.

—No entiendo.

—Pues eso. —Aritz afirmó la axila sobre la muleta con un saltito—. Que muere mucha gente. Labradores y todo eso. El otro día escuché que habían clavado un cuchillo a uno no sé dónde para robarle.

Hubo un nuevo silencio del banderizo. Se había reclinado sobre el respaldo y observaba el perfil tímido de su hijo, aún concentrado en la cuartilla.

—Mueren porque mueren, igual que nacen porque sí —concluyó el padre.

—Eso es mentira, se les mata. —El muchacho pronunciaba sus sentimientos con

voz lúcida e ingenua a un tiempo.

—Lo mismo da.

Las respuestas de Lope se escuchaban carentes de vigor, sin aparente reflexión, con la vacuidad del que no parece comprender lo que se le pregunta y da por sentado que su forma de pensar es la única válida.

Se encogió de hombros Aritz, derrotado el gesto ante su incapacidad para extraer de su progenitor razonamientos más profundos.

El padre echó un último vistazo a la cuartilla. La dejó sobre el mantel. Cruzó los brazos y le hizo una seña con los dedos para que regresara a su sitio. Obedeció el hijo.

—Escucha —empezó a decirle. El muchacho se inclinó hacia adelante en ademán de atención—. Te marchas a Portugalete.

El bastardo parpadeó, se llevó una mano al pecho, algo tensos los dedos.

—¿A Portugalete?

Asintió Lope García.

—¿Cuándo nos vamos?

—Irás solo.

El hijo dejó de agitar la piernecilla maltrecha debajo de la mesa.

—¿Solo...? —lo dijo con los ojillos muy abiertos y la boca entornada.

—Solo. Yo iré más adelante, pero aún no.

Fue confirmarlo el padre y la respiración de Aritz se volvió más rápida, más agitada.

—Solo no —rogó.

—Irás a Portugalete he dicho. Allí estarás más seguro.

—Por favor...

—Mi esposa Juana permanecerá aquí. Tu hermanastro Juan también marchará a la villa.

—Juan... —La voz le salió temblorosa, arrugada. Sintió un hormigueo frío en el estómago, una punzada en el corazón con solo decir su nombre.

Advirtió el padre el tembleque en los labios del hijo.

—Perico irá contigo. Tu tío el de Portugalete y Fernando de Muñatones estarán pendientes de ti y te acompañarán en la lectura y la escritura. Juan no se te acercará con malas intenciones. Si lo hace, lo encerrarán. Así lo he mandado.

La perspectiva de encontrarse al resguardo de nombres apreciados concedió cierto alivio al mohín sombrío del muchacho.

—Tengo miedo, padre.

La confesión de algo evidente, pero nunca pronunciado, ablandó la expresión de Lope.

—Todo el mundo teme algo.

—¿Tú también?

Sonrió el banderizo.

—Yo también.

—¿De qué puedes tener miedo tú?

La pregunta contrarió el semblante de Lope García. Torció el gesto como si se debatiera entre admitir tales emociones y el orgullo de callárselas. Puede que la necesidad de mostrarse comprensivo con los sentimientos del hijo le animase a explicarlas:

—Hay hombres a los que temo. Hombres cuya oscuridad ni siquiera imaginas.

—¿Quiénes?

—Gente que odia, llena de miedo también. El miedo siempre lleva al odio, al desprecio ante lo que se teme.

Las palabras se le hacían demasiado adultas al muchacho, que arrugaba las cejas y entreabría la boca. Pero su ingenio tenía de agudo lo que a su físico le faltaba.

—¿Velasco? —supuso.

—Velasco... y todos aquellos que pelean por lo mismo que yo. Hombres rencorosos, y el rencor es un sentimiento difícil de controlar, yo lo sé bien... Pero uno no puede dejarse doblegar por tales hombres. Sería el fin. Uno lleva el miedo consigo mismo, y es el primer enemigo al que hay que vencer. —Expresando sus intimidades emocionales parecía que su estatura se redujese, que su natural señorío flaquease—. Por eso no quiero que te escondas. Por eso irás a Portugalete. Tú eres un Salazar, llevas mi sangre. No vuelvas a bajar la vista ante nadie. Ni siquiera ante los de tu propia familia, ¿me oyes?

Afirmó Aritz con la cabeza, incapaz de pronunciar un sí.

A Lope se le fue por instinto la vista al escudo de trece estrellas sobre la pared. Aritz lo advirtió. Una suerte de dignidad hizo que su rostro adquiriera el rigor que las palabras del padre demandaban. Se acomodó la muleta bajo el brazo, se puso en pie y, con la mano libre, arrastró un taburete hasta aquella pared. El cuerpo encogido y los pasitos cortos pero decididos. Lope lo siguió con la mirada hasta que vio que el muchacho intentaba subir la pierna buena al asiento con mucho resuello. En pocas zancadas se situó a su lado. El muchacho contemplaba el gran escudo esculpido en piedra. Lope lo asió por las caderas con ambas manos y lo aupó más arriba con tremenda ligereza. Aritz tenía frente a sí las trece estrellas repartidas sobre el fondo colorado en cuatro filas de a tres; la decimotercera suelta, en la parte inferior, cerrando el blasón. El muchacho estiró hacia ella el brazo, la mano, los dedos. Sus yemas se deslizaron por la rugosidad dorada y pétreo de las puntas. Las llamas que alumbraban el salón le otorgaban una luminosidad orgullosa. El aroma de la cera, el olor añejo de la madera de los muebles... Las sensaciones de la casa, detenidas y concentradas en aquel instante de idolatría.

El IV señor de San Martín apretó con ternura sus dedos en torno a la cintura al ver cómo la piernecilla mala se agitaba en el aire. Unas armas fraguadas hacía ya dos siglos. Y así, sin que el muchacho se lo pidiera, quizás guiado por el fervor, volvió a relatarle el origen de la estirpe salazariega, que aseguraba procedía de unos godos de

Escocia que desembarcaron en Santoña en ayuda de sus parientes ibéricos, escondidos en la costa del poder árabe que dominaba casi toda la Península. Pero sabía, más allá de leyendas, que su casa era en realidad originaria de la aldea de Salazar en la merindad burgalesa de Castilla Vieja. Allí pobló el primero de su linaje hacía doscientos años. Y con él comenzó a tejerse la historia de su familia, hasta su propio tiempo.

—¿De verdad que soy un Salazar? —La voz del muchacho sonó alejada, como sumida en sueños.

—Lo eres, hijo. —Lope García encogió los labios—. El mejor de todos...

Juan *el Moro* recibió la noticia de que marchaba a Portugalete junto a Aritz. Tenía que acatar. Miró a su padre con el rencor marcado en los párpados, tragándose los insultos que se le escurrían entre los dientes por el encierro de su madre.

—Ya que de mi nada quieres saber —le decía Lope—, emplea tu tiempo en la villa para aprender de hombres como Fernando de Muñatones o tu tío. Gente de provecho para sí mismos y para el linaje. Hazte el hombre de honor y justicia que te corresponde ser para dar gloria futura a esta casa.

—De mi madre quisiera también aprender, pero me la niegas.

—De ella ya has aprendido bastante.

—No lo suficiente.

No dejó Lope García lugar a mayor réplica. Ni se violentó. Muy al contrario, observó a su legítimo con cierto aire de compasión. Quizás por la falta de compañía de la madre, los ánimos destructivos del joven noble se habían ido, en apariencia, debilitando. Ni siquiera se balanceaba. Y el porte se le veía como menguado ante la imponente física del padre.

Partieron los dos hermanastros a Portugalete y desde ese momento Lope pareció más sosegado. En unos días recuperó el sueño y las marcas de cansancio de la cara se fueron desvaneciendo. Un tiempo en el que Juana de Butrón se empleó en convencer a uno de los dos peones que se turnaban en la guardia de la escalera de que la ayudara a escapar de su prisión. Aquel que sentía el impulso de levantar la cabeza hacia arriba cuando escuchaba la voz sinuosa de Juana deslizándose peldaño a peldaño. Aquel que le fue contando cuanto sucedía en la torre, quién iba y quién venía, qué era de su hijo Juan, del tullido, de su esposo..., de todos. Aquel que no pudo contener el ardor irreflexivo que le espoleaba la entrepierna al ver los pechos de Juana asomando por el hueco, al fijarse en su lengua brillante saboreándose los labios. El impulso primitivo fue más poderoso que la razón en aquella mente cincelada por el instinto y la guerra. Fue una cópula rápida, sin ruido. El babeo del soldado, embistiendo como un perro por detrás; la cara de repulsión de la Brava, penetrada por un ser tan inferior. Repulsión y placer en su rostro estremecido de emociones, un placer alejado de aquella carne, de aquel calor, de aquella humedad. Lo revelaban su mirada perdida,

su puño prieto, el cómo lo retiró de una coz al notar que el otro se había derramado sobre sus nalgas.

Aquello y el colgante engastado en forma de crucifijo de rica talla que le dejó en un escalón, por el que conseguiría muy buenos dineros, resultó suficiente herramienta. Porque la voluntad del pobre es de naturaleza maleable, sometiendo a menudo sus actos a los de aquellos con la capacidad económica para manejárselos. La Brava se trabajó bien esa voluntad frágil, entre juramentos de venganza por el oprobio al que la sometía su esposo. Primero logró que accediera a conseguirle cuartilla, cálamo y tinta. Después que entregase la misiva a uno de los mulateros que hacían ruta regular hasta tierra de Barakaldo para que la hiciera llegar a las torres de Lutzana. Y cuando recibió de boca del peón la noticia traída por el mulatero de que Pedro Fernández de Velasco aceptaba de buen grado mantener el encuentro con ella, lo convenció para que lograrse disponer hueco en uno de los carros de vena que partían cada mañana para ser almacenada en la rentería de Portugalete. Esperaron al día en que Fortuño regresaba a Ontón para atender sus asuntos y Lope, como solía, había bajado al puerto a tratar cuestiones de rentas. Aquella mañana recibiría de un mareante bretón varios ejemplares religiosos solicitados por fray Juan Alonso, muy interesado en el estudio de dichas obras, y algunos otros sobre historia del mundo para él mismo. Con pocas miradas acechando gracias a la promesa de grandes dineros que su hermano Gómez pagaría a gusto, fue abriendo puertas y cegando ojos hasta que Juana de Butrón, vestida a lo pobre, y el guardia, que huía con ella, sintieron bajo la lona que cubría el carro cómo la pareja de bueyes mugía y las ruedas los alejaban de San Martín.

—No se me ocurre nada más peligroso que una hembra despechada.

Lo dijo Pedro Fernández de Velasco al oído de su pariente de Balmaseda cuando la vio aparecer, bien aseada y vestida con saya verdosa encordada que una de las mujeres de la casa le había prestado para mostrarse digna ante el conde de Haro. Este había dispuesto un jinete oculto cerca de Portugalete para facilitarle la llegada a las torres de Lutzana a lomos de una mula.

—Sí, eso dicen —lo apoyó su pariente.

—Y ésta tiene aspecto de insoportable...

—La Brava..., claro.

Cuando vieron que se acercaba a la mesa con la barbilla bien alta y el rostro duro y seguro de sí mismo, los dos nobles abandonaron la comodidad de sus asientos. Velasco la saludó con una inclinación muy afectada.

—Doña Juana...

La aludida devolvió el gesto con mucha sequedad. Rechazó la silla que el conde le ofrecía con una mano.

—Cerremos este asunto con rapidez y volvamos cada uno a lo nuestro —sugirió

ella.

—Así sea.

A Velasco le chisporroteó el ojo bizco. Se acomodó el sayo y regresó a su asiento. El de Balmaseda hizo lo propio.

—Primero quiero que acabes con el hombre que ha venido conmigo —solicitó la Brava.

Apenas esbozó Pedro Fernández un gesto de curiosidad, levantando un poco las cejas, para aprobar la petición con un mugido afirmativo.

Caminó Juana un tiempo indeterminado por la amplia sala. Llevaba la vista perdida en el suelo, entornados los párpados, como si meditara la mejor forma de acometer. Pasó junto a la ventana. La luz fúnebre del atardecer otoñal se le derramó por un lado del rostro. El otro, anaranjado por los fuegos del salón, permitió ver a los dos hombres el gesto amenazador que destilaba. El contraste de tonos otorgaba a su expresión un aire tétrico. Volvió la cabeza hacia la ría. El tremendo rumor de los casi mil hombres de guerra recién llegados inundaba las torres. Voces gruesas y órdenes, risas y tintineo de metales, relincho de monturas y traqueteo de carros de impedimenta que se extendían por todo el recinto amurallado y más allá. Era el numeroso contingente prometido por el conde de Haro.

Fue hacia la mesa. Al fin la Brava se dispuso a hablar:

—Todos saben que es cuestión de tiempo que el control de las rutas comerciales te pertenezca.

Confirmó con la cabeza Pedro Fernández ante dicha observación, soberbio.

—Mi esposo ha perdido el apoyo de mi hermano —continuó Juana.

—Esas noticias me han llegado.

—Esta guerra vuestra me es igual, no siento el menor aprecio por la casa de Velasco, y ni comparto vuestros intereses ni me importan.

El conde frunció los labios. Se pasó una mano por el cuello ladeado, entre divertido e irritado por el atrevimiento.

—¿Y qué es lo que quieres?

Apoyó las manos Juana sobre la mesa, muy masculina en su ademán.

—Que mi esposo sufra.

—Pues yo sí que comparto esos intereses.

—Y quiero que lo haga como nunca.

—Sería muy apropiado.

—Con esto claro, nos entenderemos enseguida.

—Sin duda. —Extendió Velasco las manos a ambos lados—. El encierro de una Butrón no puede quedar sin justicia, y a mí lo que ya mismo me interesa es conocer cómo puedo servir a tal fin. Cualquier propuesta destinada a debilitar a García de Salazar será bien recibida.

Se sonrieron los dos. Una mueca tosca, carente de la menor simpatía.

—¿Cualquiera?



—Cualquiera.

Hubo un silencio. El semblante ávido del conde escrutaba la expresión decidida de doña Juana. La piel seca por el escaso cuidado y sufrimiento, las bolsas bajo los ojos destacando amoratadas en la tez morena. El de Balmaseda, a un costado de la mesa, jugueteando con un puñal de misericordia entre los dedos, miraba a uno y a la otra.

—Quiero que le hagas daño donde más le duela —propuso al fin la Brava.

—Se me ocurren muchas formas.

—Ésta seguro que no.

Pedro Fernández de Velasco dedicó un vistazo rápido a su pariente.

—Pues quisiera yo saber...

A medida que doña Juana de Butrón fue desgranando su venganza, el de Balmaseda, sumido en lo que decía, iba levantando las cejas y entreabriendo la boca. El cuello torcido y la mirada bizca del conde de Haro parecieron enderezarse y adquirir un brillo fulgurante a cada nueva palabra de la mujer herida.

## La venganza

Lope García de Salazar dispuso un séquito para que fray Juan Alonso regresase a Gatika y descubriera si su esposa se encontraba allí. Supo enseguida que no. Y dio fe por carta el religioso de que así era tras contemplar el rostro contrariado de Gómez.

Juana, bien guiada por un grupo armado de Ayala vestido de comerciantes, se llegó hasta una pequeña casa parcial de los Butrón, solicitando cobijo y absoluto sigilo. Que nadie supiese que allí se alojaba, ni siquiera su familia, había dicho, por el bien de su propio hermano Gómez. Aseguró que se trataría de un asilo temporal y que en poco tiempo regresaría a Gatika. Accedieron los del pequeño linaje por pleitesía. Y puede que por temor.

A nadie reveló Lope lo que encontró la joven sirvienta que le llevaba la comida a su esposa. Un papel con la letra de Juana detallando el placer sentido con el centinela, su virilidad y empuje, el tamaño de su verga. Junto al mensaje había dejado un pedazo de tela. La sirvienta no necesitaba explicaciones del contenido, a sus ojos garabateado. Debía de bastar en su mente analfabeta con el trozo de camisa y su olor pegajoso a hombría. No fue necesario que el noble expusiera a la moza las consecuencias de airear el hallazgo. Fue suficiente con que sus párpados se abrieran como dos remolinos oscuros. Lope se había quedado mirando el papel y el tejido, humilde, rasgado de una camisa de hombre. Sin decir nada. Sin manifestación física de su supuesta ira. Apenas un hormigueo en los hombros. Respiraba, lento y rumoroso, quizás para intentar no sentir más el ardor que le quemaba bajo las barbas.

Juan Pagoeta salió a la calzada. Anochecía. El aire cargado de fragancias boscosas en la embocadura del valle sobeteaba su torso desnudo. Frío y pálido, delgado y fibroso. El entrenamiento de los meses de combatiente había mejorado la robustez que ya le era natural a sus músculos. Aún sudaba, a pesar del fresco.

Había recibido el mandato por boca de un heraldo. Juana de Butrón y Pedro Fernández acordaron encomendar la tarea a gentes menores más dispuestas a correr el riesgo por una buena bolsa. Y Ospeldorre se ofrecía como un jugoso panal lleno de abejas obreras dispuestas a picar. El cómo hacerlo quedaría en manos de los elegidos. Cuanto menos supieran, mucho mejor. Ninguno debía quedar involucrado. El jinete explicó que aquel acto facilitaría el derrumbamiento de los Salazares, que era menester que hombres con arrestos como ellos lo acometieran. Luego extendió la palma de la mano para ofrecer una escarcela de cuero tintineante de monedas, a ver

quién la quería. Se pagaba por adelantado aquel encargo. Migajas que resplandecieron como tesoros ante los ojos ávidos de los peones. Pero la envidia del trabajo suscitaba dudas. Demasiado audaz, demasiado arriesgado, decían. Incluso temerario.

Pagoeta se ofreció voluntario. Sus dedos nudosos se abalanzaron sobre la bolsa. Sin dudas, a pesar de las miradas cruzadas de interrogaciones entre los otros.

«Yo lo haré», había dicho.

«¿Por qué tú?».

El jinete lo miró de arriba abajo.

«Porque sé cómo hacer que funcione...».

Y eso que no les había contado todo. Antes de marchar, el heraldo deslizó al oído del soportano los últimos detalles del encargo, los más complicados. A él, y solo a él. De haberlos desvelado antes, quizás nadie se hubiera atrevido. Pero las monedas ya resplandecían en los ojos helados del soportano. Y la bolsa continuó en su poder.

Alzó la mirada. Allá en la amplitud del valle, una luna enorme cincelada sobre las cimas oscuras y sinuosas del anochecer le devolvía la atención con el rostro manchado de marcas negras. Una luna rojiza, aterradora. Merodeó como un ánima por las inmediaciones de la torre hasta que la última franja de luz sobre los montes se deshizo. Escuchó gruñidos de bestias salvajes ocultos en la foresta. La calzada se mantuvo desierta. Tan solo pudo adivinar a lo lejos una sombra arrastrándose pesada sobre el camino. Un viejo, quizás, un incauto, puede, con alguna tara en su cabeza que le impedía calibrar por dónde escurría sus pasos. Cuando estuvo cerca comprobó que se trataba de un vagabundo caminando a golpes sobre una zarrapastrosa muleta fabricada con ramas. Lo dejó pasar. Vio cómo su figura volvía a apagarse en la lejanía.

Al alba, Juan Pagoeta partió a Portugaleta a lomos de una mula, oculto en su viejo capote de barragán negro.

La villa se cubre de nubes, se ensombrece el verdor de la campiña bajo el cielo emplomado del otoño con un gris profundo y perenne. Un gris que se derrama en hebras tortuosas sobre los tejados. Hay una niebla densa que serpentea sobre las onduladas laderas tapizadas de manzanales, viñedos y huertas que rodean la población, una bruma pesada que apenas permite reconocer las caras entre quienes se cruzan. Los mareantes que se acercan en sus embarcaciones contemplan el perfil de la muralla portugaluja trazada como un ascua por la lumbre de las teas, que hoy permanecen encendidas. La bruma de la ría la hace surgir de entre las aguas como de un sueño pavoroso. En los astilleros intuyen la forma esquelética de un casco en construcción. Pueden adivinar más arriba el contorno de la torre de Lope García destacando sobre las otras. Al extremo de la empinada calle se insinúa el tejado de la parroquia de Santa María y su espadaña coronando la villa.

Huele a hierro y a mar, a cuero y a frutas, a leña y a inmundicia animal. Marchan gentes y llegan otras nuevas. Y con estas últimas el hombre envuelto en el capote entra por el Portal de la Villa detrás de un trío de alborotados chiquillos que corretean y desvían la atención del peón lancero que guarda el acceso. Se desliza calle del Medio abajo, atraviesa la plaza del Mercado, enfila el Cantón de las Panaderas y se detiene en la esquina con la calle de Santa María. Aguarda allí, la cabeza cubierta por la capucha. Bajo el amparo de las ropas, de las brumas, del ir y venir de quienes salen y acceden al mercado por la calle, espera mucho tiempo, sin moverse, con los ojos muy fijos en la torre.

Hasta que lo vio salir. El Moro se dirigía hacia él. El soportano se dio la vuelta. Pasó a su lado. No iba solo; lo seguía a poca distancia un tipo con greñas sucias y aire de pelea. Fue tras ambos a través de la plaza hasta que enfilaron la calleja que desembocaba en la plazuela de la fuente del Cantón Oscuro. Allí Juan *el Moro* se paró junto a una moza con pañuelo anudado y mandil que llenaba de agua su cántaro bajo uno de los caños. El *jauntxo* subió una bota al borde del pilón y acodó el brazo diestro sobre la rodilla. Pagoeta se fue escurriendo como una culebra hasta ocultarse bajo el voladizo que cubría la entrada de la Taberna del vino blanco. A su izquierda había dos tipos que hablaban en jerga extranjera y apestaban a bebida. Observó cómo el Moro se pavoneaba con muchos aires y la voz bien alta para que todos lo oyeran. El que lo seguía permanecía de brazos cruzados a distancia para no entorpecer el galanteo, y cuando parecía que la moza lo rechazaba con sonrisas nerviosas y amagaba con marchar hacia la taberna, Pagoeta se acercó envuelto en las sombras de la capucha, dando la espalda al peón, ocultándole el rostro, y lo llamó con un susurrado «Jauna».

Juan *el Moro* se giró y dudó, con las cejas arrugadas de sorpresa. Frenó con un gesto de la mano el movimiento del peón.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Me envía alguien importante.

—¿Quién?

—Eso no importa. Escuchad lo que vengo a decir.

—No hay nada de ti que pueda interesarme.

Hacia ya el Moro ademán de marchar cuando Juan Pagoeta le echó una mano al brazo, firme. El *jauntxo* bajó la vista, incrédulo, y tironeó de él para liberarse. El peón ya acometía para sacar la cara a su joven señor.

—Espera —le mandó el Moro, y se aproximó a la capucha—. Suéltame o te rajo.

El soportano obedeció, despacio como solía, dejando que la presión de los dedos sobre el brazo se disipara con lentitud, como si le concediera una gracia.

—Ahora di lo que tengas que decir y larga —ordenó Juan.

—Sé lo de vuestra madre.

—¿Qué vas a saber tú?

—Que fue encerrada por vuestro padre. —Entrecerró Pagoeta los párpados, casi

inapreciable—. Pero ha conseguido huir.

Un mohín de extrañeza frunció la expresión tensa del *jauntxo*. Los ojos le brillaron. Oír hablar de la madre pareció infundirle bríos. Miró a Pagoeta de arriba abajo.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Ya os lo he dicho. Alguien importante me envía.

—¿A ti?

Asintió con la cabeza el soportano, que deslizaba la lengua entre los labios. La tentación hizo que el Moro comenzara a balancearse. Había bajado el pie del pilón y de la postura gallarda había pasado a otra más nerviosa e insegura. Se pasaba una mano por la barbilla, proyectada al frente.

—Habla —mandó.

—Vuestro padre ha de sufrir por lo que os ha hecho.

No lo negó Juan *el Moro*. Con un agitar de dedos lo indujo a seguir hablando.

—Según me han dicho, su honra y la vuestra han de ser repuestas.

Las palabras no sonaban naturales en boca de Pagoeta, no era suyo el mensaje. Ambos se estudiaron. El soportano con su habitual fijeza; el *jauntxo* con los rasgos ensombrecidos de desconfianza, y de curiosidad.

—Deben serlo —concluyó este.

—Vuestra madre necesita que le demostréis la valía que se os supone como Butrón.

—¿Cómo?

—Cualquier hombre tiene debilidades; Lope García también. Aprovechadlas.

—¿Y cuál es la de mi padre? —El tono desdeñoso con que Juan *el Moro* le había hablado adquiría, poco a poco, un matiz malicioso.

No respondió Pagoeta, que así lo inducía a que fuese él quien lo hiciera. Sus pupilas congeladas bajo la capucha examinaron las del noble. Tardó el Moro en valorar posibilidades hasta que el balanceo se detuvo y llamearon sus ojos de odio. El soportano confirmó con la cabeza.

—Él es el culpable —apuntaló, el tono muy sólido y seguro.

Se diría que la bruma se había detenido, que ya no se oía el rumor cristalino del agua cayendo de los caños de la fuente.

—¿Qué he de hacer? —Ya sonaba el Moro como hipnotizado ante la perspectiva.

—Solo has de traerlo hasta mí.

—¿Qué le harás?

Se encogió de hombros Pagoeta con un movimiento apenas perceptible. Volvió a pasarse la lengua entre los labios.

—Lo que se ha de hacer.

Aquella noche Juan *el Moro* no durmió. Dio vueltas en la cama, apretándose los brazos cruzados sobre el regazo, como si le dolieran las tripas. La mirada perdida, los ojos en ascuas en la oscuridad. Repetía una y otra voz en voz baja cómo debía

atraerlo, cómo convencerlo, dónde encontrar a Pagoeta cuando la trampa fuera efectiva, tal y como le había sugerido el propio soportano. Murmuraba el honor de su sangre y posición, el odio hacia el tullido... y volvía a masticar entre dientes las instrucciones.

Tardó el Moro tres días en cazar al bastardo a solas. Justo cuando acometía el primer peldaño del patín de la torre. Lo había seguido a buena distancia durante su paseo de la tarde por la villa con Perico, el habitual desde que llegaron a Portugalete. El Oso había entrado en la casa después de que el muchacho le indicara que quería quedarse para disfrutar de la práctica de agarres a la que se sometían un par de peones en el patio de armas. Allí estaría a salvo. No sería más que un instante.

Fue ver a Juan y el muchacho afirmó muleta bajo el brazo para encarar la escalera con esa agilidad que solo el miedo logra provocar.

—¡Tranquilo, que no voy a hacerte nada! —El hermanastro lo agarró de la muñeca libre.

—¡Suelta!

Obedeció el Moro.

—Solo quiero hablar contigo.

Lo expuso con un tono tan suave y amistoso que Aritz, respirando con agitación y la mano libre en el pecho, notó el impulso de girar un poco la cabeza hacia él.

—¿Qué quieres?

—Solo hablar, de verdad.

—¿De qué?

Miró Juan por encima de él.

—¿Y Perico?

—Dentro, seguro que enseguida vuelve a buscarme.

La expresión cordial del hijo legítimo se entristeció. Un gesto muy acusado, de apariencia sincera, muy bien fingido. El bastardo no acababa de volverse del todo, pero había liberado muy ligeramente la presión de los dedos sobre el agarre de la muleta. Vio el perfil de su hermanastro, distinto al habitual.

—Quiero pedirte perdón.

—¿Perdón tú?

—No he sido nunca un buen hermano para ti. —No se detuvo a responder. Siguió las sugerencias de Pagoeta sin desviarse de ellas—. Y mira a lo que me ha llevado: a estar solo y separado de todos. De mi padre, de mi madre... —Logró que un brillo de llanto le asomara a los ojos. Sintió un cosquilleo de ímpetu y confianza en el estómago—. Te odiaba, te odiaba porque jamás entendí que padre pasara tanto tiempo contigo. Y aquí me ves, alejado de todos, menos de ti. He sido tan ruin... He tardado tanto en comprender que lo necesitas más que yo...

Dedicó una mirada a la piernecilla maltrecha, colgando en el aire del lado de la

muleta, bien marcada bajo la estameña roja de las calzas, más corta que la otra, delgada en extremo, torcida como una rama...

—¿Podrás perdonarme? —rogó Juan—. ¿Dejarás que te ayude a partir de ahora?

El bastardo se debatía entre el impulso por seguir subiendo las escaleras o continuar escuchando. No afirmó Aritz. Tampoco se negó. Quiso decir algo, mas la palabra se le atragantó en los labios prietos, en la expresión de natural dulce y confusa. A pesar del refrescar de la tarde, sudaba. Una gota resbaló por la nariz hasta caer en la mano de su hermanastro, que se la tendía, afable.

—¿Podemos hablar en la puerta? —pidió éste. Sacudió la cabeza el bastardo, rápido, rehusando, como un pajarillo asustado.

—Mejor dentro —alcanzó a decir.

—Dentro no. Si Perico me ve contigo no podré decirte lo que quiero y no podré ayudarte para pagar por todo lo mal que te lo he hecho pasar.

Aritz no se decidía. El pie bueno apuntaba hacia abajo; el enfermo, hacia el acceso a la torre. Se mantuvo el Moro muy paciente, con una calma tan bien fingida que parecía azuzar la duda del bastardo por resultarle del todo desconocida. Dirigió su atención Aritz hacia el cielo encapotado, hacia el patio.

—No tengas miedo, hermano —insistía Juan—. Sabes tan bien como yo que nuestro padre haría justicias conmigo si algo te hiciera. Hay un guardia en la puerta y esos dos peleando. —Indicó con la barbilla a los peones, trabados en pelea, resollando, ajenos a los mozos—. ¿Qué puedo hacerte?

El recordatorio de la amenaza paterna sobre el legítimo logró que Aritz aflojase lo suficiente la tensión del cuerpo para acabar de volverse hacia su hermanastro y acceder con una tímida inclinación de cabeza. Bufó una montura en la planta baja. El peón lancero de la puerta desvió la mirada al verlos pasar. Bajo las ropas llevaba las monedas entregadas por el Moro, que ya se llevaba al bastardo hasta el cruce con la calle de Santa María. Allí le quiso apoyar una mano amable en el hombro, pero Aritz hizo ademán instintivo de rehuir el contacto.

—Aritz..., necesito que confíes en mí. No hay otra forma de que yo pueda pagar por todo lo que te he hecho.

Se encogió de hombros el bastardo, como procurando mostrarse indiferente a pesar del punto de confianza que le brindaba.

—¿Pagar? —La respiración agitada le dificultaba pronunciar más palabras.

—He pensado mucho en ello y solo se me ocurre una manera... —suspendió Juan la frase.

—¿Qué manera?

—Ayudándote a demostrar a nuestro padre que mereces ser digno del apellido Salazar.

El silencio prolongado de Aritz invitó al Moro a seguir explicándose:

—Él querría que todos sus hijos pudieran pelear. Nunca lo ha ocultado, lo sabes.

Recorrió con la vista el cuerpecillo enjuto del bastardo. Fue un gesto sin

desprecio visible, la constatación física de por qué no estaba preparado para semejante cometido. Aritz se observó. Ante él, el cuerpo de su hermanastro se presumía fornido bajo jaqueta y calzas.

—Pero me aprecia —objetó.

—Sí, tanto como sufre por ti.

El bastardo no se atrevió a discutirlo.

—¿Alguna vez te ha dejado practicar con armas? —sembraba Juan la vacilación.

A esto tampoco respondió Aritz.

—Todos los demás hijos hemos practicado —continuó trabajándose el Moro—. Todos menos tú, y a nadie dedica tanto tiempo como a ti... ¿Por qué? Porque conoce tu debilidad.

—Pero soy un Salazar, él me lo ha dicho.

—No lo eres del todo. Aún has de demostrarle que mereces el apellido no solo de palabra. Si te lo dice, es para que no sufras y sufrirlo él. ¿Qué otra explicación puede haber?

La duda entorpecía los gestos del bastardo. Volvía la cabeza a uno y otro lado, sus ojos saltaban de la torre al rostro arrepentido del hermanastro. A pesar de las malquerencias que tenían los argumentos de Juan, revoloteaban razonables en el aire. Aquellos que tantas veces él mismo había planteado a su padre, temeroso de carecer de valor, de identidad, o de que le impusieran otra. Y el temor es el mayor aliado de los manipuladores.

La ingenuidad de su naturaleza y la propia de su mocedad se aliaron también con el Moro.

—¿Cómo vas a ayudarme? —iba cediendo Aritz.

—Yo te enseñaré a pelear, en secreto. Te enseñaré algunos golpes y cuando nuestro padre te vea sentirá de verdad el orgullo de que seas su hijo.

Se mordía Aritz el labio inferior. Juan dejó caer la mano sobre el hombro con vigor calculado para fortalecer su mensaje:

—Se acabarán el miedo y las dudas, te habrás ganado su respeto, y nadie más volverá a sentir lástima por ti.

El bastardo torció el gesto. La idea seducía, pero quien la proponía aún le provocaba dentelladas en el estómago.

—No me extraña que dudes, hermano. —Tragó saliva el Moro, muy afectado—. Me lo merezco, me lo merezco tanto...

La emoción sonaba real. El tono, los ademanes... Tal y como Juan Pagoeta le había indicado que debía comportarse. Incluso se diría que el Moro comenzaba a sentirse cómodo.

Aritz alzó la barbilla. Asintió con la cabeza.

—¿Mañana?

El Moro devolvió el asentimiento, tranquilo, sin emoción excesiva de victoria.

—Mejor ahora.



—¿Ahora?

—No tendremos muchas oportunidades de estar juntos.

—Pues ahí. —Apuntó Aritz a una esquina del patio, junto a una montonera de clavos ferradas.

—Aquí no podemos. Si Fernando se entera, no nos dejará. Mejor vayamos a donde se juega a ballesta.

Dudó el bastardo.

—Pero volvamos pronto —concedió al fin.

—Cuando tú quieras.

Sonrió Juan. Aritz se giró hacia la escalera.

—Espera, voy a avisar a Perico —dijo.

—No —negó el Moro muy tajante, sin levantar la voz. Respiró hondo para que no se le notase el pinchazo de alarma en las tripas—. ¿Crees que nos dejará? Él tampoco lo hará. No puede, y yo no podré enseñarte.

—Vale, pero volvamos rápido.

Quedaba a su espalda la muralla sur de Portugalete y el establo para los mulateros. El avance de la atardecida reducía el tránsito de acémilas y carros. Las primeras sombras comenzaban a caer sobre la campiña. Tomaron el camino de Sestao, bordearon algunos setos y muretes que parcelaban terrenos y heredades. Juan *el Moro* ayudaba a su hermanastro a avanzar camino arriba. De pronto el bastardo se detuvo y volvió la cabeza a su izquierda, hacia la pared de seto que bordeaba el campo de tiro.

—A ballesta se juega ahí —señaló.

—Sí, pero mejor que no nos vean. Vamos a aquellos castaños —indicó el Moro con el mentón el castañal que se extendía más adelante, a la vera del camino.

Dejaron a un lado el chasqueo de ballestería de los hombres que competían a disparos contra una diana y se adentraron en la frondosidad de la arboleda, que aún mantenía buena parte de sus altas copas intactas. Las penumbras del bosquecillo cayeron rápidas sobre los dos hermanastros, adelantando el anochecer, ocultándolos de ojos imprevistos.

—Mira, ahí está bien. —El Moro señaló un pequeño claro a su derecha, donde había algo de luz.

Cuando lo hubieron alcanzado, se llevó las manos a las caderas y comenzó a balancearse. Recuperaba su actitud natural, nerviosa e irritable. Ni rastro de expresión cordial. Miró a un lado y a otro, escudriñó entre los troncos que los rodeaban.

Aritz sintió cómo regresaba la tensión a todo su cuerpo, veloz como un latigazo. Dio un pequeño salto para afirmar el extremo de la muleta, hundida en la tierra, húmeda y blanda.

—¿Me enseñas? —preguntó sin convicción. La idea resonó absurda en medio del bosque.

El Moro continuó escudriñando entre los árboles, donde las formas se insinuaban

difusas.

—Vamos, Juan, enséñame lo que sea y volvamos. Pronto no se verá nada.

El otro se quedó muy quieto. Distinguía el barragán negro asomando entre dos castaños frente a él. Aritz miró hacia allí y vio al tipo envuelto en un capote caminar hacia ellos junto a dos sujetos de aspecto sucio. El aire pendenciero, cuchillos al cinto.

El bastardo volvió la cabeza hacia su hermanastro. Sudaba, respiraba mal. Un zumbido agudo surgía de su garganta al tomar y al echar el aire. Quiso salir corriendo en un intento penoso y fútil. Tropezó consigo mismo y cayó de morros sobre la hierba.

—Ni siquiera huir puedes... —El desprecio más profundo y vil había vuelto a tomar el mando de la voz del Moro.

Le estrelló una patada en las costillas. El bastardo se encogió hecho un ovillo, la pierna maltrecha le temblequeaba de terror.

Juan Pagoeta se acuclilló junto el muchacho. Se retiró la capucha. El rostro de Aritz se estremeció de extrañeza al ver la piel pálida, la mirada de un azul helador, la brecha hecha una arruga en la frente, esculpidas las facciones por las sombras. El soportano acercó dos dedos, largos y nudosos, y los introdujo entre la melenilla revuelta del muchacho, a la altura del cuello. Sintió en las yemas de los dedos el palpar enloquecido del corazón. Cerró la mano hasta hacerla un puño y golpeó un par de veces la cara del hijo bastardo de Lope García de Salazar. Suficiente para que perdiera el sentido. Juan *el Moro* reculó un par de pasos mientras veía cómo uno de los tipos ataba a Aritz las manos a la espalda y luego le taponaba la boca con un paño. Lo metieron en un saco y el otro se echó el cuerpecillo al hombro.

## La consumación

Cuando Aritz abrió los ojillos ya había anochecido. Sus pupilas no lograban centrarse. Tardó en fijarlas en algún punto, difuminado el lugar. Parecían árboles, campo. Una heredad, quizás. Escuchó un rumor, como de agua. Puede que de algún río cercano o una aceña o una fuente... La vista y el oído recibían confusas las sensaciones. Al fin logró distinguir a los dos tipos de pie portando antorchas tras Juan Pagoeta. La luz de los fuegos recortaba siniestra la figura negra del soportano. Su capote, la capucha sobre la cabeza, le hacían parecer un ave nocturna. Aritz debió de pensar que le dedicaba una mueca. No parecía consciente de lo sucedido. Puede que aquello le infundiese algún ánimo. Sintió cómo el corazón reducía un poco el golpeteo en el pecho. Eso permitió que sus ojos, al fin, se centrasen. Miró en torno. Era un bosque, un bosque oscuro más allá del pequeño espacio trémulo que alumbraban las llamas. Al fondo creyó intuir un carro y un arriero. No había rastro del Moro.

Quiso llevarse una mano a la cara, los nudos de la cuerda que le aprisionaban las muñecas a la espalda se lo impidieron. Sentir la imposibilidad de moverse le agitó la respiración.

El eco de alguna bestia nocturna provocó que un escalofrío rápido como una cuchillada lo paralizara. Los demás sentidos comenzaron a obedecer. El sabor salado de la sangre en las encías. Un dolor en el pómulo izquierdo, el palpitar otra vez rápido del corazón martilleándolo en el hueso. Lo habían sentado con la espalda apoyada en un tronco. Percibió su rugosidad en la columna. Notó debajo de las nalgas la hierba húmeda y fría empapándole las calzas, o quizás fuera la orina que se le acababa de escurrir.

Brumas lentas y sinuosas se deslizaban a su lado como culebras. Quiso mover la piernecilla mala, una extremidad inútil. El entorpecimiento propio del miedo se lo impidió.

—¿Has visto cómo tiene la pierna? —El que había hablado dio un paso al frente y se acuclilló para verla mejor.

—Está hecha una piltrafa —corroboró el segundo, que se mordía las uñas.

—Hace días vi a uno que tenía los dedos de las manos torcidos como rayos.

—Cosas del demonio.

Los dos pendencieros se santiguaron. Juan Pagoeta demandó silencio con un gesto de la mano, lento e intimidatorio. Se dirigió al bastardo:

—¿Sabes por qué estás aquí?

El muchacho abrió la boca. No emitió ningún sonido. La tenía seca y un nudo prieto en la garganta le atascaba la lengua. Lo intentó otra vez. El cansancio que le provocaba la angustia bloqueaba cualquier reacción de la razón.

—Por culpa de tu padre —contestó el soportano en su lugar.

—Quiero..., quiero irme... —consiguió al fin decir. Embarullado pero inteligible.

—Los que son como él se piensan que pueden hacer lo que quieran con los que no tienen los dineros. Mandarlos, despreciarlos, insultarlos... Se creen superiores a los demás pero no lo son... —Hizo una pausa—. Tú padre pagará portazgo en nombre de todos los que son como él.

Aritz lo miraba como si le hablara en otra lengua.

—Déjame..., déjame ir... —rogó el muchacho.

—Yo, un vendedor, un simple peón hará que lo pague.

Juan Pagoeta continuaba escupiendo sus emociones, sus rencores, como enajenado.

—Tú me ayudaste una vez, me protegiste.

—Una vez... —repitió el soportano.

—Mi padre te eligió...

—No. Yo lo elegí a él.

Los dos tipos se miraron. Uno se encogió de hombros, entre sorprendido e indiferente ante lo que sonaba a delirios de aquel sujeto de la capucha. Los había reclutado junto al del carro para ayudarlo con el secuestro.

Pagoeta alzó la cabeza hacia las chispas de agua que comenzaban a caer tenues entre las copas oscuras de los árboles. Se ajustó la capucha. Sentía los músculos relajados. Como nunca. La rigidez de su rostro se había aflojado concediéndole una expresión tranquila, confiada, muy segura y satisfecha de cuanto hacía, expresivo en su inexpressión. Aritz pudo distinguir sus ojos fríos, brillantes, fijos en él.

Quedaron en silencio. Las fuertes lluvias de los últimos días traídas por las tormentas otorgaban bravura a ríos y arroyos. El rumor embrutecido del Ballonti rugía ansioso. Ya no hubo más palabras. Pagoeta sintió aquel repentino temblor apoderándose de sus dedos; los párpados se le abrieron en extremo, enloquecidos. Lo agarró por los pelos y lo arrastró hasta la orilla. Chilló Aritz, muy agudo. Las lumbres los siguieron. Bajaban turbulentas las aguas. Al darse cuenta de lo que se le venía encima, el infeliz comenzó a patalear y contorsionarse como poseído. Uno de los peones entregó la antorcha a Pagoeta y el otro la dejó sobre la hierba. Entre ambos redujeron la estéril resistencia del muchacho y le ataron las piernas a la altura de las rodillas, apretándole con saña insana la mala contra la buena.

Como el muchacho consiguió volver a chillar, el que había dejado el fuego en tierra le pateó la mandíbula. Se escuchó un chasquido de huesos.

—No te callarás, ¿verdad?

Juan Pagoeta entreabrió los labios. La punta de la lengua se deslizó por el superior. Luego cogió al muchacho por los sobacos y le apoyó la espalda sobre el

pilar de piedra del puente. Pudo ver que le habían roto dos dientes. La sangre mezclada con saliva y lágrimas derramándosele por la barbilla.

Aún estaba consciente. Para entonces ya debía de saber lo que iba a pasarle. Notó cómo el soportano le echaba una soga al cuello. La cuerda terminaba unos palmos más allá, en un pedrusco bien amarrado con varias lazadas. Levantó un dedo, blanco y nudoso.

—Yo lo haré. —Lo dijo despacio. Paladeó cada palabra. Se arrodilló junto a Aritz, lo tomó por la cabellera y le levantó la cabeza.

El muchacho tenía la vista anegada de llanto, perdida en el vacío. A su espalda, el agua formaba remolinos al golpear el arranque del puente. Olía a frío, a solitaria humedad, a terrible desesperanza. Pagoeta tomó la soga y la apretó bien alrededor del cuello del desdichado. Ni gemir pudo. Los dos golpes y el miedo le habían vencido el ansia de supervivencia.

—Por favor...

Un postrero esfuerzo de sus pulmones, de su voluntad. Fue su última súplica entre los dientes quebrados. Juan Pagoeta sintió en sus brazos un impulso básico, primario, irracional. No había reflexión en su cara. Solo destilaba instinto. Con ambas manos lo hizo rodar hacia el agua negra. Al mismo tiempo los otros dos levantaban la piedra y la tiraban al río. Un *chac* acuoso y seco al chocar contra la superficie. La cuerda arrastró el cuerpo. El hijo bastardo de Lope García de Salazar cayó de costado y se hundió rápido bajo el único ojo del puente, donde la profundidad era mayor. La poza rujió al recibirlo. Los dos tipos se apresuraron a acercar los fuegos, se inclinaron sobre la orilla. Una mano sobre el muslo y la boca abierta por el morbo. Pagoeta se había retirado, un paso por detrás de ellos. El cuerpo del empozado se agitaba en el fondo. Pudieron distinguir en la rugosidad del río cómo el mozo boqueaba en busca de aire y se estremecía como los peces recién sacados del agua.

—Mala muerte debe de ser esa —comentó uno. Se rascó las greñas, se miró las uñas ennegrecidas en busca de algún piojo.

—Y encima baja fría, la cabrona —dijo el otro. Había metido dos dedos y jugueteaba con el agua.

—¿Has visto cómo se mueve? Parece un pez...

Las turbulencias se enturbiaron de cieno.

Juan Pagoeta experimentó un hormigueo repentino que le recorrió el cuerpo todo. Los ojos muy abiertos, fulgurantes, clavados en el cuerpecillo, que se agitaba en el fondo, ya apenas visible entre el lodo. No podía dejar de lamerse el labio superior con la punta de la lengua, afilada y rojiza.

Los otros dos seguían observando con la curiosidad divertida que muestran los niños al cometer una travesura. No tuvieron que usar el palo que habían dejado más allá por si el empozado lograba asomar la cabeza. El pedrusco pesaba demasiado. El muchacho era débil y estaba herido.

Al poco vieron que dejaba de agitarse. Las últimas burbujillas explotaron

inocentes en la superficie del agua.

Juan Pagoeta contemplaba los rasgos sombríos de la luna llena. Estuvo así largo rato. Ni siquiera apartó la vista de ella cuando el aullido de un perro en la inmensa lejanía de la campiña hizo a los otros tres girar la cabeza. Un ladrido agudo, un lamento helador procedente quizás de alguna torre. Al fin se dio la vuelta. Su rostro, oculto en las tinieblas de la noche, apenas necesitó un gesto con el mentón para que los dos pendencieros echaran la lona sobre el carro.

El arriero murmuraba rezos junto al buey a la vez que procuraba controlar el tembleque de temor en las rodillas. Una ráfaga de viento hizo crujir las ramas de los castaños. Se enjugó el sudor de la cara con una mano, asió el roncal y guió al animal unos pasos más allá. Miró a los otros. Las tres figuras lo observaban silueteadas en el contraluz lunar. Los ojos fríos de Pagoeta los forzaron a continuar.

Allí permanecieron, callados, atentos al carro, que se desdibujaba al confundirse con la niebla condensada entre la espesura de los árboles, en dirección al camino, hacia San Martín. El traqueteo de las ruedas se apagó en la distancia de sus entrañas enmarañadas de vegetación.

—Aritz ha desaparecido.

Fue lo primero que le dijo Fernando de Muñatones a Lope García de Salazar cuando se personó en San Martín para informar de su propia voz acerca de la desaparición. Tragaba saliva y se frotaba las manos. El IV señor de la casa lo estudiaba, silencioso. Primero muy serio, sin pronunciar palabra, un puño sobre la cadera y los dedos de la zurda abriéndose y cerrándose. Las facciones sólidas, las barbas rígidas como una imagen sagrada, como si no hubiera escuchado lo que su hombre de confianza le decía. El pariente mayor, a la cabecera de la mesa; Muñatones, a un lado, de pie, con su rostro rollizo prieto de angustia. Al fin los ojos de Lope se ensancharon. Los dos abismos negros con los que miraba cuando la rabia le carcomía las entrañas y le resquebrajaba las tripas. Aquellos que engrandecían su estatura y acobardaban la de los otros.

—¿Cómo has podido permitirlo?

—Lope...

—Mejor cállate.

Fernando de Muñatones bajó la mirada.

—¡Y tú, imbécil, ¿dónde estabas?! ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde estabais todos?!

Ahora su ira abofeteaba a Perico *el Oso*. El mesnadero encargado de la protección del muchacho, a la izquierda de Muñatones, mantenía las manos cruzadas sobre el regazo, la cabeza gacha, los ojos fijos en el suelo, acuosos, quizás de terror, quizás de vergüenza. O de ambos.

Fernando de Muñatones guio la atención del pariente mayor hacia sí mismo al golpear el pecho con la diestra.

—Es imposible estar pendiente todo el tiempo —dijo—. El muchacho necesita libertad.

—No sigas, Fernando, que no sé qué te hago...

—Nuestros mejores hombres y los alguaciles lo buscan desde ayer por toda la villa y su jurisdicción.

—¿Y?

—Nada. Hemos preguntado en todas las casas, hemos interrogado a todo el que entra y sale de Portugalete, a todo el que transita por la zona. Nadie lo ha visto.

—¿Los arrabales?

—Tampoco.

—¿Y sus cosas?

—Todo en su sitio. No se llevó nada.

—¿Quién fue el último en verlo?

—No estamos seguros...

—¿Y el guardia de la puerta? —Apenas si dejaba responder a Muñatones. A cada contestación, los párpados se le abrían más y más.

—Dice que no vio nada, pero...

—¿Pero?

—Un peón cree haberlos visto en el patio...

—¿Cree?

—... con su hermanastro Juan. Practicaba pelea y no está seguro.

Lope García sintió un ardor en el abdomen. Emitió un suspiro rumoroso.

—Juan... —Engarzó los dedos de las manos, rígidos de cólera—. ¿Y qué cuenta mi buen hijo?

—Nada sabe, lo jura y parecía sincero. No niega las palabras del peón. Dice que habló con él porque se lo encontró. Que no quiso gastar su tiempo con un tullido y lo perdió de vista y ni se preocupó más de él porque no puede ni verlo. Incluso nos ha ayudado en la búsqueda.

—¿De qué hablaron?

—Se metió con su pierna. Lo de siempre...

—¿Y qué hacía Aritz solo?

Dirigía las palabras a Muñatones, pero miraba a Perico. El teniente de preboste amagó un encogimiento de hombros instintivo, que intentó controlar.

—¿Eso es todo?

—Todo cuanto sabemos hasta ahora.

—¿Y las salidas de Portugalete?

—Nadie recuerda con claridad. La gente va y viene...

—Nadie recuerda... —repitió Lope García con tono vacío, sin inflexión.

Fernando de Muñatones se llevó una mano a la barbilla.

—Quizás sea una... travesura —aventuraba, casi pueril, en busca de alguna explicación con que sosegar los ánimos, considerar posibilidades.

—No, no es propio de él. —Lope frunció los labios—. Quizás se ha perdido... No, tampoco puede ser. Aritz no se iría solo..., pero estaba con Juan... Pero Juan..., Juan... Tampoco, no sería capaz de tanto...

Cavilaba en voz alta palabras inquietas. Se apartó de la mesa y anduvo hasta la ventana. Apoyó una bota en el asiento de piedra y se estrujó las barbas con la zurda. Atardecía sobre un mar gris picado de marejada, el cielo amoratado en el horizonte amenazaba galerna.

Entrecerró los ojos, agitó la cabeza, volvió su atención al interior. Muñatones seguía rígido junto a la mesa. No se había movido ni un paso. Las calzas bermejas y el sayo negro parecían más justas que de costumbre, agrandaban sus formas abultadas. El Oso permanecía en la misma postura, los muslos fornidos temblándole bajo las calzas. Una lágrima entre la barba cerrada fue a caer en la punta de una de sus galochas. Sacudió un poco el pie.

La luz de las velas, de los candiles, de los fuegos gruesos se esparcía lúgubre por el salón. Una ráfaga de aire marino cruzó insolente entre los tres hombres, apagó algunas llamas, asfixió de sombras la estancia.

—Quizás los de La Pedriza tengan algo que ver —especuló Muñatones.

—No se les ocurriría, sería su fin.

El hombre de confianza adoptó una pose marcial; sacó el pecho, elevó el mentón. No había lugar para dudas.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó.

—Volved a Portugalete, encerrad a Juan y seguid buscando.

—¿Y tú?

—Yo dirigiré la búsqueda desde aquí. Que no quede una casa sin revisar ni una vereda sin explorar en todo Portugalete; que se arranquen viñas, que se talen árboles, que se remueva la tierra toda. Que nadie se detenga hasta encontrarlo.

—Así se hará.

—Más vale. —Se acercaba el IV señor de San Martín a ellos—. Si no, os sacaré los ojos.

Las tres jornadas siguientes no se habló en San Martín de guerras ni de bandos, de Velasco ni de sus parciales, ni siquiera de la huida de Juana de Butrón. Pocas palabras, siempre relacionadas con la desaparición del bastardo de Lope García. Y se musitaban escasas, porque en el aire flota una opresión oscurecida por los nubarrones que se apelotonan en la costa, sobre la torre, arremolinados y densos como aceite negro. Gente de armas, criados, labriegos..., todos muestran el gesto decaído porque el señor de la casa no se dirige a ellos si no es para organizar partidas de búsqueda. Se le siente tenso, embrutecido, rabioso. Comanda todas las que puede y cuando regresa



al anochecer, sin noticias, sube a la terraza y observa los alrededores con los ojos como muertos y la expresión de dolor y cólera. No logran dar con él, a pesar de las intensas batidas, de los perros de rastreo, de las decenas de hombres que se esparcen por los barrios del concejo, por Somorrostro entero, de día y de noche. Pero la humedad, la lluvia, el barro dificultan la busca. La campiña es extensa, los bosques, enmarañados y profundos, los caminos tortuosos, y veredas las hay que son desconocidas. Siempre quedará la duda de algún lugar por explorar. Fortuño dirige grupos desde su torre de Ontón en un intento absurdo. El resultado es el mismo. Demasiada frondosidad para asegurar que se ha inspeccionado cada vara de terreno. Poco a poco la búsqueda se torna más irreflexiva y desesperada, menos lógica. Porque no tiene sentido que el muchacho se haya perdido tan lejos.

Mencía anda como alma en pena por la casa, atendiendo sus quehaceres con la lentitud propia de la angustia, caminando con ojos enrojecidos. Lope solo le ha dicho que no encuentran al hijo, sin apenas mirarla. Nada más. Pero a su vez pasa más tiempo con ella. Le manda que lo acompañe en sus escasos ratos de descanso, durante las comidas y en la noche, junto al fuego del hogar. La manceba aguarda atrás, sobre una banqueta. El *jauna* mantiene la distancia que conlleva la diferencia de posición, mas da la impresión de querer tenerla cerca para compartir una inquietud silenciosa y aplacar la amargura que a ambos les corroe las entrañas. Frente a la lumbre se sienta. Atiza el fuego. El cálido aroma de la leña es lo único que le reconforta, la temperatura le suaviza el picor de magulladuras de las manos de tanto apartar vegetación. Desparrama los brazos a los lados, cierra los ojos, adormecido de cansancio.

Al amanecer del cuarto día la batida se detiene. Han encontrado un carro abandonado en un manzanal muy cerca de San Martín. Quizás pertenece a alguna casería cercana. Lo desconocen, nadie está seguro de su procedencia, pero la jornada anterior no estaba. Lo único que saben es que huele a mojado y a podredumbre. Puede que por la madera empapada de lluvia. Eso dicen, pero nadie se atreve a mirar debajo de la lona que lo cubre, porque hay un nerviosismo que les impide hacerlo, porque aseguran que trae mala suerte. Y en algunas mentes la superstición es más poderosa que la razón y que las órdenes del *jauna*. Mejor informarle y que él decida qué hacer.

Le interrumpieron cuando conversaba con Fortuño acerca de las dificultades de adentrarse en los montes. El peón tragó saliva. Un carro, dijo al principio. Cerca de aquí, añadió después. Alguien tiene que haberlo dejado ahí durante la noche.

Bajaron en silencio. Lope García de Salazar mandó a la madre que los acompañase. Al salir bajo el arco de la cerca exterior, el IV señor de San Martín dejó que su mano fuerte rozase, disimulada, la dulce de la manceba. Fortuño iba con ellos junto al soldado. Anduvieron hasta bien pasado el otro lado del camino. A medida que se acercaban, un viento frío del mar hizo crepitar las ramas de los árboles. Un susurro helador y húmedo, un rumor gris que acuchillaba hasta los huesos.

Quien lo hubiera dejado allí le había desamarrado el yugo, y el transporte se apoyaba en tierra, inclinado, sobre las dos vigas. Lope García de Salazar se acerca despacio. Pasos cortos e imprecisos de sus botas de cuero que se hunden a cada zancada en la hierba reblandecida. Pasos impropios de su señorío, temerosos, amargados ante la duda que le comprime la mandíbula y los labios y le anuda la garganta. Porque nadie abandona un carro en tan buen estado sin motivo de enjundia. La perspectiva de su altura le permitió verla lona abultada y encharcada de agua. Otro lacayo, que había aguardado junto al carro, se apartó.

A cada paso Lope sentía cómo el aire pesaba como plomo al entrarle en el pecho. Hizo un gesto a Fortuño y a Mencía para que permanecieran atrás. El fiel hermano con el mentón bien alto; la madre con las manos hechas puños sobre el regazo y el gesto alterado de temor.

Pudo escuchar Lope el zumbido tortuoso de una mosca que revoloteaba en círculos sobre el carro. El corazón le golpeaba las costillas. Extendió un brazo, cauteloso, y agarró la lona. Percibió el tacto áspero y fúnebre en las yemas de los dedos.

La recorrió de un golpe. Y solo miró. Al principio solo miró.

Los fardos que rodeaban el cuerpo muerto. Luego sus ojillos aún abiertos, sin brillo, la boca entornada con la lengua descolgándose por ella. Un bichejo de río como una araña alargada apareció entre los dientes y regresó a su escondrijo. El padre llevó como por instinto la mano hacia el cuello, marcado con herida de soga. Palpó con vigor la frialdad entumecida de su piel, cada curva de su rostro azulado por la muerte, deformado por los golpes; palpó su pelo revuelto de barro sobre la frente y las sienes mientras las lágrimas se le desparramaban entre las barbas desfiguradas de dolor. Al muchacho lo habían desnudado, ofreciéndose en toda su debilidad, en toda su fragilidad, con la muleta a un lado partida en dos, las manos aún atadas a la espalda, la piernecilla rota por alguna presión en la rodilla, quizás cuando el pedrusco que lo arrastró al fondo cayó sobre ella. Ahogado como una sucia rata.

Al verle los genitales hinchados, el abdomen verdoso, la muerte cebada en él, notó Lope cómo se le desencajaba la mandíbula, cómo le bombeaba irregular el corazón. La cabeza se le fue ladeando hasta caer sobre la nuca por su propio peso incontrolado.

Fortuño y Mencía lo supieron. El primero cerró los ojos. Ella corrió hacia el carro agarrándose la saya con los puños. No importaba que la putrefacción ya hubiera comenzado su trabajo, daba igual que la fetidez emponzoñara el aire. La madre se lanzó sobre el cuerpo muerto de su hijo. El llanto estrepitoso hizo que a Fortuño se le endureciera la garganta y le temblaran los labios. Los aullidos enloquecidos de Mencía rasgaron el silencio rural.

Lope se desplomó de rodillas junto a ella, las manos sobre los muslos, la barbilla sobre el pecho, derrotada. Menguado su tamaño por el encogimiento al que le sometía la emoción.

—Empozado... Pobre hijo mío.

Nadie había visto jamás llorar al IV señor de San Martín. El rumor de sus lamentos estremeció la mañana de muerte. Se llevó las manos al rostro, y lo amasó con su llanto de amargura.

—Ay, mi hijo..., que ni siquiera me lo han metido en un sudario... Ay, pobre...

Su voz carecía de viveza. Era una hilacha de palabras apenas pronunciadas. Fortuño voló a su lado y le rodeó el pecho con los brazos, acucillado junto a él.

—¡Tapadlo! —mandó.

Los dos peones se apresuraron a obedecer, echaron la lona sobre el cadáver, se apartaron raudos para no entorpecer el duelo.

Aquella mañana el mar quedó callado de marejada; los bajeles, suavemente mecidos en un puerto yermo de actividad; San Martín de Muñatones, enlutecido de amargura hasta el fin de los tiempos.

## Audacia

Casi nadie vio a Lope García de Salazar en las horas posteriores al hallazgo del cadáver. Tan solo Fortuño, Fernando de Muñatones y el capellán de San Martín acompañaron los primeros instantes del pariente mayor en escrupuloso silencio, deshecho por sus lágrimas y sus murmullos para recordar las bondades del hijo muerto. Mencía guardaba cama. El dolor la había desvanecido y decían las sirvientas que a buen seguro se moría.

Comenzó a prepararse el funeral. A pesar de no ser un legítimo, debía celebrarse con los mismos preceptos. Y con el mayor boato. No habría miramientos con el monto. San Martín envió emisarios a las principales casas atreguadas y a las ramas salazariegas. La noticia de la muerte del bastardo de Lope García frunció los ceños de muchos hombres y llevó manos consternadas a las bocas de las mujeres. Aseguraban algunos que a Lope García le consumiría la pena y el odio el resto de su vida; otros que pobre del hijo de dos putas que había osado asesinar al muchacho. Las dudas sobre el autor de tan vil acto flotaban en el aire como humo espeso.

—Solo alguien carente de corazón y valía haría tal cosa —decían.

La parentela fue llegando a San Martín; Salazares de todos los barrios del concejo y de todo Somorrostro, además de siervos, campesinos, frailes, vecinos..., gentes del valle que se acercaban para presentar sus respetos al finado y a la casa, a llorar por el alma del mozo de la muleta.

De la villa de Portugalete se fueron acercando no pocos, cargados con el peso de la tristeza en su pesaroso camino de barro y charcos. Todas las tierras bajo dominio salazariego acudieron, no solo por la obligación que tenían en su mayoría, sino por sincera pena. Y el verdor entristecido de otoño de las campas que rodeaban las murallas de la torre se fue oscureciendo de lamentos y de lágrimas, de rumores y de aullidos de perros, capaces de oler la peste de la muerte con su tenebroso olfato. Traían bebidas y viandas para que la casa de Salazar pudiera atender durante varios días a la gente de calidad que asistía a las exequias. Pero los alimentos fueron rechazados.

—El muchacho no lo habría visto bien... Esta vez San Martín proveerá. —Así Fortuño explicaba la negativa a aceptarlos, con la voz pálida y la pena en la mirada.

Y los otros se volvían con una triste sonrisa de gratitud en el rostro y la cabeza gacha, rendida de amargura.

Pobres y lisiados de las inmediaciones merodeaban por los alrededores de la fortaleza entre balbuceos de dolor, caras constreñidas, llantos bien aprendidos y

ruegos por el eterno descanso de alguien a quien desconocían. Todo para arrancar una limosna a los que iban llegando al velatorio.

El cuerpo de Aritz descansaba sobre un gran arcón en el centro de la planta baja de la torre. Varias sirvientas de confianza lo habían lavado y vestido con alcandora blanca, cuyos ribetes sobresalían bajo las mangas de un jubón negro; las piernas con calzas rojas, alcorques de seda en los pies y capuz negro cubriendo el cuerpo entero. Atadas las manos con un rosario de nácar. Perfumado el cuerpo todo. Lujo funerario que brillaba oscuro en el cadáver y en la sala, inmaculada ahora de paja y polvo, de sacos y tinajas, de odres y cubas... Preparado el sitial para Lope a los pies del cadáver. Una pieza de roble, oscura y funesta. Un par de beatas y otros dos clérigos ya le murmullaban rezos al alma del muerto. Sus susurros, alumbrados por la luz humeante de las hachas que colgaban de las paredes y los cuatro candelabros de hierro coronados por grandes cirios que iluminaban al finado desde cada esquina del arcón. La cera derritiéndose inundaba la sala con su olor a entierro.

Y la casa se abarrotó de ricos tocados, lujosas jaquetas y ropas cortas, delicadas calzas, espléndidas joyas... Los hermanos y hermanas de Lope, sus esposas y maridos, los demás hijos bastardos y legítimos... Sancho García de Alcedo, su cuñado de Sopena, no se presentó, excusándose mediante absurda misiva que el motivo no era otro que convalecencia por enfermedad.

A Gómez González de Butrón ni se le esperaba. Ni una carta llegó. De aquella casa solo estuvo presente fray Juan Alonso, a quien el gesto se le había reblandecido de tristeza y de vergüenza por la actitud de su hermano. Se mantenía cerca de su sobrino Juan *el Moro*. El *jauntxo*, distante desde su llegada, con la vista confusa y el semblante tenso, era incapaz de mirar a nadie a la cara, quizás por alguna suerte de pasmo o por la impresión del encierro al que Fernando de Muñatones lo había sometido durante los dos últimos días, cumpliendo la orden de su padre. Solo tenía ojos para el cuerpo inerte de su hermanastro. Los parientes menos afectados, con su mohín de dolor protocolario, cuchicheaban que lo veían raro, absorto, como si no comprendiera del todo el estado en el que se encontraba el cuerpo, tan lívido, tan presa su piel por la muerte.

Los cuchicheos se volvían apenas siseos audibles, casi temerosos de ser escuchados, cuando las conversaciones, antes o después, derivaban en Otxoa García. El segundogénito del linaje no estaba allí.

El día siguiente amaneció penumbroso de voces, con algunas caras atolondradas por el exceso de bebida que se había servido la noche anterior. De nuevo se le rezó al finado y se alabaron sus virtudes junto a un sitial que permaneció apagado y mudo. Hasta que tocó asignar a los asistentes su puesto en la comitiva fúnebre. No habría lugar para los largos caminos funerarios, a pesar de la costumbre. Aritz sería enterrado en la ermita de San Martín.

Comenzó el funeral sin que Lope García hubiera sido visto. Tampoco de Mencía se sabía bien, atacada de mareos y desvanecimientos, incapaz de mantenerse en pie. Los hombres de mayor confianza de la torre introdujeron el cuerpecillo en un féretro, sujetándole bien la cabeza para que no se golpeará. Luego le cubrieron los ojos con dos monedas de vellón y extendieron sobre el cuerpo un manto de seda bermeja decorado por las trece estrellas doradas del escudo salazariago.

Sacaron de la torre el ataúd en volandas, con los pies por delante. Tañeron tres veces las campanas de la ermita cuando el cortejo fúnebre comenzó a pasar bajo el arco de acceso de la muralla interior y mientras curveaba para enseguida asomar por el de la cerca exterior, enfilando el camino hacia el pequeño templo.

Las gentes se apelotonaban a ambos lados. Abrían la comitiva un puñado de plañideras que se desgarraban la garganta en llantos y lamentos; tras ellas, portando candelones y hachones, unos pocos pobres pagados por la familia que runruneaban rezos en el aire salado de San Martín. Y pareció hacerse el silencio más absoluto al ver aparecer la gigantesca estampa de Lope García de Salazar bajo el arco, destacando sobre las demás cabezas, cruzando el puente levadizo sobre la cava, acompañado de sus hijas e hijos, hermanos y hermanas y los miembros principales de las ramas salazariegas. Elegantes ropas, gorros y distinguidos tocados fálicos se deslizaban sobre la tierra nublada. El IV señor de San Martín sentía que las tripas se le retorcían, que se le aplanaba la cabeza como si lo hubieran golpeado en combate. Sus ojos enrojecidos y acuosos le empañaban la vista, un nudo en el pecho le dificultaba la respiración. Aun doblegado, mantenía la apostura firme; mentón y mirada al frente, siempre sobresaliendo en altura, con la dignidad que le correspondía pero que se anunciaba falsa y frágil, porque el brazo de su hermano Fortuño, pegado a él como una muleta, lo ayudaba en cada paso, y porque se le notaba en el rostro la rigidez propia de aquel que se esfuerza para que no se le desfigure. Vestía de negro todo. Las calzas, la ropa corta con el escudo de trece estrellas bordado en el pecho, los guantes de gamuza. La piel marmórea por el no dormir le hacía destacar las barbas como ennegrecidas, las bolsas amoratadas bajo los ojos.

El féretro procesionado sobre andas apareció tras ellos con lúgubre bamboleo, llevado por cuatro hombres de la casa que se habían ofrecido voluntarios. Uno de ellos, Perico *el Oso*. Cada pocos pasos apretaba el gesto al notar que las lágrimas se le escurrían entre el pelo de la barba. El manto de las trece estrellas flameó ligero cuando la brisa apesadumbrada lo acarició desde el mar, bajo un cielo estremecido de negra agonía. Arreciaron los primeros llantos de las mujeres apiñadas a las veras del camino. Y a medida que la comitiva avanzaba con algunas paradas, cerrada por las tonsuras de un grupo de frailes y por acólitos y *seroras*, las mujeres cantaban endechas para alabar las virtudes de aquel muchacho al que llamaban *el Roble*, a pesar de su tara. Porque duro y fuerte como la madera de dicho árbol había sido su corazón.

Entrados en la ermita, Lope contempló cómo los cuatro hombres depositaban las

andas con el féretro junto a la fosa abierta en el suelo. La misa oficiada por el capellán transcurrió entre rezos, responsos y el olor al incienso que humeaba en el pebetero. Los que estaban en las filas traseras y apenas lo conocían contemplaban al señor de San Martín con semblantes entre dolidos e impresionados por su tremenda estatura, a pesar del abatimiento de su cabeza, vencida sobre el pecho. El pariente mayor no entonó los cánticos que cerraban el oficio. Tan solo miraba, vacío, los labios comprimidos, la pequeña imagen de san Martín que presidía en una hornacina el altar mayor. Luego sus ojos vieron cómo un par de *seroras* atizaban los incensarios y el aire se perfumaba de hebras de humo gris. Iba Perico a retirar del féretro el manto de las trece estrellas cuando el *jauna* se adelantó. El padre examinó el rostro inocente y reposado del hijo. Se habían ocupado de tapar bien las heridas del cuello, de dignificarle la expresión. Traía en la mano la cuartilla con el dibujo que Aritz le había regalado. Cerró los ojos, lo besó y lo depositó sobre su regazo con extrema suavidad.

—Para que siempre me tengas a tu lado...

Y miró su cara por última vez, antes de ver cómo lo descendían a la cárcava y la sellaban con cal.

—Un cerdo menos.

—Cerdo y cojo. —Fernando de Velasco de Mena le siguió la observación al conde de Haro. Alzó jarrilla al aire y se la ofreció en ademán aprobador.

Se celebraba en Castro la noticia de la muerte del bastardo de Lope García. El luto en San Martín había obtenido rápido eco, por lo cruel y por la inocencia que le atribuían a la víctima. A Pedro Fernández y su séquito los acompañaban los marroquines y el resto de parciales. Se bebía y se comía, se celebraba y se aplaudía, las barbas revueltas y las expresiones alteradas. Se berreaba que en breve sería el turno de Lope García de Salazar.

—¡Le sacaremos las tripas y las quemaremos!

Reían ante la visión de la muerte del banderizo.

—Y tú qué, Otxoa, ¿no te alegras? —Pedro Fernández de Velasco no había quitado ojo de encima al segundón desde que llegara—. Tu hermano estará hundido. Jamás tendrás otra oportunidad como esta para ir contra él.

El de Garay no dijo nada. Una sombra le endurecía el rostro.

—¿Tanta mala cara por un simple bastardo? —continuó el conde. Se sirvió vino—. Todo el mundo muere, por ballestazo, enfermedad, accidente o de viejo. —Miró a los otros jefes en torno a la mesa, buscando connivencia con mucha sorna—. El mundo no lo echará de menos. Igual que no echa de menos al cochino que degüellas para comer.

Otxoa estudió las expresiones complacidas de los demás parientes mayores, uno a uno. Reposó pulgares al cinto y se reclinó sobre el respaldo del banco. No bebía, no

comía y apenas sí abría la boca para hablar. Lo que no dejaba era de observar de reojo a Juan Pagoeta, sentado a su lado. Velasco lo había mandado llamar. Deseaba ver la cara del hombre que tuvo la audacia de romper el alma a Lope García y pagarle con el permiso de compartir tan hidalga mesa. Aunque algunos cuchichearan que lo hacía para burlase de él, para notar su incomodidad.

—Dios te ha guardado para mejor empeño que ir vendiendo por ahí. —Fue toda la atención que Pedro Fernández le dispensó, tras examinar los rasgos fríos del soportano, su brecha arrebujaada en la frente.

El hermano de Lope García también quiso decirle algo, pero la tensión de verse observado de continuo por Velasco le agarrotaba la lengua. Sentado al otro extremo de la mesa, un poco apartado de ella, con los pies encima de un escabel, su gesto tarado, fijo sobre él, debía de aturdirlo.

Fue en ese momento en el que el exceso de bebida hace que las mentes pasen de la euforia al declive cuando hubo un silencio en el que Pedro Fernández rebajó la tensión sobre Otxoa. Aquello debió de animar al segundón. Cruzó los dedos sobre el mantel y se inclinó hacia adelante.

—Llegó a mi cadalso un jinete sin que nadie me avisara —soltó de golpe—. Lo que ese mensajero venía a mandar lo he sabido demasiado tarde.

El resto de los banderizos despertó de su sopor. Hubo cruces de miradas, que primero desembocaron en el segundón de los Salazar y después en el jefe gamboíno.

—¿Tu cadalso? ¿Avisarte? —Escupió Pedro Fernández una risita despectiva y procuró fijar su ojo sobre Otxoa—. Yo no tengo que dar explicaciones a ninguno de mis vasallos, y menos a un segundón resentido de su destino. Sopuerta me pertenece. Sus casas y torres, sus armas y sus moradores también. ¿Tienes algo que oponer a eso?

No tuvo al principio Otxoa valía para oponerse, pero tampoco le concedió la razón, dejando la respuesta en el aire. Quizás lo que le impidió pronunciar palabra alguna era el ardor que le abrasó las tripas al escuchar las del conde. Y las manos inquietas de la decena de hombres armados de su séquito que se apiñaban junto a las paredes. Se humedeció los labios. Terminó echándole arrestos:

—Conviene que sepamos cada orden.

—¿Cómo dices?

—Que de haber hablado conmigo, habríamos encontrado la forma de castigar a mi hermano sin necesidad de asesinar inocentes.

—¿Inocentes? Esto es una guerra, imbécil. Aquí no hay inocentes. —El párpado de Velasco temblequeaba. Sus facciones se habían exaltado.

—¿Un mozo indefenso no lo es?

—Hijo bastardo de tu hermano, a quien detestas tanto o más que yo, a quien harías cualquier cosa.

—No cualquier cosa.

El de Garay comenzaba a encaramarse sobre los codos. Se pasó la mano por la



barbilla Velasco. Su ojo parecía haberse enderezado lo suficiente para acuchillar con saña el rostro picado de viruela del segundón.

—Espero que esta ligera desavenencia no te aleje de nuestro proyecto común —dijo.

Se demoró la respuesta de Otxoa García. Afirmó al fin con la cabeza, despacio.

—No se hable más —zanjó Pedro Fernández—. Y ahora come y bebe, que te noto alterado.

El segundón desentrelazó los dedos y llevó la diestra hasta el asa de su jarrilla, la asió y se llevó el borde a los labios. Sin dejar de mirarlo por encima de la vajilla, paladeó el sabor grueso del tinto de Toro que Velasco había ordenado traer.

—Me notas bien. Lo mejor será que marche a recuperarme. —A medida que hablaba se ponía en pie. Todos se fijaban en él—. No quiero que mi malestar altere la cena.

—Ve, amigo Otxoa, ve y recupérate, que necesitaremos de tu brío.

Pedro Fernández de Velasco lo vio marchar en medio de un denso silencio. Sonrió con sorna y no tardó en centrarse en cuestiones bélicas:

—Esta muerte nos beneficia. Debilitará a García de Salazar. Según tengo entendido, sentía gran aprecio por ese tullido. Algo así no le permitirá pensar con claridad.

—Eso podría volverle impredecible —interrumpió Alcedo.

—Tanto como estúpido. Demasiada cólera le hará cometer errores... Por no decir que carece de apoyos importantes.

Refulgían los ojos achispados de los banderizos ante la perspectiva de un avance decisivo a su favor en el conflicto.

—Ya he mandado que vengan más tropas —continuó Pedro Fernández—. Otros dos mil hombres están por llegar a tierra de Barakaldo.

—¿Otros dos mil hombres? —intervino el pariente mayor marroquín. Se llevó una mano a la frente, despejada de pelo—. ¿No son demasiados?

El conde bajó la vista, sorbió de su copa y frunció los labios, aprobador por el gusto del vino.

—No para el plan pensado.

—¿Y qué hay pensado? —preguntaba Alcedo.

Velasco lo miró de arriba abajo con mohín entre incrédulo y despectivo, como si la respuesta fuera obvia.

—Ir contra Portugalete y San Martín de Muñatones.

Hubo intercambio de opiniones entre los jefes.

—¿Al mismo tiempo?

Pedro Fernández emitió un gruñido afirmativo:

—Por supuesto.

Insinuó Alcedo una mueca de duda. Se rascó la papada, floja bajo la barbilla.

—No será fácil —objetó.

—Por Dios Nuestro Señor, nada más que sabéis poner trabas. Olvidáis que os manda Pedro Fernández de Velasco —dijo con suficiencia, agitando los dedos en el aire como para esfumar la posible resistencia de ambas plazas, igual que si deshiciese el ligero humillo de una vela.

El marroquín se inclinó sobre la mesa. La luz de las llamas le hizo refulgir la frente.

—La resistencia de Portugalete será fuerte —valoró—. El terreno es incómodo, demasiado escarpado.

La reflexión llevó dos dedos de Velasco a la punta de la nariz antes de contestar:

—No vamos a utilizar toda nuestra capacidad contra ellos, tan solo encerrarlos, evitar que acudan en ayuda de San Martín. Pura prevención.

La aclaración sosegó los gestos. Era audaz pero viable. Los párpados se fueron entornando, las medias sonrisas se elevaban entre las barbas. Todas las caras destilaban el aire de oportunidad que veían en la acción definitiva de la todopoderosa casa de Velasco.

Pagoeta escuchaba, observaba, rechazado por el puro instinto de superioridad de quienes tenía al lado, que ni lo miraban. Allí, en su soledad, a pesar de estar a la mesa, se le veía incluso menos importante que a los hombres del séquito velasquino. Una pieza inútil que decora un espacio inadecuado para él, tolerado por los nobles como un capricho del conde, el único entretenido con su presencia, quien, muy de cuando en cuando, le deslizaba un vistazo torcido y curioso.

Una última sombra de duda oscureció el semblante del jefe marroquín.

—¿Y qué dice el rey? —quiso saber.

—¿Qué va a decir? —Levantó las cejas el conde de Haro, un punto irritado—. ¿Acaso piensas que le satisfacen vuestros desmanes? Sois una amenaza para la estabilidad de la zona, una amenaza para vosotros mismos con vuestras continuas luchas internas. Cualquier campaña que sirva para eliminarlas es bien recibida.

—¿Incluso ésta?

—Incluso ésta.

Eran palabras mayores. Miles de hombres bien entrenados y el mejor armamento, sufragado todo por la casa de Velasco. Hubo asentimientos y aprobaciones entre murmullos. A pesar del temor a un cambio en el supuesto juicio de la Corona y los posibles castigos contra ellos.

El marroquín miró a unos y otros, como dispuesto a hablar por todos:

—Contad con todos nosotros, hasta el final.

Emitió un ruidito de mofa Pedro Fernández de Velasco.

—Tanta lealtad me abruma. —Luego se permitió un silencio teatral. Tensó el gesto, juntó las yemas de los dedos, repasó los ojos que lo contemplaban. Y dijo—: Hoy comienza el fin de la casa de Salazar.

## Concesión

**P**ronto dejaron de llegar las condolencias de aquellos que no habían podido asistir al funeral. En la torre de San Martín el peso de la tristeza se fue apaciguando, disimulado en los quehaceres diarios de quienes en ella trabajaban, agrisados por las nieblas y humedades de un otoño que transcurría largo y lluvioso. En la última planta, Lope García dejaba pasar el día y la noche, los ojos entrecerrados por el abuso de bebida, los oídos adormecidos. Viandas apenas tomaba, las necesarias para no desfallecer, masticadas con lentitud, proporcionándole el vigor justo para encender algún candil y poder deambular por la estancia. En ella se sentaba para repasar las páginas marchitas de aquellos libros que disfrutó con su hijo. Libros de linajes y de apellidos cuyos blasones de vivos colores discurrían lóbregos frente a él. Y de aquellos se iba al cofre en el que guardaba algunos dibujos a carboncillo que Aritz dejaba allí tras sus temporadas en San Martín. Entonces estrujaba los párpados y gruñía como un loco su dolor Lope García de Salazar.

Salía luego de su encierro a vagar alrededor de la ermita. Entraba, pasaba allí las horas, sentado junto a la tumba. En ocasiones se hacía acompañar por Mencía. La manceba lo seguía con paso adormilado. La cara le había envejecido en apenas días, ofreciendo una piel más seca, más tosca, menos luminosa; los ojos de un verde mustio, la mirada perdida en nada. Había pasado de hablar poco por sumisión a no decir palabra alguna.

La pena grabada en los rasgos de quienes veían al *jauna* pasar como un alma pronto se tornó inquietud porque escuchaban decir a Fortuño, quien llevaba los asuntos de la casa aquellos días, que los velasquinos movían tropas sin freno, que las torres de Lutzana parecían prepararse para acoger un gran número de efectivos. No tardaron en producirse los primeros ataques contra las posiciones salazariegas aún fieles a San Martín. Los de Llano, al norte de Sopena, fueron los primeros en sufrirlos.

—Lope, hermano, déjame entrar.

La voz nerviosa del de Ontón se escuchó desde la escalera de caracol. Su rostro aseado se intuía en la penumbra con unas puntas de barba.

—Déjame, déjame solo, que me quiero morir...

Fortuño no pudo oírlo. Fue un susurro pronunciado sin ánimo. Destacaba la figura recortada del pariente mayor en el sitial, con los pies descalzos, abandonados sobre un pequeño peldaño. Olía a encierro, a sudor, a falta de ventilación.

—Vamos, Lope.

—Vete, Fortuño...

—No me iré.

No encontrando Lope fuerzas para seguir discutiéndole la entrada, dejó caer la barbilla sobre el pecho. El fiel hermano observó el perfil derrotado recortado contra la pared en sombras. Las barbas decaídas, el cabello revuelto sobre los pómulos. Su poderosa estampa tan doblegada. Al fin se decidió a pasar. Lope no objetó nada más. Entreabrió los labios y dejó escapar alguna sílaba ininteligible. Hablaba solo.

—Todas mis decisiones, todas equivocadas. —Las palabras se le escurrían de la boca al IV señor de San Martín—. Lo que mandé, lo que consideré verdadero o falso... Errado, errado estaba en todo. Todo lo que he hecho ha llevado a esto...

—¿Qué dices, hermano?

—Muerto... Mi hijo..., muerto. Entre todos lo matamos. Yo también lo empecé, asesiné a mi propia sangre. Soy tan culpable como cualquiera. Mi hijo ya estaba muerto antes de nacer... Lo matamos con nuestros estandartes, nuestros pendones; todos esos trapos ensuciados de colores..., todos nuestros odios. Llevamos siglos acuchillándonos y seguiremos haciéndolo, como hicieron otros hombres antes que nosotros y harán los venideros. Hasta el fin del mundo. Por eso mi hijo llevaba siglos muerto... Y ahora ¿qué debo hacer? ¿Vosotras lo sabéis? —Giró la cabeza y levantó la vista hacia un tapiz con las trece estrellas, silenciosas, apagadas—. ¡Respondedme! ¡Decid algo!

Fortuño se pasó una mano por la nuca ante el aparente delirio de su hermano.

Lope apretó los puños. Babeaba como un lobo rabioso. Corrió a la mesa, agarró un pote y lo tiró contra el blasón. El tintineo de la Vajilla, el charco de vino en la tela y en la madera hicieron que Fortuño retrocediera un paso.

—Ay de Dios, que me lo han matado...

El hermano se le acercó. Le puso una mano en el hombro.

—Sé cómo te sientes —quiso aligerarle de carga. Lope lo miró, vacío, como si no lo reconociera. Agachó la cabeza.

—No tienes ni idea...

—Lope, comparto tu dolor. Todos lo queríamos.

—¿Compartes mi dolor? ¿Estás seguro?

Tragó saliva el de Ontón. Quedaron callados un tiempo indefinido, allí, sin atenderse el uno al otro.

—Sí... —empezó a decir—, lo comparto y lo entiendo.

—No..., qué vas a compartir... Ni tú ni nadie... Ve con los tuyos a los campos y las aldeas, mirad a los ojos de la gente y veréis que no hay dolor como mi dolor.

—Cada día de mi vida recuerdo a los hombres que he ido perdiendo. —Ocultó Fortuño el labio inferior bajo el superior, pesaroso el semblante—. Buenos hombres, parientes algunos. Mucho he sufrido por ello, y no hay día en que no recuerde sus caras, que ya nunca volveré a ver... —Hinchó de aire el pecho, lo expulsó con la boca entornada—. Pero la vida sigue, y me quedas tú, nuestros otros hermanos...

Lope volvió la cabeza hacia él, lo justo para contemplar la expresión amable de su fiel hermano. Se sentó en un taburete más grande de lo habitual, fabricado para su tamaño.

—¿Qué sabrás tú? —Casi había menosprecio en la voz—. No tienes un hijo como él, nadie lo tiene. Y yo tampoco...

No encontraba Fortuño nuevos argumentos con los que acrecentar la atención del pariente mayor. Dudó antes de hablar, pero la situación apremiaba. Tomó otro taburete y sentose junto a él. Lo examinó. El IV señor de San Martín seguía destilando imponentia, pero había algo de mermado en él, de empequeñecido.

—Han iniciado los ataques en Sopuerta contra nuestros parciales. —Lope lo observó, ceñudo, como si le hablara en jerga extranjera—. Toda fidelidad tiene un final. Si no los ayudamos, no tardarán en desnaturalizarse de nosotros e irse con ellos.

—¿Y qué más da eso ya? —valoró con una sonrisa mustia.

—¿Que qué más da? Ya somos demasiado débiles. Si perdemos los pocos apoyos que nos quedan, las huestes de Velasco nos aplastarán. —A Fortuño se le había elevado el tono de voz.

—Pero mi hijo no volverá... —Meneó Lope la cabeza, negativo—. Ya veo que no comprendes la insufrible irreversibilidad de este suceso...

Suspiró el de Ontón, procurando contener la tensión que le subía por los brazos, comedia a un tiempo por la pena, evidenciada por la mano que le puso en un muslo.

—Era un muchacho como pocos —dijo.

—El mejor de entre los Salazares, mejor que yo, que tú, que todos.

—Entonces véngale.

—¿Venganza? Él no creía en eso.

—Eso no importa, tú sí.

Una mirada fogosa de Lope García ardió sobre el rostro de Fortuño.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Y tú te dices mi hermano?

—¿Qué hay de nuestra valía y de todas las rentas por las que hemos luchado? ¿Lo has olvidado?

En un acceso de furia que hacía días que sus piernas no experimentaban, Lope brincó del taburete y dio la espalda a Fortuño.

—¿Cómo puedes hablar de rentas?

—Porque también las defendiste por él. Eso fue lo que tú mismo le enseñaste, a defender lo propio, y a hacerlo con orgullo. —Fortuño había moderado el tono, pero pronunciaba las palabras con firmeza.

Lope sacudió la cabeza, se pasó los dedos por la frente.

—Creencias equivocadas que solo llevan al desastre. —Achicó los labios—. Los días de lucha han terminado para mí.

Fue ahora el de Ontón el que saltó de su asiento.

—No, no se han terminado —le contrarió—. Busca, Lope, busca dentro de ti la rebeldía necesaria, la que todos conocen.

—Rebeldía...

—Sí, la rebeldía, la que te ha convertido en el hombre más poderoso de Las Encartaciones.

—Murió con Aritz.

—Haz que resucite. ¡Reacciona!

—Ya no hay nada por lo que reaccionar. Mi hijo ha muerto.

Fortuño se llevó las manos a la cintura, cerró los párpados, encogió los labios hasta estrecharlos como dos hebras.

—No puedes salir así a combatir.

—Combatir dice...

Fue el pariente mayor a sentarse frente a un candelero con un velón encendido. Observó la llama, muy de cerca, absorto. Sintió su calor cosquilleándole las facciones.

—Velasco ya ha conseguido su primer objetivo, aislarnos —el de Ontón insistía—. Y se prepara para quitarnos de la tierra. No negociará nada. El verdadero momento de las armas ha llegado. Si no hacemos nada, si no reaccionas, nuestro destino estará decidido. Nos arrasará, desapareceremos. Nuestra casa, todo, todo esto. —Hizo un gesto amplio con la diestra—. Y la muerte de Aritz no habrá servido para nada.

—¿Servir? ¿Servir para qué? ¿Acaso tenía que morir? —El enojo se apoderó de su voz. Su expresión recobró la habitual entereza, el mentón alzado, los ojos muy abiertos.

Fortuño se situó frente a él, firme.

—No, claro que no tenía que morir, pero nada puede cambiar eso ya.

—Vete, quiero estar solo.

Lope miraba por encima de él. Fortuño estudió las barbas humedecidas de lágrimas de su hermano.

—El muchacho no habría querido verte así —dijo.

—Vete.

—Por favor, Lope.

—¡Que te vayas he dicho!

No insistió Fortuño al sentir en la piel la bofetada del aliento alcoholizado y ardiente.

—Esto es el fin —cedió el de Ontón—. Sin tu mando, esta casa caerá.

—Es el fin, tú lo has dicho...

Marchó Fortuño, dejando allí al IV señor de San Martín, sumido en su otoño frío, húmedo, silencioso.

## ***Castillo de La Adrada. Valle del Tiétar. Ávila***

El rey Juan afirmaba con mucho aspaviento de la zurda.

—De vuestros castillos, el mejor —valoraba.

—Siempre al servicio de su majestad —ofrecía Álvaro de Luna.

—Casi tan a gusto estoy como en Segovia.

Don Álvaro de Luna, dueño de la fortaleza, favorito del rey, condestable de Castilla, conde de Santisteban y gran maestro de la Orden de Santiago, dedicó una inclinación de cabeza al monarca. Habían detenido sus palafrenes a media altura de la colina, coronada por la inmensidad pétrea del doble recinto amurallado. Una fortificación destinada a controlar la ruta comercial entre Toledo y Ávila; pero, por lo que se veía, más acostumbraba a albergar cetreros, balcones y cualquier menester ocioso que a contiendas.

Pedro Fernández de Velasco, montado a la derecha del favorito, asentía con aire convencido.

—Empezaba a olvidar el señorío de nuestras fortalezas —dijo—. Ya estoy harto de esas torruchas vizcaínas que la mayoría más son chabolas de piedra que otra cosa.

—Pero bien que os traen de cabeza.

—Por poco tiempo, don Álvaro.

Continuaron colina arriba seguidos por un nutrido séquito de escuderos, ojeadores, monteros y lebreles de caza atraillados. Cruzaron el puente levadizo sobre el foso, bajo los baluartes que encuadraban el acceso al castillo.

Era el condestable hombre de porte elegante y gesto decidido. Sus seis décadas de vida solo le habían restado la tersura de la juventud y el color del pelo, cenizoso. Ni el rigor de su pose ni la altivez de su gesto ni su mirada penetrante habían perdido el menor vigor, aquel que le había granjeado tan elevadas mercedes. Algunos aseguraban que la alta estima en que el rey tenía a don Álvaro era cosa de hechicería, que ninguna otra cuestión podía explicar que su majestad gobernase, según se decía, siempre en función de sus consejos.

Aún sudaba el monarca tras la larga jornada de caza. Álvaro de Luna y Pedro Fernández de Velasco habían dedicado más esfuerzos a jalear al rey y aplaudirle por sus supuestas capacidades para la caza que al lanceo.

—Solo he acertado a un ciervo en todo el día —se quejaba el rey—, pero dará buena cena y mejor digestión.

—Un lanzazo poderoso y certero —apuntó Velasco.

—Y una presa que se movía rápida. —Álvaro de Luna palmeó otorgando convencimiento a su observación.

—Exageráis.

—En absoluto, majestad.

Todos se desvistieron y asearon; o mejor dicho, fueron desvestidos y aseados por sus respectivos mozos de servicio.

La cena aguardaba, tan espléndida como las ropas regias. Vestía el monarca a lo morisco: quizote amarillo de seda rasa y sobre él otro sayo brocado. A los pies, chinelas. Destilaba un aire exótico, centelleando de oro y plata. Era hombre estilizado, de manos, brazos y piernas elegantes; rostro fino, ojos verdosos y nariz algo afilada y alta. Recién pasados los cuarenta años, ofrecía a la vista un toque de distinción natural, almidonado y poco guerrero.

Álvaro de Luna y Pedro Fernández aguardaban sentados, el uno frente al otro, a la interminable mesa de nogal que presidía el gran comedor. Cubierto el mueble con un gran mantel de ricos bordados, repujadas servillas acompañaban un festín de piezas de vajilla de oro y plata; cuchillos, saleros, copas brillando a la luz de los candelabros. El menú, humeante pierna y chuletas de venado asado; pan, manzanas, uvas, naranjas gentilmente desparramadas sobre las fuentes... Todo dispuesto como si en lugar de cenar los tres hombres fuese a hacerlo la corte entera. El favorito cubría el cuerpo con un manto fino de paño negro con la cruz roja de la Orden de Santiago bordada en el pecho, tocada la cabeza con un birrete de terciopelo del mismo color; Velasco, finas calzas azules, ropa corta abombada verdosa y cuello alto de pano rojo. Lujo cortesano dispuesto a dar gusto al paladar y a los asuntos de Estado.

El rey Juan se asomó a una de las ventanas ojivales y apoyó la mano izquierda sobre la columna que servía de parteluz. Allá abajo reposaba la villa de La Adrada, y le llegaba del valle del Tiétar toda la fragancia frondosa de los bosques, su aroma colorido y dulzón. El atardecer despejado de nubes anunciaba una entretejida de grillos y cielo estrellado como solo en la meseta castellana puede disfrutarse.

—De modo que vienes a pedir consejo y permiso para castigar con severidad a la casa de Salazar —dijo sin volverse.

—Permiso y consejo pido —respondió Velasco—. Yo, un servidor de la Corona.

—No deseo más violencia.

—Y tratará de evitarse. Pero hay que someter de una vez a esos encartados. De lo contrario, el comercio se resentirá de gravedad y os arrepentiréis de no haber actuado antes. Conviene desmochar su torre de San Martín y hacerla casa llana.

—¿Y Portugalete? ¿Sigues empeñado en su control?

—No queda otra, majestad. Insisto en que la violencia tratará de evitarse. Pero solo bajo mi mando contendremos los desmanes salazariegos y obtendremos la paz.

—Te recuerdo que la ley impide que entre gente armada en la villa —hablaba el rey aún de espaldas a él.

—Una real cédula incumplida con frecuencia por los propios portugalujos —proyectó Pedro Fernández las manos al frente—, razón de más para que no se convierta en obstáculo ahora que toca imponerla.

El monarca se acercó y tomó asiento a un extremo de la mesa. Tamborileó con los dedos sobre el mantel, paseó la vista por los coloridos blasones de las diferentes casas que tapizaban las paredes, taconeó sobre el suelo cubierto de baldosas hexagonales de rica cerámica. Luego estudió al conde y al favorito con mohín de incertidumbre, el de



quien espera alguna aclaración más para decidirse.

Álvaro de Luna se inclinó sobre la mesa para tomar la palabra:

—Aragón y los demás frentes importantes es lo que requiere vuestra atención directa. Dejad que Fernández de Velasco se encargue de las banderías vizcaínas. Siempre ha actuado con diligencia, no será diferente esta vez, seguro.

—Lo sé, lo sé, Álvaro. Tu consejo es bien recibido. Yo lo único que quiero es que las luchas entre mis vizcaínos se acaben. —Elevó un dedo—. Son buenos y leales vasallos, de los mejores, y muy acostumbrados a servir bien a su rey.

—Sobrado motivo para evitar que tales disputas continúen —apuntaló el privado, la palma de la diestra hacia arriba para apoyar su argumento.

Velasco convenía con la cabeza ladeada, grotesco.

—García de Salazar no es más que un agitador —apoyó—. Mano dura con él y se calmarán las cosas.

—Debo reconocerle valía —equilibró el monarca—. Las lanzas y ballesteros de su casa han combatido con firmeza cuando ha sido necesario. Su padre fue hombre cabal y poco amigo de tropelías que dio buenos servicios a la Corona en la Vega de Granada.

—Ojalá su hijo lo igualase en inteligencia, pero me temo que no es así. —Pedro Fernández negaba con la cabeza, muy irritado en apariencia por el proceder de García de Salazar.

El rey Juan torció el gesto, como si acabara de recordar algo.

—Hablando de hijos, ¿qué hay de ese bastardo suyo que ha muerto?

—Una desgracia fruto de su incontinencia y rebeldía. Cosa de alguno de sus enemigos, seguro. Son muchos.

Se encogió de hombros el monarca.

—Empozado, creo, ¿no?

Chasqueó la lengua Velasco con mucha afectación.

—Una pena —consideró.

El rey bebió vino. Un trago largo. Sintió en la lengua el sabor grueso del tinto de Toro, la tierra que lo vio nacer.

—Muertes tan viles nunca deberían quedar sin castigo —juzgó—. Deberían hacerse justicias contra el responsable de semejante atrocidad.

Velasco entrelazó los dedos sobre la mesa y procuró enderezar su expresión tarada.

—Sin duda, pero de ser más razonable, seguro que podría haberse evitado.

—Es posible, sí.

—Y por eso hay que intervenir con resolución.

Se reclinó el rey sobre el respaldo.

—Me abruman estas riñas que se tienen en Vizcaya. —Resopló—. Quién fuera hijo de labrador para no tener que preocuparse por ellas...

El monarca ordenó con un agitar de dedos que le sirvieran más vino. Inclinó la

cabeza hacia la copa. Olfateó el caldo. Luego vio a su derecha que Pedro Fernández de Velasco contemplaba la chuleta, apenas humeaba ya sobre el plato. Aprovechó esa aparente ausencia para indagar a su izquierda en el rostro impávido de su favorito. Álvaro de Luna insinuó una ligera inclinación de cabeza, cerrando a su vez los ojos, firme.

El rey Juan alzó el mentón, muy decidido a mandar. Se volvió hacia el conde, quien le devolvió la atención con las cejas algo elevadas, muy sumiso el gesto.

—Haz lo que consideres oportuno —ponía voz autoritaria—. Solo una cosa te ordeno antes de intervenir: ve primero con palabras de afecto de su rey; pero sé tajante y dile que, si no abandona su rebeldía, yo mismo te he concedido permiso para utilizar las armas. —Levantó el monarca un dedo imperativo, suave y afeminado—. Solo en ese caso, ¿entiendes?

—Nada más que eso ansío, majestad, nada más.

Álvaro de Luna ya se había entregado al paladeo de su porción de venado. Salado y jugoso.

—Como siempre, Juan, elegís con entendimiento —comentó muy centrado en la carne.

Velasco dio un primer tiento a la suya. El mascar lo ayudó a esconder entre los carrillos la mueca de satisfacción que le elevaba los labios. El rey los acompañó.

—Y ahora —empezó a decir el monarca con la boca medio llena— basta de embrollos, amigos míos. Disfrutemos del fruto de esta cacería. Después tañeré, danzaré y abriremos una de esas cántaras de vino blanco que el buen conde me ha traído de Vizcaya.

Rieron el aludido y el favorito.

—¡Que alguien traiga más vino! —Meneó el rey la diestra como si espantase un mal pensamiento.



Otxoa García fue testigo de cómo los marroquines atacaban una casería de Sopena aún fiel a San Martín, de las pocas que quedaban en el valle. La quemaron con todos sus defensores dentro. La familia que la protegía quedó extinguida.

Aunque le fue solicitado, el de Garay no participó en la contienda. Los suyos permanecieron en posiciones atrasadas. Adujo que mejor emplear a su gente fresca y bien preparada contra su hermano. Ahí sí que harían falta, y no para someter a unos aldeanos. Regresado a la torre, con el olor a quemado en el gambesón y los alaridos de los muertos restallándole en los oídos, pidió que descorcharan una barrica de vino y le subieran a su aposento tinaja y pote. Él mismo se lo sirvió, desparramando el caldo por encima del borde. Un temblor le dificultaba los movimientos de la mano.

Mandó a la sirvienta que se lo había traído que lo aguardara en la cama.

Bebió y bebió y volvió a beber.

Sentado en un arcón, la espalda y la cabeza contra la pared y el vaso entre las manos, dejó que su vista se deslizara sobre el escudo de las trece estrellas frente a él. Alterada su percepción por la bebida, al capricho sombrío de las velas, tuvo la impresión de que las ocho puntas de cada lucero se agitaban como látigos y le azotaban los ojos.

La sirvienta aguardó sobre la cama, toda la noche, desnuda.

Anocheecía. El peón lancero se asomó entre dos merlones de la muralla interior y aferró la vara de fresno de su lanza. Un jinete solo sobre buena montura, cubierta la cabeza por una capucha. El animal pateaba la tierra, inquieto a la luz de las teas que alumbraban la cerca exterior.

—¿Quién eres? —berreó.

—¡Quiero hablar con Lope García!

El hombre se retiró la capucha. Los fuegos esculpieron el rostro grosero de Otxoa García de Salazar.

## Trece estrellas

—*H*e aquí al traidor. —El IV señor de San Martín agarró del cuello a su hermano y lo arrastró hasta la pared. Un golpe seco de la espalda contra ella.

Otxoa se dejó hacer, zarandeado como un muñeco de paja. Cerró los ojos. La fuerza de Lope le elevó los talones del suelo. Lo encaró. Las barbas del primogénito casi rozaban la nariz fuerte del segundón. Sus ojos oscuros se cruzaron.

—Te mataré aquí mismo.

—Hazlo, es lo que merezco...

—Admites la traición.

El de Garay tragó saliva en respuesta. Oprimió el pariente mayor el cuello con los dedos, terribles como tenazas. Otxoa permitió que el dolor fraternal se le clavara en la garganta.

—Qué pena que no hayas caído muerto en una celada.

—No he tenido esa suerte. —La voz del segundón se escuchaba menguada por la asfixia—. Se habría hecho justicia.

—Di a qué has venido, después la haré.

—A rogarte perdón...

El rostro de Lope se revolvió en un amasijo de surcos confusos.

—¿A pedir perdón vienes cuando ya es tarde?

—Cómo podía yo saber... Cómo podía...

—Siempre fuiste un envidioso, un sucio envidioso. —Comprimió aún más la garganta del de Garay—. Dios ha querido que tenga que soportar la vergüenza de ver a mi hermano luchando contra su propia sangre, y ahora vienes a mí con ruegos que aclaran quién está detrás de todo.

—La orden vino de Velasco —borboteaba el segundón las palabras—; pero yo no lo sabía, te lo juro. Ya era tarde cuando me enteré.

Por primera vez Otxoa reaccionó a la presión del primogénito; llevó una mano a sus dedos para intentar liberarla. Lo justo, sin atreverse a arremeter. La cara de su hermano se había ido endureciendo desde que escuchó «Velasco». Sus facciones, una masa deforme; abiertos los labios, enseñando los dientes prietos unos contra otros. La saliva se le desparramaba sobre las barbas y emitía un gemido de ira y de dolor.

—Te juro por la memoria de nuestros antepasados que yo jamás... —continuaba Otxoa escarbando un resquicio de comprensión—. Si hubiera sabido que algo así podría suceder...

—¿Y el ejecutor?

—Uno de los tuyos. Tu gente ya no está contigo.

—¿De los míos?

—Un tal Pagoeta.

Tomó Lope una bocanada de aire para evitar un sollozo. Los pómulos le temblaban de ira. Cerró los ojos, taconeó en el suelo, enrabiado como un chiquillo.

—Debí darme cuenta de que no era de fiar..., de que había algo oscuro en él...

—Apenas hay ya casa en Sopuerta que te apoye —siguió Otxoa.

La impresión de tantos males seguidos hizo que el primogénito aflojara la presión sobre la garganta. Dio varios pasos hacia atrás. El segundón cayó de rodillas con todo el peso de su cuerpo. Tosió, se masajeó el cuello y se arrastró como un saco hasta los pies de su hermano. En tal posición, la colosal estatura de Lope García aparentaba burlarse del tamaño del de Garay. Este alargó una mano y la dejó caer sobre uno de los alcorques de sus pies. El rechazo al tacto del traidor le subió por la pierna, rápido y estremecedor, como el corte de un estilete.

—¿Quién iba a pensar que el muchacho...? —insistía Otxoa en la búsqueda de exculpación.

Lope se sacudió la mano de una patada.

—¡Calla, calla o te rajo las tripas!

—Lo siento tanto...

—Jamás hables de él, ni siquiera pienses en él, no emponzoñes su recuerdo.

Otxoa García, embutido en sí mismo aún de rodillas, negó con la cabeza.

—¡Levántate! —mandó el primogénito.

El segundón reaccionó, despacio; primero una pierna, luego la otra. Quedó frente a su pariente mayor con el rostro avergonzado por las lágrimas, los ojos enrojecidos, sus facciones brutas reblandecidas por el arrepentimiento. Lope García lo miró de arriba abajo.

—No eres digno de esta casa —dijo.

—Te doy mi vida si te sirve de consuelo...

—¿Consuelo? Ni aunque te degollara mil veces podrías darme consuelo... No eres nada, tu vida no significa nada. No eres más que basura con la que tengo la desgracia de compartir apellido.

—Si eso no te sirve, al menos déjame ayudarte.

—¿Ayudarme?, ¿ayudarme tú?

—Ayudarte, pagar por mis pecados —dijo Otxoa y se arrodilló de nuevo. De una escarcela que llevaba al cinto sacó un rosario. Lo entrelazó entre los dedos, alzó la vista, miró a los ojos al pariente mayor—. Juro ante Dios Nuestro Señor que yo y los míos te seremos fieles, obedientes a ti hasta la muerte.

Jamás había Lope visto ni escuchado un comportamiento tan servil en el segundón. Aquello debió de incomodarlo. Las tres arrugas de la frente se le contrajeron.

—Sopuerta está ya bajo dominio de Velasco —insistió Otxoa— y los demás valles ya tienen claro a quién conviene apoyar. Pero yo no me he echado al campo con mi gente.

—Qué dices... —Lope García había rebajado el tono.

Las palabras del segundogénito rebotaban creíbles contra las paredes. El fulgor de su mirada no mentía.

—Aún podemos hacerle frente, Lope. Pelearemos unidos contra ese cerdo, como siempre debió ser.

—Otxoa...

—No hay vuelta atrás, estoy a tu lado, si tú me dejas, si tú me lo permites. Yo me redimiré con mi sangre y la de los míos.

Las palabras apasionadas del de Garay, sílaba tras sílaba, suavizaban la cólera en el rostro de Lope, cuya vista se diluyó en el suelo.

—La muerte de Aritz ha sido como la mía propia. —Se golpeó el pecho con el puño.

Asintió Otxoa, silencioso, al escuchar la voz ahora sosegada del primogénito. Aún mantenía el rosario entre los dedos, aún arrodillado.

—Fue culpa mía, él era tan frágil de cuerpo y de mente... Nunca supe cómo protegerlo, y nada de lo que haga cambiaré eso ya.

—No, hermano mío, nada puede cambiarlo. Pero sí podemos luchar para que no vuelva a pasar, para que en el futuro no perdamos otros hijos, otros hermanos... Otros inocentes que no han de pagar por nuestros errores.

—Violencia pides para cambiar ese futuro.

—Un pecado para pagar otro pecado.

Lope García le dio la espalda y centró su atención en algún punto indeterminado de la estancia. Otxoa se puso en pie. Las luces de los fuegos esculpieron los perfiles reflexivos de los hermanos; su elegancia, su brutalidad indómita.

—Aritz no querría más guerras —intentaba concluir el primogénito.

—¿Acaso no odias a Velasco?

Ante la pregunta, parecía Lope debatirse entre la memoria de su hijo y el rescoldo de rebeldía que, poco a poco, le incendiaba las tripas. Las aletas de la nariz se le hincharon. Los labios, hechos un rebujo de furia.

—Con todo mi ser.

—Pues venguémosle, Lope. Velasco no puede quedar impune.

No llegaba una decisión clara. Otxoa alzó la barbilla.

—Lo haré yo solo si es necesario —sentenció.

Gruñó Lope y sonrió con vaguedad.

—¿Qué puedes tú contra Velasco y los suyos?

—Nada, pero no me importa.

La decisión del segundogénito era firme. Pagaría por su culpa, con o sin el perdón del pariente mayor, con o sin su apoyo. Su voz arrepentida y sólida hizo que Lope

deslizara los ojos hasta el tapiz con las armas de la casa de Salazar. Hubo un silencio largo, un silencio para el pensamiento, mecido por el chisporroteo de las llamas. Al principio Lope percibió un hormigueo en los pies y en las rodillas, en las manos y en los brazos. Un hormigueo que fue adquiriendo vigor. Fue un proceso lento pero creciente y nítido que se apoderó, al fin, de todo su cuerpo.

Durante aquel tiempo Otxoa debió de intuir hacia dónde miraba este, y que había algo en él diferente, aun sin verle la cara: las piernas abiertas y recias, los dedos de la zurda se le agitaban, pensativos, inquietos, insolentes. La mano del de Garay, jaspeada de marcas de combate, se apoyó sobre el hombro del primogénito.

—Aquellas que yo le enseñé a amar... —masculló Lope.

—Las trece estrellas ganadas al moro en singular combate... —lo acompañó el segundogénito.

—Flameadas por aquel de mi mismo nombre, defendidas por sus descendientes...

—Hasta el fin de los tiempos.

—Juntos, como hermanos.

Lope García se volvió hacia Otxoa García. Lo miró a los ojos. Vio en ellos un brillo de franqueza; la ferocidad de sus facciones doblegada bajo el impulso del arrepentimiento. Ofrecía un aire que recordaba al de la incorruptible fidelidad de Fortuño. Unos rasgos salazariegos que recordaban a él mismo.

Lope García de Salazar y Muñatones, IV señor de San Martín, conocido en Las Encartaciones del señorío de Vizcaya por su bravura y terrible determinación, llevó la diestra hasta el hombro del hermano. Otxoa correspondió. Quedaron trabados de brazos y de miradas, el uno frente al otro, como si no hubiera diferencia de estatura. Como nunca antes.

Portugalete y San Martín, plazas fuertes del poder salazariego. Cuando el solar matriz vio a Lope García de Salazar vestido de combate con gambesón decorado con las trece estrellas al lado de sus hermanos Otxoa y Fortuño, un centelleo asomó a los ojos de sus gentes. Allí estaba otra vez, de pie junto al aljibe, enorme, gigantesco, entreabiertas las piernas, los puños sobre las caderas y la cabeza bien alta. La mirada volvía a estar viva. Pero había algo distinto en su expresión, un matiz apenas perceptible: los labios levemente fruncidos hacia un lado como en un mohín de perpetuo dolor mudo que quisiera ocultar entre las barbas. No era el mismo. No importaba. Volvía a arderle la pasión díscola en los ademanes, daba órdenes a ballesteros y peones lanceros con el ímpetu que le era natural.

Mandó jinetes por Somorrostro, Sopuerta y el resto de valles encartados para que flamearan los estandartes de trece estrellas. Que todos supieran que Lope García de Salazar no se arredraba. Lanzó a sus emisarios al campo para hacer llamamiento al apellido. Las jornadas siguientes, Portugalete y San Martín vivieron trajín de guerra. Volvían a abrirse las puertas de las casas armeras, los hornos de las ferrerías

vomitaban humo con cada golpe de martillo; el olor denso del hierro fundido, el de la madera quemada, se expandía por la campiña, y el fulgor rojo de las fraguas, encendidas como bocas del infierno, escupía nuevas armas.

Las pocas casas aún obedientes a San Martín respondieron con presteza. No tardaron en acudir grupos armados hasta la fortaleza bajo el mando de sus señores. Salazares de los barrios de Musques, de Barakaldo y Portugalete, junto a los de Ontón. Los más combativos del linaje, siempre fieles. Y se les unía el núcleo duro de los de Otxoa. Gente poco dada al parlamento. Asesinos eficaces. Los alrededores del solar matriz quedaron impregnados por el color del cuero y de los metales, aquel que precede a los enfrentamientos.

—San Martín queda bajo tu mando hasta mi regreso.

Era la primera vez que Lope otorgaba a Otxoa semejante responsabilidad. El de Garay llevó una mano instintiva al mango del cuchillo enfundado al cinto.

—Que vengan ya, que aquí los espero.

El pariente mayor aprobó la observación con una inclinación de cabeza. Luego se miraron con ojos limpios. Se entrelazaron con ellos los de Fortuño. Sus rasgos amables contenían la emoción, el orgullo. No hacían falta más palabras ni gestos para sellar la conjura fraternal.

En Portugalete se alteraron los ánimos al ver llegar a Lope García. La expresión belicosa del preboste constató las sospechas vecinales derivadas de las últimas informaciones que llegaban a la villa. Según se decía, en tierras de Burgos se estaban movilizandando enormes contingentes armados en las casas leales a Velasco. Una hueste innumerable y bien pertrechada dispuesta a entrar en Vizcaya para unirse a las ya acantonadas en las torres de Lutxana. Un ejército imbatible. Pronto el rumor cobró forma y saltó de boca en boca por todo el territorio bajo jurisdicción villana: tocaba esperar con las armas preparadas, por si a Portugalete le tocaba intervenir. Ahora que el poderío del linaje se veía mermado por la desbandada de muchos de sus parciales, había que prepararse porque sus murallas, bastión salazariego, se erigían como la primera línea de defensa para proteger el solar de San Martín, la torre matriz. Y lo hicieron prestos.

En las jornadas siguientes todos los esfuerzos de los vecinos se emplearon en los reparos y mejoras en cada tramo de la cerca que les correspondía. Cantos rodados, piedras sin trabajar, argamasa y tablones para andamiajes eran los materiales que subían y bajaban y cruzaban calles y cantones. Se inspeccionaba el perímetro interior y exterior de la cerca en su parte alta y se indicaban aquellos lugares donde requería reparación. Se fueron rellenando desgastes y mellas, retirando a base de pico y cincel aquellas piedras donde la argamasa ya no cumplía bien su función de unir, y se sustituían por otras. Por dentro y por fuera, sobre el adarve, en las dovelas de sillería de las puertas de acceso a la villa, en las saeteras que las remataban y en las que salpicaban los tramos que las separaban... En el muro todo. La actividad comercial y marina de la población quedó en suspenso, absorbida por la febril tarea defensiva.



Los cabezaleros de las calles vigilaban la buena marcha de los trabajos. Y en los villanos, a pesar del temor, había un aire de convencimiento. Lope García estaba con ellos.

—Quiero gente recorriendo los alrededores, de día y de noche —mandó el preboste.

Asintieron el alcalde y Muñatones.

—Pronto regresaré a San Martín para preparar su defensa.

Y solo cuando estas y otras disposiciones del pariente mayor quedaron claras, dando orden al regidor de permanecer en la villa al mando de setecientos hombres, exigió a Juan *el Moro* que se presentase ante él.

—Siéntate —le ordenó.

Vio cómo el legítimo obedecía sin mediar queja y tomaba asiento en el banco, frente a él. Lo estudió el padre largo rato con los dedos cruzados ante la cara, los codos sobre la mesa, restregando una yema contra el anillo. El *jauntxo* se mostraba ido. Vio cómo se frotaba las manos, cómo se balanceaba muy lentamente, adelante y atrás. Ya no había crispación en su rostro, tan solo miedo, quizás de él mismo, o quizá porque algo había cambiado en su mente. Ni siquiera se atrevía a mirar a su progenitor a la cara con su natural insolencia.

—Tú has participado en la muerte de tu propio hermano, de mi hijo. —Se lo estampó como un sopapo.

—Yo solo quería que lo pasase mal... —el balbuceo se le escurrió a Juan entre los labios. No negaba la acusación.

—Y lo conseguiste.

—Yo no sabía.

—Nunca nadie sabe...

—Padre...

—No vuelvas a llamarme así.

Tomó aire Juan con acusado esfuerzo. Toda su gallardía, todo su aplomo, se habían diluido como la tierra seca bajo un torrente. Encogido como estaba, la jaqueta parecía quedarle grande, el cinto flojo.

—Si pudiera cambiarme por él... —se lamentaba.

—Pero no puedes. —Lope lo examinaba. Se esforzaba por contener la tensión que le endurecía las facciones—. Quiero que me cuentes todo lo que sepas. Qué le dijiste, adónde lo llevaste y sobre todo por qué, por qué lo hiciste.

El Moro no se atrevía a retirar sus pupilas del velón encendido que mediaba entre ellos. Con palabras trastabilladas fue relatando cómo Pagoeta se había llegado a Portugalete, cómo le había dicho que era alguien de importancia quien lo había enviado... Y mientras lo hacía, el padre notaba que un nudo le aprisionaba la garganta y lo obligaba a abrir la boca una y otra vez para tomar bocanadas de aire que, al igual que a su hijo, le impidieran desfallecer como a un pez fuera del agua. Cuando terminó, el legítimo se llevó las manos a la cara para cubrirse las lágrimas de

la vergüenza y el deshonor.

Lope García abandonó la mesa y caminó, las manos a la espalda, hasta la ventana. Las voces de los cabezaleros dando órdenes a los pies de la muralla le llegaban salpicadas por el canto chillón de las gaviotas al anochecer. Ladró un perro, rabioso.

—Eres mi hijo y llevas mi sangre, mi apellido —habló sin darse la vuelta—. Pero tus actos no pueden quedar sin castigo. Que no supieras la finalidad de tal plan no te libra de culpa. Me has deshonrado a mí y a esta casa y te has deshonrado a ti mismo. Eres tan culpable como los que lo echaron al agua herido con una piedra al cuello. Y has de pagar. —Ahora sí se volvió para pronunciar sentencia—: Quedarás recluido en el convento de Bermeo. Fray Juan Alonso te acogerá. Ya que yo no he sido capaz de hacerte hombre de provecho para el linaje, espero que un siervo de Nuestro Señor te encuentre un camino digno.

El hijo acogió la condena silencioso, sin discutirla, sin emitir lamento ni insinuar gesto alguno.

—Marcharás mañana mismo —continuó el padre—. No llevarás ningún símbolo de la casa, ni ropa que muestre nuestras armas. No quiero pasar por la vergüenza de que otros sepan de dónde procedes. El olvido será tu castigo.

Juan *el Moro* tuvo que apoyarse sobre la mesa. Se tambaleaba como si acabase de recibir una paliza. Se dirigió a la salida. Antes de dejar la estancia se detuvo y suplicó con sus cejas elevadas a las barbas inflexibles de Lope García:

—Padre...

El aludido le retiró la mirada.

—Fuera de aquí.

Cuando Pedro Fernández de Velasco regresó de Ávila y se reunió de nuevo con sus parciales, traía consigo la misma expresión de audacia y arrogancia con la que había marchado; una media sonrisa que le arrugaba las mejillas y le enderezaba el ojo.

—García de Salazar se recoge. —Era la última noticia—. Una nueva señal de debilidad. Nos lo pone fácil.

La satisfacción se extendió entre sus atreguados. Brillaban los ojos, los dientes se apretaban ante la inminencia del choque. Una vez hubieran cerrado todas las salidas de Portugalete, nada se interpondría en su avance terrestre hacia San Martín de Muñatones. El fin de la casa de Salazar tras doscientos años de disputas, en su propio terreno natural, el valle de Somorrostro. Aprisionada en su propio solar. Se olfateaba una victoria abrumadora.

En Balmaseda rieron mucho Velasco, su pariente de Balmaseda y Sánchez de Anuncibay ante la perspectiva de tener que ir a García de Salazar con palabras de afecto de su rey.

—Que no se diga que no intento obtener la paz.

Y mandó el conde que viniese escribano para dictar las palabras que deseaba dedicar al salazariago:

Magnífico señor:

Su alteza el rey nuestro señor, con su consejo y otorgamiento, me encomienda el dignísimo mandato de aconsejaros y advertiros acerca de las diferencias que pervierten la paz y prosperidad de esta su tierra vizcaína. Por ello muy humildemente suplico de vuestra merced que tenga a bien evitar toda violencia y desmán, que de no hacerlo faltaréis a la lealtad que al rey, nuestro señor, debéis.

No olvido esta carta para hablaros de la muerte de vuestro hijo, por la cual os doy mi pésame. Un hecho terrible del que he tenido conocimiento y que, por viejo y experimentado, sé que pocas palabras se pueden decir para mitigar el dolor. Quien pueda mover a causar tanto mal debe por ello pagar, fuere hombre o mujer, y si fuere lo segundo, más aún habría de pagar, que es la mujer quien con mayor denuedo sabe usar armas silenciosas, las cuales no se ven pero dañan más que el hierro.

Son estas palabras de amigo verdadero que os ruego atendáis. Quiera así el destino no enfrentarnos por el mando de la tierra.

Fecho esta carta en dieciocho días de octubre, era de mil cuatrocientos cuarenta y seis años.

Yo, Pedro Fernández de Velasco, la he hecho escribir por mandato del rey.

Lope García estrujó la cuartilla. Había leído en voz alta el contenido de la misiva y Fortuño estudiaba el papel en el suelo. Intercambiaron una mirada. Sin verbos. Una tensión heladora agarrotaba los brazos y las piernas de ambos banderizos, les corroía las entrañas. El pariente mayor sintió una presión que le abotagaba la cabeza y le enturbiaba la vista.

Ordenó que le trajesen cuartilla, cálamo y tinta. Sentado a la mesa, bajo la atención silenciosa de su hermano, permaneció un tiempo indeterminado con los ojos oscuros perdidos en algún punto de la pared; la boca entreabierta y aquel rictus que le torcía levemente el gesto. El de Ontón advirtió que sus párpados contenían un centelleo acuoso, un fulgor rabioso a punto de derramarse sobre el papel. Bajó al fin la vista Lope y comenzó a escribir sin fórmula de tratamiento alguno que encabezara sus palabras.

Intervinisteis para que mi hijo muriera. Le quitasteis la vida, tanto como los ejecutores. Un ser indefenso utilizado para hacerme daño, un ser que de seguir vivo os habría perdonado la vida si de él dependiera. He visto la muerte cebada en él... Su piel inocente, su pelo, su rostro, su pierna que no hubiera podido correr... Tan frío todo, tan entregado ya por vuestro mandato al camino de la putrefacción. Lo tuve ante mí, desnudo y tirado. Yo vi sus ojos, aún abiertos. Suplicaban que le dejaran seguir viviendo. Aún muerto suplicaban. Tal era su ingenuidad. Yo lo vi con los míos. Los mismos que ahora se guían sobre estos renglones. Sabed que habéis

obtenido el objetivo deseado de vuestra acción; mi sufrimiento, tan hondo y tan destructivo que ni imaginarlo se puede, que siempre llevaré conmigo y nada podrá quitar. Y con él ha recrecido mi asco y mi odio. No, no mi odio. El odio no describe lo que siento. Nada logra expresar el incendio que habéis prendido dentro de mí. Con vuestro acto, propio de la más ruin de las ratas, me habéis arrebatado una parte de mi ser, que ya nunca volverá, pero me habéis acercado otras que consideraba perdidas... No, no comprendéis. No sabéis lo que habéis hecho, no lo sabéis bien. Tened por seguro que no hará falta la justicia de los hombres y sus leyes, que ni las quiero ni las necesito. Porque yo sabré hacer las mías... Venid, venid en cientos, en miles venid; venid con el Diablo mismo, que nada podrá protegeros de mí.

En este punto, las yemas de los dedos de Lope García, blancos por la presión en torno al cálamo, amenazaban con machacarlo.

Dios sabrá mostrarme el camino para que así sea. Cerca está el día en que pondré fin a vuestra grandeza... Muy magnífico y muy virtuoso señor...

Hizo llamar a fray Juan Alonso exhortándole mediante mensaje que quería saber de su propia voz si a su hijo Juan el convento lo había apaciguado y también para pedirle un último consejo espiritual ante el difícil trance al que se enfrentaba la casa de Salazar.

—Fue tu hermana —le dijo Lope sin mediar cortesías cuando lo recibió a pie de muralla. Ni siquiera le dio tiempo a que se bajara de la mula.

No tuvo que preguntar el franciscano a qué se refería. Su pulgar e índice se deslizaban sobre la marca de la nariz, inquietos.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé.

—¿Entonces?

—Lo he sospechado desde el principio, quién no... Pero la pena no me ha dejado tiempo, no me ha permitido pensar... —Cerró Lope los ojos—. Ni he querido aceptar esa posibilidad...

—¿Por qué ahora? —Había en el religioso una expresión neutra.

Lope García le ofreció la cuartilla que sujetaba en la zurda, hecha un guiñapo. Descabalgó el fraile y la destruyó. A cada frase, silabeada entre dientes, el mohín del religioso se iba frunciendo bajo la opresión a la que le sometía el texto. Cuando hubo terminado, le devolvió la carta.

—¿Qué quieres de mí?

—Que descubras dónde se oculta y que me la traigas.

—No puedo hacer eso.

—No la mataré.

—Lo dudo.

—No lo haré, he dicho.

—¿Por qué?

—Porque mi hijo no habría querido más muertes. —Se mordió el IV señor de San Martín la lengua entre los dientes—. Ni siquiera merecidas.

Fray Juan Alonso se humedeció los labios.

—Su pérdida fue algo terrible —dijo.

—Mi hijo tenía en común contigo su insatisfacción hacia la violencia.

Sonrió, lánguido, el fraile.

—Por eso mismo recurro a ti —prosiguió Lope—. Por eso has de ayudarme a hacerle justicia.

Se pasó el franciscano las puntas de la diestra por la tonsura.

—Escribe al rey —sugirió.

—¿Escribir al rey? —Describió Lope García un vasto gesto con la zurda para ofrecerle una vista general de los alrededores—. ¿Ves por aquí al corregidor, a algún alcalde de corte que venga a imponer treguas? —Se golpeó el muslo con la otra mano—. Es él en su ceguera quien permite que hombres como Fernández de Velasco actúen a su propia conveniencia.

Fray Juan se restregó un puño contra el hábito.

—¿Y qué le harás si doy con ella?

—Solo quiero mirarla a la cara y saber si es cierto.

—¿Eso es todo?

—Haré que la juzguen las justicias.

—¿Y por qué no envías a tu gente?

—Ninguna puerta se abrirá para ellos. —Sacudió el de San Martín la cabeza—. Tú, sin embargo, un hombre de Dios, un butroniego, podrá indagar sin que se sospeche. Más fácil aún si se lleva a cabo con suficientes monedas bajo la ropa. —Miró de arriba abajo la túnica del monje—. Una parte importante de las cuales serán para tu convento.

La sombra de la duda se había aposentado en el rostro del franciscano. Su aire de natural reflexivo se percibía sumido en el debate interno, con los labios encogidos y la vista en las botas de Lope García. Entretanto, a su espalda, labriegos, artesanos y gente de armas trasladaban piedras, fajinas y troncos afilados como estacas que iban conformando el potente barreado de espinas alrededor de la fortaleza, enhiesto como púas de puercoespín. Se escuchaban las órdenes de los capataces; gritos sólidos e irritados. Levantó la vista, despacio. Miró a los ojos de Lope. Grandes y oscuros, francos, sin centelleo de mentiras ni pestañeos. Allá en lo alto. Estudió la ligera mueca en su boca. Aquel nuevo rictus suyo de sufrimiento que se le adivinaba entre las barbas. La de un hombre con las entrañas rotas.

—Mi hermana Juana siempre fue *la Brava*... —empezó a decir—. Siempre capaz de todo... Yo no sé si es o no culpable. Eso solo Dios Nuestro Señor lo sabe, y suya será la verdadera justicia cuando le llegue su hora.

—Así será.

—Solo te pido una cosa, Lope. —El aludido concedió con un asentimiento de

cabeza—. Si queda alguna duda, la dejarás marchar.

Suspiró el IV señor de San Martín, rumoroso.

—Júramelo —insistió el fraile.

—Por mi propia alma.

Fray Juan Alonso redujo la búsqueda a las casas parciales de Butrón cercanas a Gatika. Su conocimiento de las consideradas más fieles y los sigilosos informadores que Lope García proporcionó al religioso para realizar averiguaciones en torno al posible paradero le facilitaron la tarea. Pero fue el poder del dinero que consigo llevaba el fraile lo que logró abrir las bocas y que los dedos indicasen la dirección correcta. El mismo metal descorrió una tranca y logró que sus pies traspusiesen el umbral de la casa que la alojaba. Pequeña en rentas y gigante en ambiciones, la lealtad de silencio de sus moradores prometida a doña Juana se deshizo como nieve junto al fuego cuando el franciscano exhibió el cofre cargado con muchos maravedíes de oro en pago por la verdad. Ellos mismos golpearon a la Brava hasta dejarla sin sentido y se ofrecieron a carretearla hasta donde el siervo de Nuestro Señor mandase.

Le administraron a la fuerza un bebedizo de perejil de brujas y cuando estuvo sedada la llevaron a San Martín de incógnito, amordazada, con las manos atadas a la espalda bajo el toldo de un carro.

Lope García pidió a fray Juan Alonso que permaneciera a su lado durante el interrogatorio. Ya de noche, la recibió en el último piso, sentado en su sitial, con los pies apoyados sobre un escabel de madera. El franciscano cobró distancia deslizándose hasta la esquina más alejada. Allí tomó asiento en un escaño espaldar. Se echó la capucha sobre la frente como si con ello pudiera disimular su presencia, apoyó el codo zurdo sobre el muslo y los dedos de la mano se asieron a la barbilla, tensos. Vio cómo Juana de Butrón, vestida con saya clara de talle alto, accedía hasta el centro de la estancia, avanzando de lado, sin mirar a su esposo, con el hociquillo prieto y digno como solía y el andar altivo que la caracterizaba. Fray Juan dedicó luego su atención a su cuñado. Ofrecía la apostura de un rey, bien ataviado con sus calzas bermejas de caballero y ropa corta de paño negro. Tenía los codos apoyados en los reposabrazos. Había cruzado las manos frente al pecho, la cabeza un tanto echada hacia adelante, silencioso, y seguía con la mirada a la Brava. Su rostro no revelaba emociones. Tan solo la observaba, como un lobo agazapado en la espesura.

A la luz humeante de las llamas, el desgaste de ambos era evidente. Sus cuerpos manifestaban los duros avatares de sus vidas. La mueca de sufrimiento del pariente mayor disimulada entre los labios parecía abrirse camino por todo su ser, obligándolo a mantener una rigidez contraria a su habitual soltura de combatiente. Juana había finalizado su recorrido hacia el centro de la sala, y ya se giraba con afectada arrogancia para quedar frente a él. Se la veía más delgada, como si en lugar de oculta en casa parcial hubiese estado encerrada a pan y agua. En torno a las comisuras de los

labios habían brotado dos marcas en forma de V que se acentuaron al insinuar una sonrisa. Su tez morena, menos vigorosa y más seca; el pelo suelto cayéndole, pastoso, sobre los hombros. Miraba a su esposo a la cara, sin recato ni vergüenzas aparentes. El olor denso de la cera derritiéndose flotaba en el aire, nauseabundo como en un velatorio. El pariente mayor había ordenado que se encendiesen todas las velas y cirios y que no se aplicasen aceites aromáticos a los candiles. Quería mirar bien a los ojos a su esposa. Sin penumbras tras las que ocultarse, sin sensaciones agradables.

El religioso contenía la respiración.

—Has logrado encontrarme. —La voz cavernosa de Juana resonó, hueca, profunda.

Tuvo Lope que controlar un temblor en los brazos, en los pómulos.

—He sabido que tú mataste a mi hijo.

Tardó en contestar doña Juana.

—Yo no he matado a nadie.

—Indujiste a que otros lo hicieran.

En contra de lo que pudiera esperarse, el esposo pronunciaba las palabras con voz pausada y tono ligero, exento de inflexiones, en apariencia libre de odio. Su acusación no encontró respuesta en la Brava, solo cierta elevación de la cabeza y un nuevo silencio que la confirmaba. No lo negaba, ni traslució sorpresa porque su esposo la acusara. Su hermano guio la yema del índice a lo largo de la marca de la nariz; sintió humedad en los párpados.

—Lo hice porque te odio. Ninguna persona ha odiado a otra tanto como yo a ti.

—Escupiste todo tu rencor sobre un muchacho inocente que jamás te hizo mal.

—Si con ello sufriste, entonces acerté.

Lope García sintió un pinchazo en el estómago que se fue extendiendo por el pecho y los brazos hasta crisparle los músculos del cuello. Se apuñalaron con la mirada; pero sin voces, sin gritos. Intercambiaban su aversión con mesura, como si diera ya igual. Todo el daño estaba hecho. Nada había que reparar.

El esposo se inclinó para hablar:

—Mi sufrimiento no ha sido mayor que el que te pudre a ti. Solo alguien que se detesta a sí mismo sería capaz de tanta vileza.

Gruñó la Brava y apuntó al fraile con un giro de la muñeca.

—Ya me ha dicho ese que mi hijo está a su cuidado en Bermeo.

El aludido giró un poco el cuello. Afirmó Lope con la cabeza.

—También eres culpable de apartar a Juan de mi lado y de influirle para matar a su hermano —siguió el IV señor de San Martín—. Rezo para que tu ponzoña pierda efecto con los años.

—Él te odiará siempre —contestó Juana— y nada cambiará eso.

Volvieron a quedar en silencio, como si el intercambio de desprecios no los llevara a ninguna parte. No había ya lugar a donde ir.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó la esposa, indiferente el tono.

—No lo que debería.

—Pues hazlo, hazlo por *tu* Aritz.

—No pronuncies su nombre. —Ahora sí, la voz de Lope reverberó como un trueno.

Juana apuntó una sonrisa hostil. Fray Juan se revolvió en su asiento.

—La pena es que no lo hiciera yo misma —apuñaló la esposa.

Los dedos de Lope se desentrelazaron. Fue la diestra a caer sobre la cadera, sintió el mango del puñal. Juana deslizó la vista hasta la funda, dio un paso al frente, firme, decidido.

—Eso es... —dijo—. Haz lo que deseas y termina con esta farsa.

Se levantó el de San Martín con brusquedad. El rumor de su respiración se incrementó al ver que Juana se le acercaba. Al llegar a su altura, la Brava retiró con un pie el escabel que mediaba entre ellos y elevó la cabeza para encararlo. El esposo la miraba desde lo alto. Ambos sintieron el aliento mutuo abofeteándoles el rostro. Expulsaban el aire con violencia, como toros a punto de embestirse. Se diría que la postura belicosa de la mujer reducía la diferencia de estatura.

—Mi mayor felicidad contigo, esposo..., ha sido pensar en la muerte de ese tullido. —Lo miró de arriba abajo. Lope García no pudo contenerse. El bofetón con la palma de la diestra derribó a la Brava como a un pelele.

—¡Lope! —Fray Juan saltó del escaño—. ¡Lo juraste!

El pariente mayor ya había desenfundado el puñal y avanzaba hacia Juana. Ella reculaba a rastras, sobre las nalgas.

—¡Hipócrita! —chilló.

Arremetía la Brava, muy entera en el gesto, con una mano tapándose el pómulo izquierdo y la otra apoyada sobre el suelo. La piel le ardía por el impacto. Lope se agachó y la agarró del cuello con la zurda. Zarandeó a su esposa, un muñeco en sus manos, igual que una bestia rabiosa deshilacha un trapo a mordiscos. Apretó la punta del puñal sobre el corazón. Fray Juan había corrido hacia ambos y se mantenía a poca distancia. Abrió un espacio entre las manos como si con ello pudiera dominar la situación.

—¡No lo hagas, Lope! ¡Ya sabemos que fue ella! ¡Yo la llevaré ante las justicias!

Juana escupió al hábito de su hermano.

—¡Cierra la boca, perro traidor!

Lope apenas controlaba la presión del brazo. Era una sensación natural, instintiva y lógica para el banderizo, fácil de finalizar. Casi una muerte más. Los ojos se le habían ensanchado como fauces de lobo.

—¡Cumple tu juramento, Lope! —Fray Juan Alonso se desgañitaba—. ¡Hazlo por la memoria del muchacho!

Se escuchó un gruñido ahogado en la garganta del señor de San Martín. Advirtiendo la lucha interior de su esposo, Juana rió, hostil la carcajada.

—¡Te niegas a ti mismo, niegas tu naturaleza! ¡Te falta la valentía que a mí me



sobra! —Escupía salivazos al hablar—. ¡Acaba ya y demuestra a todos cómo es el *jauna* de los Salazares!

Las pupilas del franciscano fustigaban a su hermana. Flexionadas las rodillas, parecía a punto de caer sobre ellos. Los tres cuerpos se veían arrugados por el odio y la tensión; sus rostros, estremecidos hasta lo deforme.

—¡Calla, Juana!

—¡Calla tú, achantado, que escondes tus temores tras esa ropa! —Se dirigió la Brava de nuevo a Lope—: ¡Vamos, acaba ya! ¡Guarro, malnacido!

La punta del puñal se hendió un poco más. Juana, muy brava, sacó pecho. A unas pulgadas de sus ojos, vio los de su esposo irritados de venillas.

—¡Te falta hombría, la que no tuviste para enfrentarte a Velasco en lugar de plantearle treguas! ¡Asqueroso cobarde!

Rugió el esposo, dispuesto ya a asesinar. Fray Juan Alonso se arrojó sobre él y le trabó el brazo como en sus tiempos guerreros. La postura forzada del pariente mayor se enfrentó a la experiencia de un hombre fornido como el religioso. El agarre que le practicó en el codo le hizo soltar el puñal.

Lope no recriminó al fraile. Tan solo veía a Juana escurrirse como una culebra. Fue el franciscano quien ahora se abalanzó sobre ella.

—¡No eres más que una loca! —Se echó las manos a la tonsura—. ¡Y pensar que dudé de tu esposo!

La Brava respondió con un salivazo. La espuma, viscosa, se escurrió por la cara del fraile, que soltó un latigazo a su hermana en la cara con el dorso de la diestra.

—¡Eres las vergüenza de la familia, Juana!

—¡Tú eres la vergüenza!

—¡Debería dejar que hiciera justicias ya, aquí en la tierra! —Señaló con un dedo a su cuñado.

Tuvo tiempo ella de levantarse, acosada por su hermano, que daba un paso tras otro, encorvado, los puños a los lados, haciéndola retroceder hacia la escalera de caracol. La expresión pausada y reflexiva del fraile había recuperado el nervio belicoso abandonado hacía ya años.

—¡A buenas horas sacas lo poco que de hombre tienes! —Juana desparramaba con voz descosida el desprecio hacia su hermano.

—¡Vendrás presa conmigo!

—¡Puto!

Fray Juan descargó un nuevo sopapo que de tan impetuoso hizo que él mismo estuviese a punto de caer por la inercia y que el propio Lope se estremeciese. Una mancha roja se extendió por medio rostro de su hermana. Pequeñas heridas habían rasgado la piel y supuraban puntas de sangre. Se cubrió la cara y comprobó en las palmas de las manos las motas rojizas.

—¡He aquí tu hombría! ¡Cobarde, perro sarnoso! —Juana increpaba y reculaba. Un paso atrás en respuesta a cada paso adelante de su hermano.

Lope los seguía con la mirada y resollaba, callado al ver que a su esposa solo le quedaba uno para perder pie y caer por el hueco de la escalera. No debía de ser el fraile consciente de su ubicación.

Después, el chillido. Juana de Butrón cayó por la cavidad. El cuerpo resonó, seco, al golpearse contra los peldaños. Se escuchó un chasquido. Luego, el silencio acosado por el repentino rumor de las voces de los sirvientes. Los hombros del religioso subían y bajaban bajo el hábito. Aún encorvado, aún con las manos hechas puños, chorreaba sudores, las cejas elevadas por la impresión. Lope García se situó a su altura, bajó la vista hacia el hueco de la escalera. Su rostro no insinuó emoción alguna al comprobar que Juana apenas se movía; revirado el cuerpo sobre las escaleras, se evidenciaba la rotura de algún hueso. Los ojos de la esposa abiertos de espanto, fijos en la expresión vacía con que la contemplaba el esposo.

## Las Carreras

**E**l incidente de Juana no trascendió en San Martín. Quien más quien menos, las gentes tenían un mal recuerdo de la mujer de la casa y sus maneras despectivas. Las conversaciones y los gestos giraban todos en torno a la defensa de la fortaleza y a la supervivencia. *La Brava* fue trasladada a Gatika por petición de fray Juan Alonso, que la llevó, aún herida, junto a una tropa de a caballo concedida por Lope. El fraile había marchado con el pesar en el rostro, mas también con una sombra en la mirada, quizás fruto del terrible conocimiento de que su hermana había estado involucrada en la muerte de Aritz. Y juró emplear los dineros recibidos en el mantenimiento del convento de Bermeo y en la buena educación de Juan. Abandonó San Martín sin palabras de aliento para Lope, pero también sin reproches, en una neutralidad de comportamiento que insinuaba su confrontación interna por estar su parentela implicada en las desdichas del pariente mayor de los Salazar.

El IV señor de San Martín lo vio marchar desde la terraza de la torre, acompañado por Fortuño. No prestó mucha atención al carro que traqueteaba a su esposa en lenta ascensión hacia Las Carreras, como pausado trasfondo al feroz campo de San Martín, donde practicaban combate con y sin armamento varias decenas de hombres bajo el cielo abigarrado de nubes. Algunos de ellos pertenecían a la casa de Basondo, recién llegados bajo el mando de su pariente mayor. Los más fieros de su solar. Gente con intereses en la zona de Bilbao, inquieta por la presencia del conde en Vizcaya, que vino para sorpresa y regocijo de Lope García a jurar fidelidad y luchar hasta la muerte.

Un trajín de hombres y mujeres iban y venían de la torre. Ballestas y corazas, lanzas y barriles, cántaras, sacos y odres. El ajetreo comercial se había detenido, atropellado por el de la inminencia del cerco. Los bajeles amarrados a puerto cabeceaban vacíos de mercaderías; las carradas de vena habían abandonado el tránsito de los caminos, dejando en ellos el eco del hoyar de sus ruedas. Todo estaba como muerto, influido por un único ánimo instintivo, el de la supervivencia. Había prisa. San Martín se enfrentaba a la mayor amenaza posible: la llegada de Velasco ante la misma torre con un ejército muy superior en número y mejor equipado.

Frente a ellos se terminaba de levantar un potente barreado defensivo que se extendía en derredor de la fortificación; salvo a su diestra, el lado del mar protegido por las aguas. Habían defendido todo el frente, el costado izquierdo y la zaguera con ramas, tablones, paveses y gruesas estacas aguzadas inclinadas hacia delante. Reforzaban la posición con algunos de los carros que cargaban dichos materiales,

armas y demás suministros y vituallas, abriendo espacios entre los maderos desde los que disparar y alancear al enemigo. En algunos tramos de la empalizada habían levantado montoneras de piedras cubiertas con fajinas, rudimentarias torres para ubicar sobre ellas ballesteros para el tiro alto. En pocos días San Martín se mostraba cubierto por una resistente envoltura, un parapeto eficaz desde el que protegerse y atacar; un terrible puercoespín de la altura de un hombre, de duras púas, oscuras y aterradoras, muy difícil de trasponer.

Lope García había ordenado que se desmontaran los corredores adosados a la torre. Por precaución, por si tocaba la mala fortuna de que los asaltantes lograran acceder al interior del recinto. Que nadie pudiese entrar en la casa.

En aquellos mismos días el pariente mayor había mandado que un cuerpo de informadores vigilara los caminos reales de Sopuerta y Bilbao para obtener información sobre los movimientos velasquinos. No tardaron en llegar las primeras noticias.

—Están reuniendo más tropas en Balmaseda.

—¿Cuántos? —Lope interpeló al informador con un gesto de la cabeza.

—Cerca de mil.

Fortuño se removió sobre el arcón en el que estaba sentado.

—Los valles santanderinos se unen a ellos —dijo. Otxoa se llevó un pulgar al cinto.

—Ninguno de esos hijos de puta se quiere perder la rapiña —añadió.

Fernando de Muñatones se pasó una mano por el cabello y se sirvió largo escancio de vino. Lope García escuchaba con atención rigurosa, sin actitudes, reflexivo y estratega, con los codos sobre la mesa.

—¿Quién los manda? —preguntó.

—Parece que Fernando de Velasco de Mena y el propio Pedro Fernández.

—Y está toda su gente de Lutzana —intervino el de Ontón.

El informador se dirigió a él:

—Allí también hay movimiento importante, se preparan para avanzar.

Lope se levantó de la silla de caderas que lo acogía con el vigor propio de él.

—Irán contra Portugalete, no hay duda —apuntó.

—La villa estará preparada —aseguró Muñatones.

El roce de las calzas bermejas de Otxoa al mudar el peso de pierna a pierna atrajo la atención de los otros. Fue hasta la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Serán unos cinco mil de a pie y trescientos de a caballo —calibró.

Solo era una observación, un pensamiento pronunciado en voz alta, sin rastro de temor.

—Lo sé —respondió el pariente mayor.

Fortuño se había acercado con aire sombrío al primogénito.

—La mayoría de los que van a combatir jamás ha visto hueste tan numerosa.

Lope levantó un dedo, imperativo.

—No es momento de dudas —dijo.

—Yo no dudo, bien lo sabes. —Alzó Fortuño el mentón—. Pero los hombres han de estar motivados para no venirse abajo.

—Que vengan cuantos quieran —le contrarió Otxoa.

Lope García miró a uno y a otro.

—No pasarán —sentenció, y negó con la cabeza para que no continuasen hablando.

Fue el rigor con el que pronunció estas últimas palabras lo que zanjó el cruce de opiniones. Debió de infundirles coraje. Se veía en los rostros de los cuatro banderizos, endurecidos, rebeldes, esculpidos de orgullo bajo los fuegos.

Don Pedro Fernández de Velasco había tardado varios días en dignarse a leer la carta llegada desde San Martín. Fue recibirla y amagar una sonrisa mientras depositaba el papel doblado en una alacena. Las jornadas siguientes, cuando nadie lo veía, la merodeaba como el perro que acecha y olisquea un trozo de carne antes de saltar sobre él. Decidió leerla en compañía de Anuncibay y su pariente de Balmaseda.

—Lo dicho, un estúpido encolerizado que no cometerá más que errores —valoró.

Se daba la vuelta ahora, dando la espalda a los dos hombres, y al hacerlo, la sonrisilla que había mantenido mientras pronunciaba aquellas palabras se fue reduciendo a dos labios prietos como dos rayas. Sus manos redujeron a añicos el papel, con mucho ímpetu. Dejó caer los trozos entre sus pies, pero mantuvo el último entre el pulgar y el índice. Intentaba controlar el tembleque del párpado. Se lo llevó a la cara y releyó el tratamiento que le dispensaba para cerrar el mensaje.

—Así que «Muy magnífico y muy virtuoso señor»... —La voz baja, hablando para sí—. Amenazas a mí, chanza y lecciones de moral de ese repentino defensor de la vida humana...

El conde de Haro, cubierto con armadura completa y sobreveste con las armas del linaje, levantada la visera del bacinete, dedicaba palabras de aprecio a su bridón, al frente de la marcha militar que lo seguía. La calzada que atravesaba Sopena no era ya terreno para carreteros ni mulateros ni transeúntes ni pequeñas mesnadas, sino para una terrible serpiente armada de estandartes que cubría todo su ancho y la desbordaba como una inundación, tiñendo el campo de corazas y lanzas, coloreando la tierra con sus blasones. Una hueste ruidosa y articulada en varios cuerpos. Caballería ligera al frente seguida por los caballeros más granados y detrás la gente de a pie. Cerraban acémilas cargadas de fardos y un tren de asalto formado por varias decenas de carros de impedimenta.

—Cuando nos vean llegar se cagarán en las calzas.

—Nos entregarán la casa arrodillados.

El regodeo era generalizado entre los linajes que apoyaban la coalición velasquina. Perdidos casi todos los apoyos salazariegos, era fácil alardear de valía y superioridad.

Juan Pagoeta no había vuelto al cadalso. Desde que Pedro Fernández lo conociera en persona, lo había llevado junto a su séquito armado y ahora formaba junto a ellos de a pie, por detrás de la caballería. La palidez de su rostro, la brecha, que le entornaba el arranque del párpado al estremecerse por la tensión, provocaba la mirada curiosa de los demás mesnaderos, curiosa y desdeñosa por haber sido elegido por su señor para acompañarlos.

«Sé que combatirás bien en San Martín. Lo veo en tus ojos. —Es cuanto Pedro Fernández de Velasco le había dicho desde entonces—. Esperarás las órdenes que he dispuesto para ti».

Y el soportano había afirmado con la cabeza sin emitir otra cosa que un gruñido.

«¿Sabes qué? —había continuado el conde—. Tú y yo no somos tan diferentes, salvo en lo obvio. —Estudiaba con una mueca la ropa burda de Pagoeta—. Aparte de que nuestras caras no son un dechado de belleza, los dos estamos dispuestos a matar a quien haga falta con tal de joder a García de Salazar».

Cada poco venían a unirse a la columna pequeños grupos armados, varios de ellos atreguados naturales de los Salazares, que le ofrecían a Velasco su pleitesía. Linajes y apellidos, algunos tan insignificantes que cualquier intento de ralentizar por sí mismos a los velasquinos habría supuesto su extinción. Abandonaban también a Lope García unos pocos parientes a los que el conde recibía sin apenas mirarlos.

«Qué débil es la fidelidad cuando se expone el miedo —se burlaba—. Que la familia directa te abandone nunca lo he tolerado. —Y luego restaba peso a sus observaciones con una carcajada grotesca—. Pero no pongáis esa cara, que sois bienvenidos y recibiréis justo botín por vuestro servicio».

Cruzaron el valle. El camino libre y el número de efectivos en aumento. Los campesinos corrían a esconderse en sus casuchas o entre los bosques ante la visión del ejército avanzando por Sopena. Cada poco, avanzadas de jinetes hostigadores evaluaban la existencia de posibles amenazas. Se confirmaba lo esperado: no existía la oposición. Pedro Fernández tan solo mandó quemar la torre de Garay después de que los hombres que Otxoa había dejado para protegerla les dedicaran una rociada de proyectiles de ballestería aderezada con una retahíla de insultos para ofensa de sus antepasados, sus madres y su falta de hombría en la lucha y en la cama.

Las avanzadas velasquinas iban y venían al trote largo para informar acerca de la capacidad militar dispuesta por Lope García.

—Han levantado barreado.

—Mejor, que no se diga que no tuvimos que pelear —se sonreía el conde.

Informaron también de que los tres mil hombres venidos desde Lutzana bajo el mando de Sánchez de Anuncibay y Pedro López de Ayala se encontraban cerca de llegar a Las Carreras, como habían convenido, allá donde el ejército velasquino,

dividido en dos, debía encontrarse y asentar campamento, a menos de media legua de la fortificación. Los otros mil se habían detenido en las cercanías de Portugalete y establecían el suyo, cortando ya todos los caminos de entrada y salida de la villa.

Al atardecer alcanzaron el ancho valle bañado por el mar. Pedro Fernández de Velasco pareció capaz de enderezar su ojo, de desencorvar su cuello, al empaparse con la visión de la torre de San Martín, anaranjados sus muros por la luz de un sol mortecino de otoño que se había colado entre las nubes.

Lope García, Fortuño, Otxoa y Fernando de Muñatones contemplaron desde la terraza de la torre cómo el enorme contingente bordeaba las inmediaciones de San Martín. El escaso caserío desierto de vida, callado como un cementerio, los recibió sin habitantes, todos al resguardo de la fortaleza. Al verse observados a un par de tiros de ballesta, los sitiadores flamearon sus estandartes en la distancia, acompañándolos de tañidos de bocinas. Una tormenta de cuernos, cuyo eco reverberó brutal entre los montes, se estrelló contra los muros sanmartiniegos. La nube de gaviotas que los sobrevolaba huyó espantada. Los de Lutzana, recién llegados a Las Carreras, correspondieron con los suyos. San Martín respondió con silencio. Escuchaba, muda, la llegada del gigantesco ejército: por su diestra, los de Balmaseda; por la zurda los otros, no visibles por la distancia y el arbolado. Su rumor de hierro y gritos se extendía por la campiña como una funesta plaga. Una ráfaga de aire salitroso azotó la torre, trajo consigo minúsculas punzadas de agua que se clavaron en los rostros de los cuatro banderizos. El mar rompía embravecido contra las rocas, mecía con violencia los bajeles venaqueros amarrados en el pequeño puerto. Sobre el cielo marino, una montonera de nubarrones amoratados ya derramaban en el horizonte cortinas de lluvia.

Los mandados por Fernández de Velasco fueron dejando a su izquierda la fortaleza y tomaron el camino que ascendía en suave pendiente hasta Las Carreras.

—Cuánto hijo de puta junto —masculló Otxoa.

Lope García estudiaba con ojo militar al enemigo coronado de estandartes. Las manos a la espalda, al frente las barbas, seguras y confiadas. Ante la perspectiva del combate mantenía la flema, el aplomo necesario para contener el corazón en las pulsaciones necesarias, alerta, pero sin desbocarse.

—Lo esperado —constató.

La aridez del momento le rascaba la voz. Fortuño se pasó el índice alrededor de la boca.

—Son muchos —dijo.

Muñatones se llevó una mano rolliza al peto de cuero.

—Va a ser duro asedio —apuntó.

Otxoa colgó pulgares al cinto, el gesto indiferente ante tales apreciaciones. Trasladó el peso de una cadera a la otra, se asomó sobre el pretil de madera y escupió.

Alzó la vista hacia los velasquinos, henchido el pecho, listo para pronunciarse:

—Que vengan a mí.

El arrojó del segundogénito hizo que Lope abandonara su expresión sólida para insinuar una sonrisa. El de Ontón aún se toqueteaba la cara cuando giró la cabeza hacia el pariente mayor.

—¿Propondrás parlamento? —le preguntó.

—Parlamento de ballestas.

Fue ahora Otxoa quien dejó que se le escurriera una mueca de agrado.

—No hay nada de qué hablar —añadió.

—Tampoco ellos lo ofrecerán —agregó Muñatones.

Estuvieron callados un tiempo, hasta que los de Pedro Fernández de Velasco hubieron terminado su ascensión. Dirigió Lope sus ojos hacia la ermita, donde reposaba Aritz.

—Que echen ya las trancas a las puertas. Ha llegado la hora de saber quién vale más en la tierra.

No había tienda como la de Pedro Fernández de Velasco. Digna de un rey. Grande, enorme, gigantesca. Montada sobre dos tendales; ambos postes coronados con pellas de oro labradas en forma de león alzado sobre sus patas traseras, y sobre sus cabezas gallardetes ondeando con los dorados, azules y platas del escudo de la casa de Velasco. Su lugar, el centro del campamento. En torno a ella, como en una plazuela bien dispuesta por los dineros y el rango, montadas sobre un único poste, se levantaban las de los principales nobles y caballeros. Y detrás, el resto de los linajes con su gente de armas, pequeñas tiendas dispuestas en mayor desorden junto a sus gallardetes clavados en tierra. El reflejo del estatus social: las afueras, para los pobres, el centro para los ricos. Al este, la retaguardia, protegida por los carros de impedimenta y la masa arbórea de bosque que desde allá se extendía.

—El mar defiende uno de sus costados y el espacio es demasiado estrecho.

En un claro, desde la amplia perspectiva en altura que proporcionaba Las Carreras, los parientes mayores de la poderosa coalición, sobre sus monturas de combate, estudiaban las inmediaciones de la torre; las últimas estribaciones montañosas que morían en el mar, el pasillo natural en ancha bocana abierta a las aguas, herida de marismas, donde venía a desplegarse el río Barbadún, la mota sobre la que se levantaba la fortaleza. Los enviados para reconocer el terreno constataron lo que ya habían evaluado sobre un mapa: el lugar ofrecía una protección natural que dificultaría el cerco.

—El barreado es muy fuerte.

—Nada que no supiéramos ya.

—Será difícil de tomar —intervino Pedro López de Ayala. En su rostro enmarcado por el almófar destacaba el bigote entrecano.



Pedro Fernández de Velasco se rascó la frente y elevó las cejas.

—Qué de pueblo eres...

Estudiaban el frenético movimiento de hombres y armas en la terraza de la torre y dentro del barreado, minúsculos como hormigas. Distinguieron la colosal figura de Lope García sobresaliendo entre las demás, inconfundible.

El conde negó con la cabeza.

—Si esa torrucha de mamarrachos se me resiste, juro repartir todas mis rentas y posesiones entre vosotros.

Su pariente de Balmaseda asintió con la cabeza y escupió una risita. Alcedo, situado a la zurda de Ayala, miró a este de reojo. La casa torre de San Martín no era como las poderosas fortalezas de la meseta. Ni de lejos. Pero era de lo mejor del señorío. Gruesos muros, doble muralla, cava, barreado y unos setecientos hombres para defenderla bajo el mando de Lope García de Salazar.

Los belicosos vientos del golfo de Vizcaya resoplaron una ráfaga de aire cargada de llovizna. Fernández de Velasco se quitó el guantelete y el guante de cuero, alargó una mano hacia el frente y dejó que las afiladas gotas de la llovizna le humedecieran el dorso. Las estudió, arrugada la expresión, como si fuese la primera vez que viera una lluvia tan fina y continua. Luego extendió el dedo índice y señaló un poco más abajo, al lado sureste de la fortaleza, que hacía ángulo, en la parte baja de Las Carreras. Allí el terreno ganaba la suficiente altura en continua pendiente hasta alcanzar el nivel de la torre, por encima de las murallas.

—Un punto débil —consideró—, buen flanco para fuego de artillería.

—Tenéis buen ojo —concedió el pariente mayor marroquín.

—Torcido pero sano.

Apretó la barbilla el atreguado. Sintió cómo un repentino calor le subía a la cara. No lo miró, pero Pedro Fernández debió de suponer la incomodidad del otro.

—No sufras —dijo—, el comentario tiene su gracia.

El pariente de Balmaseda le rió la mofa con una carcajada seca.

—¿Y la ermita? —Sánchez de Anuncibay apuntó con la cabeza embutida en el almófar al pequeño templo.

El conde dirigió allí su atención.

—Ahí está el bastardo enterrado, ¿no? —Se encogió de hombros, imperceptible bajo las ropas de combate—. Bueno, tampoco es cuestión de joder por joder. —Levantó la vista al cielo emplomado—. Ni de soliviantar fuerzas superiores a las nuestras.

—¿Ofrecerás parlamento? —quiso saber Anuncibay.

—¿Parlamento? ¿Para qué? Ése y yo no tenemos nada de qué hablar.

Luego el conde se santiguó y volvió a deslizar su ojo bizco sobre los terrenos circundantes.

—Que se vaya preparando un cuerpo de caballería para el amanecer. Vamos a arrasar todo esto antes de quedarnos con esa casa.

La jornada siguiente, cuando la mañana se insinuaba con un hilo de luz que apenas perfilaba las formas, los guardias de la terraza apostados en los castillejos avisaron a Lope García de movimiento en el campamento enemigo alumbrado de fuegos.

—Preparan algaras.

Apoyados sobre el pretil, Lope y sus hermanos observaron cómo una columna de caballería ligera trotaba abajo de Las Carreras.

—Van a quemarlo todo...

Nada podían hacer. Cualquier oposición, luchando en posiciones demasiado alejadas de la torre, habría tenido como resultado la pérdida de hombres. Al poco el caserío de Musques ardía elevando columnas de humo negras, gruesas, terribles. El rugido del fuego se escuchaba desde allí, adelantando la amanecida con su fulgor rojizo; el olor a quemado asfixió el aroma salino del mar. Las casas y pertenencias de los sitiados, a merced y capricho del enemigo. Un rumor de desazón se extendió de boca en boca entre aquellos. Velasco había dado el primer golpe sin combate de por medio.

Las dos jornadas siguientes no se trabaron ni escaramuzas ni ningún otro movimiento entre los contendientes. Tan solo se estudiaban como dos fieras agazapadas tras la espesura, a ver quién se ponía nervioso primero. Tras la algará, San Martín mantuvo los ánimos fríos. Lope García encendía el coraje de los suyos, dentro de la torre, en el patio y en el barreado. Tras la empalizada, unos trescientos hombres bien embutidos en sus mantos empuñaban mangos, lanzas y ballestas. Algunos hacían noche con los dos ojos abiertos, uno clavado en el cielo y el otro en Las Carreras, por si se producían acciones nocturnas. Una tensión que les reducía el sueño.

Al alba del tercer día, el sueño se les quitó del todo. Con el aire contenido en el pecho, vieron cómo una manada de peones comenzaba a descargar los tablones y maderos, que habían bajado desde el campamento en carros tirados por bueyes, y levantaban la base cónica para soporte de un trabuquete. Los salazariegos, que desconocían semejante ingenio de guerra, no tuvieron otra que encomendarse a su orgullo y a los rezos.

## El ardid

—**L**os muros son fuertes. El amparo de los trabucos resistirá. —Y apuntaló Lope García sus palabras dando golpes con la suela sobre el tejado de la torre.

Dos niveles de poderosas vigas de madera, cruzadas unas por debajo de las otras, dispuestas para resistir los disparos de la catapulta, preparada para hacer blanco, causar el caos e intentar desvirgar el interior de la casa.

Afirmaban con la cabeza los hermanos de la casa Salazar, así como Muñatones y Martín Ruiz, pariente mayor de los Basondo, seguros del poderío de la fortificación. Observaron un grupo armado avanzando en dirección opuesta hasta detenerse al sureste de la torre. Allí montaron tres bombardas.

Desde el barreado y el patio les llegaba el murmullo inquieto de la tropa.

—Se han preparado bien. —Fortuño miraba desafiante al grupo de hombres que servían la catapulta.

Apoyó Lope las manos sobre el pretil y estudió los ademanes de su gente. Otxoa no dejaba de menear el peso del cuerpo de una pierna a la otra, prietos los pulgares al cinto.

—Hay que ir a por ellos —sugirió el segundogénito.

—Demasiado riesgo —atajó el de Ontón. Evaluaba con los párpados entornados los movimientos en el contingente de unos cien hombres que protegía a los operarios del ingenio.

—Tanta precaución me pone nervioso —gruñó Otxoa.

—¿Seguro que no habrá parlamento? —intervino Martín Ruiz.

Basondo había pasado los cuarenta años. Tenía la mirada oscura y aguerrida de las luchas banderizas; la barba, corta y negra. «El viejo halcón», le decían por Bilbao. Ave de rapiña, muy acostumbrado a matar.

Lope García negó con la cabeza.

—No arriesgaré a ninguno de mis jefes.

—¿Temes que hagan presos?

—Como poco.

—Asumo yo ese riesgo —sorprendió el bilbaíno.

El pariente mayor de los Salazares se volvió hacia él. La propuesta le había marcado las tres arrugas de la frente. Basondo frunció la barbilla, correspondiendo la atención que le brindaba. No era demasiado alto y la diferencia con Lope lo obligaba a levantar bien la cabeza.

—A mí ni me conocerá; y si es como dices, me despreciará con su indiferencia.

—Debió de advertir Basondo la duda en el rostro del IV señor de San Martín—. Puede que le saque alguna información, aunque sea con mirarlo a los ojos.

Reflexionaron. Otxoa sostenía un gesto ambiguo; Fortuño y Muñatones, algo más distendido.

—Es razonable lo que dices —aprobó Lope.

No hablaron más. Abrieron una salida del barreado para que Martín Ruiz de Basondo, protegido con jubón acolchado, montado a la ligera, trotara hasta el centro del campo de San Martín. Solo. Sin más compañía que su montura. Al arzón, martillo de guerra. No tardaron en descender Pedro Fernández de Velasco, su pariente de Balmaseda y un séquito de cinco hombres a caballo armados con lanza que permanecieron por detrás de ellos. Las bestias pateaban el suelo. Los jinetes gamboínos las contenían con tirones de bridas, órdenes siseadas, chasquidos de lengua.

El conde de Haro y Basondo se tantearon con las miradas. El de Balmaseda sonreía, desdeñoso, ante la presencia del bilbaíno. Pedro Fernández se inclinó.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Cómo está la cosa ahí dentro?

—Tienen la suficiente moral para hacer frente un tiempo.

Velasco echó la vista por encima de Martín Ruiz hacia la empalizada. Abrió la boca con esperpento, mostró unos dientes pequeños y aserrados.

—Serán ingenuos... —dijo—. Que tengan moral durante un tiempo lo hará más entretenido. ¿Qué más?

—El trabuquete ha provocado mucha agitación.

Rió Velasco con exageración, acentuando la extravagancia de sus taras. Hizo un gesto con la cabeza, como a la espera de más información.

—La mitad de los hombres se mantiene tras el barreado —continuó Basondo—. Se dividen el tiempo de sueño y hay guardias por todas partes. No han dejado ni un hueco sin vigilancia, incluso en el lado del mar.

—¿No hay algo que le dé más emoción a esto?

—Van a esperar, a ver qué hacéis. Son conscientes de su inferioridad en hombres.

—¿Solo en número de hombres?

Ante el tono arrogante del conde de Haro, levantó una ceja Martín Ruiz.

—¿Por qué pones esa cara? —le preguntó aquél.

Bufó el bilbaíno.

—Jamás he visto una mirada como la de García de Salazar. Diría que su odio supera el vuestro.

—Lo dudo.

—Yo no dudaría. He sabido lo de su hijo. Cada vez que escucha «Velasco», algo le cambia en la cara.

—En cualquier caso —suspiró el conde y agitó una mano en el aire, indiferente—, encárgate de que su coraje no dure mucho, tal y como convinimos.

—Eso convinimos y lo haré. Recordad también respetar mi estandarte.

—Recordado queda.

—Y pagar lo acordado.

—Ya cobraste una parte, no tengas tanta prisa. Si esa torrecilla se rinde por tu mediación, verás el resto.

Comprimió los labios Basondo, desabrido. Sin más palabras, volteó al caballo con un golpe de rodilla. Pedro Fernández y su pariente lo vieron marchar al trote.

—Pero qué avariciosa es esta gente —opinó el primero.

—Lo son.

—Y qué baratos salen.

—Es lo que tiene pactar con ratas; fácil y barato.

—Ya no recordaba un soborno que me saliera por tan poco.

Rió estrepitoso el de Balmaseda. Velasco giró su bridón hacia Las Carreras, dejándolo con la carcajada en la boca.

De nuevo en la terraza, Lope García de Salazar interpeló a Basondo con un silencio y la mirada fija en él.

—Un tipo despreciable. —El de Bilbao se rascaba la parte alta de la frente, empobrecida de pelo—. No busca otra cosa que tomar la casa. No habrá palabras.

—No las necesito. —Negó con la cabeza el de San Martín, firme—. ¿Alguna otra cosa?

—Que aquí solo queda pelear y morir, porque ese cerdo estirado no se detendrá ante nada.

—Lo que ya sabíamos. —Lope García le echó una mano al hombro—. Agradezco tu mediación.

Ruiz de Basondo correspondió con una inclinación somera y marchó con su gente.

Clarea en lo alto del cielo un sol mustio, un disco cubierto por una bruma espesa y blanquecina que adormece el paisaje boscoso. De la costa llega un aire húmedo que apuñala bajo las costuras de los petos de cuero, de los jubones acolchados y las almillas ferradas. No tardan en llegar en tropel hordas de nubes negras. Se arremolinan sobre el mar y penetran hacia el interior, nublando la amanecida hasta amaratarla. En el barreado, el ventoso silencio roto por el aleteo de los estandartes y pendones clavados en tierra impregna las varas de fresno de las lanzas y archas, de las bisarmas; los filos helados de sus moharras, las puntas de los chuzos y la madera de las ballestas. El viento esparce entre la tropa ya dispuesta tras las estacas el olor frío de los hierros y el añejo del cuero, el salado de los sudores previos al combate y el de los excrementos de las bestias. Es el hedor que anticipa la muerte.

Sopla una suave ráfaga cuando ven asomar al otro extremo del campo de San Martín, bajando de Las Carreras, las primeras filas velasquinas portando sus coloridos blasones. En la quietud rural se escucha su avance bronco, enardecido por

bramido de cuernos de guerra. Una bandada de gorriones abandona la paz de los cielos piando enloquecidos.

Tras el barreado, las expresiones de los salazariegos son una mezcla de tirantez y de arrogancia que los mantiene con mucha firmeza mirando al frente cuando los ven desplegarse en formación de combate por detrás del trabuco. Por delante de él, un cuerpo de ballesteros y paveseros defienden el ingenio en dos líneas. Los sitiados se dan golpes mutuos en pecho y espalda para infundirse ánimo.

Los asaltantes forman con varias filas de infantería encrestada de lanzas, bien pertrechados, cubiertos por una primera línea de paveses decorados con los colores de los linajes y en la zaguera caballería ligera y caballeros con armadura pesada.

Desde el adarve del muro interior, Lope García observa cómo se destaca un jinete montado a la ligera con estandarte en la punta de la lanza. Trota hasta situarse en el centro del campo de San Martín, a un tiro de ballesta, haciendo flamear con furia las armas de la casa de Velasco. En su provocación lo acompañan los cuernos de guerra.

—Sacan pecho —farfulla Fortuño.

El jinete regresa a su posición.

Lope García de Salazar, sobresaliendo gigantesco entre el almenado, se inclina entre dos merlones. Impresiona su estampa vestida de combate.

—¡Salazares de San Martín! —grita.

Los más mozos se giran hacia el *jauna* y aprietan los dientes, encorajinados por la tremenda voz.

—¡Peleáis para las trece estrellas! —La arenga del pariente mayor arranca el fragor de los cuernos de guerra salazariegos y el agitar de lanzas sobre las cabezas. Se santigua—. ¡Que no se apague ninguna!

Son sus últimas palabras de valentía antes de iniciar la lucha.

A media altura de Las Carreras, el mando de la coalición velasquina, a caballo, junto a un pequeño grupo de heraldos y tañedores de bocinas, observa el brazo tensado del trabuquete. Cuatro hombres cargan el primer bolaño en la bolsa. El ingeniero que lo gobierna recibe orden de tiro. Unos trescientos pasos los separan de la torre. El que se encarga del disparador tira de la cuerda y libera el contrapeso, gruñe el brazo con un chirrido y un poderoso chasqueo al voltearse y arrastrar la eslinga con la bolsa y el proyectil. Es un movimiento lento pero violento. El trabucazo zumba sobre el campo de San Martín y ambos bandos ven cómo pasa muy sobrado por encima de la torre. La piedra va a estrellarse más allá de la fortificación.

Hay un resuello de alivio entre los sitiados, otro de desazón entre los sitiadores.

—Tardarán en ajustar el tiro —considera Lope García.

Y así trascurrió el día. Seis disparos. Tres de ellos desacertados, los restantes pasaron agitando el aire demasiado cerca de la terraza. Velasco dio orden de descanso al anochecer y castigó a los de la catapulta con una jornada sin viandas ni bebidas.

—Es una máquina del infierno. —Desde la terraza, Fortuño oteaba en la oscuridad las inquietantes e imprecisas sombras monstruosas del trabuquete, con su base de tablones inclinados que soportaban el brazo y el terrible contrapeso.

El cielo nublado se resquebrajaba permitiendo que media luna arrojara su luz plateada sobre la campiña y los humos de las fogatas en torno a las que cenaba la tropa velasquina desplegada en el otro extremo del campo.

Otxoa colgó un pulgar al cinto.

—No podemos quedarnos mirando —dijo.

Lope estudió el gesto díscolo esculpido en el perfil de su hermano. La lumbre de la tea, que sostenía un peón junto a ellos, le cincelaba unos rasgos aún más duros.

—Y no lo haremos —respondió—. Hay que desbaratar ese trabuquete antes de que logre golpearlos. No hemos de dejar lugar al temor entre los hombres; sería peor que el propio impacto.

—Habrá que provocarlos para el combate —sugirió Fortuño.

—Eso ya me gusta más —sonrió el segundogénito.

Muñatones, con un codo apoyado sobre el pretil, pues se había pasado con el trasiego de vino durante la cena, convino con la cabeza, achispados los ojos.

Fue rápida la decisión. No había otra. Salir a campo abierto con una pequeña fuerza en maniobra de distracción. El de Ontón se encargaría de tentar a los velasquinos. Quedaba por decidir quién correría el riesgo de acercarse hasta el ingenio.

—Iré yo. —Otxoa miraba muy fijo al pariente mayor.

Lope escuchaba con mohín reflexivo, abriendo y cerrando un puño, quizás procurando discernir los pensamientos que empujaban a su hermano a asumir la tarea sin atisbo de duda.

Cruzaron las miradas, se las sostuvieron, estudiosas la una de la otra, sin pestañeos. Vio el de Garay aquel rictus en la boca de su hermano, aquella huella de dolor que le torcía muy levemente el gesto, y marcó mandíbulas, altivo. Sin concesiones.

—Debo ir yo —insistió.

Hubo un rastro de súplica en su voz. Al fin confirmó el primogénito con un gesto de la cabeza:

—No estarás solo. —El pariente mayor volvió la cabeza hacia quien observaba a los hermanos un poco más allá—. Irá también Basondo.

—¿Y si fracasamos? —preguntó el aludido—. Perderemos gente para nada.

Lope García proyectó la barbilla al frente y entornó los párpados, acentuándole unas arruguillas en los ojos.

—¿Y ese temor?

Desvió el bilbaíno la mirada. Las repentinas reservas de Martín Ruiz hicieron que Lope diera un paso decidido hacia él. No necesitó volver a preguntar.

—No es temor, sino cautela.

—Ya estamos... —intervino Otxoa.

Martín Ruiz intentó desviar de su cara la atención de los otros, haciendo crujir los dedos entre las manos. Lope García le apuntó con un dedo al pecho.

—Aquí hay que pelear y morir —repitió las palabras de aquel—. Eso dijiste, y eso haremos.

El viejo halcón confirmó con la cabeza, varias veces, despacio.

—Hemos venido a servir, como juré.

—Pues que se preparen tus jinetes.

Se reunió el pariente mayor aquella misma noche con los mayores de las ramas salazariegas, los principales escuderos y los sargentos de tropa. El plan gustó entre la hueste. Sobre todo a Perico *el Oso*, que se mordía los labios, babeándose las barbas, como si rabiase. Era preferible que la tensión encontrara escape en combate antes que acumularse tras las estacas.

Explicada la estrategia y atribuidas las funciones, Lope hizo un aparte con Otxoa. Le echó una mano al cuello. Lo apretó, afectuoso.

—No me defraudes —pidió, más que mandar.

—Sabes que no.

Se sonrieron, con franqueza, sin rigidez.

Salieron del barreado con la amanecida, cuando apenas era una tímida hebra de luz clara en el horizonte montañoso y los velasquinos aún dormían embutidos en sus mantas. Un grupo de cincuenta hombres con Fortuño al frente se desplegó en silencio hacia el centro del campo de San Martín. Fantasma grises, a la carrera, cargados de paveses, lanzas, piedras y ballestas al resguardo del rumor del mar. Casi invisibles en la distancia.

Se dispusieron en tres líneas y clavaron escudos en tierra. Los de Velasco apenas tardaron en gritar la voz de alarma y tañer bocinas al escuchar a las sombras traqueteando ballestas. La alerta se corrió por las divisiones, aún adormiladas, hasta llegar al campamento.

Las primeras filas quedaban a tiro. Llegaron los proyectiles salazariegos imprecisos y debilitados, pero algunos más potentes hicieron blanco en varios hombres que aún se levantaban sin protección de escudos, a ciegas.

—¡Que me ensillen el caballo!

A Pedro Fernández de Velasco le ceñían el peto. Le llegaban hasta la tienda los bocinazos y gritos de desconcierto y el trote enloquecido de gente a la carrera.

Cuando se encontró a media altura de Las Carreras, sus tropas ya se habían escuadrado y los cuerpos de ballesteros se habían adelantado un poco y escaramuzaban con los salazariegos, muy firmes en el centro del campo, zurriagando disparos unos contra otros. Amanecía, y el campo y la tropa y la torre parecían todos cubiertos de un gris mortecino y húmedo.

—No puede ser, se atreven a salir del barreado. —El párpado de Pedro Fernández de Velasco temblaba.



A su lado, Ayala negaba sin parar:

—Cuántas veces he dicho que no sería fácil.

El resto de jefes, los rostros aún enturbiados por la sorpresa y el sueño, observaban desde lo alto el intercambio de ballestería. El conde de Haro clavó su ojo torcido en el de las torres de Lutzana.

—Se les reconoce valía... —admitió—, por la que pagarán.

Dio órdenes a Anuncibay de disponer una pequeña división de caballería pesada de entre su propia gente.

—¿Pesada? —se extrañó el lugarteniente—. Mejor ligeros o gente de pie.

—¡Nada de eso!

—Pero apenas hay espacio para cargar —añadió el pariente de Balmaseda.

—¿Espacio? Cuando vean la primera línea de hierro que se les viene encima, huirán como gorrinos en su San Martín.

—Tú mandas.

—Por supuesto, y cuando acabemos con ellos quiero el trabuquete y las bombardas disparando día y noche —continuó Velasco—. Se acabó el meter miedo. Esa jodida torruca caerá antes de que vuelva a haber un día de sol en esta tierra.

No tardó en estar lista una veintena de jinetes acorazados sobre bridones, cubiertos ellos con sobrevestes y las bestias con gualdrapas. Pateaban la tierra las bestias, ensanchaban los ollares, expulsaban volutas de vaho. Relinchaban y amagaban con embestir. Los belfos entreabiertos escupían espuma.

A un movimiento del estandarte, la gente que atendía a cada caballero se retiró y la división de a pie que formaba en el centro velasquino se disolvió para permitir que la línea de caballería pesada ocupara su lugar, afirmadas ya las lanzas en las cujas.

Fortuño y los suyos seguían a lo suyo. El de Ontón rechinó los dientes al ver la formidable estampa de jinetes y dejó escapar un gruñido. El que estaba a su lado se escurrió en las calzas. La peste a excrementos le forzó a volverla vista hacia él y a hacerle un gesto del puño para infundirle valor. A pesar del miedo, el tipo sujetaba con mucho aplomo su bisarma, dispuesto a sacrificarse con todo.

—¡No os mováis! —envalentonó el salazariego—. ¡Seguid acosando, que su orgullo los ciega!

A una orden de bocina y flameo de estandarte del alférez, las espuelas espolearon monturas.

—¡Ahí vienen! —Fortuño se desgañitaba al advertir cómo a algunos de los paveseros les temblaba el pulso—. ¡Firmeza!

Cubierto el brazo izquierdo con rodela, el de Ontón, en un impulso irracional, se puso en pie, a tiro del enemigo. Desclavó de la tierra el estandarte de las trece estrellas que habían traído y lo agitó en el aire para alentar a los suyos. A su espalda San Martín respondió con tremendo arrecio de bocinas y terrorífico griterío. El fiel hermano sintió cómo se le erizaba el vello bajo celada y coraza, y volvió a agacharse. El corazón le golpeaba el pecho, incontenible.

—¡Salazares! ¡A las patas, tirad a las patas!

Los honderos salazariegos se dispusieron para ello. Avanzaban al trote los caballeros en formación muy cerrada: una sola línea forjada de hierro, cubierta de colores. Abatieron las lanzas al frente. Las bestias escupían pezuñazos de barro, bramaba la tierra, claqueteaban las placas de las armaduras. Un virotazo chasqueó al rebotar contra la testera que protegía la testa de un bridón; el bruto gruñó.

—¡Venid, perros! —Fortuño se arrancaba la voz.

Un tiro de honda golpeó la rodilla de otro. Se escuchó un relincho brutal y cabeceó al frente la bestia, irreductible.

El de Ontón miró a los suyos, a un lado y a otro.

—¡Cuña, formad una cuña! —chilló.

La tropa obedeció rauda y el centro de la formación avanzó hasta formar un triángulo y el aire se espinó sobre sus cabezas de lanzas, bisarmas y archas, afirmando las conteras todo lo que el barro permitía, apuntando al frente entre los paveses.

Los jinetes se mantuvieron disciplinados, sin variar la línea, bien estiradas las piernas para embestir. No retrocedieron los de San Martín al verlos encima. Un buen ballestazo a apenas unos pasos atravesó coraza y pecho del alférez. El blasón velasquino cayó con él sobre el barro y su animal se desmandó hacia un costado. Algunos de los salazariegos, estremecidos los rostros, se agacharon tras los paveses.

La línea acorazada se estrelló con todo el vigor posible en aquel espacio contra el muro de escudos. Rechinaron con espanto las puntas de las lanzas contra las placas de las armaduras. El campo de San Martín parecía derrumbarse por el estrépito del choque. Relinchaban enloquecidas las monturas, berreaban de miedo los combatientes. En el centro, un jinete salió despedido por encima de la silla, otro logró atravesar el cuello de un hondero, pero la bestia cayó de rodillas entre la línea y varios de los de Fortuño, viéndolo a placer y faltando al orden, se abalanzaron sobre él. El infeliz chillaba, aflautada la voz, bajo el bacinete. Aullidos que anunciaban su muerte. Le levantaron la visera y lo acribillaron a cuchilladas la cara hasta que no le quedaron ojos ni rasgos reconocibles en una masa sangrienta y agujereada. El choque causó pocas bajas pero los salazariegos habían perdido la posición y alanceaban sin orden a los caballeros para intentar derribarlos de sus sillas. Los jinetes pesados, rígidos e incapaces de maniobrar se defendían con sus armas de arzón, intentando salir de la marabunta que los rodeaba. Fortuño acometió a uno con el pincho de su bisarma, estiró la lanza y encajó el gancho que salía del extremo superior en el hueco entre la coraza y la hombrera del enemigo. Tiró hacia sí y el caballero se escurrió de lado. Otros dos lo acabaron de desmontar y lo asaron a puñaladas por los huecos de las axilas.

Pedro Fernández ordenó enviar un escuadrón de cien hombres de a pie en apoyo de los suyos. A su lado, Ayala se pasó una mano por el bigote.

—Es una trampa —susurró.

—¡Calla, imbécil, que mucho sabes pero me pides ayuda! —Amagó el conde con soltarle un manotazo—. Además, tenemos gente de sobra.

Y fue al ver los de la torre que los velasquinos enviaban infantería y dejaban hueco frente al trabuquete cuando salieron del barreado. Otxoa García de Salazar lo hizo montado a la ligera, al frente de una decena de jinetes, que se fueron escorando hacia la derecha. Por el costado izquierdo, se lanzaban los de Basondo con Martín Ruiz comandándolos. A su lado, iba otro jinete con su estandarte bien visible. Portaban los de Otxoa teas encendidas y ya cabalgaban veloces como rayos hacia el ingenio, bordeando el tumulto de combate en la mitad del campo. Una estela de fuego que habría de cruzarse en el centro velasquino con los de Basondo, cargados con pellas llenas de brea. San Martín tañía cuernos como poseídos por el demonio.

El avance de la gente de a pie velasquina dejaba el trabuquete desprotegido el tiempo justo y había que aprovecharlo; una brecha en medio de las maniobras que no duraría mucho.

—¡Cerrad filas! ¡Que formen los lanceros! —mandaban los de Velasco.

Varios toques de bocina acompañaron la orden, pero los salazariegos ya se les venían encima.

Otxoa, fuego en la diestra y empleando las rodillas para guiar a su montura, mantenía un ojo en el objetivo y el otro en Ruiz de Basondo. Pudo ver de refilón que Fortuño y los suyos retrocedían a la carrera hacia el barreado. Un zurriagazo de ballestería que le pasó demasiado cerca de la cara le hizo centrarse en las filas enemigas, que ya tenía casi enfrente y empezaban a cerrarse de un lado y de otro, con cierto desorden por la sorpresa, para intentar formar a tiempo frente a la catapulta un muro de escudos y lanzas de varias líneas de profundidad.

Los de Otxoa ya describían una curva a la izquierda y los de Basondo hacia la derecha, trotando de costado frente al enemigo. El estandarte de Basondo se agitaba con exagerado nervio. El de Garay, con su fuego listo a un lado para arrojarlo por encima de las filas sobre el trabuquete y prender el combustible, advirtió que Basondo y su gente dejaban caer las pellas de brea al suelo. La cólera le deformó el rostro.

—¡Qué haces, perro!

## Dudas

*M*artín Ruiz de Basondo y Otxoa García de Salazar se cruzaron las miradas. Fue al encontrarse uno frente al otro. La presión de saberse descubierto tallada en la cara de aquél; la ira en la del otro, con los ojos negros clavados en las facciones alborotadas del bilbaíno. Un instante ensordecido de gritos. Otxoa iba por dentro, demasiado expuesto a las lanzas que lo acometían de flanco, con la formación velasquina ya cerrada. Con una agilidad que no se correspondía con el poderío de su físico, tomó lanza corta del arzón y se descolgó del costado del caballo. Sumido en la confusión del combate, Basondo apenas tuvo tiempo de ver cómo se incorporaba con la rapidez de un látigo y le tiraba una lanzada. Estuvo hábil el bilbaíno para esquivarla, pero el filo logró abrirle un corte en la mejilla que casi le saca un ojo. En su odio hacia Martín Ruiz, Otxoa había perdido la atención sobre los velasquinos. Escuchó un relincho de su caballo, los ojos del animal fuera de sí. Una punta de lanza le había entrado en el muslo hasta la moharra. La bestia se encabritó y Otxoa, que apenas sujetaba bridas, cayó de espaldas sobre la tierra. Los de Basondo no se abrieron para favorecer la huida. Refrenaron su trote en lugar de dispersarse, aprisionando a los salazariegos en un pasillo contra los hierros enemigos, dispuestos al frente entre los escudos, que seguían tirando tajos y punzadas a las patas y tendones de las monturas. A pesar de su habilidad, los jinetes perdían el control de aquellas, haciendo tumulto, chocando unos contra otros mientras intentaban descolgar sus armas de los arzones. Los que encontraron algún mínimo espacio para maniobrar tiraron sus antorchas sobre las cabezas de los lanceros, sin alcanzar el trabuquete. Un intento absurdo y desesperado por cumplir su objetivo. La distancia era demasiada y no había combustible con que incendiar. Ya solo quedaban sus propias vidas por defender. Sin escapatoria.

Viéndolos sometidos, el bocinero de Basondo descolgó su cuerno de guerra y lo sopló con brío las veces acordadas para iniciar la retirada hacia el barreado.

—Aún no hay noticias de Otxoa ni de los suyos.

Regresados del combate, los hombres de Fortuño se aseaban tras la empalizada con el torso desnudo, echándose barreños de agua por encima de la cabeza. Algunos se iban sentando sobre la hierba o sobre baúles, con las manos en la frente y el rostro aún exhausto.

Lope García, las manos a la espalda y las barbas apuntando al suelo, merodeaba

entre los hombres de su hermano. Y entre los de Basondo, allí reunidos, comiendo pan y bebiendo vino rebajado con agua. Los del bilbaíno lo miraban de reojo, de arriba abajo, impresionados por su colosal estatura, a la que no se acostumbraban. En torno a ellos, el murmullo del resto de la tropa.

—Si ha sido hecho prisionero, exigirán rescate o rendición —hablaba el de Ontón, que se hacía una coletilla con el pelo para escurrirse el agua.

Lope asintió con la cabeza. Se acercó al fiel hermano.

—Es duro y sobrevivirá al tormento —dijo en voz baja.

—Eso espero.

—Estoy seguro. Resistirá...

Alzó el pariente mayor la vista por encima de las cabezas. Entre las estacas pudo ver gran actividad en torno al trabuco, carros y jinetes subiendo y bajando de Las Carreras, la gente de a pie velasquina bien posicionada. A su izquierda, las tres bombardas en línea de asedio, calladas hasta entonces, eran ahora trajín de tropa. No tardarían en petardear por encima del muro. Lope García se acercó a Martín Ruiz. Estudió sus rasgos constreñidos de cansancio, el corte en la cara que taponaba bajo un paño. El bilbaíno se había sentado sobre un baúl, con las piernas bien abiertas, un codo sobre la rodilla y la otra mano sujetando el tejido manchado de sangre. A sus pies, un barreño. Retiró el paño y un chorro de sangre cayó sobre el agua. Se sirvió de ella como espejo. Su rostro deformado por las ondas ofrecía un tajo distorsionado y viscoso, largo y profundo. Se mordió la lengua entre los dientes y volvió a taponarlo.

—¿Por qué me miras así? —No abrió mucho la boca para hablar, procurando, quizás, reducir el dolor que le producía realizar cualquier gesto.

—Celebro que hayas vuelto con muchos hombres sanos —comentó Lope.

Afirmó con la cabeza Basondo. Apartó la mirada y oprimió un poco más el paño sobre el tajo.

—Mala suerte han tenido mi hermano y los suyos —continuó Lope García.

—Yo también he perdido tres hombres.

—¿Cómo fue todo?

—¿El qué?

—La pelea. El ardid funcionó pero no hemos prendido el trabuquete ni una sola vez. Ni una sola —remarcó con su voz de trueno.

Martín Ruiz se puso en pie, sin rehuir los ojos oscuros del IV señor de San Martín. Se acomodó la almilla ferrada con naturalidad y se situó frente a él. Levantó mucho la cabeza para poder mirarlo bien.

—No tuvimos posibilidad —explicó—. La gente de Velasco es eficaz como ninguna, de lo mejor contra lo que he combatido. Quizás no debimos provocarlos.

—No sé vosotros, pero mi hermano y los que iban con él son grandes jinetes, muy acostumbrados a esquivar y golpear.

—También los míos.

—No lo dudo, pero me parece extraña la desproporción.

—¿Qué desproporción? ¿Qué quieres decir?

Fortuño observaba los perfiles barbudos, mirándose el uno al otro.

—No digo nada. Solo que de mi hermano no ha vuelto nadie y de los tuyos casi todos.

—Hemos tenido suerte. —Basondo procuraba sonar firme, sin elevar demasiado la voz.

—Mucha —aprobó el de San Martín, seco.

—¿Te parece suerte esto? —Martín Ruiz retiró el paño.

Permitió ver a Lope la carne abierta como una rendija, desde la mandíbula hasta el pómulo izquierdo. La herida supuraba. Regresó a su baúl sin percibir en la expresión de Lope García emoción alguna.

—¿Así confías en mí? —lamentó Basondo—. No te culpo, no me conoces; pero te vuelvo a decir que he perdido tres hombres, tres —pronunció con fuerza el número. Lo reforzó con los tres dedos centrales de la diestra—. Bastante hemos tenido con jugarnos el pellejo en esta cabalgada como para tener que soportar acusaciones.

Guardó silencio el IV señor de San Martín, apretó mandíbulas varias veces, como si masticara la información para intentar dilucidar posibles verdades.

—¿Y mi hermano? —preguntó— ¿Pudiste verlo al cruzaros?

—De lejos. Luego lo perdí de vista. Fue una locura, una carnicería.

Se giró Lope hacia Fortuño. El de Ontón se cubría el torso con una camisa.

—¿Y tú? —consultaba el pariente mayor con el mismo tono de mando que había empleado con el bilbaíno—. ¿No viste nada?

Negó el fiel hermano con la cabeza y un chasqueo de la lengua. Dijo que, metido en pelea, poco podía ver. Se limitó a torcer el gesto y observar a Basondo con desconfianza contenida en el semblante; pero sin más que aportar, como testigo no se atrevía a verter una acusación directa.

Lope García se dirigió de nuevo a Martín Ruiz:

—Te atenderá el físico. Que los tuyos coman bien y descansen. Mucha riña queda aún.

Los salazariegos tardaron un día en obtener respuestas. Una jornada sin combates en la que ambos contendientes habían vuelto a observarse como felinos agazapados en la espesura, calibrando cuándo y cómo soltar el siguiente zarpazo. Velasco finalmente había ordenado que aquel día no se hiciera uso de la artillería. Prefería golpear de otro modo.

Al atardecer de la segunda jornada, con el sol sonrojando de vergüenza las cumbres montañosas de poniente, los ojos callados de los sitiados vieron cómo un grupo de cinco hombres eran llevados hasta casi el centro del campo de San Martín por varios jinetes coronados de antorchas. Desde la distancia, parecían caminar

enrillatados. Quedó claro cuando los patearon y abofetearon hasta arrodillarlos, y les machacaron la cabeza con palos hasta dejarlos tendidos, en fila. Los rociaron con aceite y les prendieron fuego. Ardieron como pábilos agitados por el viento. Los alaridos de los desdichados resonaron en la campiña. El olor a carne quemada no tardó en llegar hasta la torre.

A uno que consiguió ponerse en pie lo derribaron de un mazazo en la cara que le hizo crujir el cráneo y desencajarse la mandíbula.

—Es la gente de Otxoa. —Lope García sintió un estremecimiento en las tripas.

—Quizás nuestro hermano no esté con ellos —supuso Fortuño, desesperado el tono.

La quietud rural rasgada de gritos. Tras el barreado, la tropa contenía la respiración y estrujaba lanzas y ballestas. Lope miró de reojo a su izquierda. Basondo contemplaba la quema con expresión rígida. Advirtiendo que el IV señor de San Martín lo observaba, hinchó las aletas de la nariz con mucha afectación.

A la mañana siguiente, con los cuerpos carbonizados aún humeando sobre la campa, Pedro Fernández volvió a golpear desde la distancia. El trabuquete chasqueó, zumbó el proyectil en el aire, atravesó todo el campo de San Martín y cayó al costado izquierdo de la empalizada. La torre, muda de nuevo. Lope García se humedeció los labios y notó cómo el pulso le martilleaba en el cuello. Bajó él mismo, a la carrera, seguido por Fortuño y algunos hombres de armas.

No pudo evitar cerrar los ojos al ver el cuerpo muerto de su hermano Otxoa, revirado, con los brazos y piernas dislocados. Como una araña deforme. Lo habían desnudado antes de lanzarlo. Tenía el cuerpo lleno de cuchilladas secas, de marcas violentas, de moraduras.

Fortuño se llevó una mano a la sien.

—Lo han machacado a tortura antes de matarlo —constataba la evidencia, nada más había que decir.

Lope le pasó la diestra por la cara, ennegrecida y deformada por la paliza y el impacto contra el suelo. Una ráfaga de aire le agitó las barbas. Gimió triste la gaviota que sobrevolaba sus cabezas. Hacía frío aquel día. El pariente mayor se recogió sobre sí mismo, los brazos en torno al cuerpo, acuclillado junto al hermano traidor que demostró el coraje para volver a su naturaleza.

San Martín recibió a Otxoa con atronador silencio y ademanes desesperados. Había muerto un *jauna*, uno de los jefes. Los suyos crispaban el gesto y farfullaban «venganza». Llevaron el cadáver dentro e hicieron salir a todos los que se alojaban en la planta baja.

Lope y Fortuño le rezaron a solas, arrodillados sobre reclinatorios. El cuerpo, envuelto en un sudario, sobre el mismo gran arcón que Aritz, escoltadas sus esquinas por cuatro velones. Sin boato, aunque la altura del finado lo mereciera. Tan solo

muerte en medio de la guerra, sin tiempo para más. Le habían limpiado el agujero de una herida que le atravesaba el pómulo hasta perderse en las entrañas del cráneo. Abierta con un pico de cuervo, consideró Lope. Y le habían recolocado los huesos todo lo que pudieron. Aun así el cadáver del segundogénito se ofrecía a la vista distorsionado, con una pierna algo arqueada y un brazo torcido destacando bajo la sábana.

Lope García contemplaba el rostro muerto de Otxoa. Sobre los párpados, dos monedas, envueltos los tres hermanos en el olor lúgubre de la cera.

—¿Viste sus ojos?

Fortuño asintió con la cabeza, muy apagado el gesto.

—Aún le brillan —respondió—. Murió escupiendo en la cara a esos hijos de puta.

—Estoy seguro.

Suspiró Lope y bajó la vista. Se había acentuado en torno a la boca el rictus de la tristeza tras la muerte de Aritz.

—Perdí a mi hijo, ahora a Otxoa... —A pesar de la rabia que le trepaba por las tripas y los brazos, su voz reverberaba rebelde. Achicó los labios. Se volvió hacia el de Ontón para hablarle—: Si algo te pasara a ti..., yo... —Se le anudaban las palabras en la garganta.

—No me va a pasar nada.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Fortuño observó el perfil imponente de su hermano. Las lágrimas se negaban a brotar, prietas en los párpados del pariente mayor. Al fiel hermano se le enternecieron las facciones ante el aprecio que le mostraba una vez más. Aprobó con la cabeza la apertura de sentimientos que le brindaba, con frecuencia ocultos por la coraza de su posición.

Quedaron en silencio, atentos de nuevo a la muerte tendida frente a ellos.

—Ese Basondo —empezó a decir Fortuño—, creo que lo vendió.

—Es posible.

—Pero no podemos probarlo. Y regresó sin tres de los suyos.

Los rasgos del primogénito abandonaron la fragilidad momentánea, pronto se endurecieron de dudas.

—No podemos; pero si en verdad no está con nosotros, tarde o temprano se equivocará y yo estaré ahí para verlo...

Las siguientes jornadas tronaron las bombardas. El aire se llenaba de un humo blanquecino y denso, un humo pesado y aterrador que esparcía su olor acre por el campo de San Martín, inundando los pulmones de los sitiados, provocando su tos y su llanto. La nula efectividad de los truenos para hacer blanco igualaba el temor que provocaba en los más mozos y en los menos acostumbrados a luchar, campesinos que



se llevaban las manos a las orejas y apretaban los dientes a la vez que intentaban apaciguar el llanto de sus mujeres e hijos, anegados por los orines del miedo que provocaba el escuchar ese terrible petardeo que les machacaba los oídos. La gente de tropa sí mantenía los arrestos, más acostumbrados a tales armas. Aun así, el impacto de algunos bolaños del trabuquete contra la fachada principal de la torre les hizo estremecer la expresión casi tanto como a los labriegos. Temblaban los muros del edificio, los pedruscos reventaban y caían hechos cascotes. El primero mató a una lencera, a la que le abrió la cabeza, e hirió grave a un balletero protegido con celada. Aquello obligó a que los del patio tuvieran que arrejuntarse contra la muralla para procurar evitar la lluvia de añicos.

Se combatía desde la distancia, evitando el enfrentamiento directo: los sitiadores, porque no lo necesitaban; los cercados, porque era demasiado arriesgado. Tan solo hubo algunas escaramuzas de ballestería contra los bombarderos; rápidos intercambios de disparos con los que llevarse a alguno por delante. Las intontas salazariegas lograban refrenar la ya de por sí lenta carga de los truenos. El éxito relativo de los ataques infundía ánimo a los de San Martín.

Lope García escudriñaba en los ojos de su gente para evaluar su resistencia mental. Varios días después de la muerte de Otxoa, había aún quien lo lloraba y besaba la mano al *jauna*, rezando para que no corriera la misma suerte, porque sin él estarían perdidos.

Las viandas y bebidas menguaban. Y poco a poco se fue aposentando, saltando de boca en boca, la idea de que si se agotaban, y no lograban poner remedio al cerco, estarían acabados. El temor se iba deslizado entre los más débiles, sibilino como las frías nieblas que surcaban San Martín. Fue en aquellos días cuando Martín Ruiz de Basondo y algunos de los suyos comenzaron a merodear el cierto desánimo que descolgaba los semblantes de los campesinos. Se acercaban a conversar y, entre palabra y palabra, les preguntaban si no era aquel trance demasiado mal para ellos, más gente de tierra y viña que de pelea, aunque las circunstancias obligasen. Primero los inducían con voz nítida y rotunda a luchar y defender sus vidas, luego bajaban la voz y susurraban una sombra de duda acerca del sentido de aquella resistencia contra un enemigo tan superior, de la posibilidad de que una rendición negociada fuese mejor fin que jugarse la vida contra las armas y el hambre, pues esta última puede ser aún más fiera que aquellas.

Así esculpían el miedo, golpe a golpe, titubeo a titubeo, insinuando entre alabanzas a Lope García de Salazar; si no sería también todo aquello una obstinación de su *jauna*, movido por el odio y el ansia de venganza, el mantenerse allí parapetado, arrastrando a todos los demás. Les decían que al menos los que se habían ido con Velasco disfrutarían de tierras y una paz garantizada por el único gobierno del señor más poderoso que las tierras vizcaínas pudieran tener. Y esta última observación la acompañaban con algunos reales de plata, entregados como al descuido, que aconsejaban bien guardar por si algún día lograban salir vivos de allí,

cosa que quizás solo sucediese si tenían la destreza para pactar. Y terminaban su trabajo de cantero levantando la voz para alabar al IV señor de San Martín y desplegar de boquilla todo su odio hacia la casa de Velasco.

Aquel rumor de incierto proceder caló bien en los campesinos. Los pobres..., esos peones de los poderosos entre los que la inducción al miedo se contagia y esparce con más facilidad.

Movido por la necesidad de hacerle frente, Lope se reunió con los demás jefes, algunos escuderos y sargentos. Una noche en la que los asaltantes habían decidido tomarse un descanso.

Los nobles, sentados a la mesa; el resto, de pie en torno a ellos.

—He oído la palabra rendición. —Así abrió el encuentro. Sentado a un extremo de la mesa, se dirigía a todos los presentes.

—Por fortuna solo en boca de labriegos —matizó el de Ontón.

—Lo que quiero saber es por qué.

—Quizás la muerte de Otxoa García... —conjeturó uno—, y que los días pasan sin que podamos hacer otra cosa que esperar.

—Y está la comida —dijo otro—, al final se acabará.

—Son buenos criterios para campesinos. —Lope ladeó la cabeza, no muy convencido—. Pero vosotros sois gente de pelea.

—Nosotros no dudamos —aseguró un tercero.

No parecía que el encuentro fuese a conceder informaciones más precisas cuando el pariente mayor extrajo de su escarcela una moneda.

La hizo bailotear entre los dedos de la diestra con mucha habilidad hasta detenerla entre el menique y el anular. La tomó con dos dedos de la zurda y la arrojó sobre la mesa. Todos observaron la moneda girando sobre sí misma, hasta que se detuvo.

—¿Sabéis de dónde ha salido? —preguntó sin levantar la vista de ella, los codos sobre la mesa y los dedos entrelazados frente a la boca.

Hubo intercambio de miradas. Luego volvieron la atención al *jauna*. En sus ojos oscuros se acrecentaba un fulgor.

—Por lo visto —continuó al no recibir respuesta—, hay más de una circulando por ahí en manos poco acostumbradas.

La expresión de Martín Ruiz de Basondo, sentado al otro extremo, era como la de los demás, expectante, con la boca entreabierta y el ceño arrugado, sin traslucir emociones. Un vendaje le ocultaba media cara desde el pómulo hasta la mandíbula. Pero a diferencia de ellos no pudo evitar por un momento bajar la vista. El de San Martín no había llegado a fijar su atención en él. Hablaba y estudiaba indistintamente a unos y a otros.

—Hay manos de campesinos —siguió Lope— a las que les escuecen aquellos dineros que no le son dados por mí.

Muñatones hizo un gesto con un dedo y enseguida apareció un peón con jubón de cuero. Traía del brazo a un mozo vestido con sayo. Se volvieron todos hacia el

muchacho. Timorato de mirada, sus ojos no se levantaban del suelo. Mantenía las manos prietas sobre el regazo.

—¿Tienes algo que decir? —interrogó Lope García.

Afirmó con la cabeza el joven labriego.

—¿El qué? —apremió el *jauna*.

—Él.

Tuvo redaños el mozo para llevar su atención hacia Basondo. El bilbaíno sintió cómo se le encogían las tripas.

—¿Yo qué? —se atrevió a decir.

—Me disteis esa moneda.

—¿Y? —Miraba Martín Ruiz a Lope García en lugar de al mozo con aire de desconcierto muy acusado—. ¿Qué pasa? ¿Qué es todo esto? ¿No puede uno repartir buenas monedas entre quienes lo pasan mal?

Tanta palabra seguida le tiraba de la sutura bajo la venda. Notó el dolor agudo de la carne al rebelarse contra los puntos.

Lope chasqueó dos dedos para que el campesino siguiera hablando.

—También me dijo que rendirse es una opción si sirve para seguir viviendo, y que esta resistencia no tiene sentido salvo para morir.

No sonaban naturales tales términos en la boca del muchacho, sino pronunciadas por alguien con más hechuras para expresarse. Hubo un silencio aterrador. Aterrador para Martín Ruiz y para el pariente que lo acompañaba, de pie a su izquierda. Las pupilas de unos y otros se fueron estacando en ellos. El bilbaíno se mantenía firme.

Lope se puso en pie. Su sombra se proyectó sobre la mesa, larga y terrible, recortada por los fuegos. Miraba a Basondo con los ojos muy abiertos; esas fauces de lobo hambriento capaces de absorber aquello en lo que se fijaban.

—Ya sabemos quién ha intentado jodernos desde que llegó —acusó esta vez sin fisuras. Ahora sí flaqueaba la entereza de Martín Ruiz. Sentía las rodillas temblequeando bajo la mesa.

—¡Mátalo! —chilló uno.

—¡Eso! —apoyó otro.

Cuando Basondo quiso echar la mano al cinto, ya tenía un filo de cuchillo apuntándole el cuello bajo la barba. Perico *el Oso*, bien situado a su espalda, lo había trabado y amenazaba con cortar carne. Lo forzó a levantarse. A su pariente, un tipo de rostro grosero, ya le habían echado mano entre otros dos. Intentó un forcejeo absurdo con el que solo logró que un bofetón le restallase en la cara. Lope bordeó la mesa por la diestra hacia Martín Ruiz. Los que ocupaban ese costado se retiraron raudos para cederle el paso. Cuando lo tuvo enfrente, lo encaró. La dispar altura entre uno y otro parecía aún mayor.

—Así que el viejo halcón te llaman en tu tierra... El viejo cabrón, diría yo.

El Oso retiró el cuchillo y Lope le echó la zurda al cuello, voraz como una tenaza. Basondo sacudió la cabeza.

—¡Suéltame!

—¡Calla, cabrón! ¿Creías que no me enteraría? ¿Cuánto te ha pagado Velasco? — Era tal el brío en el tono del pariente mayor que no se escuchaban ni las respiraciones, ni los roces de ropas al moverse la gente inquieta. Nada salvo su voz, fuerte y rocosa.

—¡Nadie me ha pagado! ¿Qué dices?

—¡Y mi hermano! ¡Dejaste que lo apresaran!

—¡Mentira! ¡Estás loco!

—¿Dices que el muchacho miente? —señaló Lope con el dedo al mozo sin dejar de mirar a Basondo.

—¡Lo digo!

El viejo halcón sudaba como un cochino. En la sien una vena caudalosa palpitaba a punto de desbordarse. Había enrojecido como si se hubiera trasegado un odre de vino él solo. A cada pregunta de Lope García discutiendo su verdad, Basondo pestañeaba. A cada pestañeo, la expresión del señor de San Martín se endurecía aún más.

—¡Mátalo, *jauna*! —volvió a increpar otro.

El pariente de Martín Ruiz, sintiendo la punta de un puñal hincándose en la papada, se derrumbó antes que él.

—¡Dile la verdad!

Al escucharlo, Basondo cerró los ojos, abatido, sin posibilidad de seguir discutiendo, a pesar de que la moneda, el campesino y los nervios ya lo habían delatado. Aun así, tuvo coraje para que su señorío lo indujera a alzar el mentón, soberbio, ante Lope García de Salazar.

—Sí, lo he hecho —confesó—. Lo he hecho por los míos, para asegurar la buena posición de mi casa. Velasco no se conformará con la tierra encartada. Cuando termine contigo, será mejor estar de su lado.

Había en sus explicaciones un rastro de gallardía, y quizás de súplica, como si esperase alguna suerte de comprensión. Sintió el ardor de la herida al supurarle bajo la venda.

Gruñó el Oso y torció el brazo de Martín Ruiz, que ahogó un quejido. Lope sintió su aliento caliente.

—Eres un hombre práctico que mira por sus intereses —concedió escudriñando en sus ojos—. Tanto como un hijo de puta.

—¿Qué vas a hacerme?

—¿Sabes qué le pasó al hombre que te sujeta?

Abrió la boca Basondo, mudo, como el boqueo de un pez.

—Los marroquines, tus amigos de ahí fuera... —Hundió Lope las uñas en el cuello, igual que a Otxoa no hacía tanto—. Como decían que hablaba mucho, que era un bocazas, buscaron la forma de callarlo para siempre... Pero al menos le dejaron la barba en su sitio.

—No, la barba no...

Crecía la exaltación en los ademanes de los salazariegos ante la sentencia que se presagiaba.

Algo después Martín Ruiz de Basondo, las manos atadas a la espalda, montado sobre un burro, aparecía con la cabeza y la cara sin pelo. Le habían mesado el cabello y las barbas a tirones. A sus hombres los desarmaron, les rompieron los brazos con los cascotes de los bolaños para que no pudieran combatir y los desnudaron. Amanecía cuando los sacaron encordados de pies y manos hasta poco más allá del barreado. Y allí los dejaron, con el gélido gris de la mañana clavándose en la piel como punzones.

—Bueno, se ve que los han descubierto. —Pedro Fernández de Velasco, bajo el álabe de su tienda, meneaba la cabeza con desaprobación al ver a Basondo y los suyos desfilar hechos unos guiñapos.

Había mandado que los limpiasen y curasen, o apestarían con su hedor todo el campamento. La humillación de Martín Ruiz se agravaba por la deshonra de haberle sido arrancada la barba.

—Al menos nos ahorraremos unos maravedíes —rió su pariente de Balmaseda.

—Siempre igual... Esto me pasa por confiar en gentucilla analfabeta que, de tan barata, luego pasa lo que pasa.

—Para qué pagar más, esta gente no lo merece.

—Tampoco es que tuviera mucha confianza en él, pero había que intentarlo...

Que Lope García de Salazar hubiese descubierto el cometido de Basondo en nada alteraba los planes. Así se lo hizo saber al resto de parientes mayores, a los que la noticia les hizo torcer la boca. Los días siguientes continuaron los bombardeos. Las dudas entre los sitiados se habían disipado. Resistían y escaramuzaban con singular bravura. Hasta los propios campesinos habían recobrado el ánimo y se ofrecían al *jauna* para tomar las armas.

Y así pasaba el tiempo en San Martín. Los largos días de combate, las noches en tensión a la espera de amenazas en la oscuridad. Crecían las barbas, se ensuciaban las ropas y menguaba el almacén y la fresquera, cada vez más desprovistos de trigo, salazones, carnes... Pero aún con lo suficiente para seguir soportando el asedio.

Llegaron los embates del invierno. El tiempo adverso es tan mal aliado de sitiados como de sitiadores. El cerco se alargaba más de lo previsto y un rumor se fue extendiendo por Las Carreras cuando, tras varias semanas de desgaste sin visos de rendición, un mandadero real descabalgó de su montura frente a la magnífica tienda de Pedro Fernández de Velasco.

Éste comenzó a leer la carta que le traía. Con cada palabra se le iba apretujando más la frente, y el párpado del ojo bueno retemblaba más y más a cada renglón. Al terminar, dobló el pliego con delicadeza cortesana y lo dejó sobre el escritorio. Luego

hizo llamar a los parientes mayores y su gente principal. Los mantuvo en pie frente a él, sentado en silla de caderas sobre un estrado, altivo, por encima de sus cabezas.

—El rey me necesita —explicó sin más.

La incertidumbre se posó en los gestos de los nobles. Se miraban unos a otros. Ayala se rascaba la perilla.

—Pero aún no hemos sometido a García de Salazar —lamentó casi con tono pueril.

—¿En serio? —ironizó el conde de Haro con desprecio. Obvió revelar que el rey Juan se había impacientado hasta el extremo porque el sitio de San Martín suponía mucho esfuerzo, demasiado para solo someter los desmanes de un encartado.

Se guardó también de contar que el monarca le acusaba de no cumplir su promesa de dar escarmiento a Lope García con la presteza debida.

—¿Concede algún plazo? —le preguntó Fernando de Velasco, su pariente de Balmaseda.

—Hasta finales del invierno. Después mandará a un alcalde de corte para imponer treguas.

Sánchez de Anuncibay soltó un soplido.

—No es suficiente —se quejó—, esos salazariegos aguantarán hasta entonces, aunque Portugaleta no pueda acudir en su ayuda.

Las noticias que llegaban cada pocos días desde la villa del abra indicaban que el control de los caminos era eficaz; aunque los portugalujos, duros como el acero, bien protegidos tras sus muros, se lo ponían difícil con continuas escaramuzas y algunos choques armados que cerca estuvieron de romper el control de una de las vías de salida.

Velasco se levantó y permaneció de pie sobre el estrado, las manos enguantadas en gamuza a la espalda, su ojo torcido estudiando a unos y a otros. Vestían todos de combate. Olían a sudor. El olor restaba eficacia a los innumerables candiles perfumados que alumbraban la tienda. Descendió los dos peldaños y se aposentó sobre las mullidas pieles de oso que embellecían el suelo.

—Ya veo que ponéis la misma cara de siempre: ¿y ahora qué?

Se dirigió hacia una panoplia decorada con el blasón velasquino, sujeta a un poste de la altura de un hombre. Sostenía cruzadas dos espadas de mano y media, sus mangos presentaban incrustaciones de marfil. A su lado, colgaban de un bastidor las distintas partes de la armadura del conde. Junto a éste, su cota de malla dispuesta sobre una percha vertical. Acarició las anillas que la componían, absorto, quizás intentando dar forma a alguna idea. Al fin se volvió hacia los jefes. Sus párpados se habían entornado hasta la perfidia.

—Si no podemos entrar por arriba —comenzó a decir—, entraremos por debajo...

## La alternativa

—**E**s cayuela, roca fácil de cavar.

Fue el dictamen de Alfonso de Medina, ingeniero, hombre cercano a la cincuentena, pelo blanco y rostro afilado. Muy diestro en la construcción de máquinas de cerco. Experimentado también en tareas de cava y zapa.

Pedro Fernández de Velasco se pasó una mano por la cara y continuó evaluando el mapa de operaciones desplegado sobre el caballete.

—¿Dará tiempo? —consultó.

Medina se llevó el pote a la boca y sorbió el vino, despacio. Miraba a algún lugar de la tienda, ido en apariencia.

—Habrás que cavar muy profundo para evitar su foso. —Estrujó los labios, como calculando—. Día y noche. Pero dará.

—Pues no se hable más —palmeó el conde de Haro—. Organiza a los gastadores y ponte a ello.

Cavarían una mina de zapa hasta alcanzar los cimientos de las dos murallas y derribarlas junto con parte del barreado. Era el plan. Y San Martín no tardó en darse cuenta.

—Planean un túnel para intentar echar la muralla abajo. —Lope García se echó la capa encima y apoyó sus manos sobre el pretil de la terraza.

Observaba junto a los suyos cómo los velasquinos adelantaban la línea de asedio y cambiaban la posición de las bombardas, situándolas a apenas cincuenta pasos del barreado en el ángulo oeste. Las tropas formaban con varias líneas de infantería ligera y pesada protegidos por una primera fila de paveseros. En retaguardia, otras tres filas de caballeros con armadura montados sobre sus bridones. Por las costaneras, varias filas de caballería ligera. Y allí se habían detenido, en el centro del campo de San Martín, perfectamente escuadrados.

El pariente mayor se llevó una mano a los ojos para mitigar el deslumbramiento del hilo de sol que se filtraba como una cuchillada entre el arrumbe de nubes. La cortina de luz caía sobre la columna de zapadores y carros que, tras la hueste, avanzaba hacia el extremo suroeste de la muralla.

Fortuño restregaba los labios uno contra otro. Sintió en el inferior las puntas de los pelos del bigote. El aseo natural de su rostro se había ensombrecido bajo una barba ligera y poco cuidada.

—Les han entrado prisas —valoró.

—El cerco se les alarga más de lo esperado —añadió Muñatones.

Lope, silencioso, continuaba concentrado en la observación.

—Nos hostigan para evitar que combatamos a sus gastadores —continuó su hombre de confianza.

El de Ontón examinó la silueta de su hermano. También sus barbas se habían recrecido y el cabello, más largo, le ocultaba las orejas. El desgaste no le hacía perder su brutal elegancia. En su mirada firme se perfilaba la única decisión que el IV señor de San Martín podía tomar; se acabó el intentar erosionar la moral de los velasquinos mediante el paso del tiempo. La audaz amenaza de la mina forzaba a combatir cara a cara. Y a cavar una contramina.

El fin se acercaba. Así se lo dijo Lope García de Salazar a todos sus hombres. Velasco venía con todo, dispuesto a entrar en San Martín sin más dilación. Cuando conocieron las intenciones del conde, a nadie le tembló el gesto. Eran Salazares, los más combativos, empecinados como la muerte. Al contemplar sus expresiones aguerridas, sin atisbo de duda, a pesar de la peste que desprendían, de verse más delgados por la tensión y porque en las últimas jornadas habían racionado los alimentos, Lope supo que lucharían hasta el final.

Ordenó que le rapasen el pelo. Dejaron solo un mechón corto y plano en el centro.

Se retiró a su aposento. Las luces de los fuegos describían sombras en sus sienes, en su nuca, en su frente. Las protuberancias de los huesos, la barba frondosa y encuadrada le esculpían un aspecto aterrador. Un silencio frío se deslizaba tenebroso como una sombra por el interior de la torre, una sombra que se adhería a las paredes, a los muebles, a los escudos, a las puertas, a las cortinas... Lope pudo sentirla a su lado cuando se arrodilló bajo las trece estrellas ganadas al moro, refulgentes sobre el fondo rojo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Rezó y pidió fortaleza para el envite definitivo, rogó para que Dios le concediera venganza por la muerte de su hijo, farfullando la súplica para sí en un siseo grave. Se dirigió a un anaquel y rescató del interior de un cofrecillo repujado de oro y plata uno de los dibujos a carboncillo de Aritz. Un autorretrato en el que el muchacho fingía no llevar muleta, en el que la deformidad de su pierna había sucumbido ante un físico imaginado, nacido de sus anhelos. Acarició su figura y cerró los ojos. Lágrimas caudalosas se desprendieron de sus pestañas, recorrieron sus facciones abruptas, se perdieron entre las barbas. Su aspecto rasurado y violento se había diluido bajo la amargura de los sentimientos.

—Ha llegado la hora de hacerte mis justicias, hijo mío... Y tú me ayudarás.

Duró apenas un instante el semblante de la tristeza. Pronto regresó a su rostro la expresión embrutecida que provoca el rencor. Lavó sus manos en un aguamanil. Las restregó despacio mientras contemplaba el escudo de combate que colgaba de la pared frente a él. Se secaba con un lienzo, concentrado en la pieza de punta semicircular heredada de sus antepasados. Pasó un dedo por el metal herido de mellas, saltado el esmalte dorado y bermejo en algunas partes. Destacaba una



hendidura alargada, el eco de una punta de lanza. Así lo habían querido dejar, recuerdo de antiguas glorias guerreras del linaje.

Tomó asiento frente al escritorio, dio la vuelta al papel con la ilustración, untó cálamo y comenzó a escribir.



Envió el mensaje de un lanzazo. El dardo con la cuartilla enrollada en torno a la vara quedó clavado en la hierba, no tardó en llegar a las manos de Pedro Fernández. El conde levantó las cejas ante la figura de Aritz en el papel. Tuvo que releer uno de los fragmentos:

He rezado a Nuestro Señor para que me permita darte castigo. A ti y al hombre de piel tan blanca y pelo rubio que seguro te acompaña. Poco falta ya para poner fin a vuestra grandeza...

Ahogó el conde una risita con el puño, pero el tembleque en el párpado se obstinaba en contradecir su aparente indiferencia ante la amenaza.

—Palabras propias de un hombre desesperado y nada cuerdo —se dijo en voz alta—. Ve cerca su fin.

Rasgó el papel una y otra vez hasta no dejar más que unos despojos arrugados. Los dejó caer sobre el suelo de la tienda.

Juan Pagoeta culebreó entre los caballos amarrados a los postes hasta la zona baja del campamento. Pisó el pie de alguien que dormía en el suelo y escuchó un gruñido. El soldado dio media vuelta bajo su capote y siguió roncando. El soportano, embutido en el suyo, miró alrededor. Lo rodeaban decenas y decenas de bultos bajos sus mantas; lo único que los separaba de la hierba húmeda, fría e ingrata. Muchos que, como él, compartían la desdicha del que tiene poco y opta por arriesgar la vida para poder comer. Antes de entregarse al sueño, habían hablado con un centelleo en la mirada acerca del plan urdido por Pedro Fernández de Velasco. La caída del muro sería un espectáculo para quienes pudieran presenciarlo sin combatir.

Avanzó en la penumbra salpicada de rescoldos humeantes que quedaban en tierra bajo los pucheros de las cenas. El aire olía a vino y a grasa. Solo se percibía algo de luz hacia el centro, por el resplandor de los fuegos que alumbraban las tiendas de los grandes señores. Desde allí le llegaba el rumor apagado del bruñir hierros, de las conversaciones en torno a las posibilidades que depararía la cava y el combate junto al barreado, del saboreo de inminentes botines.

Se volvió hacia la inmensidad nocturna y continuó avanzando hasta alcanzar el

paso de ronda. Se abrió una grieta en el cielo y la luz pálida de la luna se derramó sobre su rostro lívido. Un fantasma vestido de negro. Pudo ver allá abajo el espectro de San Martín, cincelada la muralla interior de fuegos; un espectro plateado de luna en medio de la oscuridad, un alma en pena consumida en sus últimas luces frente al ejército desplegado ante sus muros. Pagoeta escuchó el rugido espumoso del mar, el gemido nervioso de una alimaña hambrienta. Tomó aire por la boca y lo dejó escapar muy despacio. Percibía las puntadas en el estómago propias de la incertidumbre, el corazón batiéndole en el pecho como un tambor. Velasco le había dicho que su momento se acercaba.

Comenzaron las labores de cava y zapa. Y con ellas los combates. Las bombardas alternaban disparos, volvían a llenar de humo el campo de San Martín. Los enfrentamientos en el barreado se iniciaron con un infernal intercambio de ballestería que buscaba causar las primeras bajas. Chasqueaban contra la piedra del muro exterior los proyectiles perdidos que no lograban penetrar carne. Hubo algunos muertos y heridos en ambos bandos. Luego llegaron las primeras cargas de la infantería ligera velasquina. En cada una, varias decenas de jinetes maniobrando con velocidad, armados con ballestas y lanzas cortas, embrazando adargas o rodelas, galopaban con extrema ligereza, como rayos, muy cerca de las estacas. Una sucesión de rápidas pasadas de flanco a flanco del barreado con la intención de ir taladrando la moral de los sitiados, forzándolos a cambiar de posiciones, cansándolos y causando puntos débiles tras la empalizada.

Casi un cuerpo a cuerpo, apenas separados unos palmos por el puercoespín. Hostigaban sin descanso, una oleada tras otra. Cuando un grupo terminaba su carga, ya llegaba el siguiente, escorándose a un extremo para entrarles por el costado izquierdo y pasar descargando ballestazos y arrojando sus lanzas. Los cercados se defendían con mucho aplomo, a pesar de la dificultad de hacer blanco en tan ágiles objetivos.

—¡Lanzas al frente! —los sargentos de tropa salazariegos se desgañitaban. A cada pasada de caballería, las moharras de los peones lanceros ya asomaban, enhiestas entre los maderos—. ¡Vamos, que ya están ahí!

Los que llevaban archas y bisarmas alanceaban al frente buscando herir patas con sus filos o derribar algún jinete con sus pinchos o enganchándolos de los petos. Cuando a alguno le acertaban, el caballo doblaba rodillas y el jinete caía con él, a merced de los proyectiles.

—¡Ni un hueco libre!

Uno de los jefes de ballesteros de San Martín iba de una punta a la otra del barreado, muy erguido, asomando la cabeza por encima de las defensas, jugándose un tiro en la cara.

—¡Vamos, cabrones! ¡Seguid cargando, seguid!

Y así pasaban los días. Alaridos, bocinazos, chasqueo de hierros, traqueteo de ballestas, retirada de heridos y recogida de cadáveres.

Ajenos a ello, muy a lo suyo, el ejército de gastadores velasquinos armados de picos, palas y hachas trabajaban a destajo en la apertura del túnel, avanzando con toda la rapidez posible, muy bien protegidos por varias filas de lanceros y paveseros que los cubrían en cuadro.

Alfonso de Medina se introdujo en la zanja acompañado por un gastador. La herida abierta en la tierra, en la que cabía en pie un hombre de buena altura, cobró luz bajo las lumbres que portaban. Ya habían avanzado muchas varas y el arranque del túnel se iba curvando y dirigía sus fauces negras hacia lo profundo. Los fuegos les permitieron ver los primeros tablones, muy bien hundidos en el suelo, unos verticales y otros cruzados sobre las paredes de la mina, apuntalando las placas de madera del techo. La mina era sólida, cavada con pericia militar, con todo el entablamiento muy bien asentado. Olía a humedad, a entrañas cerradas, a podredumbre de tierra mojada. Los gritos y choques de pelea del exterior les llegaban como un fragor amortiguado.

Medina alargó la tea y estudió la tierra negruzca sobre su cabeza, surcada por bichejos que aparecían y desaparecían por entre las grietas. Golpeó una de las tablas cruzadas con la palma de la mano. Afirmó con la cabeza, convencido de la calidad del trabajo.

Desde el patio, San Martín se esforzaba en la misma tarea de cava y zapa; pero con menos medios, menos costumbre, menos capacidad. Uno de los capataces que trabajaba en las veneras de los montes de Triano no paraba de dar órdenes a los peones para que siguieran cavando y entibando como si les fuese la vida en ello, que les iba. Revisaba con denuedo la entibación, santiguándose y rogando para que el terreno no cediera y acabase con ellos enterrados; más acostumbrado, como estaba, a picar al aire libre. Debían cavar mucho y muy oblicuo para intentar situar su túnel por debajo del de los sitiadores y provocar el resultado contrario al que aquellos pretendían: derrumbar su mina y cortarles así el paso. El tiempo corría en su contra y la falta de gente de refresco, con la que sí contarían los velasquinos, le hacían mirar a Lope García de Salazar a la cara para decirle sin llegar a abrir la boca que no les daría tiempo, que los de Velasco acabarían antes.

—Se agotan las viandas y los hombres pierden fuerza —justificaba.

—Hay que seguir —refrenaba sus dudas el propio Lope.

—Rezo para que hayamos acertado con la dirección de su túnel.

Pero no lo hicieron. No era fácil cruzarse. Nunca los oídos pegados a las tablas de madera llegaron a escuchar cercano ni el golpeteo de picos ni el roce de palas que los otros debían producir. Y los rostros sudados y barbudos de los que cavaban,

embrutecidos de cansancio, se fueron apagando. Comprendieron que no lograrían detener el avance subterráneo del enemigo.

Lope García se reunió en el salón con Fortuño y Fernando de Muñatones. Ojerosos los tres, sucios, apestando la noble sala a sudores y a la pólvora de cada bombardazo. Uno de los bolaños logró golpear el muro. Escucharon el jaleo de júbilo enfervorecido de los velasquinos al ver la mella ennegrecida en la piedra.

La cara de Muñatones apenas era una conjetura rolliza, picoteada de una barba pobre más propia de un mozo, pero los tres rostros destilaban el mismo aire díscolo de determinación y lucha hasta el final.

—Poco queda de comer y perdemos gente en el barreado —dijo.

El de Ontón se humedeció los labios agrietados antes de hablar:

—El plomo de la tropa no servirá si esos cerdos consiguen entrar.

Los dos hombres estudiaban el perfil concentrado del pariente mayor. De espaldas a ellos, sus ojos se habían detenido en las llamas de una de las teas de la pared. Situado muy cerca, casi sentía que se quemaba. Pero no se apartó. De fuera llegaba el ruido de la guerra. Amortiguado por los muros y las ventanas cerradas, parecía suceder en otra tierra y en un tiempo ajeno al suyo.

—Saldremos con todo —anunció. Callaron los otros. La solución final supondría la caída de San Martín.

—No tomarán la casa sin lucha, y nos llevaremos a unos cuantos por delante —añadió Lope.

—Sea —apuntó Muñatones, muy convencido en el tono.

Afirmó con su silencio Fortuño.

Sus expresiones no ofrecían resquicio de sorpresa. La decisión había sido tomada por el IV señor de San Martín hacía días, a solas, sin planteárselo a nadie. Su cabeza rapada, lista para encajar las capas de protección y la barbuta, hablaba por él.

Lope García pidió que lo dejaran solo. Mandó a dos de sus escuderos que dispusiesen sus prendas de combate, armadura y sobreveste.

Alfonso de Medina giró la cabeza hacia la entrada del túnel. El haz de luz diurna que anunciaba la entrada quedaba ya lejos. El rumor de la refriega era ahora menor. Ambas tropas se concedían un descanso. Aquella mañana habían alcanzado el ángulo del segundo muro. A su alrededor, envueltos en la luz de las lumbres, una docena de hombres observaba la montonera de tablas y ramas a sus pies, muy cargadas de pólvora y pez, que acababan de apilar bajo el barreado y bajo los cimientos de la muralla. El ingeniero asentó con la suela un par de troncos mal colocados y luego pasó la yema del dedo por una de las tablas para asegurarse de que estaban bien empapadas de combustible. El tacto pegajoso se lo confirmó.

—Un buen trabajo —masculló para sí.

Hizo un gesto a los hombres para que salieran, salvo a otros dos que aguardaban

unos pasos tras él, junto a las montoneras situadas debajo del ángulo del primer muro y el barreado.

Cuando hubieron marchado, Medina y los otros dieron fuego a los montones. La madera rugió al prender, treparon raudas las llamaradas por las tablas del entibamiento. Medina y los gasteros salieron sin necesidad de correr. El derrumbe tardaría parte de la jornada en producirse.

Llovían infiernos sobre San Martín. El mar encrespado rugía rabioso al esculpir olas de espuma brava contra las rocas, grandes y poderosas bajo un cielo negruzco de tormenta. Se escuchaban crujidos de truenos lejanos. Los rayos encrespados como ramas fustigaban el agua sobre el horizonte, rasgaban la oscuridad. Las bombardas habían dejado de tronar y el trabuquete de escupir. El marrón del barro se comía a dentelladas el verde de la hierba bajo los pies de los cientos de velasquinos que formaban escuadronados a pie y a caballo en el centro del campo. Ya no arreciaban bocinas, ni se agitaban estandartes. Ya no hacía falta. La coalición velasquina y la resistencia salazariiega sabían que se jugaban la victoria y la vida en una última contienda. A campo abierto; a la desesperada para los cercados, sobre seguro para los asaltantes.

Juan Pagoeta formaba en las últimas filas de gente de a pie, tras la infantería encrestada de lanzas. La lluvia le empapaba el pelo, desparramado sobre la frente como una masa rubia y pegajosa. Mostraba su habitual rigidez y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante. Igual de frío que siempre, a pesar de verse en semejante intervención guerrera; de la que, quizás, no saldría vivo. Más alto que quienes lo rodeaban, sus ojos helados de serpiente se veían muy atentos a lo que sucedía por delante de él entre las varas de fresno de las lanzas y tras el barreado. Sus hombros subían y bajaban por la respiración. Protegía el torso y parte de los muslos con brigantina negra de piel muy remachada. Puñal, pico de cuervo al cinto y rodela en la zurda. Una prenda fuerte y resistente que acentuaba su aspecto de reptil. Había sido el propio Pedro Fernández de Velasco quien le proporcionó tal protección para asegurarle una mejor defensa, pero le negó el capacete para protección de la cabeza. El soportano debía ser reconocible.

«Llegó la hora de liberar tu odio», le había dicho el conde en su tienda.

Pagoeta le había respondido con un gruñido seco y una leve inclinación de cabeza. Velasco escupió una risita.

«Digna de atención esa inquina hacia los poderosos propia de las gentes bajas, que los detestan solo por no poder ser ellos los que manejan los dineros... —se había puesto Velasco a hablar en voz baja. No demasiado. Lo hacía mientras se giraba un poco, aunque el oído del soportano debía de ser agudo. Pedro Fernández sonrió, quizás intuyendo algún gesto mínimo en el rostro del otro—. Pronuncio pensamientos que no entiendes. No emplees tu ímpetu en intentar comprender. Guárdalo para un

cometido asequible para ti: irás con un grupo de mis mejores hombres de a pie y deberás atraer a Lope García. Cuando te vea, su rabia lo cegará. Lo quiero muerto. Irá cadáver hasta Segovia. Tú asegúrate de que te sigue, mis hombres lo matarán».

El soportano sintió una opresión en las tripas. Sus facciones heladas no ofrecieron matiz alguno de nerviosismo ni de ira. Ante lo apabullante de aquella frialdad, Pedro Fernández se lo quedó mirando con un punto de intensa curiosidad.

«¿Por qué lo hiciste? —preguntó—. A un hombre que seguro que te ofrecía buena cama y mejores viandas».

«Alguien tiene que pagar por el sufrimiento de la gente como yo —explicó tras un silencio Pagoeta con voz más arrastrada de lo habitual, como si revelase un secreto. Alzaba ahora la diestra, con los dedos índice y corazón unidos apuntando al cielo. En tal pose, vestido de negro, recordaba a un ser demoníaco propio de un libro religioso—. Yo le elegí. Podría haber sido otro, pero yo decidí que fuera él quien pagase por todos los insultos y desprecios sufridos por los que son como yo».

«¿Como tú? ¿Qué todos? ¿Los pobres, quieres decir?», el conde de Haro no se esforzó en evitar el tono burlón.

No confirmó el soportano, pero en sus pupilas acechaba un brillo afirmativo. Eso y algo más. Un rescoldo oscuro de que algo no le funcionaba bien en la mente.

«¿Y a mí no me vas a elegir?», moderó Velasco la guasa, tanteándolo.

«Con uno es suficiente para demostraros a todos que no es tanto vuestro poder...».

Viéndolo así, el conde se pasó una mano por la boca para hacer ininteligibles sus siguientes palabras:

«No es más que un loco. Justo lo que suponía...».

Pagoeta, aún con la mano levantada, deslizaba una ojeada rápida por las riquezas que refulgían en cada rincón de la tienda.

«Cumple con tu trabajo —añadió Pedro Fernández— y tendrás todo cuanto quieras. Te ahogarás en esa ambición que te ha hecho llegar hasta aquí».

Amainaba el aguacero. Tras el barreado, la gente de a pie aguardaba con la tensión reflejada en el rostro y los ademanes. Cada poco, Perico *el Oso* y los sargentos de tropa volvían la vista atrás, con el aire impaciente a la espera de órdenes, rígidos los brazos y los gestos, nerviosos los hierros. En la zaguera Lope, Fortuño, Muñatones y el resto de jefes de las ramas salazariegas observaban el frente enemigo desde sus caballos bridones. Por delante de ellos, los cincuenta jinetes ligeros con que contaba San Martín, aun en clara inferioridad, dispuestos a abrir brecha en el enemigo de pie y a caballo. Bridones, yeguas y castrados pateaban la hierba. Reconocían el ruido de la guerra. Sus jinetes les refrenaban el ansia con tirones de bridas para no romper la formación.

El de Ontón se removió sobre la silla y giró la cabeza lo que el bacinete le

permitía para observar a su hermano. Iban la mayor parte de los jefes forrados de hierro bajo sobrevestes, armados con lanzas, mazas, hachas y otras armas de arzón. Junto a ellos, sus escuderos, igual de armados y protegidos, más dos o tres jinetes cada uno montados a la ligera junto a varios hombres de a pie con lanzas y ballestas dispuestos a cubrirlos en combate. La estampa del IV señor de San Martín superaba a todas las demás en el centro de la línea. Encajada en la potente silla de montar, los esarpes puntiagudos metidos en las cazoletas de metal, las placas de la armadura llegándole hasta el cuello, insinuadas bajo la túnica roja con las trece estrellas en el pecho, el almófar enmarcándole el rostro hasta la barbilla. Fortuño pudo ver de perfil su mirada oscura fija en el enemigo, la prominencia de los pómulos sobre el bigote, el puñal de misericordia y la bastarda al cinto. Un bridón negro como el azabache, terrorífico, del tamaño necesario para mover a semejante jinete. Su potente musculatura, protegida por barda cubierta con gualdrapa, compartía decoración de color y estrellas. El animal soltó un bufido y acometió al frente. Ladeaba la testa a un lado y a otro, haciendo claquetear las capizanas que protegían su cuello, listo para entrar en combate. Caballero y caballo destilaban un aire terrible y brutal. Una imponente unidad de combate que hizo que el fiel hermano no pudiese evitar una mueca de confianza.

Lope estudiaba la columna de humo negro a su izquierda, vomitada a borbotones por la boca del túnel. El olor pesado del combustible inundaba el campo de San Martín.

—Cerrar la brecha será cosa tuya, no lo olvides —le repitió al de Ontón. Volvió la vista a la zurda. Miró a su hermano a los ojos antes de dirigirse a él:

—Si no volvemos a vernos... —se despidió.

No fue necesario terminar. Fortuño mantuvo el gesto recio, pero el brillo húmedo en los párpados delataba sus emociones. Después regresó a los dos hombres la expresión endurecida y combativa que requería el envite.

El IV señor de San Martín demandó que le pasaran la barbuta. Ocultó su cabeza enmallada bajo el casco y ajustó la correa. Sus rasgos desaparecieron tras la estrecha apertura en forma de T, su mirada se transformó en una brecha ennegrecida rodeada de remaches. El alferez que aguardaba con la lanza coronada con el pendón de las trece estrellas se la tendió. Lope la alzó en el aire con la diestra y encajó la contera en la cuja. Fortuño se ajustó el bacinete. Los demás jinetes aferraban sus lanzas, revisaban ballestas, embrazaban rodelas.

Lope García ordenó abrir un tramo de empalizada.

A media altura de Las Carreras, el mando de la coalición velasquina evaluaba el despliegue de tropas. Pedro Fernández de Velasco emitió un refunfuño y señaló con el mentón a la tremenda estampa de hierro y gualdrapas bermejas que trotaba de un lado a otro del barreado. Lope García de Salazar hacía flamear su estandarte de trece

estrellas y apercibía a los suyos en formación de combate. Los cuernos de guerra salazariegos bramaban con estrépito.

—Menudo imbécil —dijo Velasco—. Imbécil e incauto.

Asentían con rigidez los demás parientes mayores ante la evidencia de la victoria. Pero había en su expresión un punto de cautela al presenciar la aterradora figura de su enemigo recorriendo el ancho del campo de San Martín, por delante de las estacas, dispuesto a acometer con todo. Hasta el final.

Vieron cómo Lope García regresaba al interior del barreado y volvía hacia la zaguera, estandarte en alto, jaleado por los suyos.

No hubo tiempo para nuevas observaciones. Los salazariegos ya abrían varios tramos del barreado y salían en tromba como lobos hambrientos.

Fue un choque espantoso. La línea de rodeleros en formación muy cerrada se estampó contra la de lanceros del centro velasquino. Más de doscientos hombres armados que intentaban descomponer la primera fila prieta de lanzas. San Martín empujaba con bocinazos y berridos de coraje y juramentos de muerte que se les debían de meter hasta las entrañas a los suyos. El odio y el ansia de supervivencia son capaces de exprimir todo el vigor de los hombres, y al poco, el centro velasquino retrocedía unos pasos bajo el colosal empuje salazariego.

Apoiados por la caballería ligera, intentaban crear huecos en las filas enemigas. Las órdenes eran claras: desbaratar y hacer retroceder los cuerpos de ballesteros y paveseros del centro. El costado izquierdo sería presionado por Lope y los suyos. Si los asaltantes lograban derribar el muro, Fortuño se encargaría de taponar la brecha. Habían dejado un retén tras el barreado, y en lo alto del segundo muro y en la torre apoyaba gente de ballestería bajo el mando de Muñatones.

El objetivo, matar a todos los que pudieran.

Pronto la caballería ligera de ambos bandos se enzarzó en combate cuerpo a cuerpo, moviéndose en círculos, unos contra otros, caballo contra caballo, sin apenas usar bridas ni espuelas, con las manos libres, golpeando y defendiéndose con mucha ligereza, haciendo quiebros para evitar las acometidas del contrario.

No tardaron los nobles velasquinos y sus escuderos con armadura completa en avanzar a pie. Infantería pesada contra tropa ligera. Sin tiempo para percatarse, los salazariegos se vieron envueltos por la superioridad de los caballeros pesados, casi indestructibles. Lope y los demás jinetes acorazados salieron dispuestos a auxiliar a su gente, forzada a recular. Un clamor de ánimo recorrió el barreado al ver al IV señor de San Martín trotando para entrar en combate. Alejado de toda razón y estrategia, sus ojos negros bajo la barbuta habían fijado como objetivo a los lanceros que acometían a sus peones, solitarios y confusos. El bridón no necesitó guía. Iba lanzado hacia el mismo blanco a pesar del escaso espacio para cargar. De la línea que lo acompañaba, fue el único que logró que flaquearan las moharras frente a él, inseguras de poder contener a semejante caballero.

Se escuchó salvaje el impacto de la lanza de Lope García al atravesar el pecho de



uno y el costado de otro que intentaba retirarse por detrás. La vara escupió una granizada de astillas al partirse por la mitad. Algunos se miraron, apabullados por la capacidad física del salazariago.

Era una locura. Los zurriagazos de la ballestería se cruzaban entre ellos. Las puntas de los proyectiles chocaban contra las placas. Un virote lejano le chasqueó en la coraza. El rechinar de los hierros, las chorretadas de sangre y los lamentos, los gritos de los combatientes lo ensordecían a pesar de las capas de protección que envolvían su cabeza. Echó Lope pie a tierra asistido por uno de los suyos, desenfundó espada bastarda; sin tiempo para pensar, se vio rodeado de armaduras.

Y reventó la mina.

El tumulto pareció ralentizarse cuando se oyó un primer crujido, como de tierra rascando contra otra. Luego una explosión ligera entre los gritos y el fragor de armas. Lope García giró la cabeza al advertir el estruendo del zarpazo que se estaba abriendo. Sintió la vibración en los escarpes y vio que un socavón de tierra grumosa, alargado como una oruga con las tripas resquebrajadas, se comía el terreno a dentelladas hasta la boca del túnel. Los cimientos del ángulo de las dos murallas cedieron y las arrastraron junto al tramo de barreado que defendía aquella parte. Cayeron algunos hombres por el hueco. Chocaron las piedras con estrépito. Unas contra otras se quebraron en una montonera de cascotes, estacas y zarzas.

Eran ahora las bocinas velasquinas las que tronaban.

No tuvo tiempo el IV señor de San Martín de sentir el sudor que le empapaba las ropas, pesadas como plomo, ni el corazón latiendo embrutecido en el cuello. Regresó a la brega y descargó la bastarda sobre un balletero. A dos manos. Un gran tajo diagonal de derecha a izquierda. El filo entró por el cuello y seccionó huesos y órganos hasta frenarse en el esternón. La presencia del pariente mayor de los Salazar abriéndose paso infundió ánimos a su gente desperdigada. Los otros se echaban atrás, intimidados por el coloso que sobresalía sobre todos como un torreón. Incluso los caballeros pesados que intentaban hacerle cerco dudaban en sus acometidas, más flojas que contundentes. Lope García había logrado reagrupar a varios de los suyos, haciéndose fuertes en medio de la superioridad enemiga, riñendo con singular aplomo. Bestias enloquecidas sin nada que perder.

Peleaban cuerpo a cuerpo los de Fortuño, taponando la brecha en feroz combate para mantener a raya a los que trepaban por los cascotes.

—¡Resistid! —Fortuño se desgarraba la garganta. Su voz se oía metálica tras los agujeros de respiración del bacinete.

Aún flotaba, haciendo jirones en el aire húmedo, el polvo sucio y marronáceo de la tierra y de la piedra. El de Ontón comandaba la primera línea del tapón con los dientes apretados bajo el casco, batiéndose a hachazos con los que surgían entre la nube y eran capaces de esquivar con sus rodela la arremetida de lanzazos con que

cerraban el hueco los salazariegos. El fiel hermano tajaba extremidades y cuerpos, desmontaba mandíbulas con pericia. El atasco igualaba las fuerzas. Se combatía en unos pasos. Fortuño sentía los hombros de sus hombres junto a los suyos, casi impenetrables, firmes los pies frente a la montonera de piedras.

Y a los que lograban colarse entre la pared de moharras los recibían en el patio a ballestazos, cuchilladas, mazazos y pedradas arrancadas de los restos del muro. Se golpeaba con todo. Dirigidos por Muñatones, los propios campesinos tiraban de sus azadas y sus palos, con la expresión descompuesta y los ojos restallándoles de ira y miedo. El llanto de las mujeres y los niños permanecía oculto en el interior de la torre, aún inviolable.

A pesar de la entereza de los sitiados, los velasquinos entraban a espuestas por los huecos dejados por aquellos que habían abandonado el barreado, entregados ahora a la defensa de la brecha y a la lucha en el campo. San Martín se desangraba, resistiéndose en convulsiones violentas ante la inminencia de la muerte.

Con Lope García metido en combate, el grupo de Pagoeta, situado en el costado izquierdo, alejado, recibió la orden para atraer al coloso y matarlo. Atentos todos al IV señor de San Martín, enzarzado en durísima brega contra otros dos caballeros. Fuerte en su posición, a su alrededor sobre el barro los cadáveres se amontonaban allí y allá. El soportano volvió la vista hacia el lugar que ocupaba el mando velasquino. La visión de la escueta figura de Pedro Fernández de Velasco, flanqueado por los otros mayores, le hizo sentir una tensión que le estiró la brecha hasta entornarle el párpado. Farfulló algo entre dientes, afirmó rodela a la zurda y aseguró la correa del pico de cuervo a la diestra. La veintena de hombres avanzó hacia Lope García de Salazar.

La cabeza desnuda y rubia de Pagoeta destacaba entre las otras, protegidas con capacetes o celadas abiertas.

Fue Perico *el Oso* el primero en advertir que se les venían encima. El chaparro acababa de agujerearle a uno la cara con la punta de su chuzo. Y al voltearse lo vio. No dudó en ir a por él babeando gruñidos. Tampoco el soportano. Ajeno a las órdenes de no desmarcarse del grupo, corrió a por el barbudo.

—¡Qué haces! ¡Vuelve, imbécil! —el jefe de la pequeña formación velasquina escupía de ira al chillarle y agitaba su lanza en el aire para llamar su atención. Volvió la vista hacia Las Carreras como si se disculpase ante los parientes mayores.

Daba vueltas Pagoeta en torno a Perico. El cansancio del Oso se dejó notar. Sudaba y resollaba. Fue un desenlace rápido. Tras él, uno con armadura que hacía girar frente a sí la bola de pinchos de su mangual al enfrentarla a otro caballero, reculó al verse acometido por su martillo. Chocó con la espalda de Perico y lo hizo caer de morros. No tuvo tiempo de reaccionar. Brincó el soportano como un relámpago y soltó un picotazo en la cabeza del Oso cuando intentaba incorporarse.

Sonó un *chac* por el tremendo impacto. El pico le atravesó el cráneo. Pagoeta pisó el hombro del muerto y tiró hacia arriba del arma. Pudo ver el profundo orificio, la sangre y los sesos de Perico desparramándose sobre la hierba.

Los de su grupo, indecisos ante la actitud del soportano, le gritaban que volviera con ellos. No escuchaba Juan Pagoeta, irracional, a merced de un disparo, fijos ya sus ojos en Lope García.

Y se vieron.

A poco más de treinta pasos el uno del otro. Un cruce fugaz de miradas. Lope sintió una punzada aguda en el pecho. La escasa visibilidad que le permitía la barbuta bastó para reconocerlo. El gesto frío y silencioso de siempre. Y lo miraba. Con su fijeza de serpiente.

Se escuchó un *clac*. La terrible violencia de un mazazo en la hombrera izquierda lo hizo volver a la pelea. La fuerza del golpe traspasó hierro y terminó en un crujido. Lope García soltó un berrido. Un dolor denso como si le aplicasen fuego le entumeció el brazo y el sentido. Le había acometido un jinete ligero, que ya volteaba a su montura dispuesto a hacérsela de nuevo al pariente mayor. El iluso se quedó con las ganas de finalizar una nueva arremetida. A una mano, el IV señor de San Martín tiró un corte rápido de abajo arriba. La bastarda seccionó el brazo del jinete. La extremidad saltó despedida con el guante de cuero aún prieto en torno al mango de la maza. Ni siquiera chilló, tan solo se llevó los dedos de la zurda hasta el corte. Palpaba carne y hueso con los ojos fuera de sí. No duró la agonía del infeliz; un lancero salazariego cruzó su arma a tierra y trabó las patas delanteras del caballo. La vara se partió y una de las astillas se incrustó en el ojo del jinete.

—¡Jauna, vamos a morir! —El que había socorrido a Lope García le agarraba del brazo.

El pariente mayor miró a un lado y a otro y comprendió que los suyos caían sin remisión. A pesar de su bravura, la inferioridad era clara. La presión velasquina asfixiaba y dividía a los salazariegos. Habían perdido la pelea como grupo e intentaban ganar la individual.

Los sitiadores saltaban la empalizada, se colaban como regueros de hormigas y hacían suyo San Martín. El tapón de la brecha ya no era tal. Ni rastro de Fortuño. Una riada de asaltantes se apelonaba al trepar como ratas sobre los cascotes y meterse en el patio, gritando enfervorecidos por el arrebato embriagador de la victoria.

Achicó los labios Lope García, miró al cielo ennegrecido y le escupió palabras de ruego. Había perdido de vista a Pagoeta. Su grupo había logrado arrastrarlo hacia su posición.

La casa de Salazar, atrincherada en el solar matriz de San Martín de Muñatones, sucumbía.

La tropa de Fortuño luchaba en el patio de armas. Un tumulto banderizo de todos

contra todos sin más orden que el que permitía aquel espacio.

—¡Juntos, juntos, joder!

Afónico de tanto berrear, a su alrededor campesinos y gente de armas reñían bajo el impulso moribundo que concede el ansia de sobrevivir para unos y el orgullo del linaje para otros. Sin tregua ante un enemigo que los superaba.

Desde la terraza Fernando de Muñatones, entre disparo y disparo de su ballesta, asistía al fin. Aún alentaba a los suyos a seguir matando. Abajo, algunos ya acorralaban a las mujeres y les arrancaban las ropas, ajenos a la lucha. Escuchó chillidos mozos. Dos tipos arrastraban de los pelos a una muchacha, casi una niña, despojada ya de ropas. Se cobraban el primer botín en carne. Otros se aventuraban por el pasillo entre murallas a la busca del acceso natural al patio. Las rociadas de ballestería desde el muro interior caían como llovizna, incapaces de menguar la avalancha de sitiadores que se apiñaban entre ambas.

Lope García no abandonaba la lucha. No era su naturaleza. Su posición era la única en todo San Martín en la que el enemigo amagaba con retroceder haciéndole a él y a los que lo acompañaban más corro que oposición.

Se abría paso con la de mano y media cuando el brutal ruido de la lucha y los relinchos sucumbieron bajo un continuo arrecio de bocinas salazariegas en la torre. No eran órdenes reconocibles, solo tañidos largos y entrecortados. Lope giró la cabeza hacia lo alto del edificio. Vio que un peón agitaba el estandarte de trece estrellas como enloquecido y que miraba hacia el campamento. El tronar de cuernos se volvió clamor de voces entre los que defendían desde la terraza. Volvió rápido Lope la atención hacia Las Carreras. Su estatura le permitía ver por encima del desconcierto. Advirtió que los velasquinos de las últimas filas también se volteaban en aquella dirección.

Había allí gran tumulto. Solo entonces se articularon inteligibles las voces de los de la torre, rotas pero firmes:

—¡Butrón! —gritaban—. ¡Butrón ha venido!

## Desenlace

Una tormenta de tropa de a pie y caballería ligera rompía sobre Las Carreras y arrastraba al mando velasquino hasta el campo de San Martín.

—¡Escudos, girad escudos! —los de Velasco se desgañitaban, sumidos en el descontrol de la sorpresa. Incapaces de interpretar las órdenes dadas a viva voz, ni los bocinazos, ni los movimientos de estandartes.

Todo el peso del poder butroniego cayó sobre su retaguardia, cogida de flanco, con los paveses aún de medio lado. El giro de las filas se hacía difícil, presionadas por las espaldas de los hombres que combatían contra los salazariegos, y por el mucho barro que empantanaba los escarpes de los que llevaban armadura completa, ralentizando sus movimientos.

Fue una carga terrible; una tormenta de alaridos cuando la madera y los hierros chocaron como truenos. Los butroniegos emparedaban a los sitiadores, la mitad de cuyas líneas intentaban enfrentarse a ellos, dando la espalda a la otra mitad, que seguía en pelea con los de la torre.

La caballería ligera de Butrón describía círculos con gran agilidad en torno a los ballesteros velasquinos, a un lado y a otro, yendo y viniendo, atrayendo los disparos sobre sí, la mayoría errados; dejando que la gente de a pie quemase toda su fuerza, aún por gastar, en un derroche de lanzazos, cuchilladas y reventada de cabezas.

A Lope García se le escurrió una sonrisa bajo la barbuta. Un gesto vacío, un reflejo oscuro e instintivo. Las barbas le chorreaban sudor bajo el casco, las manos le dolían, entumecidas, de tanto agarrar el mango de la bastarda. Vio cómo se venían Las Carreras abajo cientos de hombres de armas. Un alférez jinete ondeaba el estandarte de la casa de Butrón. Y no venía solo; junto a los lobos negros, sus poderosos aliados de la merindad de Uribe flameaban los suyos al viento. Había reunido a todos sus atreguados y otras gentes de Vizcaya.

Se deshizo Lope de un macero con un manotazo de la zurda que le dejó las launas del guantelete marcadas en la cara.

—¡Vamos! —chilló—, ¡Salazares de San Martín, vamos!

Encorajinados por la llegada de los aliados, los bríos salazariegos cobraron renovado vigor, en el campo, en el barreado, en la brecha y en el patio. La confusión y la duda machacaban la superioridad de los velasquinos. Una oleada de salazariegos abandonaba la empalizada para unirse a la lucha.

La presión de Salazares y Butrones no tardó en deshilar las filas enemigas. La supremacía velasquina se desplomaba. Mientras los más duros y experimentados de

las tropas aportadas directamente por Velasco, el núcleo central, aún soportaba el envite sin quebrar sus líneas, con mucha seriedad, intercambiando golpes con brío, otros ya abandonaban su posición a la carrera, desmandándose como ratas, arrastrando a su propia gente, buscando el absurdo resguardo de un campamento donde los auxiliares les hacían también pelea.

Pedro Fernández de Velasco, su pariente de Balmaseda y los demás jefes tuvieron que tirar de arzón. El ojo torcido del conde tras las rendijas del bacinete chispeaba de ira y terror al ver el chaparrón de hierros que lo acorralaba. Aguantaba, haciendo buen uso del martillo de guerra; pero era la pieza de caza más codiciada y la confusión y el propio desorden que provocaban sus filas al dispersarse lo fueron encerrando sin posibilidad de huida en medio de una turba donde ya no se distinguían a los de un bando de los del otro.

—¡No huyáis, perros! ¡Mantened la línea! —su voz altiva apenas se oía, ridícula entre relinchos y juramentos de muerte.

A su alrededor sus filas seguían haciéndose jirones. Los hombres quedaban a merced de la numerosa caballería ligera butroniega, que perseguía con mucha habilidad a los que corrían hacia el costado del mar, empantanados en las marismas que provocaba la marea baja, sin posibilidad de maniobra. Retiradas las aguas, como cediendo terreno para asistir de lejos a la jauría humana, eran testigos de cómo sus orillas quedaban sedimentadas de muertos. Una bacanal de cabezas destrozadas, brazos amputados, laceraciones, degollamientos. Muertos todos por la furia banderiza de las casas de Salazar y Butrón. Las fuerzas de los primeros se veían renovadas, como si el combate no les pesara en los brazos.

Lope pudo ver al otro lado de las greñas, celadas y capacetes el blasón de Butrón y los de sus aliados, trotando de un costado a otro, recibiendo y enviando órdenes. Distinguió la mandíbula cuadrada del propio Gómez González, montado a la ligera, enfundado en coraza y celada abierta, descargando lanzazos como un diablo. La cólera del de Gatika igualaba a la suya propia. Ambos eran capaces por sí mismos de abrir tajo entre los que se les enfrentaban, haciéndolos flojear, forzándolos a retroceder.

Deshecho el flanco izquierdo y el centro de los sitiadores, Salazares y Butrones ayuntaron filas y comenzaron a presionarlos hacia el mar. Con los costados desangrados y las filas centrales trastocadas, ninguna orden podía insuflar nueva vida al cadáver velasquino, desmembrado de cuerpo y de mente, emparedado entre ellos y las marismas.

El propio aplomo del conde de Haro se había escurrido como orín al ver demasiado cerca la formidable estampa de Lope García, avanzando a pie hacia él. Flaqueaba Velasco en sus golpes. No tardó un gancho de bisarma en cogerlo desprevenido, engancharlo del espaldar y derribarlo del caballo. El impacto contra el

suelo hizo chasquear la armadura con estrépito. Le levantaron la visera. La cara de Pedro Fernández era una masa deforme. Vio a su alrededor ojos ensangrentados de furor.

—¡Rendición! ¡Rendición! ¡Por Dios que me rindo! —Ahora sí que se le oyó, chillando como un gorrino que se huele un filo en la papada.

Las súplicas lo mantuvieron vivo, rodeado de rostros crispados que lo acuchillaban con la mirada. La caída de uno de los hombres más poderosos del reino acabó de acribillar la débil resistencia velasquina. Los otros parientes mayores no tardaron en caer, por filo o como prisioneros: Alcedo y los marroquines, apaleados como perros a la espera de saber qué determinaría el IV señor de San Martín; el pariente de Balmaseda y Pedro López de Ayala arrodillados, arrancados los cascos de la cabeza, sometidos a insultos y bofetones.

Se abrió un pasillo para que Lope García de Salazar, que despreció a los otros, pudiera acercarse a Pedro Fernández de Velasco.

—Ponedlo en pie —mandó.

Lo alzaron entre varios y lo zarandearon como a un pelele. El odio de los salazariegos sobrepasaba lo natural. Las bocas entreabiertas, los labios hechos un rebujo, como lobos enseñando los dientes, babeantes, antes de morder. A su merced, el hombre que tanto los había hecho sufrir, allí, derrotado frente a ellos. Nada más que un hombre, al fin y al cabo.

Debió Velasco de verse morir porque todo atisbo de altanería se le había esfumado de la cara. Miraba a Lope García venirse hacia él, despacio.

—¡Que se rindan, que se rindan los de arriba y los de aquí! —ordenó Pedro Fernández—. ¡Que se rindan los de la torre, que se rindan todos, joder!

Observaba al enemigo como en espera de su permiso para que tal orden se hiciese efectiva y le permitiera, quizás, sobrevivir.

No afirmó ni negó el IV señor de San Martín. Permitted así marchar a varios jinetes con la orden dada por Velasco. Estudió sus maneras temerosas a través de la T de la barbuta, marcada como una cruz negra, tan débil Pedro Fernández ante sí, a pesar de todo su poderío. Solicitó Lope ayuda para retirarse el casco y los guanteletes. Quedó su rostro encuadrado bajo el almófar y el resto de capas de protección. Dejó que el frescor del aire le masajeara las facciones encharcadas de sudor. Volvió a sentir al aroma salitroso del mar.

En derredor suyo la masacre se fue silenciando, los movimientos ralentizándose. Volvieron a escucharse graznidos de gaviotas. Los hombres se miraban unos a otros, resollantes, sudados, hechas las expresiones y las barbas unas piltrafas de emoción contenida. Unos y otros habían ido haciendo corro a los dos rivales.

A un lado, la figura imponente de Gómez González de Butrón se fue abriendo paso a empujones entre la hueste. Traía en una mano la celada y en la otra la lanza. Chorreaba sangre la moharra del arma. Se destacó del resto, sin llegar a romper el círculo, y estudió a su cuñado. Lope se giró un poco y correspondió el auxilio de

Gómez con una muy leve pero firme inclinación de cabeza. El de Gatika respondió con igual gesto. Después regresó Lope su atención al conde de Haro.

—Que vengan Fortuño y Fernando —dijo.

No tardaron en traerlos. Pero antes que en el propio pariente mayor, se fijaron con las cejas levantadas, hechos una mugre de barro, polvo y sudor, en Gómez González.

—Aún falta alguien aquí —dio orden Lope García de que acercasen a Juan Pagoeta.

Habían golpeado al soportano, que se mantenía firme, con un par de moraduras en su rostro pálido y afilado. Lo situaron junto a Velasco.

—Dos cerdos en la misma porquera —juzgó Lope.

Se dirigía a Pedro Fernández sin dedicar atención a quien fuera de su séquito, sin palabras para él, sin querer saber por qué. Daba igual. Apuntó con el mentón al pequeño templo donde reposaba el cuerpo de su hijo.

—Ésa es vuestra victoria. —El tono rotundo de Lope García de Salazar resquebrajó el silencio—. Será también vuestra derrota.

Un brillo fulguró en los ojos helados de Pagoeta. Pedro Fernández de Velasco juntó los dedos, enguantados de hierro, adoptando los ademanes de hombre de Estado que acostumbraba a emplear en contiendas de palabras.

—No era nada personal, solo es la guerra —se le ocurrió decir. Pero su voz había perdido su habitual entereza. Era más bien una hilacha tan desesperada como los chillidos de un puerco que intenta escapar de su matanza.

No parecía Lope escuchar, ni ofrecía su rostro emoción alguna. Tan solo sentía un placer difuso como un hormigueo bajo la sobreveste y la armadura. Dirigió la vista al cielo agrietado de nubes negras.

—Mi hijo tendrá las justicias que merece.

—¿Y cuáles serán? —Velasco preguntaba con un punto casi de medida inocencia. Lope García se llevó una mano instintiva a la cadera—. ¿Me desafías a pelea? —aventuró el conde. Debió de intuir con aquel acto que, quizás, no lo iba a matar sin permitirle empuñar hierro.

La respuesta llameó en los ojos oscuros del vencedor, que ahora miraba indistintamente a Pedro Fernández y al soportano, como fraguando el mismo destino para ambos.

Fue aquello un hilo de luz que hizo que el primero recobrase un punto su expresión soberbia. El otro solo escuchaba, gélido, en apariencia insensible ante la perspectiva de enfrentarse a quien fuera su *jauna*. Alzó Velasco la cabeza.

—¿Y si pierdes? —preguntó.

Insinuó Lope una sonrisa, desde allá arriba, alejada del insustancial físico de su enemigo.

—La libertad... —ofreció.

No había mucho que pensar. Accedió Pedro Fernández con un mugido.

Notó Lope una punzada en el hombro. El dolor lo atenazaba desde el cuello hasta



el codo. Se enfriaba el ardor y comenzaba a entorpecer los giros del brazo.

—Mañana será el fin de vuestras vidas —sentenció.

El soportano, muy rígido, sintió la quemazón de dos manchas rojas asomándole en las mejillas. El conde de Haro logró enderezar un poco el cuello y llevó las manos al frente.

—Agradezco tu merced, pero será desigual combate. —Deslizó la diestra hacia abajo para señalar el conjunto de su cuerpo—. ¿Acaso te parece que estoy a tu altura?

Decía esto y ya miraba de reojo a Sánchez de Anuncibay. Su robustez y buena estatura se ofrecían a los ojos como un digno oponente para el IV señor de San Martín. El alcaide de las torres de Lutzana tragó saliva.

Lope García advirtió que le proponía a Anuncibay como rival. Se encogió de hombros, imperceptible bajo la armadura.

—Luchará en tu lugar —concedió—. El resultado será el mismo para ti.

Velasco procuró disimular el amago de sonrisa que le intentaba elevar las comisuras de los labios. Un murmullo se encendió en torno a ellos. Lope acalló las voces con un movimiento del brazo y mandó que Pedro Fernández, Pagoeta, Anuncibay y el resto de jefes fueran engrilletados y conducidos a la planta baja de la torre.

Fue una noche callada, de espera. No hubo celebraciones, a pesar de la victoria. Un silencio pesado como una losa se había desplegado sobre San Martín. Los salazariegos recogían a sus muertos y algunos aprovechaban para hacer botín de las ropas y armas de los cadáveres enemigos. Se entrelazaba la alegría muda de la victoria con el sufrimiento del luto.

Lope García mandó que se diera de cenar a los apresados y ordenó que el físico de la casa los atendiera de las lesiones que pudieran haber sufrido tras los combates. No quería ninguna ventaja.

Él cenó con frugalidad, porque la tensión afectaba al apetito y porque no abundaban las viandas. Lo acompañaron a la mesa Fortuño, Muñatones y Gómez González.

—He dejado un buen contingente entreteniéndose en Portugalete. Incautos y prepotentes estos velasquinos —fue de lo poco que dijo Butrón tras sugerir que había sido su hermano fray Juan Alonso quien le había informado de la implicación de Juana en la muerte de Aritz.

Sonrió sobrio Lope, agradecido por aquellas palabras y por el auxilio prestado. No volvieron a hablar. Después se acostó y solicitó la atención del galeno. El judío dedujo el significado de la frente fruncida del *jauna*.

—Están bien —explicó—. Nada les impedirá pelear.

Hombre de naturaleza locuaz, dado a referir detalles de su arte, en aquella ocasión apenas aludió a ellos. Tampoco Lope preguntó más, centrada su atención en su

dolencia. El físico examinó el hombro fornido y musculado. Una moradura se extendía como una mancha casi negra por la extremidad. Palpó y el *jauna* sintió sus dedos como punzones penetrándole en la piel. Soportó sin apenas gestos lo que casi se le hacía calvario.

—No hay rotura —concluyó el judío.

Le administró un bebedizo de láudano para reducir el dolor y le aplicó un emplasto de abrojo y romero con el mismo fin. Lope García recostó la espalda sobre la almohada y llevó el cobertor hasta el abdomen con el brazo sano.

—Atiende a los heridos —mandó al físico.

Cuando el galeno se hubo llevado la mesa de tijera y todos sus frascos y damajuanas, Lope cerró los ojos. Apenas logró dormir en toda la noche.

Continuaba el profundo silencio mortal en San Martín. Ni se respiraba. El cielo, apelonado de nubes sobre la torre, descargaba una lluvia fina. Sobre el mar se había abierto una franja blanca y brumosa que se reflejaba en el horizonte marino, incapaz de arrojar su claridad sobre la campiña.

Primero combatiría Sánchez de Anuncibay, después Pagoeta. Así lo había dispuesto entre susurros el propio Velasco durante el encierro nocturno:

«Empezarás tú».

El lugarteniente no afirmó ni se negó. Devolvía la mirada al conde con expresión contrariada entre la ofensa y la sumisión.

«Más justo sería que pelease él primero —objetó—. Y que yo acabe con García de Salazar».

Desvió la vista hacia el soportano. Callado, engrilletado, sentado contra la pared. Una figura inmóvil, distante, con los dos ojos afilados fijos en algún punto de la penumbra, ajeno a lo que se organizaba. Pedro Fernández se inclinó hacia Anuncibay.

«Eres muy diestro en el cuerpo a cuerpo», dijo. Hablaba bajo, como si le contara un secreto que el propio alcaide desconociera.

«¿Crees que tengo posibilidades?».

El párpado de Velasco temblequeaba.

«Por supuesto. —Procuraba mantener un tono reposado. Torcía una ceja para acrecentar el peso de su juicio—. Tu valentía al ser el primero hará dudar a García de Salazar. Verá que no te encoges. —Apuntó con la cabeza a Pagoeta—. Ese no tendrá ni que intervenir. Será tu coraje y hombría lo que se recuerde. La victoria será solo tuya».

Un mohín de gallardía asomó al rostro bruto de Sánchez de Anuncibay. Pedro Fernández de Velasco reforzó su observación con un movimiento seco de la cabeza:

«Eres un gran hombre».

Aguardó a que al lugarteniente le venciera el sueño para arrastrarse hasta Pagoeta. El soportano, que no se había movido, continuaba concentrado en la penumbra. Giró

muy levemente el cuello cuando escuchó el tintineo pesado de las cadenas de Velasco al aproximarse. Notó su olor a sudor noble, a orín escurrido bajo las calzas.

«Escucha. —Pedro Fernández se había acercado a su oído—. Ese no podrá con Lope García, pero lo cansará o lo herirá. Será tu odio el que lo remate».

Muñatones cerró los ojos, Fortuño achicó los labios, Gómez González de Butrón se echó una mano al cinto. Se había abierto un amplio círculo formado por la tropa salazarieta y unos pocos testigos velasquinos. El resto formaba grupos presos por todo el campo, vigilados por las lanzas butroniegas.

Lope ya aguardaba a varios pasos del trío formado por Anuncibay, Pedro Fernández y el soportano, empuñando bastarda con la diestra, embrazando a la zurda el viejo escudo de punta semicircular. Al cinto, puñal de misericordia. Combatía con perpunte rojo y grebas como protección. Sin casco ni capas, mostrando la desnudez de su cabeza, marcados los huesos, con el pequeño penacho en el centro y las barbas encuadrándole el rostro, aterrador.

Los remedios del físico habían causado buen efecto. El dolor se había reducido y la movilidad mejorado, a pesar de que la sangre coagulada permanecía visible bajo la piel.

Mantecía el pulso al ritmo adecuado. La visión de la ermita donde reposaba Aritz, junto a la de sus matadores, le infundía una poderosa sensación física muy superior a la del miedo. Una irritación muscular que le subía y le bajaba por las piernas y los brazos, por la cara y el cuello, por el pecho y la espalda. Por todo su ser.

Anuncibay se protegía el torso con gambesón, celada abierta a la cabeza, rodela y bastarda. Resopló e hizo crujir el cuello. Miró de arriba abajo a su oponente y no pudo evitar levantar las cejas ante su envergadura. El gesto se le acentuó cuando lo vio manejando la de mano y media a una sola mano, haciendo giros con la muñeca y amagando estocadas con tanta soltura y destreza.

Aún no era su turno, pero Juan Pagoeta se aseguró la correa del pico de cuervo alrededor de la muñeca y cerró el puño sobre su extremo. A la zurda, rodela. Velasco aguardaba al fondo, desprovisto de armadura, encadenados los pies, enganchado de los brazos por dos peones.

Fue Anuncibay quien tomó la iniciativa. Se fue escorando buscando hueco por donde acometer a Lope García. Este dio un paso atrás, flexionó las rodillas y afirmó los pies, el derecho un paso por delante del izquierdo; el escudo, en diagonal, cubriéndole el costado hasta el cuello, y la de mano y media apuntando al suelo. Notó el corazón palpitando en la palma de la mano.

Se tanteaban los dos caballeros. Alrededor de los combatientes, la quietud más absoluta.

Tiró Lope un par de amagos de punta al frente que empujaron a Anuncibay a retroceder. El IV señor de San Martín se había adueñado del centro del corro. El

alcaide de las torres de Lutzana se movía con soltura. Era un igual, muy experimentado, a pesar de que Lope le sacaba casi dos cabezas. Y se acabó el tanteo. Anuncibay se le vino encima muy bravo, acometiéndolo de flanco. Lope elevó el escudo y el filo chasqueó contra el esmalte. De potente, la parada hizo al otro trastabillar varios pasos de lado. Hubo un murmullo entre los espectadores.

El hombro había respondido bien a la brusquedad del movimiento defensivo. Al recuperar la posición, dio un paso atrás con torpeza, como de borracho. Se sacudió la cabeza. Anuncibay advirtió el gesto y fue a por él. Pero esta vez fue Lope quien acometió. Dio un paso rápido al frente con la pierna zurda y con la planta del pie de la diestra le soltó una patada al vientre. El lugarteniente tuvo que bajar su escudo y golpearle de canto la espinilla. La greba evitó el destrozo con rechinar metálico. La patada había forzado a Anuncibay a agacharse y, por un instante, su torso quedó desprotegido. Lope estrelló el borde de su escudo en la celada de derecha a izquierda. La violencia del golpe derribó a su rival.

—¡Eso es! —se escuchó entre los salazariegos.

Fortuño se llevó una mano al cuello. A su lado, Muñatones soltó un soplido. Velasco abrió la boca en una mueca grotesca. Miraba al suyo sobre el barro con dificultades para incorporarse. Lejos de rendirse, Sánchez de Anuncibay ya se ponía en pie ayudado por el pariente de Balmaseda, que ya no se reía de nada. La postura de Anuncibay, ahora encorvada, se insinuaba pensada para intentar reducir una posible acción de su adversario. Le pisó la punta de la bastarda, que Lope había dejado demasiado baja, para impedir que la alzara. El IV señor de San Martín soltó la espada, volteó el cuerpo y agachó lo justo la cabeza para evitar el corte que ya le tiraba al cuello Anuncibay. Volvió Lope a servirse del escudo para contraatacar. El reborde metálico del canto chasqueó al chocar con la cara de aquel, que soltó un alarido y cayó de espaldas. Gimió como un perro herido al llevarse una mano al rostro y notar entre las barbujas ensangrentadas que los dedos tocaban hueso. El impacto le había abierto la cara desde el pómulo hasta la boca. Se tocó el estropicio. La incontenible chorretada de sangre le empapaba el guante de cuero.

Lope permitió que volviera a levantarse; quizás no lo remató porque en aquel momento sacudió la cabeza para liberarse de un rápido vahído que le enturbió la visión. Recuperó la de mano y media. Pringado de barro, Anuncibay se desembarazó del escudo, tiró la espada y se hizo con la maza que aguardaba a un lado como segunda arma, sin engancharse la correa a la muñeca. Avanzó hacia el de San Martín con las facciones hechas una crispación sangrienta y la maza cogida a dos manos por detrás de la nuca, irreflexivo y desesperado. Lope García refuló y llevó el filo de la bastarda a la palma de la zurda, haciéndole de escudo. Anuncibay descargó con un berrido. La diferencia de estatura y de fuerza le jugó una mala pasada al alcaide. La barra salió despedida al chocar contra el filo. Lope aprovechó la duda del otro, herido y desarmado, para soltar la espada y echarle la diestra por debajo de la faldilla del peripunte. Anuncibay aulló al sentir cómo la manaza le aplastaba los testículos. El

pariente mayor solo los liberó cuando los notó reblandecidos y desechos en el tacto duro del guante. Su oponente se dejó caer, retorcido, medio encogido; una mano en la entrepierna y la otra en la cara intentando detener la sangre mezclada con lágrimas y moqueo que se le derramaba sobre la boca.

Abatido Anuncibay, Pagoeta, que había aguardado su turno, inexpresivo, se hizo al centro del corro. Lope García recuperó de nuevo su arma. Tuvo la sensación de que pesaba más de la cuenta.

—¡Arriba, imbécil! —Velasco amagó un escupitajo a su lugarteniente y miró al soportano con la súplica temblequeándole en el párpado.

Ajeno al conde, Pagoeta entró en brega rápido como un rayo. Levantó el pico por encima de la cabeza y lo descargó sobre Lope. El pariente mayor, embotados los sentidos, daba un paso atrás y describía un movimiento ascendente de izquierda a derecha con el filo falso. La embestida de Pagoeta le venía casi alocada, dejándole todo su costado diestro desprotegido. La guarda de la espada trabó la púa del pico y siguió ascendiendo. Fue tal el vigor defensivo que al soportano se le despegaron del suelo las puntas de los pies. Cayó sobre el barro con un gemido. Fortuño y Muñatones intercambiaron una mirada. El movimiento había sido poderoso como solía; pero lento, demasiado lento.

Pedro Fernández acribillaba a Pagoeta con los ojos desorbitados.

—¡Vamos! —gritó. Había perdido su habitual compostura. La hombría disuelta en la flojera de las piernas.

Hubo una nueva pausa mientras el soportano se incorporaba. El resuello de los combatientes se intuía en el subir y bajar de hombros, más acusado en Pagoeta, mejor controlado en el de Lope. Este tomó aire, entornó los párpados. Sentía debilidad en los brazos. Y de nuevo el dolor del hombro, que parecía extenderse por todo el cuerpo.

—Venga, Baratijas, sigue demostrando que no vales para otra cosa. —Su voz grave no se resentía.

Pagoeta gruñó brutal. Su irracional furia logró que el siguiente picotazo hiciera blanco en el peripunte. La púa no cazó bien al *jauna*, pero rajó el tejido a la altura del pecho. Varios jirones de lino asomaron por el roto. La velocidad endiablada del soportano y el agarrotamiento de las extremidades de Lope dificultaron que esquivara con eficacia. El odio proporcionaba bríos incontrolables en Pagoeta, favorecidos por la pesadez del IV señor de San Martín. Arremetió contra Lope García con la rodela al frente, y derribó al coloso. El choque contra la tierra escupió una granizada de lodo.

Los salazariegos murmuraban ante la visión del *jauna* abatido.

Chilló una gaviota. El graznido destacó en la tensión frenética de la riña, como si la campiña toda se hubiera detenido. Reinaba el silencio rasgado por los jadeos de los dos hombres.

Lope no lograba quitarse de encima a Pagoeta. Fortuño se tiró del pelo.

—¡Arriba, vamos, arriba! —casi le ordenaba.

La rodela sobre él le dificultaba maniobrar con la zurda. Tiró la bastarda y soltó un bofetón en la cabeza rubia. Restalló el sopapo. El soportano, oponiendo escudo contra escudo, se le había agarrado al brazo como una garrapata. Lope volvió a abofetearlo. Esta vez el impacto aturdió a Pagoeta. La expresión se le desencajó; pero aquella mirada suya, rígida e implacable, seguía clavada en los ojos oscuros de Lope García. Las pupilas de los dos hombres se habían trabado como dos ganchos. Se odiaban, se odiaban hasta lo inhumano.

—¡Levanta, joder! —Fortuño se estrujaba la mandíbula con los dedos.

Pagoeta soltó un cabezazo en la frente del banderizo. Un repunte de cólera logró que el pariente mayor, al fin, consiguiera mover un poco el cuerpo del otro. Le devolvió el cabezazo. Los ojos de Pagoeta se desequilibraron. El diente partido se le escurrió entre los labios. No tuvo tiempo de impedir que lo levantara aún más con la presión de su escudo, ni de ver que Lope tiraba de puñal de misericordia con la diestra. Solo de sentir cómo la punta le atravesaba la papada, luego la lengua, después el paladar... El hierro prosiguió su camino entre carne y hueso hasta quebrar el pómulo y asomar en la cara como un cuerno. La explosión de sangre salpicó a Lope en las barbas, en la cabeza rapada.

Gruñía el pariente mayor de los Salazar.

Por una vez, el rostro de Juan Pagoeta fue todo emoción. Abierta la boca hasta el extremo, prietos los dientes, escupía espuma y emitía un zumbido con la garganta. Aún encarado con él, Lope advirtió que su mirada se apagaba. Desclavó el puñal y le agarró del cuello con la firmeza de una tenaza. Pagoeta emitió un gemido de asfixia, se revolvió, pataleó. La manaza de Lope aprisionaba y el aire no le llegaba al pecho. La piel marmórea adquirió un progresivo color rojo amoratado. La sangre y los borbotones de espuma seguían cayendo sobre el noble. La presión que ejercían sus dedos sobrepasaba el límite de la ira. Su rostro, arrugado de furia, encharcado en su propio sudor, en los fluidos del soportano, por la pasión de dar muerte al asesino de su hijo. Presionó más aún hasta que se escuchó un crujido, como de nuez al cascar. Juan Pagoeta clavó sus uñas en la manaza, los ojos fuera de las cuencas, la brecha revirada sobre sí misma entre los mechones rubios. Arañaba una y otra vez. El aire ya no entraba en su cuerpo. La lengua, roja e hinchada, se descoyuntaba fuera de la boca, agujereada por el puñal, en busca de aire.

El estrangulamiento alcanzaba su zenit. Las piernas del soportano se sobresaltaron una vez más, antes de dejar de moverse. Los dedos nudosos sobre la mano de su matador se aflojaron. Al fin, la cabeza se desplomó.

Lope García de Salazar se quitó el cadáver de encima. En lugar de un rumor de satisfacción entre la tropa, el silencio se endureció. Fortuño afirmaba con la cabeza, Muñatones le golpeó la espalda, satisfecho; soltó Gómez un soplido.

El IV señor de San Martín se puso en pie. Primero una pierna, después la otra, con pesadez. Se llevó la mano magullada de arañazos al enrojecimiento provocado en la frente por el cabezazo. Respiraba con rapidez y recobraba el aliento necesario para

afrontar el final del desafío, a pesar del entumecimiento que sentía expandirse por todo el cuerpo como una plaga.

Ya todos los ojos se afilaban, pendientes de Pedro Fernández de Velasco, incapaz de pronunciar palabra. Miraba a Anuncibay y al soportano una y otra vez. El primero, aún encogido, se había arrastrado hasta los pies del pariente de Balmaseda.

Quiso Velasco zafarse de los dos peones que lo sujetaban de los brazos. Uno de los soldados se permitió quitarle las ganas de un tortazo. Se despachó a gusto, amagando con soltarle otro.

Lope García se le acercaba. El jefe gamboíno pudo ver la muerte en sus ojos, avanzando hacia él. El oñacino no se molestó en restregarle la venganza, ni el odio, ni nada. Tan solo lo agarró del cuello y lo tiró contra el barro con la facilidad con que se desmadeja un muñeco de paja. Pedro Fernández se arrastró como un inválido, incapacitado por los grilletes.

—¡A mí! —chilló—. ¡A mí, que me matan!

Lope García de Salazar le dio la vuelta y se le sentó a horcajadas sobre el abdomen. Vio el miedo a la muerte restallando en las pupilas de su ancestral enemigo, pequeño e insignificante. Una cucaracha bajo la pezuña de un animal. El IV señor de San Martín sintió que sus mejillas vibraban. Poca era su crispación comparada con la del conde; una masa desfigurada de terror en la que destacaba el ojo torcido, mirando a Lope García sin mirarlo.

—¡Piedad, piedad de mí!

No la hubo. Lope García de Salazar le golpeó el rostro. Una puñada con la diestra, otra con la zurda, una más con la diestra. Cada impacto resonaba como un petardazo de bombarda. Todos miraban, pegados los labios como con argamasa o entreabiertas las bocas. Se abría la carne de Velasco, se hinchaba. Hubo un cuarto golpe, pero este sin fuelle. Flojo. El siguiente, fallido, se fue al aire. Notó Lope que se le cruzaba la vista, que la cabeza y el cuerpo le pesaban demasiado, que su inmensa rabia y pena sucumbían bajo aquella debilidad enfermiza. Y no pudo sostenerse. Cayó de lado con el estrépito de una bestia herida.

Ni vítores ni lamentos. Tan solo el silencio entre los salazarriegos, como humo negro.

Chapotearon los pasos de la carrera de Fortuño. Se arrodilló junto al pariente mayor. Fue al volverle hacia sí cuando su rostro se encendió de alarma: la piel ofrecía un tono lívido.

—¡Lope, hermano!

—Que me lleven, que me lleven a Portugalete, que la quiero ver...

Lo llevaron. Junto con Mencía. Lope empeoró durante el traslado. La villa lo acogió sobrecogida. Observar al gigante de Salazar entrar en su torre ayudado por varios hombres, menguada su pose, empalidecida la piel, desgarró sus rostros de

preocupación. No parecían ya pensar en las penurias recién superadas contra los velasquinos, subyugados ahora por los butroniegos que habían acudido en auxilio de la población.

Fue de nuevo sometido al arte de su físico, y a la del de Portugalete. Comprobaron que se le habían hinchado la lengua y la boca, la garganta, la nariz y la cara.

—¿Qué le has dado? —el de la villa solicitaba información a su colega de San Martín, que detalló los remedios administrados.

—Quizás algún alimento o el beber malas aguas —explicaba—. Pude encontrar entre lo que quedaba viandas con mal sabor. Algunos se quejaban también del agua.

Al segundo día la hinchazón se había extendido al estómago. Después a todo el cuerpo. La piel comenzó a mostrar un sarpullido.

—Me duelen las tripas.

El pariente mayor, acostado, había perdido el color de la piel. La lividez se extendía por todas sus facciones como una túnica. En su cabeza rapada asomaban las puntas de un pelo que volvía a crecer.

Al principio soportaba el dolor. Tan solo apretaba los dientes y los puños. Al tercer día no pudo resistirlo y comenzó a dar voces y gritos:

—¡Dios, ¿qué me pasa?! ¡¿Qué me has dado?!

Ante la presencia de Fortuño, Muñatones y otros parientes y amigos, el banderizo había agarrado del sayal al físico de San Martín y lo zarandeaba, de pie, junto a la cama. Tal fue la sacudida que al galeno se le cayó de la cabeza el bonete puntiagudo que la cubría.

—¡Remedios, señor, los mejores que he podido!

El de Ontón hizo un aparte con los dos médicos y Muñatones.

Fortuño, aseado otra vez de barba, no quitaba la vista del físico de San Martín. Se intuía el terror en sus ojos húmedos. No necesitó preguntarle.

—Peleó herido —explicó—, le di lo mejor que tenía, pero quizás no fuese suficiente. Puede que lo del hombro fuera más grave de lo que creía, que la comida le haya afectado, que mis cuidados no hayan servido... ¡Quizás mal de ijada!

Hilaba posibilidades y las repetía con la voz temblorosa como una hojilla.

El físico de Portugalete corroboró que un mal alimento o malas aguas podían provocar tales efectos, propios del veneno. Discrepaba acerca de una mayor gravedad del golpe. Especuló con la posibilidad de que la tensión de la lucha le hubiese afectado al cuerpo y a la razón. Lo decía con la vista puesta sobre Fortuño y el cuerpo algo girado hacia su colega, con el recelo silencioso del que no puede discernir verdades de mentiras, unas posibilidades de otras. Incapaz de acusar ante algo que a él mismo le podía suceder. Pero, como experto, en sus ojos asomaba una sospecha, cada vez más esbozada, que no tuvo arrestos para pronunciar porque existía la duda, por mínima que fuese, de que dijera la verdad.

Fue al cuarto día cuando las manifestaciones del mal que aquejaba a Lope García



adquirieron estremecedora intensidad. Su agonía se había pronunciado, y apenas emitía ya palabras, sino gritos y berridos como si tuviera la rabia:

—¡Yerbas me habéis dado!

Fue todo lo que alcanzó a decir de forma inteligible. Y miraba a unos y a otros: sirvientes, físicos, vecinos del valle de Somorrostro con quienes había compartido la dureza del cerco... Incluso a algunos de sus hermanos, con los que había combatido en San Martín.

Ya no podía estarse quieto. De la cama iba a un arcón, del arcón a una silla de caderas, de la silla a apoyar la espalda contra la pared. Se levantaba la alcandora, se arañaba las tripas, abultadas como si fueran a reventar. Llegaba incluso a tumbarse en el suelo, a encogerse sobre sí mismo. Rabiaba maldiciones como si estuviera poseído por el demonio, y se llevaba las manos a la cabeza, y se daba golpes en el estómago como si pretendiera expulsar con su naturaleza violenta el ardor ácido que le quemaba las entrañas.

La administración de yerbas y acíbares no produjo ningún efecto. Continuaba el declive del pariente mayor.

Aquella noche Fortuño mandó que le rezaran misas en la iglesia de Santa María. Se abrió el templo y el pueblo se congregó en su interior. Los que no habían permanecieron fuera, murmurando rezos que hicieron reverberar de ruegos un Portugalete nocturno salpicado de velas.

No funcionaron las plegarias. El quinto día el deterioro físico mantuvo al preboste yacente en cama. Fue quizás el cansancio y la rendición de su resistencia lo que le permitió recobrar un punto de lucidez. Hizo llamar a Fortuño y a Muñatones. Los acompañaban otros parientes y sirvientes de la casa. El párroco de Santa María venía con ellos, pero Lope García no quiso confesarse. Le bastó con decir que creía en la Santa Fe Católica.

Se guardaba silencio ante el funesto trance. Un Portugalete enmudecido esperaba noticias.

—Quiero verla una vez más —pidió.

Desde la cama, las barbas frondosas y elegantes de Lope apuntaban a la ventana.

Fortuño comprendió. Con ayuda de Muñatones y la manceba, ayudó a su hermano a incorporarse. Lo llevaron hasta el vano con la lentitud con que camina un viejo.

—Dejadme... —se rebelaba el salazariago al verse apoyado por seis brazos.

Se apartaron un poco y vieron cómo abría las hojas y apoyaba las manos, fuertes y venosas, en el alféizar de piedra. La única luz que percibió era el resplandor penumbroso de los fuegos perfilando la muralla en la noche. Más allá, la oscuridad casi total caía pesada sobre las onduladas laderas, sobre los arrabales desparramados en derredor de la villa. En la otra margen, los campos apenas se insinuaban ondulados de montes. Cerró los ojos. Tomó aire, despacio, como buscando el sosiego nocturno. Dejó que el aroma húmedo y fresco de la ría invadiera su pecho, que la fragancia

verde de la campiña, de su campiña, le acariciase las mejillas. Insinuó una sonrisa, ligera, libre de dolor. Sintió sus rasgos relajados por primera vez en mucho tiempo.

Se volvió, pausado, sin retirar una mano del alféizar. Con la otra contuvo el impulso de los suyos, dispuestos de nuevo a ayudar. Fue dando un paso tras otro, él solo, con los brazos a los lados para mantener el equilibrio.

Una ráfaga de viento sombrío entró por la ventana y cruzó el aposento. El vendaval agitó las llamas, esparció el olor fúnebre de la cera. Danzaron las sombras, como endemoniadas, en los rostros de los presentes. Las hojas de la ventana tabletearon contra la pared con brutal estruendo. Fue Lope García el único que no se inmutó ante el golpe de aire. Las mujeres se habían llevado las manos a la cara o habían ahogado un chillido por el susto; los hombres fingían entereza elevando mentones mientras el vello erizado regresaba a su natural reposo.

Él mismo se acomodó en la cama, se cubrió con la sábana y el cobertor. Volvió a rechazar con una mano orgullosa el auxilio que le ofrecía la mirada enrojecida y lúgubre de quienes lo acompañaban.

Por una vez, Fortuño desobedeció la orden de su mayor. Se abalanzó sobre él por el costado derecho, se arrodilló sobre la cama como un niño y lo acogió en sus brazos. Perdidas las formas y la apostura, le levantó la cabeza para apoyarla sobre su hombro. Lope se dejó hacer.

—No sufras ni busques culpables —dijo—, éste es buen fin para mí. —Sus ojos, hundidos tras la hinchazón, se desviaron hacia Mencía.

La manceba, al pie de la cama, contemplaba al *jauna* con la tristeza desdibujándole los rasgos aún dulces y blancos, a pesar del envejecimiento prematuro.

—Me voy con mi hijo, que me está esperando.

Tampoco Muñatones quiso obedecer. Se acercó por la otra parte y se sentó en el borde. El mueble, fabricado para la descomunal estatura de Lope, le forzaba a dejar una pierna colgando, medio apoyada sobre el colchón.

Al verlo a su lado, Lope se dirigió a él:

—Apriétame la mano, Fernando, que me quiero morir.

Luego miró al físico de San Martín, sin rencor aparente. Quizás porque la sospecha que se le intuía con tal gesto fuera para él más un alivio que un castigo.

Las lágrimas del teniente de preboste describían las formas rollizas de su rostro al deslizarse sobre ellas. Lope le dedicó una última mirada de afecto. Muñatones le había tomado una mano entre las suyas y la acariciaba.

La última, la más larga, fue para Fortuño, su fiel hermano. Las lágrimas fueron abundantes y sinceras en los párpados del de Ontón, derramadas por una angustia insoportable que le laceraba el cuerpo todo, que le oprimía la respiración. Descendió de la cama y recuperó la pose señorial que le correspondía. Se sentó sobre un taburete. Lope sonrió, frágil, al sentir que le cogía la otra mano.

—Hemos sufrido... —admitió el pariente mayor—, pero Dios ha estado de

nuestro lado.

Asintieron Fortuño y Muñatones al mismo tiempo. Habían dejado vivir a Velasco, satisfechos ante la idea de la humillación y la deshonra que lo acompañarían desde entonces.

Un trueno largo reverberó entre los montes. Fuera, las nubes se arrumbaban sobre Portugalete. El hermano y el amigo contemplaban el rostro demacrado de Lope García, la palidez mortal amarilleada a la luz de los fuegos. Había en él una calma impropia del trance. Una paz que atenuaba su sufrimiento.

Se humedeció los labios, reseco, amoratados.

—Solo ante la visión de la muerte llega un hombre a preguntarse si tanta lucha tiene algún sentido... —su voz moribunda aún se ofrecía poderosa a los oídos—, al menos muero en mi tierra, con los míos.

Arreció el llanto de Fortuño, enmarañado el rostro de mechones.

—Hermano —continuó Lope—, una última cosa he de pedirte antes de marchar.

Afirmó con la cabeza el de Ontón.

—Que me entierren, que me entierren con él... —fue la petición.

Fortuño tuvo que aclararse la garganta para responder:

—Así se hará, Lope, así se hará...

Quiso el pariente mayor hablar una vez más, muy debilitada ya la expresión. Alguna palabra, quizás de afecto, se le quedó desvanecida en los labios.

Lope García de Salazar murió.

Una villa desgarrada de sobrecogimiento lloró al IV señor de San Martín. Los semblantes de los que contemplaron el cadáver se arrugaban al ver tan inerte a quien los había gobernado; marchito el color de la piel, muerta su rebeldía, su ímpetu, que nunca más volvería a resurgir. Parecía más pequeño su cuerpo, como si hubiera mermado su colosal tamaño. Las calles y cantones de la villa también se encogieron. Una soledad abrumadora apagaba las miradas de los portugalujos, ralentizaba sus movimientos, acallaba las conversaciones hasta reducirlas a mustios murmullos. Incluso el chillido de las gaviotas se escuchaba más ahogado. Se deslizó el invierno sobre Portugalete con el repicar lóbrego de su lluvia, empapando de lentitud el ir y venir de las gentes. Los operarios del puerto observaban las embarcaciones surcar la ría como más lentas a su paso frente a la muralla. Vendían sus productos los artesanos y demás comerciantes con debilitada vehemencia en su voiceo.

Pero el tiempo pasa, y con él el dolor se transforma en ese eco difuso que hace que los hombres y las mujeres vuelvan a levantar la cabeza y miren al frente con decisión. Reían y chanceaban ante las noticias procedentes de la corte en las que se hablaba de un Pedro Fernández de Velasco burlado por otros enemigos suyos tras la vergüenza de la derrota, para mayor escarnio acentuada por las secuelas que Lope García le había marcado en la cara, resaltando sus taras. Y al socaire de esa renacida

lucidez y determinación, el recuerdo de lo conseguido con tenacidad en el pasado fortalece la creencia en uno mismo.

Fue la llegada de la primavera con su luz floreada de vida la que animó las expresiones, la que hizo que el runrún de las conversaciones cobrase la intensidad suficiente para que todos se dijese y comprendiesen que Lope García de Salazar había muerto siendo aún preboste de un Portugaleta que lo guardaría en su memoria. Aún señor del solar matriz de San Martín. Plazas que fue imposible tomar.

## Nota del autor

*En un campo colorado,  
de oro vi las trece estrellas  
y un gigante denodado  
que a morir determinado  
pasó de África con ellas.  
Por combatir por su ley  
en Toledo y ante el rey  
le mató Lope García  
de Salazar, que aquel día  
gran corona dio a su grey.*

Décima compuesta por GRACIA DEL,  
rey de armas de los Reyes Católicos

Como indico en las primeras páginas, esta novela se inspira en hechos reales; es decir, bebe de hechos documentados o sugeridos en los archivos, estudios y libros consultados durante el intenso proceso de mi investigación. A continuación apunto algunas cuestiones que fueron ciertas, o que pudieron ser ciertas en parte, desarrolladas a partir de acontecimientos verídicos, aunque ocurrieran en años diferentes a los descritos en la novela. Y otras que no lo son más que en mi mente. Saber más de cada cuestión, o indagar y descubrir con profundidad cuánto hay de verdad en cada caso, hasta donde la documentación permita, quedará en manos del lector apasionado de la Historia.

### DATOS HISTÓRICOS

La casa de Salazar y la de Velasco se enfrentaron durante dos siglos por el control de las rutas a los puertos. Las primeras generaciones, situadas en territorio burgalés, lo hicieron por el dominio de los accesos desde la meseta. La de Lope García y la de Pedro Fernández dirimieron sus diferencias en territorio de Las Encartaciones, cerca ya de la costa.

Lope García de Salazar fue un gran aficionado a la Historia y un notable estratega militar. Hombre de tremendo poder físico, su estatura rondaba los 2,10 metros según al análisis de sus restos óseos, una altura muy por encima de la media entre las gentes de aquel tiempo, que era de 1,55 metros. Para aquellos hombres y mujeres, pasar junto al IV señor de San Martín debió de ser apabullante.

Pedro Fernández de Velasco fue uno de los hombres más poderosos del reino y se considera que sus dominios llegaron a funcionar como un «Estado» dentro del territorio de Castilla. Su poderío era muy superior al de la casa de Salazar.

Pedro López de Ayala pactó con Pedro Fernández de Velasco, su enemigo natural, la cesión de las torres de Lutzana y demás posesiones de aquel en tierra de Barakaldo como garantía de pago para lograr de este su ayuda militar y que fuese contra Lope

García. Dicha solicitud de auxilio favorecía al propio Pedro Fernández, que veía en ella la ocasión de adueñarse de tales posesiones, ambicionadas desde hacía tiempo.

La casa de Velasco y sus principales atreguados reunieron un ejército de cinco mil hombres de a pie y trescientos de a caballo.

Muchos de los atreguados y parientes de Lope García de Salazar lo abandonaron en los momentos de mayor dificultad para irse con el conde de Haro, entre ellos, su hermano Otxoa García y su cuñado Sancho García de Alcedo.

Lope García de Salazar se hizo fuerte en Portugalete y San Martín. Llegó a preparar la defensa de Portugalete ante la amenaza velasquina, tras dejar a setecientos hombres en la villa.

Gómez González de Butrón fue el principal aliado de Lope García.

El rey Juan, muy aficionado a las artes y la caza, mostraba un carácter dubitativo y acostumbraba a dejar los asuntos del reino en manos de su privado: don Alvaro de Luna.

#### DATOS DESARROLLADOS A PARTIR DE REFERENCIAS REALES

Las disputas de Lope García de Salazar con su esposa Juana *la Brava* a causa de sus mancebas y con su hijo Juan *el Moro* con motivo de la herencia.

Lope García tuvo una manceba llamada Mencía.

Las desavenencias con su hermano Otxoa.

Fortuño mostró gran lealtad a su hermano Lope.

Fray Juan Alonso trató de mediar en las diferencias entre Lope García y Juana de Butrón.

El cerco a San Martín de Muñatones. En realidad, nunca llegó a completarse. Hubo tres intentos; en 1448, 1449 y 1450, fallidos todos por diversas circunstancias de carácter político o militar que jugaron a favor de Lope García, lo cual alejó siempre la amenaza velasquina. Si bien sí que existieron enfrentamientos; en uno de los casos, los de Velasco llegaron a levantar campamento en Las Carreras. Parece ser que Pedro Fernández de Velasco no estuvo en ninguno de los intentos de asedio. Fue Fernando de Velasco de Mena, su pariente de Balmaseda, quien comandó sus tropas.

#### DATOS FICCIONADOS

No se tiene constancia fehaciente de que Lope García de Salazar se reuniera con Pedro Fernández de Velasco en Balmaseda para plantearle una tregua.

En esta novela he dibujado a un Pedro Fernández de Velasco en extremo cruel. No es más que una licencia literaria. En la vida real, el conde de Haro no debió de ser más o menos abyecto (bajo una visión actual) ni vengativo de lo que pudiera ser el propio Lope García de Salazar o cualquier otro banderizo, hombres para los que la guerra era su forma de vida.

La muerte de Lope García, aunque las circunstancias reales fueron similares.

La pelea entre Lope García y Gómez González.

La muerte de Aritz nunca sucedió, pues se trata de un personaje ficticio.

#### SOBRE EL PROTAGONISTA

Lope García de Salazar, además de hombre belicoso y díscolo que dedicó todos sus esfuerzos al engrandecimiento de su linaje, fue un gran aficionado a la escritura y a la Historia, y se le considera el primer cronista de Vizcaya. Caballero poco conocido a pesar de ser autor de las célebres *Bienandanzas e Fortunas*, obra de referencia para el estudio de las guerras de bandos, que constituye la primera historia universal finalizada escrita en lengua castellana, redactada entre 1471 y 1476.

El manuscrito original se ha perdido. La copia más antigua conservada de este vasto compendio sobre historia del mundo se encuentra en la Real Academia de la Historia (Madrid). Fechada en 1492 y copiada por Cristóbal de Mieres, le faltan algunos folios. Existe otro códice, del siglo XVI, basado en el anterior, en la Biblioteca Nacional de Madrid.

#### SOBRE EL AUTOR

[www.josemanuelaparicio.es](http://www.josemanuelaparicio.es)

## *Dramatis personae*

Los personajes marcados con un asterisco (\*) son ficticios

\* ALFONSO DE MEDINA. Ingeniero velasquino.

ÁLVARO DE LUNA. Favorito del rey Juan II, condestable de Castilla, dueño del castillo de La Adrada, en Ávila, y gran maestro de la Orden de Santiago.

\* ARITZ EL ROBLE. Hijo bastardo de Lope García de Salazar y la manceba Mencía.

ELVIRA SÁNCHEZ DE LEYVA. Esposa de Gómez González de Butrón.

FERNANDO DE MUÑATONES. Teniente de preboste de Lope García de Salazar y uno de sus parientes de Portugalete.

FERNANDO DE VELASCO DE MENA. Ayo de Pedro Fernández de Velasco y pariente suyo de Balmaseda (por lo que en el texto se refiere varias veces a él como «el de Balmaseda»).

FORTUÑO DE SALAZAR. Hermano de Lope García de Salazar. Señor de la torre de Ontón.

FRAY JUAN ALONSO DE MÚGICA Y BUTRÓN. Franciscano, hermano mayor de Juana de Butrón y de Gómez González de Butrón.

GÓMEZ GONZÁLEZ DE BUTRÓN. Pariente mayor de la casa de Butrón. Hermano de fray Juan Alonso y de Juana de Butrón.

JUAN II DE CASTILLA. Rey de Castilla.

JUAN DE AHEDO. Principal sirviente de Lope García de Salazar.

JUANA DE BUTRÓN *LA BRAVA*. Esposa de Lope García de Salazar y madre de Juan de Salazar *el Moro*.

JUAN PÉREZ *EL DE PORTUGALETE*. Hermano menor de Lope García de Salazar, escribano.

JUAN DE SALAZAR *EL MORO*. Hijo legítimo de Lope y Juana.

\* JUAN PAGOETA. Vendedor ambulante, apodado *el Baratijas*.

LOPE GARCÍA DE SALAZAR Y MUÑATONES. Pariente mayor de los Salazar y IV señor de San Martín, cuyo solar matriz se halla en Musques. Preboste de la villa de Portugalete. Cabeza del bando oñacino en Las Encartaciones, enfrentado a la casa de Velasco.

\* MARTÍN RUIZ. Pariente mayor de los Basondo. Es un personaje ficticio, tomado de la novela *Tierra amarga*, de Iñaki Uriarte Aranbilet.

MARTÍNEZ, LOS (de La Pedriza). Linaje que protagoniza una pelea con los Salazar en Portugalete.

\* MENCÍA. Manceba al servicio de la casa de Salazar. Amante de Lope y madre del bastardo Aritz.

MENDIETA, LOS. Casa de Sopena, enemiga de los Salazares.



MARROQUINES, LOS. Linaje de Castro Urdiales adherido al bando gamboíno, atreguados de la casa de Velasco.

OTXOA GARCÍA. Segundogénito de los Salazar, hermano de Lope y señor de Garay.

\* PEDRO *EL BURLAS*. Sargento de tropa de a pie de Lope García de Salazar.

PEDRO FERNANDEZ DE VELASCO. Conde de Haro y jefe gamboíno. Pariente mayor de la poderosa casa de Velasco, enfrentada con la de Salazar.

PEDRO LÓPEZ DE AYALA. Cabeza de la casa de Ayala, oñacina. Dueño de las torres de Lutxana (Barakaldo).

\* PERICO *EL OSO*. Miembro fiel del séquito de Lope García de Salazar, encargado de proteger a Aritz.

SÁNCHEZ DE ANUNCIBAY. Lugarteniente de Pedro Fernández de Velasco.

SANCHO GARCÍA DE ALCEDO. Cuñado de Lope García de Salazar en Sopena.

## Escenarios de la novela que el lector puede visitar

—La torre de Salazar en Portugalete es actualmente un museo, y alberga también un restaurante en lo que fue el patio de armas de la torre medieval. Junto a ella, se encuentra la estatua de Lope García de Salazar.

—La iglesia de Santa María de Portugalete, imponente templo gótico que corona el casco viejo de la villa. En tiempos de la novela se trataba de un templo de menores proporciones, porque aún no se había acometido la ampliación que en la actualidad puede visitarse.

—El Campo de la Iglesia, un amplio espacio abierto entre la iglesia de Santa María y la torre de Salazar.

—Las calles de Santa María, del Medio (actual Víctor Chávarri) y Coscojales (antigua calle de La Fuente). Aún es posible observar algunas torres que hoy pasan casi desapercibidas en el entramado urbano, más o menos absorbidas por las estructuras de edificios posteriores.

—En el cruce entre la calle Coscojales y la calle Santa Clara, donde hoy encontramos un nutrido grupo de bares, se produjo el encuentro entre Juan Pagoeta y Juan *el Moro* en el que aquel convence a este para que secuestre a su hermano Aritz. En el tiempo de la novela, en esta intersección debía de encontrarse la fuente del Cantón Oscuro.

—La plaza del Mercado, hoy desaparecida, debió de ocupar su espacio tomando como referencia, aproximadamente, el centro de la actual calle del Medio (Víctor Chávarri), a la altura de la torre de Salazar.

—El Cantón de las Panaderas (actual Cantón Elai Alai) es el lugar que Juan Pagoeta elige para seguir de cerca a Juan *el Moro* hasta lograr abordarlo junto a la fuente del Cantón Oscuro.

—En el extremo superior de la calle del Medio, hoy un espacio ampliamente abierto conocido como El Cristo, se encontraba el Portal de la Villa, acceso por el que Juan *el Moro* y Aritz salen para practicar combate más allá de las murallas.

—En el extremo inferior de las calles de Santa María y del Medio se abrían las puertas de la Ribera y de la Vena respectivamente. Nada queda de ellas, pues hoy encontramos la desembocadura de la primera calle abierta hacia el Ayuntamiento. Y donde se encontraba el Portal de la Vena, hoy se alza el edificio cívico-social. Es en este segundo punto donde tiene lugar la pelea entre Lope García y los Martínez de la Pedriza con la intervención de Juan Pagoeta.

—Los astilleros de Portugalete se levantaban en el lugar en el que hoy se asienta la plaza del Solar.

—Por donde hoy discurre la calle Manuel Calvo (el paseo de la Canilla) se levantaban los tinglados del puerto de Portugalete. Nada de esto queda ya salvo a la imaginación del lector, que podrá disfrutar de la ría y de las impresionantes vistas desde el Puente Colgante de Vizcaya, declarado Patrimonio Mundial de la

Humanidad en 2006. Una ascensión a la pasarela del puente le permitirá comprender mejor el entramado urbano del casco viejo de Portugalete, además de otear las poblaciones vecinas a uno y otro lado de la ría.

—El portillo que da acceso desde el Campo de la Iglesia a la torre de Salazar.

—La torre de San Martín de Muñatones (conocida como castillo de Muñatones), en Muskiz (Musques en la novela). La Diputación de Bizkaia organiza visitas guiadas a esta fortaleza, que representa el mejor ejemplo conservado de arquitectura militar medieval en el territorio.

—La torre de Butrón (actualmente castillo de Butrón), en Gatika, es hoy una edificación de inspiración bávara en la que apenas queda nada reconocible de su estructura medieval.

—Balmaseda, la villa más antigua de Bizkaia e importante enclave aduanero del Reino de Castilla.

—La villa de Castro Urdiales, en Cantabria, que llegó a convertirse en uno de los principales puertos de Castilla.

—El castillo de La Adrada, en la villa del mismo nombre, en Ávila. Imponente fortaleza ubicada en un espacio de gran belleza natural como es el valle del Tiétar.

—La torre de Garay, en Mercadillo, Sopuerta (barrio de Amez). Es actualmente una residencia privada, con modificaciones. Pero aún pueden verse algunos elementos de lo que fue la torre medieval.

#### ALGUNAS DIRECCIONES DE INTERÉS

—Oficina de turismo de Portugalete: [www.portugalete.com](http://www.portugalete.com)

—Para visitar la torre de San Martín (castillo de Muñatones) y otros escenarios de Las Encartaciones: [www.visitenkarterri.com](http://www.visitenkarterri.com)

—Para visitar el castillo de La Adrada (Ávila): [www.laadrada.net](http://www.laadrada.net)

—Para visitar la torre de Butrón (a fecha de finalización de esta novela no se puede acceder al interior del castillo): <http://turismo.euskadi.eus/es/patrimonio-cultural/castillo-de-butron/aa30-12375/es/>

## Agradecimientos

A mis padres que, al comprarme libros cuando era niño, influyeron en mí, quizás sin ser conscientes, para que fuese el escritor que hoy soy. A mi pareja, Taira, por todos los años compartidos, por todas las visitas a castillos y ciudades, a yacimientos arqueológicos y museos..., por todo ello y por lo que aún está por venir. A Ramón Alcaraz García, gran maestro de escritura y amigo, sin cuyas enseñanzas esta novela no sería la que es. Porque el valor del conocimiento es el máspreciado que una persona puede heredar de otra. A mis amigos Iñaki Uriarte Aranbilet y Joseba Iraola Mendizabal; al primero, por el placer de permitirme escuchar de su boca y leer de su teclado tantas y tantas historias sobre banderizos; al segundo, por aguantar nuestra verborrea banderiza y por el privilegio de poder alimentarme de su ímpetu literario, pues desde el romanticismo busca que su entorno urbano sea un lugar mejor para los escritores. A ambos, soñadores cada uno a su manera, por compartir cervezas entre asedios, combates, disputas y carcajadas en la plaza Nueva de Bilbao. A mis hermanos Luis Ángel y Jesús María. Al primero, por ser un crítico sagaz y de afinadísimo criterio, capaz siempre de poner la atención donde yo también debería. Al segundo, por todos esos paseos entre edificios y calles antiguas, que son siempre inspiración. A mi socia en mundopalabras.es Berta Carmona Fernández, por sus palabras de aliento, por intercambiar conmigo la satisfacción de lo que significa narrar historias.

También a Roberto Hernández Gallejones, archivero municipal de Portugalete, que atendió allá por 2008 mis primeras consultas con exquisita amabilidad; a Jagoba Ferreira, del club de esgrima C. S. E., que me acercó a los tratados de combate medieval, y a Francisco Narla, que tuvo la gentileza de leer la novela terminada y brindarme su opinión.

Por supuesto, a los organizadores del Certamen Internacional de Novela Histórica Ciudad de Úbeda y a Roca Editorial. Me dejó nombres, lo sé. Responsables de centros de documentación y turismo que atendieron mis preguntas. También autores que, sin saberlo, me han brindado su conocimiento a través de sus magníficos estudios, publicaciones y libros; como, por ejemplo, los historiadores Juan Manuel González Cembellín y Goio Bañales; el especialista en la torre de Salazar Aitor González Gato; Sabino Aguirre Gandarias, por su excelsa biografía sobre Lope García de Salazar, y, especialmente, Mariano CiriQUIAÍN Gaiztarro, autor de la *Monografía Histórica de la Muy Noble Villa y Puerto de Portugalete*, obra con un estilo alejado de posturas academicistas que supuso mi primer acercamiento serio al mundo de los banderizos y al Portugalete de la Edad Media. No quiero olvidar al mayúsculo novelista Juan Antonio Zunzunegui, cuyos *Recuerdos y relatos de infancia y mocedad* me ayudaron a sentir Portugalete de otra manera. Hay que leer a los clásicos.

Y, por último, al propio Portugaleta y a su gente, este pequeño gran escenario desde el que empecé a dar forma a esta historia. Que así nuestra villa traspase fronteras y alcance a los lectores de aquende y allende las murallas...



JOSÉ MANUEL APARICIO (Bilbao, 1975). Es director comercial en la empresa mundopalabras.es, especializada en edición, difusión y promoción de libros. Desde 2015 comparte su dirección con la también escritora Berta Carmona Fernández.

Lector desde muy joven de obras de Julio Verne y Edgar Allan Poe, ha sido alumno en el taller literario de Ramón Alcaraz García. Sus autores favoritos son Robert Graves, Roald Dahl, Juan Eslava Galán, Benito Pérez Galdós, Arturo Pérez-Reverte y Juan Antonio de Zunzunegui. Escritor habitual de relatos, ha ido aparcando el género para dedicarse a la novela. Su pasión por la investigación histórica —especialmente de periodos y «escenarios» menos conocidos— y la creación literaria, disciplinas que decide combinar, da como resultado *Banderizos*, su primera novela.

# Notas

[1] Resumen adaptado de un fragmento del libro de Juan Manuel González Cembellín *El castillo de Muñatones* (Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, 1999). <<